



ABATE LARFEUIL

EL

CUARTO de HORA

Para María



PARIS

R. ROGER Y F. CHERNOVIZ  
EDITORES





EL  
CUARTO DE HORAS

Para María



NOM  
BX2161

L3

C. 1

RAID  
008782





1080021020

EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



*Tarfuiel*

E  
HEN



EL  
CUARTO DE HORA  
PARA MARÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECA



Capitana Alfonsina  
Biblioteca Universitaria

45379



**Biblioteca  
de las  
Familias Cristianas**

Obras del abate LARFEUIL, Vicario general de Sens.

- I. — El Cuarto de Hora para Dios. 2 tomos en 12°, pasta inglesa con relieves Precio. 12 fr.  
 II. — La Joven formada en la escuela de María. 1 tomo en 12°, tela inglesa, con lámina. 5 fr. 30  
 III. — La Mujer formada en la escuela de María. 1 tomo en 12°, de 432 páginas, tela inglesa. 5 fr. 30  
 IV. — El Cuarto de Hora para María ó nuevo mes de María. 1 tomo en 12°, tela con relieves y lámina. 4 fr. 60  
 V. — El Cuarto de Hora para San José. 1 tomo en 12°, tela con relieves y lámina. 4 fr. 60  
 VI. — Domingos y Fiestas. Continuación del Cuarto de hora para Dios. 1 tomo en 12°, tela con relieves y lámina. Precio. 4 fr. 60

Obras de Monsenior LANDRIOT, Arzobispo de Reims

- I. — La Mujer Piadosa, conferencias dedicadas á las señoras. 1 tomo en 12°, de 488 páginas, tela con relieves. 6 fr.  
 II. — La Mujer Fuerte. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr. 60  
 III. — Los Pecados de la Lengua y los celos en la vida de las mujeres. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr. 60

Obras del Padre Camilo ORTÚZAR, Salesiano

Antes vicario apostólico de Iquique

- I. — Catecismo en ejemplos. 2 tomos en 12°, de más de 600 páginas, con lám.; tela con relieves. 8 fr.  
 II. — La Primera Comunión. 1 tomo en 18, con lám. Precio. 2 fr. 65  
 III. — Manual completo del Cristiano ó sea nuevo devocionario que contiene todas las oraciones más usuales y más escogidas. 1 tomo en 32°, cantos blancos. 2 fr.

Obra de Monsenior FREPPEL, Obispo de Angers

- La Divinidad de N. S. Jesucristo. 1 tomo en 12°, con un retrato del autor, tela. 4 fr.

R. P. BERTHIER

- La Joven en la escuela de los santos. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr. 60

Padre C.-M. MAYET, Marista

- El Ángel de la Eucaristía. Ó vida y espíritu de María Eustelle, tela. 6 fr.

Enrique LASSERRE

- Nuestra Señora de Lourdes. 1ª parte. 1ª edición española. 1 tomo, tela con relieves. 4 fr. 60  
 Episodios milagrosos de Lourdes. 2ª parte de N.-S. de Lourdes. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr. 60  
 Mes de María de Lourdes. 1 tomo en 18° tela. 2 fr. 65

Madame BOURDON

- Día Cristiano de las Jóvenes. Meditaciones y lecturas para todos los días del año. 2 tomos en 18°, tamaño elegante y portátil, pasta de tela con relieves. 9 fr. 35

Obras del abate BOLO

- I. — Introducción á la Vida Benéfica. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr.  
 II. — El Feminismo y la Iglesia. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr.  
 III. — Nuestras Comunicaciones con los muertos. 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr.  
 IV. — Las Maravillas del Evangelio. Conferencias en la Magdalena de Paris (cuaresma de 1903). 1 tomo en 12°, tela con relieves. 4 fr.

EN PRENSA

- Vidas de los Santos más populares y reverenciados en España y América. 4 tomos en 12, tela. Cada tomo se vende separadamente. 4 fr. 6

**APROBACIÓN**

DEL SEÑOR ARZOBISPO DE SENS

APRECIABLE SEÑOR VICARIO GENERAL.

Os doy gustosísimo la enhorabuena por el nuevo libro que acabáis de dar á luz.

Yo lo apruebo del modo más explícito, y encargo su lectura á las personas piadosas.

Después de publicar el *Cuarto de hora para Dios*, habéis querido publicar también el *Cuarto de hora para María*; pensamiento muy acertado, digno de vuestra piedad para con el divino Hijo, y para con la santa Madre. Los fieles encontrarán en esta obra meditaciones sustanciales sobre la santísima Virgen, su vida, sus virtudes, su culto, su protección y beneficios. No pocos *Meses de María* se han escrito desde hace algún tiempo, pero no tengo ningún reparo en decir que éste logrará el primer puesto entre los mejores y más útiles.

No poco me holgaré de ver que se esparce en mi diócesis, aumentando más y más la devoción á la santa Madre de Dios.

Recibid, Señor Vicario general, mi seguro afecto y paternal adhesión.

† VÍCTOR FÉLIX.

Arzobispo de Sens.

Sens, 27 de marzo de 1869.



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

008782

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

BX2161

L3

## APROBACIÓN

DEL SEÑOR OBISPO DE COUTANCES Y AVRANCHES

Leí la obra titulada: *el Cuarto de hora para María*, escrita por el Señor abate Larfeuill, vicario general de la diócesis de Sens.

Soy de parecer que ese libro será muy útil y edificante, no siendo posible hacer meditaciones sobre las virtudes de la Virgen con más unción, y en orden y estilo más perfecto.

Esa obra, que sale de la pluma, ó más bien de la fe y corazón del autor del *Cuarto de hora para Dios*, puede prestar grandes servicios para los ejercicios del Mes de María.

Lo recomendamos pues á todos los fieles de nuestra diócesis.

† J. P.

*Obispo de Coutances y Avranches.*

Coutances, 9 de abril de 1869.

EL

# CUARTO DE HORA PARA MARIA

ó

MES DE MARÍA DE LAS PARROQUIAS

DÍA PRIMERO

## PRIMER DÍA DEL MES DE MARÍA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DEVOCIÓN DEL MES DE MARÍA

Conviene, el primer día de este bendito mes, examinar con qué objeto se consagró un mes entero para honrar á María. — Por qué ese mes es el mes de mayo. — Cómo se estableció esa devoción.

PUNTO 1.º — ¿ Con qué objeto se consagró un mes entero para honrar á María?

1.º Para completar la obra que ya los siglos habían principiado. Se divide el tiempo en períodos con diferentes nombres: horas, días, semanas, meses y años. La piedad de nuestros padres consagró á María todos los días, con establecer la oración del *Angelus* en tres horas diferentes de la jornada; todas las semanas, con dedicarle particularmente los sábados;



BX2161

L3

## APROBACIÓN

DEL SEÑOR OBISPO DE COUTANCES Y AVRANCHES

Leí la obra titulada: *el Cuarto de hora para María*, escrita por el Señor abate Larfeuil, vicario general de la diócesis de Sens.

Soy de parecer que ese libro será muy útil y edificante, no siendo posible hacer meditaciones sobre las virtudes de la Virgen con más unción, y en orden y estilo más perfecto.

Esa obra, que sale de la pluma, ó más bien de la fe y corazón del autor del *Cuarto de hora para Dios*, puede prestar grandes servicios para los ejercicios del Mes de María.

Lo recomendamos pues á todos los fieles de nuestra diócesis.

† J. P.

*Obispo de Coutances y Avranches.*

Coutances, 9 de abril de 1869.

EL

# CUARTO DE HORA PARA MARIA

ó

MES DE MARÍA DE LAS PARROQUIAS

DÍA PRIMERO

## PRIMER DÍA DEL MES DE MARÍA

CONSIDERACIONES SOBRE LA DEVOCIÓN DEL MES DE MARÍA

Conviene, el primer día de este bendito mes, examinar con qué objeto se consagró un mes entero para honrar á María. — Por qué ese mes es el mes de mayo. — Cómo se estableció esa devoción.

PUNTO 1.º — ¿ Con qué objeto se consagró un mes entero para honrar á María?

1.º Para completar la obra que ya los siglos habían principiado. Se divide el tiempo en períodos con diferentes nombres: horas, días, semanas, meses y años. La piedad de nuestros padres consagró á María todos los días, con establecer la oración del *Angelus* en tres horas diferentes de la jornada; todas las semanas, con dedicarle particularmente los sábados;

todos los meses, con intercalar en ellos una fiesta en honor suyo; era pues natural santificar el año, tomando uno de sus doce meses para consagrárselo. Por ese medio, todo el año, en épocas fijas y próximas unas á otras, eleva el mundo cristiano su pensamiento hacia María, le rinde homenaje, implora su intercesión, canta sus alabanzas, y con el estudio de tan enternecedor dechado, aviva su fervor en el servicio de Dios. El mes de María completa pues acertadamente la obra que los siglos habían principiado.

2º Merced á tan piadosa institución, el culto que se tributa á María sobrepuja al culto tributado á los demás santos; consagra la Iglesia para honrar á los santos sólo un día, todo lo más una octava, y consagra á María un mes entero, y eso es justo. En efecto, la santísima Virgen no sólo fué elevada par encima de todos los bienaventurados por su dignidad de madre de Dios, sino que también es más que ellos por sus virtudes y méritos. Par sí sola, reúne todas las virtudes que hallamos esparcidas en los demás santos: pobreza voluntaria, inalterable pureza, participación constante en los sufrimientos de Jesucristo; portentosa humildad en esa mujer que no ignoraba haber llevado á Dios en sus virginales entrañas; largo y cruel martirio prolongado más allá del Calvario; y luego, después de desgarradora separación, resignación; y resignación dolorosa y merito-

ria, pues para ella, el morir era certidumbre de reunirse con su amado Hijo.

Además, al tributar á María un culto particular, no hacemos más que imitar á Dios, el cual, el elegirla para ser la madre de su divino Hijo, la tuvo por digna del mayor obsequio á que humana criatura pudiera pretender. San Pablo, para probar la superioridad de Jesucristo sobre los ángeles, hace esta pregunta: ¿Cuál es el angel á quien Dios haya dicho: Tú eres mi hijo, yo te engendré en los días de mi eternidad? Así mismo, para comprobar la preeminencia de María sobre todos los santos, y justificar la superioridad del culto que le tributamos, no tenemos más que preguntar: ¿Cuál es, entre las criaturas que moran en el reino de Dios, aquella á quien Dios haya dicho: Tú eres mi esposa, yo te escogí para que seas la madre de mi Hijo? — Así se justifica el culto particular que á María tributamos.

PUNTO IIº. — ¿Por qué se escogió el mes de mayo, más bien que otro mes, para consagrarlo á María? Las fiestas del cristianismo, según justa observación, van coordinadas de admirable modo con las manifestaciones de la naturaleza; y, si entre otros ejemplos la caída de las hojas trae consigo la fiesta de los difuntos para el hombre, el cual cae cual hoja de la selva, naturalmente debió la Iglesia colocar el mes de María en la estación de las flores y en medio de la primera. Y en efecto, ¿no es



María la rosa mística, el oloroso cinamomo, el lirio del valle, la selecta mirra, en una palabra, la más bella y amable de las criaturas? Tratándose pues de hacerle un ofrecimiento, era justo y conveniente dedicarle el mes más gracioso, y no se pudiera escoger mejor « Todas las artes le habían ya ofrecido sus rendimientos: ya por ella había susurrado la poesía sus más suaves cantos, modulado la música sus armoniosos conciertos, bordado la escultura sus delicadas maravillas, y la arquitectura concebido sublimes inspiraciones. Debía pues la naturaleza asociarse al arte, y pagar su tributo á ese culto universal, la primavera debía ofrecer á María el perfume de sus auras, el esmalte de sus prados, el naciente verdor de los bosques, y dulce canto de las aves<sup>1</sup>.

2º Si es el mes de mayo el más hermoso, es también anuncio de nuevos peligros para la inocencia; con efecto trae consigo los placeres con el buen tiempo, y con los placeres las seducciones; la serenidad del cielo, el desarrollo de la naturaleza, el prodigioso espectáculo de un general renacimiento convida el hombre á los goces, y abre el alma á las aspiraciones funestas para la virtud. Convenía pues multiplicar los socorros, así como se van multiplicando los peligros; y ¿ dónde encontrar

1. Ab. Corblct.

socorro más poderoso que el de María? ¿ Qué antídoto contra el impetu de los sentidos es la meditación de las amables virtudes de la más pura de las vírgenes! ¿ Qué auxilio para la virtud es la imagen graciosa de María, presente á nuestro ojos por espacio de todo un mes! ¿ Cómo no ser puro cuando anda uno bajo tan blanco pendón! ¿ Cómo no ser fuerte con semejante apoyo! ¿ Cómo no amar, cuando se tratade amar uno á su madre!

3º Enfin, sigue el mes de María inmediatamente después de Pascua; es como una prolongación de las funciones que acabamos de recorrer, un complemento de las instrucciones y gracias que acabamos de recibir, un fortalecimiento de la vida nueva sacada de los misterios de aquellos grandes días, y de la participación en la Pascua. « Así como Jesucristo en la cruz, al darnos á María por hijos suyos, parece que quiso colocar bajo la protección de una madre el fruto de su muerte, y los méritos de su sacrificio, así mismo colocó la Iglesia ese mes bendito inmediatamente después de las solemnidades de las Pascuas, como para poner la inocencia de sus hijos, recobrada penosamente, bajo la poderosa protección de su dulce y amada madre<sup>1</sup>. » Pasamos así de la mesa eucarística al altar de María, de los brazos de un padre al corazón de una madre. —

1. Ab. Martín, *Mes de María de los predicadores.*

¡ Qué feliz y santo pensamiento el que inspiró esa obra de amor del mes de María !

PUNTO III°. — ¿ Cómo se estableció esa devoción tan llena de suavidad y frescura ? ¿ Quién la introdujo en la Iglesia ? ¿ En qué época principió ? Difícil sería contestar de un modo preciso á esas diversas preperguntas. Inspiró Dios al mundo, rescatado con la sangre de Jesucristo, que consagrara á la madre del Salvador, que es también madre nuestra, todo un mes del año, como ya le había consagrado ciertas horas del día, ciertos días de la semana, y el mundo obedeció ; era cosa tan dulce el obedecer ! La devoción del mes de María se halló introducida en la Iglesia, cual flor cuyo germen fué traído por el viento del cielo, sin que nadie pueda indicar la fecha, el autor y el origen.

También es difícil explicar sus progresos. Desde ya muchos tiempos se extendió en todas partes. En las grandes ciudades, como en las aldeas, se elevan en honor de María altares de musgo, de flores y verdor ; « las vírgenes rodean de luces la imagen de la virgen inmaculada, que llevó en su seno la luz del mundo ; olorosas flores mezclan el brillo de su color al brillo de las antorchas, y la poesía, flor de la palabra, dedica á María inspirados cánticos, que melodiosas voces repiten al rededor del altar <sup>1</sup>. » Salve pues, mes bendito, fiesta gra-

1. Ab. Martín, *Mes de María de los predicadores*.

ciosa en gloria de Aquella que es nuestra hermana y madre, *vida dulzura y esperanza nuestra*. Hermoso mes de María, mes de sus especiales favores, prolonga tu curso, y fluyan tus benditas horas lentamente, pues ¡ tenemos tanto que pedir á la Virgen María !

#### EJERCICIO

Cada día de este mes, ser fiel en hacer un ejercicio de piedad en honor de María.

#### *Oración para el día primero del mes de María <sup>1</sup>.*

Al empezar tan hermoso mes que lleva tu nombre, oh María, rebosan de alegría nuestros corazones, por sernos dado venir todas las tardes á este piadoso santuario, en medio de las flores de primavera, graciosos emblemas de tus virtudes, para cantar tus alabanzas, oír contar tus grandezas, y recibir tus maternas bendiciones. Sí, tenemos la esperanza que ningún día de estos ha de pasar sin que acreciente nuestro amor por ti, sin que nos haga más buenos, y nos deje algunos de esos favores de que llenas están tus manos. En este primer día de la larga y dichosa serie que principia hoy, ¿ cuál será, María, la virtud primera que solicitaremos de tu bondad ? Hay una flor, que antes que todas florece en la primavera para hermostear nuestros campos, que, oculta debajo de la yerba, disimula su modesto brillo, viéndose apenas cuando

1. Sacada del Manual de Mñor Dupanloup. N. B. Deberá recitarse esta oración después de la lectura de la anécdota si se lee alguna.



la huellan, percibiendo su perfume. Ese es el símbolo de la virtud que más es de tu agrado, y te pedimos hagas que germine en el fondo de nuestros corazones. Venturosos nosotros, si al concluir este mes bendito, tú, por nuestra modestia, nuestro candor y humildad, reconoces que somos hijos tuyos. Así te ofreceríamos la flor más bella á tus ojos, y adornaríamos nuestras almas con la virtud que más proderosamente atrae las bendiciones de tu divino Hijo. Amen.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Un cirio á María.* — Sucedió en 1853 un caso muy conmovedor en Bélgica durante el mes de María.

Vivían dos ancianos con trabajo en una miserable boardilla, par la cual pagaban 20 pesetas al año. Se acostaban muchas veces sin cenar, y muchas también era su comida unas cortezas de pan duro empapadas en agua. No habían dado á conocer su pobreza, porque disfrutaron antaño de bienestar. Un día, y era un sábado vispera del mes de mayo, se encontraron sin un centavo, sin pan ni alimento. Estaba imposibilitada la mujer, y el marido enfermo, y obligado á quedarse en cama. Lloraban ambos, y rezaban. Pasaron el día angustiados, sobreviniendo la noche sin que nada comieran. El día del domingo fué todavía más aciago, no habiendo tomado nada hacía ya cuarenta y ocho horas, y chorreando el sudor en sus pálidos rostros: « Nos estamos muriendo, pobre mujer mía, dijo el anciano. Dios nos abandona ! » No contestó ella nada. Poco después sin embargo, levantó la cabeza, y como movida de repentina inspiración: « Amigo mío, exclama, hoy es el primer día del

mes consagrado particularmente á la Virgen santísima, invoquémosla, pues es consoladora de los afligidos, y refugio de los que padecen, y ella nos salvará. « Toma ! añadió, aun me queda un cirio en el cajón, encendámoslo delante de la imagen, y María vendrá en nuestro socorro. » Confortados con esta última esperanza, se levantan los dos infelices con bastante trabajo, y era de noche. Sacan el cirio, y lo encienden, lo colocan delante de una imagen de la Virgen, incándose de rodillas apoyado uno en otro, é implorando el auxilio de Aquella á quien jamás se invocó en balde. Una obrera vecina, al levantarse en medio de la noche para dar de beber á su niño, observó luz por la ventana de los pobres ancianos. Estarán enfermos esos infelices, pensó. Y llevada por yo no sé qué instinto, coge una linterna, y se sube al cuartito de aquellos. Abre la puerta, ¡ qué doloroso espectáculo ! ¡ Aquellos dervalidos, jadeantes y macilentos, medio acostados, más bien que de rodillas ante la madre del Salvador ! Confiesan ellos su miseria, y en seguida va corriendo la caritativa vecina, y vuelve con caldo, pan y alguna provisión ; al día siguiente, fué á avisar al cura y al presidente de la conferencia de san Vicente de Paul, los cuales vinieron presurosos á socorrer aquellos desdichados. Por colmo de bendición, unos días después les sobrevino una herencia, que los puso en adelante al abrigo de toda urgencia, no reparando ellos en pregonar por todas partes la milagrosa asistencia de la Virgen santísima, con lo del cirio encendido en honor suyo.

*El Espino (leyenda).* — Muy cerquita de la pequeña ciudad de P\*\*\* en el declive de una sierra coronada de pinos y castaños, se redondea,



cual gran bola de verdor, un bósquecito de encinas y hayas, lleno, según las estaciones, de petirrojos ruiseñores ó pinzones.

Esos músicos no son muy ricos, pero pagan muy bien con sus cantos la hospitalidad que se les da, y es un gusto albergarlos.

Una casa vieja, poblada de niños, cual de pajari-  
tos el bosque, se uné al soto con una larga calle de  
filos. Esa casa vió no pocas generaciones, y está  
vestida á la antigua: ventanas con cruceros, y pa-  
red delantera. Lleva robusta sus varios siglos, y no  
se apoya más que por la forma en una torre, con-  
temporánea suya, como una carcama en su palo.

Delante de la torre, está de centinela un cas-  
taño de Indias, cuyo tronco cavó el tiempo, pero  
que por hábito reverdece cada primavera, pare-  
ciéndose á un inmenso ramillete, cuando el sol  
de abril hace estallar largos racimos de flores  
blancas y rosadas:

A unos pasos más allá del patio, rodeado de  
verdes chaparros, se alarga, atravesando campos  
de trigo, una hermosa carretera, blanca como una  
cinta, y paralelo á la carretera, un ferrocarril negro  
y estrépitoso; la agitación al lado de la calma, el  
progreso al lado de la costumbre.

Y luego, en el segundo plano, praderías verdes  
como la esmeralda, bañadas por un fresco arroyo,  
donde se mira la ciudad, repantigada al pie de las  
sierras que cierran el horizonte.

A ese nido de verdor vengo yo, moradora de una  
gran ciudad, á pasar todos los años algunos meses  
del verano y aún alguna vez de la primavera, y ver  
de olvidar el ruido de los coches, la agitación de  
las calles, la luz del gas, y el polvo sofocador de los  
paseos.

Allí tengo cuatro primitas, de edad la mayor de  
apenas siete años; cuando llego, se me come esa  
gente menuda con sus besos.

Este año, había yo anticipado mi viaje, y el  
coche me depuso á la puerta de M<sup>\*\*\*</sup>, el primero de  
mayo, á las diez de la noche.

Niños y pájaros estaban dormidos, pero, si se  
acuestan con el sol, también se levantan con él, y  
apenas deslizaba sus rayos por las rendijas de  
mis ventanas, cuando oí llamar á mi puerta.

Era Juanita.

« Adelante, grité yo de mi cama. — Ah! pere-  
zosa, dijo ayudándose con una silla para subir al  
asalto; vamos, ven luego conmigo á coger flores.  
— Flores, y ¿ para quién? — ¡ Qué! añadió mirán-  
dome con sus grandes ojos atónitos, te olvidaste  
que es el mes de la Virgen, y que tenemos todos los  
días que llevarle un ramillete. — De veras, de  
veras; vamos, ya me levanto, anda á buscar una  
canasta y tijeras. »

Salió corriendo y volvió dos minutos después.  
Por más diligencia que hice, yo todavía no estaba  
pronta.

Por fortuna, estaba abierto mi baul, y mientras  
se ocupaba la traviesita en huronear por todas  
partes, tuve tiempo para concluir mi *toilette*.

Media hova después estábamos recorriendo el  
jardín, cogiendo rosas lirios y lilas.

Juanita llevaba las flores; su rubia cabeza apa-  
recía risueña en medio de las rosas; yo hubiera  
deseado ser Greuse, para pintarla en aquel mo-  
mento.

« Vamos, ya hay bastantes, le dije. — No hay  
espinos. — Bueno, será para otra vez. — ¡ oh! no,  
contestó ella con voz grave, la Virgen no estaría  
contenta. — ¡ Cómo! y ¿ por qué? — Toma, ¿ tu  
mamá no te dijo que el espino es la flor que ella  
prefiere, por ser la flor de los ángeles? — Quizá me  
lo dijo, pero se me olvidó; voy á coger en seguida  
algunos, volveremos luego á casa; y mientras  
arregle yo los ramilletes, tu me dirás el cuento del



espino. — Eso es, dijo con semblante formal, yo lo sé muy bien, y haremos que vengan mis hermanas y mi hermanito para que lo oigan. »

Un momento después, estábamos sentadas debajo del castaño de Indias, y mientras Edit y Adela me presentaban las flores una á una, Juanita me contó su leyenda en estos términos :

*(Se continuará mañana).*

*Grande y noble sacrificio.* — Hace algún tiempo, el señor cura de Saint-Maurice d'Angers vió entrar en su casa un campesino del Genét, antiguo parroquiano suyo. Era un hombre fuerte y robusto que no tenía treinta años; anunciaba su semblante la bondad, la piedad y rectitud. « Eres tú, Pedro, exclamó el señor cura alegre de verle. ¿ Qué tal van en el Genét? ¿ se presenta bien la cosecha? ¿ Está buena la familia?..... Pero me pareces algo serio, amigo. — Ah! señor cura, dijo el campesino con cierto empacho, estoy metido en gran empresa. Me voy á la Trapa que está más allá del Mans, camino de París. — ¿ Te vas á la Trapa? — Sí, pues. Nos dijo V. tantas veces que no se puede hacer demasiado por Dios; al fin resolví dejarlo todo por él. — Mira que tú eres muy necesario á tu madre; es una pobre viuda, y el cortijo es pesado en tu comarca. — Por eso no me di prisa, señor cura. Ya hace más de diez años que me va zumbando en el corazón eso de meterme fraile, y esperaba que pasase la quinta mi hermano Juan; sacó buen número, y ahora queda libre; pensé pues que yo podía marcharme. — Y á tu buena madre, cuyo apoyo eras tú, ¿ qué tal le parece todo ello? — Ah! señor Cura, todavía me duele en el alma, y no creía que saldría á cabo. Ella sospechaba en mí una intención que yo no quería confesar. En el

invierno, cuando estábamos al lado del fuego, ella hilando y yo pensando, se paraba el huso, y ella me miraba; iba yo á hablar, pero imposible, las rodillas me temblaban y los labios, se me helaba el corazón y lo demás del cuerpo, y me faltaba la palabra. Daba lástima á mi madre; « Pedro, me decía, si todo esto te disgusta, dímelo; Quieres ponerte en tu casa? No somos ricos, pero tenemos buena fama; tu padre vivió y murió como un santo, y toda familia honrada del país estimará nuestra alianza. » Cuanto más apremiaba mi madre, tanto más temía yo confesarle que estaba pensando en otra cosa, y que quería meterme fraile. En fin, la otra tarde, habiéndonos reunido mi madre para dar principio en familia al mes de la Virgen, quedé sola en oración conmigo, habiéndose marchado los demás. Me figuré que ese era el momento, y brotó mi pensamiento de repente. « Madre, le dije, si lo permites, me voy á la Trapa; voy á rezar por ti y hacer penitencia. »; Ay! Dios mío.; cuando piensa uno que es preciso decir cosas así! Quedó mi madre sobresaltada un momento en mi presencia, sin hablar, y casi sin respirar; y luego, siguiendo tranquila de rodillas, y vueltos los ojos al cielo: « Pedro, dijo, Dios es tu primer padre, la religión tu primera madre; ambos son antes que yo. Ve allá, ya que te llaman en tu corazón. Si yo te arredrara, cuando se trata de la perfección de tu alma, me moriría de pena. Tú me has querido mucho y asistido; yo te bendigo. » Volvió los ojos á la imagen de la Virgen, y se puso otra vez á rezar. Yo no podía más, señor cura; me saltó para respirar con más desahogo. Pero era la hora en que volvía el ganado á casa, y los bueyes, con su paso lento, vienen hacia mí, y me miran atentos, como para decirme: Amo, ¿ por qué te vas? y yo me escabullí por los campos, sin poder sacudir mi angustia. Hasta los árboles que yo había plantado y cuidado;

hasta la tierra que yo había sembrado parecía, como mis buenos buyes, detenerme en el país. Virgen santa, ¡qué arraigado está el corazón á la tierra! Me puse de rodillas, recé, tomé un crucifijo pidiéndole su auxilio, porque me iba á faltar el valor; y mirando á N. S. en la cruz, me avergoncé de tanta cobardía, y todo se concluyó. No dormí en casa, por evitar lo que tanto me había conmovido, y me puse en marcha por la mañana antes del día. Pasé por nuestra parroquia en el momento de misa primera, allí recobré la calma y el sosiego, y aquí vengo ahora para despedirme de V. y agradecerle los buenos sentimientos que me dió en mi juventud. — Está muy bien, hijo, dijo el cura, tú obedeces á Dios; pero ¿por qué escogiste la Trapa de Mortagne que está tan lejos de tu pueblo, cuando tenías tan próxima la Trapa de Bellefontaine? — Alguna vez pensé en ello, señor cura; más cómodo fuera por cierto, como V. dice.... Pero, mire V. yo soy bastante flojo con la amistad. Si una vez en la trapa, hubiera venido mi gente á verme llorando, ¿habría yo resistido? Era capaz de colgar el hábito, ó al menos sentir prolongado desgarramiento en el corazón. Pues bien, cuando uno se consagra al servicio de Dios, me figuro que es preciso hacerlo contento y gozoso. Noivale más empezar por lo más áspero, para perseverar más? — Efectivamente, amigo, observó el cura, la perseverancia es lo que se debe procurar; tú eres joven y robusto, y en las austeridades de la Trapa, pudiera bien la vida parecerte larga. — ¡Ah! señor cura, en cuanto á eso, todo concluye más pronto que uno suele pensar; luego se llega al último. Todo en este mundo nos dice que la vida es corta. Esa otra semana, estaba yo haciendo la pesca de un estanque, ancho, hondo, una mole de agua terrible; ya sabe V., el estanque de los Dos Olmos. Pues bien, cuando soltamos la esclusa, y que se puso á cho-

rrrear todo aquello, en un santiamén desapareció el agua, y yo dije en mí mismo: así fluye y corre la vida de este mundo para ir á sepultarse en la eternidad de Dios, el cual nos mira inmóvil, como yo estoy mirando en la orilla de este estanque. Y luego, señor cura, corriendo ó sin correr, llega uno á su última hora. Ya nos lo decía V. Pues entonces, ¿qué es lo que puede confortar al alma, sino todo cuanto uno hace por Dios? Eso es lo que me impele á la penitencia. Conque, señor cura, bendígame; chorrea el agua, y la vida se va; y tengo prisa de llevar algo á Dios. » El cura bendijo á Pedro, le vió partir, y se puso en oración; cuando concluyó de rezar, escribió para acordarse lo que había dicho el campesino, admirando en su pecho las obras de Dios en las almas á quienes ha escogido.



## DÍA SEGUNDO

SEGUNDA CONSIDERACIÓN SOBRE LA DEVOCIÓN DEL  
MES DE MARÍA

## VENTAJAS DE ESA DEVOCIÓN, MODO DE APROVECHARLAS

PUNTO 1.º — Ventajas de esa devoción: la primera ventaja inherente á la devoción del mes de María, es una protección particular de la Virgen.

Los santos Padres miran la devoción á María como una señal de predestinación. San Anselmo y san Antonino dicen de un modo terminante que no es posible que un siervo de María perezca; asegura san Bernardo que no puede uno perderse bajo la protección de la Virgen, no siendo posible, dice, que la madre de Dios sea desatendida. El beato Pedro Damian habla todavía con más fuerza; dice que María es todopoderosa en el cielo y en la tierra. San Agustin la llama la única esperanza de los pecadores. San Juan Damasceno le dice con muy filial confianza; ¡oh Madre de Dios! si yo pongo mi confianza en ti, seré salvo; si estoy bajo tu protección, nada tendré que temer. — Si pues os tomáis algo de interés por vuestra

alma, amaréis á María, y procuraréis honrarle con todos medios, y merecer su protección. Pues bien, en todo tiempo se complace María en socorrer á quien le invoca.

Su bondad de madre le incita á mirar por la felicidad y salvación de sus hijos; sin embargo tiene particular predilección por aquellos que la celebran en este mes, que especialmente le es consagrado; y se complace mayormente en estos treinta días de gracias en derramar sus más conspicuos favores. Puede decirse de estos benditos días, lo que la Iglesia de los días que preceden á las grandes solemnidades. *He aquí los días de salvación y el tiempo favorable para acudir á la misericordia divina* <sup>1</sup>. En estos días propicios son las gracias más abundantes, está Dios cerca de nosotros, y más ocupada María en el bien de sus hijos. Sois esclavo del pecado, venid á María, venid con confianza, pues es refugio de pecadores. — Estáis gimiendo en la esclavitud de una pasión criminal, venid, ella es socorro de los cristianos, y os ayudará á reconquistar la libertad. — Estáis en la aflicción, ella es consuelo de los afligidos. — Quizá tenéis que luchar con violentas pasiones, ella es la reina de les vírgenes. — En fin, si andáis en los senderos de la justicia, venid también á María pues es el firme apoyo de vuestra perseverancia.

1. II Cor.

La segunda ventaja inherente á la devoción del mes de María, es la facilidad de ganar indulgencias. « La Iglesia es una sociedad cuyos miembros tienen los mismos intereses, gozan los mismos derechos, viven bajo las mismas leyes; es una familia, cuyos hijos poseen la misma herencia. Esa estrecha unión entre todos los miembros de la Iglesia, que hace que todo sea común entre ellos, es lo que se llama la comunión de los santos. En virtud de esa unión, que hace de todos los fieles un mismo cuerpo, cuyo jefe es Jesucristo, participamos de todo el bien que se hace en la Iglesia, tenemos parte en los padecimientos de los mártires, en los trabajos de los apóstoles, y en las austeridades de los santos penitentes<sup>1</sup>.

Sobre este principio, nos enseña la fe que los infinitos méritos de Jesucristo, los superabundantes padecimientos de la Virgen y de los santos, forman en la Iglesia un tesoro que se llama el tesoro de indulgencias. En virtud de su autoridad soberana, concede la Iglesia indulgencias según la necesidad de sus hijos, y las pone en el cumplimiento de tal ó cual obligación, en la práctica de tal ó cual devoción. El mes de María tiene su parte en tan precioso tesoro, derramando los soberanos Pontífices sobre esa devoción abundantes indulgencias. Una de trescientos días va con el

1. Particeps ego sum omnium timentium te.

ejercicio de la tarde; el día en que se comulga en el mes va agraciado con indulgencia plenaria. ¿Y quisierais descuidar tantos favores? ¡Qué injuriosa sería esa indiferencia para la Virgen, y qué funesta para vosotros!

PUNTO IIº — ¿Y qué debemos hacer para aprovechar este mes bendito? Tres cosas: amar á María con más ternura, invocarla con más fervor, imitarla con más fidelidad. 1º Amar á María con más ternura. Vosotros amáis á la Virgen pues es madre vuestra, y sois sus hijos; ya no pocas veces os consagrasteis á ella, y no pocas reiterasteis promesas de fidelidad; pero ¿la amáis tanto como pudierais, tanto como debierais amarla? Hasta ahora, ¿no fué vuestro amor por María más bien en palabras que en sentimientos, imaginación más bien que corazón, una vana sensibilidad más bien que actos verdaderos?

¿Habéis amado hasta ahora á María más que la vanidad y sensualidad vuestra? ¿La habéis amado, y la amáis hasta hacer sacrificios por darle gusto, hasta tener celo por su culto, hasta procurar extender ese amor en el corazón de los demás? ¿No son fugitivos esos ímpetus, momentáneos esos suspiros? ¿No siente vuestra alma fastidios y tibiezas así como se aparta del altar santo? Fervor estéril, amor efímero, esforzaos en este mes en hacer que sea más profundo y sólido vuestro amor, y será entonces más constante y generoso. El mes de



María fué una inspiración del amor; encienda pues esa devoción en el corazón vuestro un amor más profundo por vuestra Madre.

2º Es preciso, en este mes, honrar á María con más celo. Sin duda todos los días de vuestra vida honráis á la Virgen, todas las mañanas y tardes la saludáis con la Iglesia al sonido de la campana, pero ¿hiscisteis en honor de su culto todo cuanto debe hacer un hijo cariñoso en honor de una madre? Llevaban vuestras oraciones esa confianza y piedad, únicas que pueden hacerlas eficaces? Se elevan vuestros pensamientos frecuentes y tiernos hacia el trono de María? ¡Ay de mí! Quedasteis acaso indiferentes al culto de vuestra madre; quizá hasta hoy día no le dirigisteis más que escasas y tibias oraciones, quizá en la habitación donde descansáis no hay ni una imagen que os recuerde sus amorosas facciones. ¿Pues qué prueba le dais de vuestro amor?

Este mes os pone en la necesidad de pensar en ella; alegraos de ello, rogadle con más fervor, honoradle con el canto de sus alabanzas, no temáis el mezclar vuestras voces á las voces que cantaron himnos y cánticos en su honor; gastad algo, si es posible, para adornar su altar; venid gozosos á oír lo que se os contará de sus virtudes de sus grandezas y finezas; honradle con ser asiduos á los ejercicios de piedad que se hacen todos los días del mes; ese ejemplo podrá atraer imitadores que halla-

rán ahí recuerdos que los conmoverán, luces que los iluminarán; ellos os deberán quizá su salvación, y vosotros seréis gratos á María, y útiles á vosotros mismos.

3º Es preciso, en este mes, imitar á María con más fidelidad. Es María, después de Jesucristo, el dechado más perfecto del bien: es lícito sin duda estudiarlo todos los días del año, y sobre todo cuando la Iglesia nos recuerda uno de los misterios de su vida. Pero, en este mes bendito, os será dado estudiarlo más á fondo, porque las instrucciones que se os dirigirán tendrán mayormente por objeto hacéroslo conocer mejor. Formarán éstas como una galería de cuadros, en que se os recordará los acontecimientos más importantes de su vida, y las principales virtudes que debemos imitar. Decís que amáis á María y queréis de ella ser amados; pues bien, procurad reproducir en vosotros algunos rasgos de su semejanza. Será ese culto más grato á su corazón, y más provechoso para el alma vuestra.

¡Oh María, buena y tierna Madre! yo iré gozoso á prosternarme al pie de tu altar todos los días de este mes feliz, y si no me es dado llegar á tu altar, me prosternaré siquiera ante tu amada imagen. Tú te dignarás oír mis ruegos, sonreír á mis cantos, y sobre todo aceptar el ofrecimiento de mi corazón. *Tú eres terrible para las potencias del abismo.* — tu brazo apartará de mis sienes las tempestades que ame-



nazan á mi salvación. *Tú eres madre de la santa esperanza.* — Yo dilataré mi corazón, y penetrado del recuerdo de tus beneficios, diré cada día con filial confianza: Nos refugiamos bajo tu protección, santa Madre de Dios, no deseches nuestras súplicas en las necesidades que nos asedian; y sobre todo libranos de todo peligro, Virgen llena de gloria y bendición. Amén.

## EJERCICIO

No dormirse antes de haberse encomendado á la Virgen con rezar un *Ave Maria*.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*El soldado, la Virgen y el huérfano.* — En Metz, el año 1836, estaba un pobre niño sentadito en la orilla de una calle, llorando sin consuelo. Vino á pasar un militar de corazón bueno y generoso, y viendo al niño, se acercó y le dijo. Lloras, hijito, ¿qué tienes? — ¡Ay! ¡soy muy desgraciado! — ¿qué edad tienes? — Nueve años. — ¿Dónde están tus padres? — Hace dos días que se me murieron. — ¿Dices la verdad, niño? — Oh! sí yo soy muy desgraciado. — ¿Cómo es eso? — Sí, señor, escriba al señor cura de mi pueblo, él se lo dirá. — Pues vente conmigo. » Y el bondadoso soldado le lleva á una posada decente, paga adelantado y dice: « Guardenme ese muchacho y cuidenle. » Escribe al cura, el cual contesta: « Desgraciadamente es muy cierto...., mándenlo, quizás alguna alma caritativa se encargue del pobre huérfano. » Le

contesta el militar: « No, señor cura, yo sere su padre »; Cosa admirable! Como estaba concluyendo su primer enganche, se alista otra vez, y lleva el dinero al director de una casa de educacion. « Caballero, guardadme ese niño, educándole con cuidado; es mi hijo adoptivo. Aquí tenéis 300 fr. Por espacio de seis años, podrá proporcionarle esta cantidad una educacion buena. » Y le entregó 4800 fr. diciendo: « Cuidad su alma, ya cuidaré yo su cuerpo. » Entra el niño en la casa, y se va el soldado á los pies de María. « Virgen santa, dice, mirad por ese niño; yo os lo consagro, y lo doy la mitad para vos y la mitad para mí. » Al cabo de un año, fué á ver á su querido chiquito.... Señor mío, le dijo el director, lleváoslo de aquí, porque está echando á perder toda la casa; no ha correspondido á vuestros deseos. El pobre militar reflexionó y luego contesta con lágrimas en los ojos: « Señor guardadle todavía seis meses; yo espero que volverá á sentimientos mejores; os lo suplico probad.... un yo no sé qué me dice que Dios se apiadará de él y de mí; además, yo voy ahora mismo á verme con la Virgen.... » Y va en efecto á arrodillarse ante el altar de María, y con su tosca y admirable fe, como si hablara á su madre: « Pero, Virgen santa, dice, yo os lo había entregado.... ¿Mi hijo?.... Era tanto vuestro como mío.... Y os dije que mirarais por él.... Virgen santa, no pensabais en ello.... Yo me vendí por él.... ¡Y vos no hariais nada! Os advierto virgen, que os abandono ó al menos, que no os pediré nada más.... Vamos buena Madre, confío en que esta vez habéis de proteger á mi hijo; yo os amaré siempre, y os pagaré siempre ». ¡Qué fe! ¡qué admirable fe! Un año después, era el muchacho modelo de todo el establecimiento. Más tarde tuvo la dicha de ser sacerdote haciéndose también dechado de eclesiásticos.



*Continuación de la leyenda del espino.* — « ¿ Ya sabes, me dijo Juanita, que la Virgen es la mamá del Niño Jesús? » La hice entender que hasta ahí llegaban mis conocimientos. « Cuando vino al mundo el Niño Jesús en un pobre establo donde no había más que un buey y un asno, los ángeles bajaron del cielo para llamar á los pastores á fin de que vinieran á adorarle; y una hermosa estrella de oro guió hasta la cuna á unos magos, que eran reyes muy buenos; pero en el país que atravesaron, y que era el país de los Judíos, había otro rey muy malo, que tuvo celos de ello, y que quiso dar muerte al Niño Jesús. Afortunadamente los ángeles, que adivinan lo que nosotros pensamos, descubrieron la maldad del rey; y uno de ellos que estaba al lado de Herodes, cuando éste dió á sus soldados orden para matar á todos los niños, abrió sus grandes alas blancas, y voló á la gruta de Belén. Cuando llegó era de noche, y toda la Santa familia estaba durmiendo. Entonces se inclinó al oído de san José y le dijo: Mira que el rey Herodes quiere matar al Niño Jesús; levántate, coge á la madre y al hijo, y marchaos los tres para la tierra de Egipto. San José obedeció en seguida, despertó á la Virgen, le contó lo que le había ordenado el ángel, y desatando del pesebre al borrico, le echó su capa en el lomo, y una cuerda al cuello. Mientras tanto, la Virgen María lloraba mirando á su niño dormido, á quien los malvados querían matar, y esperaba para despertarle á que todo estuviera listo. Pero el Niño Jesús no necesitaba que nadie le despertase, y abrió sus hermosos ojitos, sonriendo á su Madre, y alargándole sus bracitos. Entonces la Virgen cesó de llorar, y subiéndose en el asno, sentó al niño en sus rodillas, envolviéndole lo mejor que pudo en los pliegues de su manto. En seguida el borrico tomó de sí mismo el camino de Egipto, como si supiera á donde te-

nía que ir. Siguió San José con su palo en la mano, y anduvieron tanto y tanto tiempo, que al amanecer, ya no se veían los montes de Belén, y que en vez de campos labrados, no vieron más que tierra estéril, todo arena y cascajo. Seguía andando el borrico, y después de los campos de cascajo, entró en un gran desierto todo de arena amarilla, sin un árbol ni arbusto, ni una mata de yerba, ni una gota de agua. Después del día, vino la noche, y el borrico andando siempre. San José estaba muy cansado, pero pensaba en los soldados que quizá le perseguían, y por salvar al Niño Jesús, hubiera muerto antes que pararse. Desde la salida de Belén seguía dormido el Niño en las rodillas de su Madre, que también estaba cansada, y no se atrevía á hacer ningún movimiento por no despertarle — Ese borrico que tanto andaba, interrumpió Adelita, debía de estar casi muerto. — ¡ Calla! contestaron sus hermanas. Y Juanita siguió: « Cuando vino la mañana del segundo día.... — Pero el borrico, volvió Adela, á quien interesaba vivamente el cansancio del pobre servidor, ¿ podía andar todavía? — « Mira, si interrumpes otra vez, no digo nada más, dijo la narradora, echando á su hermana una mirada severa. » Y sin embargo, para satisfacerla, añadió: « El borrico no estaba cansado porque Dios lo quería así. » Habiéndose sosegado el auditorio, con tan terminante contestación, Juanita continuó: Se encontraron los viajeros en el desierto, en medio de arena fina, sin agua y sin verdor. Luego salió el sol, y subió lentamente en el cielo azul, despidiendo rayos tan calurosos y brillantes, que hacían relucir como el oro la arena amarilla, tornándola abrasadora. La Virgen y san José padecían del hambre y del calor, pero se conformaban por amor del Niño; y confiados en la protección del cielo, rezaban sin murmurar. De repente se paró el asno, negándose á ir más adelante; estaban



cabalmente en medio del desierto, en la hora más cálida del día. San José miró á la Virgen con desasosiego, miró la Virgen al Niño con amor; y el Niño seguía durmiendo: « Hijo, preguntó bajito la buena madre, ¿ qué quieres que hagamos? » El Niño Jesús abrió los ojos con dulce sonrisa y extendió la mano. Entonces los viajeros vieron á pocos pasos un zarzal achaparrado y seco que no habían divisado antes. San José ayudó á la Virgen á apearse, acostaron el Niño al pie del zarzal, sobre el cual extendió su madre el manto, y luego se prosternaron para adorar al Niño Jesús. Pero he aquí que cuando se levantaron, en lugar del enclenque zarzal, vieron un inmenso espino cubierto de una nieve de flores perfumadas, á la sombra del cual había fresca yerba al rededor de un manantial de agua cristalina; y mientras daban gracias á Dios, se abrió de repente el cielo azul, se oyó una música celestial, y se aproximaron legiones de ángeles con vestidos blancos y alas de oro, brindando á los viajeros deliciosas frutas para aplacar el hambre y la sed. Y como san José y la Virgen admiraban tal portento, el Niño-Dios, cuya lengua se desataba por la primera vez, susurró en lenguaje del Paraíso: « Madre, así como acaba de florecer bajo tu velo blanco esa raíz que estaba seca, así florecerán para mí eterna corte todas las almas que padecen, y buscan á sus penas refugio en tu corazón. Esas son las promesas de un Padre celestial, y para perpetuar este recuerdo, yo quiero que esa zarza, cuya simiente llevarán los ángeles por toda la tierra, florezca en adelante en el mes consagrado á tí, y que sus flores adornen los altares, en que los hombres regenerados con mi sangre colocarán tu imagen; y ahora, vámonos adonde nos envía el Señor, para que se cumpla su voluntad. » Entonces la Virgen volvió á tomar su perfumado manto, en que envolvió al Niño con respeto, y

mientras seguían los viajeros se marcha hacia la tierra de Egipto, los ángeles se repartieron los ramas del árbol bendecido, llevándoselas cantando. — Tú ves, añadió la primita dando fin á su relato, que no hay que olvidarse de las flores de espino en el ramillete de la buena Madre, pero ya toca la campana, llevemos pronto esas flores al altar. » Fuimos pues corriendo á la humilde iglesia del pueblo, y todavía tuvimos tiempo para adornar con nuestro ofrecimiento la imagen de nuestra divina Madre, que nos abría los brazos, y parecía sonreír á la rubia niña, cuyos labios acababan de contar la poética leyenda. (*L'ouvrier*). — MARIA MARIQUITA.

El tiempo que se consagra á María no es tiempo perdido. Los obreros honrados y trabajadores ejercían la misma profesión. Ambos eran casados, pero el uno tenía numerosas cargas: mujeres niños, sobrinos huérfanos, y el otro nada más que su mujer. Sin embargo reinaba el bienestar en la casa del primero, mientras que el segundo, á pesar del orden y economía, á pesar del deseo de hallar trabajo y su exactitud en la tarea, vivía en incesante desasosiego y escasez. Pero ¿ de dónde proviene esto? pensaba muchas veces. Mi vecino Pedro no es ni más hábil en su oficio, ni más arreglado que yo; ¿ cómo pues se las compone para acertar en todas cosas? Después de haberse hecho con frecuencia esa pregunta á sí mismo, Antonio, un día que se sentía más desalentado, resolvió dirigir la pregunta á su vecino mismo. « Amigo, le dice, ¿ qué es esto? tú todo lo aciertas; llueven las bendiciones del cielo en tu casa; al contrario la mía parece estar maldita; ya no puedo más; y dispénsame si vengo á preguntarte con qué maravilloso medio obligas la suerte á que te sea favorable. » Se



sonrió Pedro. « El medio que yo empleo está á tu disposición como á la mía, dijo. No le dejó concluir Antonio. ¡ Ah! exclamó, tú lo confiesas, tienes un secreto para obligar á que te obedezca el bienestar, feliz tú — ¿ Quieres compartir mi felicidad? Hállate listo mañana por la noche á las ocho, yo iré á buscarte, y te enseñaré donde está la fuente de esto. » El día siguiente ya Antonio estaba pronto antes de la hora señalada. Pedro fué por él y le llevó al ejercicio del mes de María, que se celebraba en san Eustaquio, y luego le llevó otra vez á su casa, y se despidió diciendo. « Hasta mañana. » ¿ Qué intentará este hombre? se estuvo preguntando Antonio toda la noche; y esperó el día siguiente con más impaciente curiosidad. Pedro le llevó otra vez al mes de María, y sin explicación alguna otra vez se despidió diciendo. « Hasta mañana. » Al tercer día, al salir de la iglesia, prorrumpió Antonio con mal humor: « Pero hombre, tú te has empeñado en burlarte de mí; si tu secreto consiste en encontrar la puerta de la iglesia, yo no te necesitaba para enseñármela, ya hace días que la sé; en cuanto á eso de ir á la iglesia todos los días de la semana, yo no puedo perder así el tiempo. — Es verdad que sabes la puerta de la iglesia, pero ¿ entras en ella con frecuencia? Lo que es yo, jamás pasaré un día sin ir á hacer una oración, y no creo por eso perder el tiempo, estoy bien seguro al contrario que saco de ello gran provecho. — Para el otro mundo, puede ser muy bien, pero mientras tanto es preciso vivir en este... — Cabalmente á eso quería yo venir; como es preciso vivir en este mundo, ¿ no es justo suplicar cada día al dispensador de todo bien, venir á adorarle en el tabernáculo santo donde reside, para que no nos olvide al distribuir sus cotidianos beneficios, bendiga nuestra jornada, y haga que fructifique nuestro trabajo? Ahí está todo mi secreto, pruébalo y verás. » Antonio

algo corrido se retiró refunfuñando; sin embargo, como había recibido educación cristiana, reflexionando sobre las palabras y ejemplo de su vecino, se acordó de todo cuanto por desgracia había olvidado: el poder y grandeza de Aquella que se llama socorro de los cristianos. Entonces comprendió cuan abundante podía ser esa fuente de bendiciones á que Pedro atribuía tan justamente el buen éxito de sus trabajos. Tomó él también la laudable resolución de seguir cada día el camino de la iglesia, para ofrecer á Jesús y á María las primicias de la jornada. Desde entonces se extendió sobre él la mano de Dios. Tuvo más trabajo del que podía hacer, pagó sus deudas, y volvió la prosperidad á su morada.

JANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS

## DÍA TERCERO

CONSIDERACIÓN SOBRE LA PREDESTINACIÓN DE LA SANTA VIRGEN <sup>1</sup>

María, llamada de toda eternidad á la maternidad divina, debió ser, de parte de las tres personas de la santísima Trinidad, amado objeto de una especial predestinación, que estableció entre ella y Dios relaciones tan íntimas, que no se pueden expresar dignamente, por no poderlas apreciar bien.

Procuremos no obstante, con religioso acatamiento, sondear tan misteriosas profundidades.

PUNTO I<sup>o</sup>. — María predestinada por Dios Padre. Todos los santos doctores llamaron á María hija de Dios Padre. Sin duda todos somos hijos adoptivos de Dios, pero lo es María de un modo más excelente. ¿Qué hizo Dios con predestinar á María para la divina maternidad? Eligió entre todas las hijas de Eva. Con esa elección, que es la más sublime de todas las gracias, confiere Dios á María dos incomparables privilegios: en primer lugar, la asocia á su divina paternidad. Dios es Padre de un

1. Ab. Coulin, misionero.

modo inefable; por sí mismo y solo engendra eternamente á su único Hijo. Para hacer que María sea madre de su amado Hijo, le concede el privilegio de ser madre, en cierto modo, de la misma manera que es Padre él mismo. Siendo Virgen, ella concebirá, sin que el parto le deje mancha alguna, ni quebrante su integridad. María será madre al modo de Dios, de suerte que si Jesucristo, como Dios, tiene padre sin madre, tendrá, como hombre, madre sin padre.

El primer privilegio eleva á María por encima de todas las criaturas, llevándola, dice un santo doctor, hasta los confines de la divinidad. Según esos principios, es fácil entender cómo el título de hija de Dios queda asegurado á María de un modo muy especial; habiéndose encarnado el Verbo divino en el seno de María pertenece á María su cuerpo, es también su carne porción de la carne de María, María es verdaderamente madre de Dios. Pero siendo Jesucristo Dios y hombre á la vez, llamándole hijo suyo Dios el Padre, María le llama también hijo suyo con tanta verdad. Pues bien, llamando Dios Padre hijo suyo á aquel que es juntamente Dios y hombre, no le da el nombre de hijo aplicado á la humanidad del Salvador, sino por haberle formado María con su carne. Y siendo la carne de Jesús y la de María una misma carne, es fácil de entender que si Jesucristo es hijo de Dios, María es su hija. Con justa razón



pues aplica la Iglesia á María estas palabras de los santos libros: *Yo soy la hija amada de Dios, salida de él antes que toda criatura*<sup>1</sup>. Sí, María es la primera entre los hijos de Dios; es por excelencia la hija de Dios Padre, el cual no puede llamar hijo suyo á Jesús, sino otorgando á la madre de Jesús la sublime prerrogativa de ser su hija de predilección.

¿Trataréis ahora de representaros los variados dones y gracias sublimes con que el Padre eterno agració á María? O bien os esforzaréis en concebir algo del amor de que fué objeto María de parte de Dios? Pero esos son océanos sin límites, abismos sin fondo. Quién podrá medir la extensión de aquellos, y sondear lo profundo de éstos! Oh Dios mío! yo siento mi impotencia, y ella me es grata! Es verdad, pues, que yo podré alabar siempre y admirar á María, añadir siempre á mis alabanzas y admisión, sin que jamás diga ni conciba algo que rebase los límites de la realidad. ¡Qué gloria para mí tener tal madre, qué dicha ser hijo suyo!

Punto IIº. — María fué predestinada por Dios Hijo. Si Dios Padre resolvió de toda eternidad salvar al género humano por la encarnación de su Hijo, también de toda eternidad Dios Hijo dijo á su Padre: *Tú me diste un cuerpo, aquí estoy*<sup>2</sup>. De donde resulta que de toda eternidad, el

1. Eccli. xxiv, 5.

2. Ps. xxxiv.

Hijo eterno del Altísimo escogió para sí una madre, y predestinó una hija de Eva al honor de la maternidad divina. Desde luego; ¿cómo concebir, y sobre todo cómo expresar el amor que eternamente profesa á María, debiéndole llamar un día madre suya? Una gran palabra escribió el Evangelista cuando dijo: *María de quien nació Jesús*. Es la palabra, exclama san Bernardo, que admira á los ángeles y á los hombres; esa palabra es la fuente y medida de todas las perfecciones que se encuentran en la Reina de las Vírgenes. Observa santo Tomás que los escritores sagrados perfectamente instruidos de las eminentes prerrogativas de María, en su cargo de secretarios de Jesucristo, no le dan otro título más que el de Madre de Jesús. Y ¿por qué? porque después de agotados todos los elogios que se le pueden tributar, después de relatar todos sus títulos y prerrogativas, será todavía preciso atenerse á esta palabra profunda: *Madre de Jesús*, y confesar que es uno impotente para sondear ese abismo de grandeza y gloria.

Para comprender lo sublime de la gracia que concede Dios Hijo á María, con predestinarla á la maternidad divina, sería preciso comprender lo que es el mismo Jesucristo. Sería preciso, como Juan, el más sublime de los evangelistas, tomar el vuelo, y lanzarse á las profundidades de Dios, ver su gloria; penetrar en los eternos esplendores del Sol de justicia, y poder decir

en lenguaje humano lo que es el Verbo: la sabiduría de Dios, la imagen de su substancia, el esplendor de su gloria, el Hijo eterno del Altísimo. Así como la humana inteligencia es impotente para sondear todo lo que hay de grandeza y santidad en la persona del Hijo de Dios hecho hombre, así es la lengua del hombre impotente para relatar las maravillas de esa predestinación de una hija de Adán á la dignidad de Madre de Dios. Porque en fin, María no es otra cosa sino la digna madre de Jesús, como es Jesús el hijo adorable de María. Se ha ordenado al hombre que honre á su padre y á su madre; pero aquí tenemos un hijo que es Dios, — ¿preguntáis cómo debió honrar á su madre? sin duda debió honrarla de un modo digno de él, por consiguiente de un modo digno de Dios. — Detengámonos en este pensamiento, meditémoslo, y él nos dirá sobre las glorias de María más que los largos discursos, y que los escritos más elocuentes.

PUNTO III.º — María fué predestinada por el Espíritu Santo. Así como todos los Padres de la Iglesia llaman á María hija de Dios Padre, le llaman también esposa del Espíritu Santo; y ese lenguaje estriba en las palabras del Evangelio relativas á la encarnación del Verbo. Cuando participa el ángel á María que ha de ser madre, retrocede ella, y se refugia en cierto modo en la gloria de su virginidad: la sosiega el embajador del cielo: *El Espíritu*

*Santo descenderá en ti, la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra*<sup>1</sup>. Es decir, como se expresa un piadoso autor, el Espíritu Santo será para tí cual una leve nube, la cual, al disolverse, se infiltra insensiblemente en las venas de la tierra, y la fecunda dejándola intacta. Se hace pues el Espíritu Santo fecundo en María y por María, y produce de María á Jesucristo, su obra maestra más perfecta. Qué inefable misterio! ¿Quién dirá las grandezas y santidad de María, considerada en su la cualidad de esposa del Espíritu Santo? Al emprender Salomón la edificación del templo de Jerusalén, quiso que se emplearan los más ricos materiales, los más preciosos, porque, decía, no se trata de construir una morada para un hombre, sino para Dios. Con qué dones, con qué virtudes no debió el Espíritu Santo adornar el alma de María, pues que en ella debe hacer su morada, y formar de ella la santa humanidad á que se unirá el Verbo divino! María es pues esposa del Espíritu Santo, y ella supo honrar tan glorioso título con la práctica de las más sublimes virtudes.

Pues bien, el alma fiel es también esposa del Espíritu Santo; él viene á ella, y hace en ella su morada. No sabéis, dice san Pablo, que ya no os pertenecéis, que vuestros miembros son el templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, habiéndolo recibido de Dios? El signo

1. Luc. 1, 35.



y fruto de esa divina unión es la fecundidad. Decimos á María: *Bendito es el fruto de tu vientre Jesús*. Pues también es ese el fruto de bendición que Dios espera de nosotros. Es necesario que demos á Jesús á luz, tomando su espíritu, sus sentimientos y lenguaje, delineando su vida en nosotros. Sí, el Espíritu Santo se dió á nuestra alma por esposo, para que nuestra alma dé la vida á Jesús, en primer lugar en sí misma, por la práctica de todas las virtudes cristianas, como María durante los nueve meses que le llevó en su seno; y luego en los demás por nuestro celo y el perfume del ejemplo, como María que dió Jesús al mundo entero. ¡Oh! ¿quién comprenderá esas cosas, y quién las sentirá? Y sobre todo, ¿quién será tan feliz que las ponga en práctica?

María, dulce y tierna madre, cúbreme con tu manto para protegerme contra los peligros que me rodean; intercede sin cesar con tu divino Hijo, y alcánzame las gracias que necesito, y que muy poco merezco; haz que yo respire el perfume que se exhala de tí; haz sobre todo que embriagado con tan delicioso perfume, admire y practique yo las virtudes que te hicieron digna de ser la esposa del Espíritu Santo<sup>1</sup>. Amén.

1. Luc, I, 42.

## EJERCICIO

Llevar habitualmente una imagen ó medalla de la Virgen, y en las tentaciones, no esperar para rechazarlas á que haya conmovido el demonio nuestra alma, sino, así como uno las siente, acudir á María, y echar de sí la sugestión generosamente.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Notable rasgo de la protección de la Virgen.* — A petición de un venerable sacerdote de París, un antiguo militar lleno de fe y lealtad le escribió el compendio de su vida que aquí copiamos, y en que abundan los rasgos más extraordinarios de la protección de María.

Había en Blatz-Hein, en Alsacia, donde yo vivía, un célebre santuario en honor de la madre de Dios, en un antiguo convento de capuchinos. Desde mi niñez, había sentido yo gran devoción por la Virgen santa, é iba con frecuencia á visitar el santuario á ella consagrado. Me complacía en reunir mis condiscípulos al rededor de un altarito que yo había dispuesto en mi cuarto. Estaba adornado de manera que imitase en lo posible el de mi santuario. Pero, ¡ay! luego se desvaneció ese naciente fervor en alas de las guerras del Imperio, las cuales me llamaron bajo las banderas de Napoléon. Salí pues con el gran ejército para la expedición de Rusia, y no tardaron los campamentos en hacerme olvidar las prácticas santas que habían sido embleso de mi infancia. Después de no pocos combates, de que salí sano y salvo por la protección del cielo,



llegué á la batalla de Moscova. Por la primera vez en igual circunstancia, se me antojó reflexionar al lado de la hoguera del vivaque sobre la muerte y el juicio final. Hicieron en mí tanta impresión esos pensamientos, que todo me parecía indiferente en comparación de una buena conciencia; En qué estado me hallo, Dios mío! decía en mí mismo de cuando en cuando; y los recuerdos de mi niñez se me presentaron á la memoria. Pero habiendo principiado el cañoneo, me encomendé á Dios, y acordéme de que María es el refugio de los pecadores. ¡ Ah! ; quién por ese motivo tendrá más derecho que yo á su protección!... pues ya no me atrevía á darle el nombre de madre. Se reanimó mi confianza en ella, renegué mis pasadas ingratitudes, y aunque ya en el campo de batalla, le supliqué me lograra el favor de ver otra vez á mi patria, y de morir en la paz de una buena conciencia, prometiéndole con voto una misa y un cirio en mi amado santuario. Entretanto se iba poniendo el lance de más en más serio; espantosa carnicería; caen todos mis compañeros al rededor de mí; cubierto yo de sangre y sesos, en medio de aquel pedrisco de balas, y por fin salgo de la pelea sin recibir ni una herida.

Después de la famosa é infausta retirada, caí prisionero en las orillas del Vistula: tres veces me escapé, y tres veces me volvieron á coger, llevándome después hasta los confines de Asia. En una de esas evasiones hallándome un día en las pantanos de la Volhynia, divisé un pepelito doblado en dos, lo que me pareció extraño en sitio tan agreste. Lo recogí con curiosidad, y; cuál no fué mi admiración! era la imagen de la Virgen sobre pergamino, muy bien conservada á pesar de la lluvia y barro. Se despertaron entonces con más viveza todos mis recuerdos, los de mi juventud, los peligros á que tantas veces había sobrevivido después de la batalla de Moscova:

« ¡ Cómo! exclamé, con tantas pruebas de protección de la madre de Dios, se necesitaba este hecho casi milagroso para hacerme pensar en ella! » Aquella imagen me hizo entrar en mí mismo y renové delante de ella el voto y petición. Me puse á rezar por primera vez desde muchos años; y ese fué el principio de mi conversión.

No obstante, no vi á mi patria sino cuatro años después de esa campaña. Cumplí el voto, y di gracias á Dios. Lo que soy hoy día, lo debo á María, cuyas misericordias quiero pregonar todos los días de mi vida.

*Jamás se espera en vano en María.* — El rasgo siguiente nos fué comunicado por una hija fiel de María, la señorita Coraly de Gayx, cuya prematura muerte dejó inconsolables á los pobres y desvalidos de quienes era segunda providencia:

Había en nuestra parroquia, dice, un anciano de setenta y siete años, el cual ejercía á la vez el oficio de sastre y tabernero. Era uno de los más ricos de la parroquia, y de los más eruditos, lo que no quiere decir mucho, pero en fin sabía leer bastante para deleitar su imaginación con todo lo peor que había en las alcantarillas de los periódicos más impíos. Era su vida un escándalo, y su casa una escuela de disolución; profesaba el ateísmo y la inmoralidad. Allí iba á naufragar la juventud. Hablaba con frecuencia de religión, pero nada más que para ridiculizarla y ultrajarla de todos modos; en fin, desde ya cuarenta años, era aquel hombre la peste del pueblo, y la desesperación de cuantos querían el bien. Uno de estos días, era en los últimos de agosto, corrió la voz de que estaba muy enfermo. El cura no aguardó que le llamaran, y se presentó muy decidido. Le vió el enfermo sin repugnancia, pero le acogió con no pocas pullas



y sarcasmos sobre nuestra santa religión y sus divinos misterios. El pobre cura se retiró con el corazón angustiado. Vino á contarme el caso, exhortándome á que fuera yo á verle; escribió á la archicofradía de Platée, para recomendarlo á las oraciones de las buenas almas; dijo la misa á su intención, y rezó *Memorares* con gran confianza. Me subí en coche para ir allá. Piensen si en el camino recé *Acordaos*, y si hice á mi medalla todas la recomendaciones... Cuando llegué á la puerta, vino á recibirme la nuera: « ¡Ay! señorita, me dijo, no se aproxime, porque huele que apesta. » Yo no sé si es que temían mi visita, pero el argumento no me arredró. Pareció el enfermo satisfecho con mi visita; diciéndome cuanto sentía la molestia que yo me tomaba, y me habló con pormenores de sus padecimientos. Entonces no perdí el tiempo, y enseñándole mi medalla, le dije cuánto me conmovía su estado, y que había pensado en traerle un talismán maravilloso para curar las enfermedades, ó calmar los dolores; que no se trataba más que de besar aquella medalla de cuando en cuando, rogando á la Virgen que viniera en su ayuda. Algo atónito de mi lenguaje, tomó la medalla, la miró volviéndola en todos sentidos. Cuando quise colgarla á su cuello, no hizo resistencia. Le supliqué que la besara, y lo hizo en seguida. Ya creía yo haber ganado la victoria, y me retiré diciendo á María: « Acabo de hacer cuanto estaba en mi poder, ahora á tí lo imposible. » Pero no bien me había marchado, cuando el infeliz se echó á reír de mi regalo, diciendo que los que creen esos disparates son unos necios. En esto, se presentó otra vez el cura: « ¡Ah! señor, le dijo el hombre con tono burlón, he tenido una visita. La Señorita ha venido á verme; es muy buena la señorita. Me trajo algo, una especie de medalla que dice que ha venido de Roma bendecida por el Papa.

¡Debe ser cosa preciosa! Mírela usted; ¿ es de oro ó de cobre? Dice que la Virgen puede curarme; pero yo no creo en esa medalla; ha querido atármela al cuello, yo deje que la atara, pero si me molesta la tiraré allá. » El señor cura probó si podía convencerlo, y le habló de confesión. « ¡ Confesarme yo! ¿ Qué es eso? Jamás hice daño á nadie, á no ser que me haya quedado alguna vez con algún pedazo de paño, para hacer algún pantalón, y darlo á quien lo necesitaba. Además, yo no creo en esa confesión. — Pero, desgraciado, le dijo el cura; y si perdéis el cielo! — Yo no quiero ir al cielo; allí no hay más que mujeres y niños, y tontos; toda la gente de talento está en el infierno; pero ¿ qué es el infierno? V. no cree en él me parece... ó si cree, es V. un tonto. » Figúrense el desconsuelo del pobre cura cuando salió de allí. Ya empezaba á echarlo á rodar todo cuando en fin, el día de san Agustín, 28 de agosto, al ir yo á misa, encontré al cura muy contento y gozoso. « Señorita dijo con tono triunfante, ya tengo, por fin, á ese pobre hombre. La virgen le venció. El mismo ha pedido la confesión, y la ha cumplido con muchas lágrimas; le llevé el viático que él deseaba con mucho afán. Antes de recibirlo, ha hecho públicamente profesión de fe, ha pedido perdón á todo el mundo, y luego le di la extrema unción. Y ahora queda contentísimo con su suerte, dispuesto á sufrir y morir como Dios guste. » Fui corriendo á ver á aquel buen hombre, el cual me recibió gustoso: « Conque, le dije al entrar, ¿ recibió usted una gran visita! Me han dicho que Dios mismo vino á verle á V. — ¡ Ah! si, señorita, contestó, estoy muy satisfecho; y quisiera morir luego; y cuando esté en el cielo, pierda usted cuidado, no la olvidaré. » Luego me enseñó la medallita que el tenía apretada á su corazón, y me fui de allí con los ojos llenos de lágrimas, inundada el alma de alegría, y



penetrada de agradecimiento para con María, la cual, con nuevos portentos, me enseña todos los días á esperar contra toda esperanza.

*Conversión del P. Hermann.* — Nacido de padres israelitas, en Hamburgo, en 1821, Hermann Cohen lanzóse pronto en la carrera de artista. Venido á París en 1834, luego fué uno de los más distinguidos discípulos de Litz.

Mareado por tantos buenos éxitos se precipitó en el tráfigo del mundo y sus placeres; pero en medio de esa existencia que ambicionan muchos artistas, el corazón del joven Hermann buscaba la felicidad; un desasosiego, un tedio indefinible abrumaba su vida, y esa situación se prolongó hasta el mes de mayo de 1847, época en que unos coros de aficionados se reunían todas las tardes, para el mes de María, en la iglesia de santa Valeria. Suplicaron á Hermann que tocara el órgano, y el joven artista, únicamente inspirado por el amor de su arte, y el deseo de hacer un favor, se trasladó á santa Valeria; desde el primer día, ya se conmovió su corazón. « Cuando llegó el momento de la bendición, relató él más tarde, aunque no tenía inclinación alguna á prostermarme, como los demás de la reunión, experimenté interiormente indefinible turbación; absorba mi alma y distraída en las agitaciones del mundo, se retiró en sí misma, por decirlo así, y sintió que pasaba en ella algo muy desconocido hasta entonces. Sin sospecharlo, y sin participación alguna de mi voluntad, me vi incitado á inclinarme. Habiendo vuelto el viernes siguiente, fuí también conmovido del mismo modo, y me acometió la idea de hacerme católico.

Unos días después, al pasar una mañana delante de la iglesia de santa Valeria, oí una campana que tocaba á misa. Entré en el santuario y asistí al

sacrificio inmóvil y bastante atento; oí una, dos, y tres misas sin pensar en retirarme, ni comprender lo que allí me detenía. Vuelto á mi casa, otra vez me sentí impelido á volver al mismo sitio, y otra vez la campana me hizo entrar. Estaba expuesto el Santísimo, y así que le vi, fuí sin saberlo á hincarme de rodillas á la balaustrada de la comunión. Me incliné esta vez sin esfuerzo en el momento de la bendición, y al levantarme, sentí dulce calma en todo mi ser. Durante toda la noche, en sueño ó en realidad, no se ocupó mi mente más que en el Santísimo Sacramento. Ardía de impaciencia por asistir á otras misas, y desde aquel día oí varias en santa Valeria con un gozo tal, que absorbía todas mis facultades. Desde entonces, llevado por la gracia, cuyos primeros efectos me habían conmovido inopinadamente, y con las señas que me dieron, fuí á verme con la señora duquesa de Rauzán, y rogarle que me dirigiera á un clérigo; y ella me indicó el abate Legrand. »

En Ems, Alemania, fué donde la verdad, que apenas había vislumbrado Hermann, se le apareció del todo con su resplandor.

« Allá, dice, las ceremonias cautivaron mi atención, y poco á poco, las oraciones del Santísimo, los cantos, la presencia invisible, que sin embargo yo sentía en mí, de un poder sobrehumano, principiaron á agitarme, á turbarme y estremecerme; en una palabra, *la gracia divina se complació en invadirme con toda su fuerza.* Al alzar á Dios, de repente, estalla en mis párpados un diluvio de lágrimas que no cesan de brotar con abundancia. ¡ Oh venturoso instante! ¡ oh momento por siempre memorable! tú no has cesado de estar presente en mi mente con las celestiales sensaciones que me vinieron de allá arriba; y aún hoy día, invoco al Dios de misericordia y todopoderoso, para que el delicioso recuerdo de tanta felicidad quede en mi corazón escul-



pido eternamente. Acuérdomé haber llorado siendo niño. pero jamás, jamás había conocido semejantes lágrimas.

Mientras así me hallaba inundado, sentí que se levantaban en mi pecho, atormentado por la conciencia, los más desgarradores remordimientos sobre mi pasada vida. Súbitamente, como por intuición, ofrecí á Dios una confesión general, interior y rápida, de mis enormes culpas desde mi adolescencia. Todavía las estoy viendo por miles, pintadas delante de mí, hediondas, repugnantes, escandalosas y dignas de la ira del Juez de justicia.

No obstante, también sentí, según la desconocida calma que derramaba su bálsamo consolador en toda mi alma, que el Dios de misericordia me las perdonaría, que apartaría su mirada de mis iniquidades, se apiadaría de mi sincera contrición, de mi dolor amargo, y de mi vehemente arrepentimiento. Sí, yo sentí que me perdonaba, que aceptaba en expiación mi firme resolución de amarle sobre todas las cosas, de convertirme á él. Al salir de aquella iglesia de Ems, ya era yo cristiano. »

Volvió Hermann á París dominado por la gracia; y fué bautizado en la capilla de N.-S. de Sión, el 28 de agosto de 1847, fiesta de *san Agustín*, cuyo nombre iba á tomar, al vestir el hábito religioso. Se había preparado á recibir el santo bautismo con serios estudios, y largo ejercicio espiritual. El abate Legrand, que había tenido la dicha de sembrar la primera simiente en el alma del neófito, coronó su obra echando sobre su frente el agua regeneradora.

(*Conversión del pianista Hermann, par J. B. G. y Messenger de la Charité, par G. CADOUAL.*)

## DÍA CUARTO

---

### CONSIDERACIONES SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Uno de los más bellos privilegios de María es el de haber sido concebida sin pecado riginal; por eso la Inmaculada Concepción es una de las fiestas más gratas á su corazón. Consideremos pues hoy en qué consiste la Inmaculada Concepción, y por qué debemos creer en ella.

PUNTO 1º. — ¿ En qué consiste la Inmaculada Concepción? Con proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, la Iglesia no quiere decir que María fué concebida en el seno de su madre por obra del Espíritu Santo, cual ella concibió á Jesucristo; eso sería atribuirle un origen divino y milagroso como el de Jesucristo, lo que es absurdo; quiere decir sencillamente que María, desde el instante en que fué concebida en el seno de Santa Ana su madre, fué preservada de la mancha original que todos contraemos por nuestra descendencia de Adán. Adán el primer hombre, dice un filósofo cristiano<sup>1</sup>, era como el hombre universal, por encerrar en sí toda la naturaleza humana. Por consiguiente,

1. A. Nicolás, *Nuevos estudios filosóficos*, 2ª parte.

pido eternamente. Acuérdomé haber llorado siendo niño. pero jamás, jamás había conocido semejantes lágrimas.

Mientras así me hallaba inundado, sentí que se levantaban en mi pecho, atormentado por la conciencia, los más desgarradores remordimientos sobre mi pasada vida. Súbitamente, como por intuición, ofrecí á Dios una confesión general, interior y rápida, de mis enormes culpas desde mi adolescencia. Todavía las estoy viendo por miles, pintadas delante de mí, hediondas, repugnantes, escandalosas y dignas de la ira del Juez de justicia.

No obstante, también sentí, según la desconocida calma que derramaba su bálsamo consolador en toda mi alma, que el Dios de misericordia me las perdonaría, que apartaría su mirada de mis iniquidades, se apiadaría de mi sincera contrición, de mi dolor amargo, y de mi vehemente arrepentimiento. Sí, yo sentí que me perdonaba, que aceptaba en expiación mi firme resolución de amarle sobre todas las cosas, de convertirme á él. Al salir de aquella iglesia de Ems, ya era yo cristiano. »

Volvió Hermann á París dominado por la gracia; y fué bautizado en la capilla de N.-S. de Sión, el 28 de agosto de 1847, fiesta de *san Agustín*, cuyo nombre iba á tomar, al vestir el hábito religioso. Se había preparado á recibir el santo bautismo con serios estudios, y largo ejercicio espiritual. El abate Legrand, que había tenido la dicha de sembrar la primera simiente en el alma del neófito, coronó su obra echando sobre su frente el agua regeneradora.

(*Conversión del pianista Hermann, par J. B. G. y Messenger de la Charité, par G. CADOUAL.*)

## DÍA CUARTO

---

### CONSIDERACIONES SOBRE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Uno de los más bellos privilegios de María es el de haber sido concebida sin pecado riginal; por eso la Inmaculada Concepción es una de las fiestas más gratas á su corazón. Consideremos pues hoy en qué consiste la Inmaculada Concepción, y por qué debemos creer en ella.

PUNTO 1º. — ¿ En qué consiste la Inmaculada Concepción? Con proclamar el dogma de la Inmaculada Concepción, la Iglesia no quiere decir que María fué concebida en el seno de su madre por obra del Espíritu Santo, cual ella concibió á Jesucristo; eso sería atribuirle un origen divino y milagroso como el de Jesucristo, lo que es absurdo; quiere decir sencillamente que María, desde el instante en que fué concebida en el seno de Santa Ana su madre, fué preservada de la mancha original que todos contraemos por nuestra descendencia de Adán. Adán el primer hombre, dice un filósofo cristiano<sup>1</sup>, era como el hombre universal, por encerrar en sí toda la naturaleza humana. Por consiguiente,

1. A. Nicolás, *Nuevos estudios filosóficos*, 2ª parte.



toda la naturaleza humana fué inficionada con su pecado. Un pecador engendra pecadores, y por sucesión funesta, una progenie criminal. *Vivió Adán*, dice la Escritura, *y engendró á imagen y semejanza suya*<sup>1</sup>.

Por justo juicio de Dios, que queda misterioso para nuestra pobre razón, pasó el pecado de Adán á todos sus descendientes. Lo que hace que diga David: *Fuí concebido en la iniquidad, y me concibió mi madre en el pecado*. Y no es que David quiera decir que le concibió su madre pecando, sino que fué manchado con el pecado en el momento en que se hizo hombre. Proclama san Pablo la misma verdad cuando enseña que, *por nuestra naturaleza somos hijos de ira*<sup>2</sup>. Esa es la infeliz condición de todos nosotros; por eso estamos sujetos á la ignorancia, á la propensión para lo malo, á los padecimientos y á la muerte.

¿En qué consiste pues la Inmaculada Concepción y qué es lo que enseña la Iglesia al enseñar que María es inmaculada? Quiere decir que María, desde el momento de su concepción, fué preservada, por un privilegio que le es propio, de esa mancha original que nos hace, por nuestra naturaleza, hijos de ira; mancha que contraemos por nuestro origen en Adán, y que queda borrada con el bautismo.

1. Gen. v, 3.

2. Ep. 11, 3.

Ahora, si se me pregunta cómo pudo hacerse esa excepción, no se puede contestar más que una cosa: « Se hizo por la gracia de Jesucristo; esa gracia, cuya virtud omnipotente rescató á todo el género humano del pecado original, pudo muy bien preservar de él á María. Es sin duda un milagro, pero no es ese milagro más extraño que los demás portentos que componen la vida de la bienaventurada Virgen. » Hay más; todos los privilegios que goza María, y que sin dificultad admitimos, suponen ése, y no son más que consecuencia de él. Así pues: fué exenta de la concupiscencia; ¿por qué esa exención, si nace como nosotros con el pecado original? ¿No es su consecuencia rigorosa la concupiscencia? Parió sin dolor; ¿por qué esa exención de la ley general provocada por el pecado original, si ella no estuviera exenta del mismo pecado original? Muere sin agonía, y queda su cuerpo libre de la corrupción del sepulcro; y sin embargo la agonía y corrupción son consecuencias del pecado original; si María fué mancillada por el pecado original, ¿por qué esa exención? Luego si negamos la Inmaculada Concepción, cada acontecimiento de la vida de María supone nuevo milagro; si la admitimos, todo queda explicado naturalmente. — Ella es inmaculada, desde luego debe estar libre de todo cuanto es consecuencia y castigo del pecado: de la concupiscencia, de la agonía, de la corrupción del sepulcro. Se ha



dicho que, sin el pecado original, sería el hombre un enigma inexplicable; puede también decirse de María que, con el pecado original, es su vida un enigma todavía más inexplicable.

PUNTO II.º — Motivos para creer en la Inmaculada Concepción. La Iglesia, por boca de Pío IX, el 8 de diciembre 1854, en presencia de cincuenta y tres cardenales, de ciento cuarenta y tres arzobispos y obispos venidos de todos los puntos del mundo, declaró que María es inmaculada. Desde aquel día por siempre memorable en los fastos de la Iglesia, la Inmaculada Concepción es un dogma, un artículo de fe que es forzoso admitir, ó renunciar á ser fiel cristiano. Sólo esa razón basta para que creamos con todo corazón en María Inmaculada; pero; cuántas otras razones concurren á corroborar ésa, y justificar la decisión de la Iglesia, si es que una decisión de la Iglesia necesita justificación!

1.º Jesucristo por su santidad debía nacer de madre inmaculada; Cómo!; Aquel que encuentra mancillas hasta en los ángeles<sup>1</sup>, aquel que no se complace sino en medio de los lirios<sup>2</sup>, hubiera consentido en tomar nacimiento en una carne que el pecado habría mancillado!; Cómo creerlo? La mancha de la madre hubiera sido oprobio para el hijo; y en efecto, dice san Agustín, la carne de Jesús era la carne de

1. Job. iv. 16.

2. Cant.

María; si María hubiese sido concebida en el pecado, hubiera comunicado á Jesús una carne ajada por el pecado; ¿quién no retrocede ante semejante consecuencia?

2.º Jesús debía por gloria suya preservar á María de la mancha original. ¿Cuál fué el objeto del Hijo de Dios al venir al mundo? Hacer pedazos el imperio del demonio, y destruir el reino del pecado. Pues bien, él venció al demonio en todos los cristianos quitándolos del pecado con la virtud del bautismo. — Y todos los días triunfa de él purificando á los pecadores con el sacramento de la penitencia. — Ya le había vencido antes de su nacimiento en Jeremías, en Juan Bautista, su santo precursor, en san José esposo de María, santificándolos en el seno de sus madres; pero no era completo su triunfo. Hay, dice Bossuet, cierto momento en que el espíritu infernal se jacta de hacer inútiles los esfuerzos de la gracia, es el momento de la concepción. Será pues la victoria de Jesús completa, y el demonio plenamente vencido en todas partes, si María es inmaculada. Sólo ese privilegio puede realizar plenamente estas palabras que para ella fueron dichas: Yo pondré enemistades entre ti y la mujer, y ella te aplastará la cabeza<sup>1</sup>.

3.º El Hijo de Dios debía por amor á María hacer que naciera inmaculada. Para él no hay

1. Gen. 1, 1.



sucesión de tiempos ; de toda eternidad, María debía ser madre suya ; por consiguiente, de toda eternidad le amó como madre. Pero no pudiendo en el Hijo de Dios ser el amor un sentimiento ocioso, debió dar á la que había de ser su madre lo que el sabía serle más grato, una pureza inmaculada. Está esa liberalidad en el corazón de un buen hijo, es para él el gozo más dulce, como el más dulce deber. De ahí, estas palabras que, en un admirable movimiento de fe y de amor, dirige Bossuet al Salvador del mundo : « ; Oh Niño bendito, por quien fueron hechos los siglos ! tú eres antes que todos los tiempos. Cuando tu madre fué concebida, tú la estabas mirando desde lo alto de los cielos ; tú mismo formabas sus miembros Eres tú quien inspiró el soplo de vida que animó esa carne de la cual debías sacar la tuya ; Oh ! ten cuidado, eterna Sabiduría, ten cuidado no se inficione de horrendo pecado en ese momento, y no caiga en posesión de Satán. Aparta esa desgracia por tu bondad ; empieza á honrar á tu madre ; haz que le aproveche el tener un hijo que existe antes que ella, puesto que, en suma, tú sabes muy bien que ella es ya madre tuya, y que tú eres ya su hijo. »

Terminemos estas consideraciones sobre la Inmaculada Concepción, con una reflexión práctica que parece brotar como de sí misma del misterio que acabamos de meditar : para

merecer que Jesucristo se encarnara en su seno, debió ser María la más pura de las criaturas, y para hacerla digna de tal honor, Dios le concedió el privilegio de ser inmaculada. Pues bien, con la comunión se encarna Jesucristo en vuestro corazón, como se encarnó en el de María ; como ella, tenéis la dicha de llevar á Jesucristo en vosotros.

¿ Sois puros como María ? tal sería necesario, sin embargo ; gemid y avergonzaos de estar tan lejos del modelo ; rogad á la Virgen mil y mil veces bendita que pida á su divino Hijo el hacer de vuestra alma una morada digna de él ; decidle repetidas veces estas palabras tan dulces al corazón de vuestra Madre : María sin pecado concebida, ruega por mí que acudo á ti.

« ; Cuán dulce es para un corazón que te ama, oh bien aventurada Virgen, el descansar en el pensamiento de tu eterna inocencia, de tu permanente y perpetua santidad ! Tú fuiste en el tiempo lo que fuiste en el pensamiento eterno de tu Hijo y de tu Dios, es decir la más pura, la más bella, la más santa de las criaturas. Alábase Satán por su fácil victoria sobre nosotros. Entone el himno lúgubre de su triunfo sobre nuestra cuna. Cante nuestro vencimiento y muerte desde el primer instante en que crecemos á la vida ! El se ha hecho pedazos contra la inocencia de nuestra dulce Madre ; se abrigó la vida sobrena-



tural en el corazón inmaculado de nuestra Reina, y el brazo de una mujer ahuyentó al soberbio enemigo de Dios y de los hombres. » (Abate Combalot).

## EJERCICIO

Seamos fieles en hacer cada día examen de conciencia, para saber lo que en nuestro corazón puede chocar las miradas tan puras de María.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Leemos en la historia de España que un célebre navegante de dicha nación Alfonso de Albuquerque, fué sorprendido en sus viajes por una terrible tempestad y estuvo á pique de perecer con más de cien pasajeros. En lo más peligroso del lance, y mientras las irritadas olas amenazaban con tragarlo todo, vieron al noble capitán con un niño en sus brazos, levantándole hacia el cielo. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos, y con voz angustiosa decía: ; Dios omnipotente, sálvanos! perdona á los culpables en favor de este inocente. A la vista de tal espectáculo, marineros y pasajeros cayeron todos de rodillas, mezclando sus ruegos y lágrimas á las lágrimas y ruegos de Albuquerque. Ese modo de implorar al cielo hizo á Dios dulce fuerza. Se aplacó el mar, y quedó salva la nave. Cristianos, eso debemos hacer todos. Pobres viajeros en este revuelto mar del mundo, estamos expuestos á que nos traguén las olas de las pasiones. Pero en esta nave en que viajamos, nos queda una esperanza, y es la Virgen inmaculada. Apenas creada ya está

llena de gracia; y por eso la mira Dios con ojos de complacencia; no le disgusta á él que la interpongamos entre su justicia y nuestra culpable frente. Tomemos en brazos esa tan dulce intercesora; levantémosla hacia el cielo, mientras duren las horrascas de la vida, y ella nos librará del naufragio, llevándonos sanos y salvos á la bienaventurada inmortalidad. Amén <sup>1</sup>.

*Abjuración de un ruso protestante.* — En un hospital de Constantinopla, donde se hallaban reunidos sinnúmero de rusos, después de la guerra de Crimea, un joven polaco, gravemente herido en la pierna padecía intolerables dolores, que le arrancaban desgarradores gritos. Invocaba con todo corazón á la santa y dulce Virgen María. Estaba colocado al lado de él un ruso, protestante, herido también y enfermo de violenta disenteria. Echaba éste tan insoportable olor, que todos se quejaban, enfermos y enfermeros. Por otra parte, parecía no hacer caso alguno de los actos de religión; y la hermana de caridad de servicio en la sala pasaba y volvía á pasar, sin que él se dignara mirarla, cuanto menos hablarle. Al contrario, el joven polaco llamaba á la hermana con frecuencia, y recibía con tanto gozo como agradecimiento sus cuidados y consuelos. Una noche, en que el joven católico padecía más de lo acostumbrado, llama á la hermana, pidiéndole auxilio, pues está perdiendo la paciencia, y apoderándose de él la desesperación; tan atroces y horrendos eran sus dolores. Le ampara la hermana, le consuela, le infunde confianza, dándole la medalla de la Virgen, y diciéndole que se la ponga en la herida. Consiente el joven enfermo, pone la mano sobre la herida para sostener en

1. Abate Girou, capellán de Santa Genoveva.



ella la medalla, y se duerme en esa postura. El protestante había hecho como si nada viese, pero todo lo había examinado y visto. Unos días después, llamó á la religiosa y le dijo : Hermana, déme á mí también lo que dió á ese joven, y que tanto le alivió, porque ¡ estoy padeciendo !... — Amigo, con mucho gusto, contestó la hermana, pero V. no tiene lo que cura ; fe y confianza... Ustedes los protestantes niegan el poder de la Virgen... y no la reconocen por su reina, abogada y madre. ¿ Qué haré pues, siendo una medalla de María la que dió á su vecino, y que tan luego le alivió ? — Démela también á mí, hermana ; yo creo cuanto me dice. Hace V. bien á todo el mundo, ¿ cómo podría engañarme ? — Pero en María, en la santa madre de Dios ¿ tiene V. confianza ? ¿ cree en su poder misericordioso ? — Yo creo en todo, hermana ; puesto que María atiende á los desgraciados, y cura á los que padecen, no nos puede engañar.

Muy confiada la hermana, dió la medalla al pobre soldado ruso. Luego hubo maravilloso cambio en el enfermo. Pidió un sacerdote para que le instruyera, y después de estudiar algunos días la doctrina católica, y rezar con frecuencia á María, quiso abjurar de sus errores. Como se le había separado de los demás enfermos, por el olor que exhalaba, pudo agenciar las cosas á su gusto : Después de recibir el bautismo y la Eucaristía, no pudiendo contener su alborozo, exclamaba : ¡ Qué felicidad es ésta ! Jamás me vi tanto gozo en el corazón. Muy contento moriré de la herida que recibí en el campo de batalla, pues á ella le debo mi salvación ; Qué bueno es Dios de haberme sacado del error ! Sea la santísima Virgen María conocida en todas partes y amada por siempre... Y con esto expiró. (*Anales de la congregación de la Misión.*)

*El padre convertido por su hija.* — Un misionero de la Sociedad de María predicaba en una de las iglesias de Lyon, ciudad tan justamente nombrada la ciudad de María. Hablando de la Virgen, dijo entre otras cosas que era muy difícil no convertirse y no resolverse á la confesión, si uno llevaba con devoción la medalla milagrosa de la Inmaculada Concepción, sobre todo si recitaba siquiera tres veces la bella invocación que lleva por exergo. Al concluir el sermón, distribuyó á los fieles gran número de medallas. Había en el auditorio una niña de á penas siete años, que muy atenta estaba oyendo las palabras del misionero, proponiéndose ponerlas en experiencia. Vuelta á su casa nada tuvo por más urgente que el enseñar la medalla á su padre : ¿ No es verdad, padrecito, le dijo acariciándole cariñosa con sus manitas, ¿ no es verdad que el misionero me dió una bonita medalla ? mira que hermosa es ; y sobre todo la oración que hay al rededor ; léela y verás como te gusta. — Tomando el padre la medalla, pronunció á media voz estas palabras : *María sin pecado concebida, ruega por nosotros que acudimos á ti.* Apenas hubo concluido, le abrazó otra vez la niña con gran demostración de alegría : « Va bien, dijo entre sí, va bien ; ya recitó una vez la oración, y si yo tengo la habilidad y la suerte de que la diga todavía dos veces, mi querido padrecito irá á confesarse como lo aseguró el misionero. » Después de dejar á su padre un rato volvió, y con algunas zafameris otra vez le enseñó la medalla, repitiendo que le parecía muy bonita, y añadió con tono algo tímido : me darías gran gusto, padrecito mío, si me leyeras otra vez esa oración que tan tierna me parece. — Niñita, déjame estar, contestó el padre ya te la dije una vez, y basta ; vete á jugar. » Pero la niña insistió tanto, que su padre ó por darle gusto, ó por zafarse de sus molestias, recitó otra vez la oración, añadiendo : « vamos



ahora estarás contenta; espero que me dejarás en paz.» Y en efecto, estaba muy gozosa la niña, á penas podía contener su júbilo. Con todo ello, le parecía cosa harto difícil hacer que su padre recitara la oración por tercera vez, y aplazó el negocio al día siguiente, no sin suplicar con todo corazón á la Virgen que le ayudara en su empresa; y para lograr con más seguridad esa gracia, encendió todos los cirios de su capillita.

Después de armar bien sus baterías, vuelve á su padre.

Por lo pronto, no le habla de nada; se manifiesta más cariñosa y zalamera que nunca, y como ve que se enternecé su padre, y corresponde á sus caricias, se aprovecha de ello para enseñarle otra vez la medalla; éste no puede menos de sonreirse, y dice: « Dale con la medalla; ¡ y qué contenta estás con ella! — Sí, por cierto repuso la niña, y más aún lo estaría, si tú quisieras decirme otra vez la oracioncita. Y como el padre se negaba alegando que ya la había dicho dos veces la víspera, estuvo ella tan amable y tan persistente, que por fin logró lo que deseaba. Mas apenas hubo pronunciado el padre las últimas palabras de la invocación: *María sin pecado concebida* cuando alhorozada se puso la niña á palmoear, exclamando: « Ah! ¡ que contenta estoy, qué contenta! » Extrañado el padre de ese alborozo que él no puede explicar: « Yo creo que estás loca, dijo. — No por cierto, yo no estoy loca, padrecito. — Pues ¿ qué tienes? replicó el padre. — ¿ Qué tengo? que estoy en el colmo de la felicidad. Ayer tarde oí un sermón de un misionero que decía, asegurándolo, que aquellos que recitaran tres veces la oración: *María sin pecado concebida*, irían luego á confesión, volviéndose buenos cristianos; y tú la recitaste tres veces, luego... y mamá estará muy contenta, porque un día á fines de cuaresma, al entrar yo una tarde en

su cuarto, la encontré de rodillas; rezaba vertiendo muchas lágrimas, y como yo le pregunté qué tenía, ella se resistía á decirmelo, pero luego me dijo: « ¡ Ah! reza por tu padre, para que se decida á cumplir con la iglesia; ¡ Ay de mí! ¡ cuán cruel sería estar separados por toda la eternidad, habiendo vivido tan unidos en este mundo! »

Durante este discurso, estaba el padre vivamente enternecido, y llenos sus ojos de lágrimas. Tomando á la chiquita en sus rodillas, la estrechó entre sus brazos, asegurándole que en adelante sería fiel á sus deberes religiosos; y cumplió su palabra, siendo desde entonces excelente cristiano.



## DÍA QUINTO

CONSIDERACIONES SOBRE LA NATIVIDAD DE LA  
SANTÍSIMA VIRGEN <sup>1</sup>

Dos circunstancias especialmente contribuyen á ilustrar el nacimiento de un infante real: la grandeza pasada de su familia, la grandeza futura de su destino. Tales fueron también las circunstancias que ilustraron el nacimiento de María, los esplendores de su pasado, los esplendores de su porvenir.

PUNTO I.º — Si para comprender la grandeza de María en su nacimiento, queréis consultar los anales del pasado, encontraréis qui fué anunciado á la tierra desde los primeros días del mundo; que la sangre que fluye en sus venas procede de las orígenes más ilustres; en fin que ella fué santificada antes de nacer. 1.º Fué anunciada María desde los primeros días del mundo.

Después del pecado de Adán, el primer pensamiento de Dios fué para el Redentor que él debía enviar al mundo, el segundo para la virgen, que debía darle al mundo. Adán, con-

1. Sacadas de Biroat, *Mes de María de los predicadores*.

fuso y desesperado, aguarda el fallo que debe castigar su desobediencia; y será terrible; pero va en él mezclado el nombre de una Virgen, y ese nombre derrama en el quebranto de nuestro primer padre inefables consuelos. Oíd la palabra de Dios: anuncia á la serpiente que habrá guerra abierta entre ella y el hijo de la mujer, y que ésta le aplastará la cabeza. Así pues, la singular gloria de María es el haber sido anunciada al mundo al mismo tiempo que Jesús, y de ser con él objeto de la primera de todas las predicciones. Así como se van los siglos desarrollando, se hacen las profecías más numerosas y más claras. David nos la representa bajo la imagen de majestuosa reina, sentada á la diestra del Altísimo. De su seno virginal dijo el rey profeta: El Señor la escogió por morada; — él mismo echó los fundamentos de su templo, y santificó su tabernáculo. Nos enseña Isaías que la Virgen será madre, y que el hijo de la Virgen será Dios. En fin, Daniel la ve como una gran montaña de donde se desprende una piedrecita que desbarata el poderío de todos los reyes de la tierra. ¿Podría ser el nacimiento de una criatura que anunciaron así los siglos, un nacimiento como los demás? Sin duda, no; pero ese no es más que su primer título de gloria.

El segundo, es la nobleza de su origen. Entre todas las naciones de la tierra, hay una á quien el cielo favoreció más. Miles de prodigios,

ejecutados ante ella y por ella, le enseñan que es por excelencia la nación santa, el pueblo escogido, la progenie que el Señor bendijo. En medio de ese pueblo, dos familias, más ilustres que las demás, conservan el recuerdo de sus antepasados, y la sangre que de ellos recibieron.

Una de esas familias llevó el cetro, la otra lleva todavía el incensario; la una dió príncipes á Judea, pontífices la otra al pueblo de Dios. Por un rasgo notable de la Providencia, vienen á unirse las dos familias, y es María el fruto de esa unión; de suerte que reúne en sí la gloria de dos progenies ilustres, siendo á la vez heredera del sacerdocio y del imperio. Sin duda la familia de Judá había perdido el cetro que tan largo tiempo tuvo en manos; pero entonces había reemplazado el vulgar esplendor del poder con el esplendor más grande del infortunio. Esa es la prosapia á que pertenece la niña cuyo nacimiento estáis meditando; y así la nobleza de sus antepasados añadía nueva gloria á las glorias que el pasado le había transmitido.

3º María fué santificada antes de su nacimiento. Para el resto de lo humanos, el día del nacimiento, que tanto júbilo suscita, debería ser al contrario causa de sentimiento, siendo el día en que, habiendo sido concebidos en la iniquidad, nacen pecadores. Sus primeras lágrimas testimonian contra ellos, y pudieran

en caso demostrarles que nacen hijos de ira, y que, desde el primer día, son enemigos de Dios.

María al contrario fué concebida sin pecado, no hay mancha en su nacimiento, ni tampoco debe haber lágrimas. Cada instante que transcurre desde su bienaventurada concepción, hasta el día en que viene al mundo, ve que el Señor enriquece más y más á esa alma que él creó en su amor, y añade finezas nuevas á las primitivas finezas.

¡Oh! qué bella es María en su nacimiento! Fué formado su corazón como el de los demás hombres, pero en balde se buscaría en él huellas de ese vicio de origen, que nos fué transmitido como herencia funesta. Flotará María en su cuna sobre ese rio de corrupción que ha inundado la tierra, sin que las grandes aguas de la iniquidad puedan alcanzarla. Deteneos un momento al lado de la cuna de María y felicitadle por la grandeza de su nacimiento; pues siendo madre vuestra, no podéis ser indiferentes á su gloria.

PUNTO IIº. — Porvenir de la Virgen. Suelen los hombres apreciar el nacimiento de un niño según la suerte que le guarda el porvenir, y el destino probable que le espera. Según ese principio, juzguemos cuán grande fué el nacimiento de aquella que había de ser un día gloria del cielo, esperanza de la tierra y terror del infierno. 1º María había de ser gloria del



cielo. Si os representáis con el pensamiento algunos de los ángeles que bajaron de las altas regiones, para asistir al nacimiento de María, los veréis que forman una guardia de honor al rededor de la cuna, extendiendo sus alas para proteger su sueño, y contemplando arrebatados esa obra maestra del Altísimo. Y si admirados de tanto desvelo, les preguntáis, cual en otro tiempo los padres de Juan Bautista: ¿Quién será ese niño? — Ah! os contestarán, es nuestra reina que acaba de nacer. La corona que debía llevar en la tierra fué marchitada antes que ciñera sus sienes, pero se le reserva una inmortal corona en la patria. » En efecto, ¡qué hermoso debió ser para el cielo el día en que reunida María con su Dios, vió realizarse para ella esos presagios de gloria! Acompañada de su Hijo, y escoltada de ángeles y santos, ella viene á ocupar su puesto en el elevado trono que de toda eternidad le había sido preparado. Le saluda el Padre como hija privilegiada; el Hijo de Dios como madre amada; el Espíritu de amor como esposa escogida entre mil. En medio de la pompa de la celestial corte, Santísima Trinidad la nombra dueña soberana de los ángeles y de los hombres, la corona reina del cielo, y la establece reina de la Iglesia triunfante. Dios Padre le entrega parte de su poder sin límites; el Hijo parte de su sabiduría; y el Espíritu Santo parte de su amor y caridad

divina. Así las tres personas, presurosas y á porfía, adornan á aquella á quien reconocen los ángeles por soberana suya. En ese gran día hubo en el cielo aumento de júbilo y felicidad. Toda la corte de los bienaventurados vino al encuentro de esa reina que había de ser, después del Redentor divino, el ornato más bello del paraíso<sup>1</sup>.

2º María debe ser esperanza de la tierra. Vendrá un tiempo en que, para lograr la perseverancia, el justo invocará á María; para salir del abismo, la llamará el pecador en auxilio suyo, y ambos serán atendidos. La Iglesia, el día de las tempestades, se volverá hacia María, y María protegerá la barca de Pedro y calmará las olas. Si viene la peste á sembrar la muerte entre las naciones cristianas, será la Reina del cielo su consuelo, llevando sus plegarias al pie del trono de Dios, y el ángel del contagio envainará su vengadora espada. Si los enemigos del Señor y de su Cristo nos amenazan con la esclavitud y la barbarie, será también María auxilio nuestro, y quedará vencido el enemigo. En una palabra, mientras haya en la tierra aflicciones que consolar, padecimientos que aliviar, hombres que amar y socorrer, asumirá María las funciones tan dulces y gratas á su corazón de socorrer y consolar; pues viene al mundo para ser esperanza de la tierra.

1. Extracto del *Rosier de Marie*.



3° María debe ser terror de los demonios. Si el nacimiento de María esparce la alegría en el cielo y en la tierra, esparce también la rabia y espanto en medio de las infernales legiones. Para aquellos seres maldecidos, no hay otra felicidad más que la de buscar cómplices de su crimen, y compañeros de su desgracia. El príncipe que los capitanea no se olvidó que la mujer ha de aplastarle un día la cabeza; y con dar María á Jesús al mundo realiza en parte el oráculo, y lo completará con su omnipotente protección. Ella sabe á qué precio fueron redimidas nuestras almas, sabe el valor de ellas, nuestra flaqueza y los esfuerzos del infierno para perdernos; se interpone pues entre el demonio y nosotros; y no sólo nos cubre con su escudo sino que solicita sin cesar nuevas luces para fortificar nuestra voluntad en los combates que tenemos que sostener. ¿Quién pudiera contar las almas que apartó María de los infiernos, y las victorias que ganó sobre el demonio?

Divina María, yo me prosterno respetuoso al pie de tu cuna. Trécento coronas todas las manos, bendigante todos los corazones, y canten tus alabanzas todos los labios, pues naces para ser gloria del cielo, esperanza de la tierra y terror del demonio. ¡Oh Virgen celestial! yo uno mis rendimientos á los homenajes que te tributan los ángeles al lado de tu cuna, dignate admitirlos y recibirme bajo tu protección. Si tú

tienes á bien protegerme, ya no tendré nada que temer ni del mundo, ni del demonio, y guiado por ti, llegaré con seguridad al puerto de salvación. Amén.

## EJERCICIO

Recitar una avemaría antes de dormirse por la noche, y por la mañana al despertar.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Había sido colocado un muchacho piadoso en un malísimo taller de tornero; todos los días veía y oía cosas dolorosas; era un infierno. El patronato no puede sacarle de allí, pues tenía el amo un contrato con los padres y no quería rescindirlo. Entre tanto siguen creciendo los malos ejemplos, y el pobre aprendiz, sostenido hasta entonces por los consejos y palabras de su confesor, siente que está flaqueando. En fin, un domingo, vino á echarse en brazos del sacerdote, y le participó sus tormentos con los ojos llenos de lágrimas; se queja particularmente de un obrero que se ostenta más agresivo que los demás. ¿Y qué remedio á esta situación? Nada más que uno, la oración. Ruega por la conversión de ese desgraciado; todo es posible á Dios, le dijo el confesor. Habiendo quedado solo el muchacho en el santuario, se prosterna ante una imagen de la Virgen, llora á lágrima viva, y reza gran rato con el mayor fervor. El sábado siguiente, que era la fiesta de la Natividad de la Virgen, el aprendiz presentaba al capellán del patronato al infeliz obrero, sinceramente convertido tanto por las plegarias, como por la mansedumbre y conformidad



del muchacho. Poco tiempo después, se acercaron ambos á la santa mesa colmados de gracias y consuelo. El joven persevera convertido y toma con energía la defensa del aprendiz: y más, ha poco tiempo, el amo mismo vino á verse con el director del patronato, confesándole que el ejemplo y virtudes sencillas y humildes de su aprendiz, con unas desgracias de familia, habían conmovido hondamente su corazón. « Ya me confesé con el señor cura, y vuelvo allá esta tarde; y mañana cumplo con la iglesia. En adelante, no quiero más obreros que los del patronato. Jamás trabajaré los domingos, jamás se pronunciará en mi casa una palabra mala. Tenga á bien, señor capellán, considerarme como uno de los de usted, adicto á la religión y á la moralización de la clase obrera. « Sí; la oración y el buen ejemplo pueden convertir los corazones más duros ».

*Ascendiente de la virtud*<sup>1</sup>. — ¡Pobrecito! decían los vecinos de la casa N... en una ciudad del departamento de la Drôme, ¡pobrecito! ¡con qué paciencia sufre... ese muchacho admirado de todos era Eugenio; tenía doce años, iba á la escuela hacía diez y ocho meses, haciendo para ello grandes sacrificios su madre; el vestirle había costado enorme gasto; entretener su ropa, sustentarle y las más veces con pan seco, todo ello había sido ya muy difícil, y había costado no pocas privaciones y lágrimas.

Eso es muy poco, hay quien dirá. — Sí, es poco, y era mucho para esa desconsolada madre. Dios nos libre de tanta escasez, y aparte de nosotros las amarguras de una pobreza que lucha con el vicio. Esa madre era joven, piadosa, aficionada al tra-

1. *Revue contemporaine*. M. Martin.

bajo; pero su marido era violento, acalorado, y holgazán, vendiéndolo todo, quitando á su mujer cuanto pudiera valer algo para ir á beber y emborracharse.

Los P. P. religiosos acogieron benévolos al muchacho; luego lograron desbastar su grosera naturaleza, é iluminar su entendimiento sumido hasta entonces en las tinieblas. Llegó por fin el día de la primera comunión, y desde ese momento fué completa la transformación del muchacho. Piadoso, dócil, aplicado al trabajo; no recibía sin embargo más que malos tratos de parte de su triste padre. La inalterable paciencia y mansedumbre que él oponía, no hacían sino enajenarle más todavía el corazón de su padre cruel, y atraerle más golpes. Le echó de casa muchas veces, por la noche, sin cenar, obligándole á dormir á la puerta, sin que ninguna queja viniera á deslucir su santa resignación. Y entonces los vecinos, conmovidos de tanta desgracia, exclamaban: ¡Pobrecito!

Pero un día triunfó la virtud del pobrecito. Dios oyó la voz de su inocencia puesta á prueba tan prematuramente. Era un domingo por la tarde; lloraba la pobre madre, y el hijo, después de intentar en vano el consolarla, se hincó de rodillas, y puestos los ojos en la imagen de la Virgen, suplicaba á la Reina del cielo que se apiadara de su madre. Por su parte, el desgraciado padre había agotado todos sus recursos, y no había podido aquel día satisfacer su pasión por el vino, por falta de dinero, sufriendo también la insolente repulsa de sus compañeros de vicio. Vuelto á su casa, empezó á reñir, como solía, á su mujer é hijo, acalorado esta vez no por el vino, sino por el desorden de sus pensamientos, y los chascos que acababa de sufrir; y por eso esta vez fué accesible á la compasión. En efecto, apenas hubo golpeado á su mujer, y levantado el brazo para dar al hijo, cuando le atra-



vesó el alma el remordimiento, al ver tanta dulzura y angélica paciencia ; se arrojó en su mísera cama para ocultar su vergüenza y su dolor ; ya estaba cambiado ; brotaron lágrimas de sus ojos y sollozos de su pecho, y luego abrazó afectuoso á su mujer, á quien tanto había hecho sufrir, y al hijo, cuya virtud había domado por fin sus tristes inclinaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DÍA SEXTO

---

### CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO NOMBRE DE MARÍA

Tres consideraciones se ofrecen á nuestras meditaciones tocante al santo nombre de María, su origen, su significación y sus efectos.

PUNTO I.º — Origen del nombre de María. No es en la tierra ni en las humanas lenguas donde es preciso buscarlo. El sagrado nombre de María fué de toda eternidad escrito en el libro de vida después del de Jesús. El nombre de Jesús estaba allí el primero, y el segundo el nombre de María ; y como lo observa el cardenal Cusano, jamás necesitó tan santo nombre ser borrado del libro de muerte, no habiendo jamás figurado en él. Si se admite la opinión de autores graves, el nombre de María fué revelado á Adán por el mismo ángel, que en nombre de Dios anunció á la serpiente que una mujer le aplastaría la cabeza. Según los mismos autores, el nombre de María fué igualmente revelado á Elías, cuando vió levantarse del mar una nubecita, que era símbolo y figura de la Reina del cielo, de la Estrella del mar. También parece que los hombres instruídos entre los Judíos sabían que la madre del Mesías



vesó el alma el remordimiento, al ver tanta dulzura y angélica paciencia ; se arrojó en su mísera cama para ocultar su vergüenza y su dolor ; ya estaba cambiado ; brotaron lágrimas de sus ojos y sollozos de su pecho, y luego abrazó afectuoso á su mujer, á quien tanto había hecho sufrir, y al hijo, cuya virtud había domado por fin sus tristes inclinaciones.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## DÍA SEXTO

---

### CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO NOMBRE DE MARÍA

Tres consideraciones se ofrecen á nuestras meditaciones tocante al santo nombre de María, su origen, su significación y sus efectos.

PUNTO I.º — Origen del nombre de María. No es en la tierra ni en las humanas lenguas donde es preciso buscarlo. El sagrado nombre de María fué de toda eternidad escrito en el libro de vida después del de Jesús. El nombre de Jesús estaba allí el primero, y el segundo el nombre de María ; y como lo observa el cardenal Cusano, jamás necesitó tan santo nombre ser borrado del libro de muerte, no habiendo jamás figurado en él. Si se admite la opinión de autores graves, el nombre de María fué revelado á Adán por el mismo ángel, que en nombre de Dios anunció á la serpiente que una mujer le aplastaría la cabeza. Según los mismos autores, el nombre de María fué igualmente revelado á Elías, cuando vió levantarse del mar una nubecita, que era símbolo y figura de la Reina del cielo, de la Estrella del mar. También parece que los hombres instruídos entre los Judíos sabían que la madre del Mesías



había de llamarse María como lo prueba Pedro Galatin.

También fué el nombre de María revelado á san Joaquín y santa Ana, por el ángel que les anunció el nacimiento de su hija bendita. Y no fuera justo sin duda que la que había de ser madre del Mesías no gozara el privilegio que había gozado Isaac, el cual no era más que figura de él, y san Juan que sólo era su precursor. Esa es la opinión de san Ambrosio, pareciéndole inverosímil que un privilegio otorgado á otros santos haya faltado á María, que entre todos sobresale por las gracias recibidas de Dios. Además, sólo Dios podía dar un nombre adecuado á la gloriosa Virgen, no pudiendo sus padres ni nadie nombrarla según sus méritos: sólo Dios sabía la excelencia de la niña que venía al mundo para llevar en su seno la salvación del mundo, y le dió el nombre de María que encierra en sí todos los privilegios con que quería obsequiarle. Así pues no se encontró ese nombre entre los hombres, sino que fué dado por Dios; no viene su origen de la tierra, viene del cielo, y no se le impuso á María por elección de sus padres, sino por la providencia de Aquel que había de ser su hijo.

Desde los primeros días de la Iglesia veneraron los cristianos el nombre de María, como nombre celestial, y no lo separaron del nombre de Jesús. La religión no envejece en la Iglesia; al

mismo tiempo que guardaban el mismo respeto por el Hijo, conservaban los fieles el mismo amor por la Madre; y por eso sus augustos nombres van unidos siempre en el corazón y los labios de los cristianos. Pero donde es más patente esa unión es en la muerte; los dulces nombres de Jesús y María vienen, como de sí mismos, á los labios del cristiano moribundo, y pocos santos murieron sin pronunciar ambos benditos nombres.

San Alfonso María de Ligorio tenía particular devoción al nombre de María. Se inclinaba en señal de respeto cada vez que lo oía pronunciar, lo cubría de besos cuando lo hallaba en un libro, y escribía tan dulce nombre en el principio de todas sus cartas y de todas sus obras. Compuso poesías en que se complace en exaltarle. Oigan como exclama con el corazón ardiendo de amor: ¡Oh amable Reina! ¡oh tierna Madre! yo te amo, y porque te amo, amo también tu nombre. Y en otra parte: Yo no me contento con nombrarte con amor; yo quiero que ese amor haga que me acuerde de pronunciar tu nombre á todas horas, de modo que yo pueda exclamar con san Anselmo: ¡Oh nombres de la madre de Dios! tú eres mi amor!.

PUNTO IIº. — Significación del nombre de María. Cuanto más se medita ese nombre bendito, tanta más conformidad se descubre en él

1. *Mes de María de los predicadores.*



con el carácter de Aquella que lo llevó en la tierra, y lo conserva en el cielo. Ese nombre, en el idioma sagrado, significa soberana. ¿ No es Reina María? Reina del cielo y de la tierra. Hacía ya mucho tiempo que David el más ilustre de sus antepasados, la había saludado á través de los siglos con estas palabras tan adecuadas: Yo veo á tu diestra ¡ oh Rey soberano! una reina vestida de oro, adornada con maravillosa variedad. Vendrán las hijas de Tiro á ofrecerle regalos, y los grandes de la tierra implorarán sus miradas. La Iglesia se complace en saludarle con el nombre de reina: ved las antifonas que terminan sus oficios públicos, todas empiezan con proclamar ese título augusto. Y en las letanías, que son como la nomenclatura de las virtudes y privilegios de María, el recuerdo de su dignidad real vuelve con más frecuencia y bajo todas formas: reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, reina de los mártires, reina de los vírgenes, reina de todos los santos.

El amado nombre de María recibió de los pueblos otra significación que los siglos le han consagrado. El pueblo, con la sencillez y verdad de su lenguaje, lo ha traducido por Nuestra Señora, Nuestra Señora del Buen Socorro, Nuestra Señora del Refugio, Nuestra Señora del Amparo, — como convencido que el poder dado á María nos pertenece á nosotros más que á ella, y que le fué dado no tanto para

gloria suya como para protección nuestra.

María, esta palabra es sinónimo de Madre, la palabra más tierna y amable en todas las lenguas que hablan los hombres. ¿ Y quién la mereció más que María? ¿ No es ella la madre por excelencia? ¿ No es la madre de Dios, la Madre de Cristo, la Madre de la gracia divina, la Madre purísima, la Madre amable, la Madre admirable, la Madre del Criador, la Madre del Salvador? Ahí tenéis el lenguaje de la Iglesia. ¿ No se diría que pues la piedad popular ha gustado una vez la dulzura de ese nombre, no puede cansarse de repetirlo, como para saborear á su gusto su suavidad? Entended por tanto, que Jesucristo no nos abandonó al dejar la tierra. Nos dió su madre para ser nuestra madre, amiga y protectora nuestra:

« También María quiere decir estrella del mar ¿ No es la madre de Dios la bella y reluciente estrella, elevada cual magnífico faro sobre este mar inmenso del mundo? Perder de vista á esa estrella es ponerse en evidente peligro de extraviarse, y dar luego en los escollos. Lejos de María no hay puerto, no hay abrigo contra la tempestad. María es la estrella del mar. *Stella maris*. Es también la Estrella de la mañana, *Stella matutina*. Al aparecer en el horizonte del mundo, fué como el amanecer de la verdad, como el alba de la fe que *extendió en el mundo á Jesucristo, luz eterna*. — *Quæ lumen æternum mundo effudit Jesum Christum.*



Ella fué cual aurora del sol de justicia, apartando las sombras de la fe, y teniendo el cielo con los primeros fuegos de la gracia<sup>1</sup> ». Así pues era imposible dar á María un nombre que tuviese significaciones más en armonía con los destinos de esta bienaventurada Virgen.

PUNTO III°. — Efectos del nombre de María. No es el nombre de María como los nombres humanos que no encierran en sí virtud alguna. Los efectos de ese nombre bendito son admirables. « En todas épocas tuvo el privilegio de consolar, embelesar y enternecer al mundo y desde la primera desgracia, hasta el último infortunio, siempre es él quien infunde esperanza, siendo siempre salvación y vida de las generaciones. El animóá los antiguos justos, sostuvola fe de los patriarcas, inspiró á los profetas magníficas visiones y acentos sublimes; fué poder de los apóstoles, aliento de los mártires, triunfo de las vírgenes, genio de los doctores, entusiasmo de los fuertes, refugio de los débiles. Ese es todavía el nombre que invoca el viajero en peligro, el navegante en la tempestad; el nombre que suspira la abandonada viuda, el huérfano angustiado, el pobre á la puerta del rico, y el alma cristiana en medio de la tentación. Tu nombre, ¡oh tierna madre! no es tan dulce y consoladar para el corazón de tus hijos sino porque es más fuerte que el infierno, y

1. A. Nicolas.

más terrible que un ejército en el campo de batalla<sup>1</sup>. » Sí, dice san Buenaventura, jamás se invoca al nombre de María sin alcanzar preciosas ventajas; goza sobre todo la virtud de vencer y ahuyentar las potencias del infierno. ¡Oh María! exclama san Epifanio, no se puede pronunciar tu nombre sin sentirse uno inflamado de amor. El nombre de María, decía san Antonio de Padua, es motivo de gozo y confianza para cuantos lo pronuncian. Dulce es el panal de miel para el viajero rendido de fatiga; dulce la frescura del valle contra los ardores del sol; dulce al oído la armonía de melodioso concierto; dulce para el cristiano la bendición del pobre; dulce para el sediento ciervo la fuente de agua viva; pero más dulce es el nombre de María. Tened pues gran devoción y tierno respeto por tan bendito nombre; seguid el consejo de san Bernardo, el cual quiere que en los peligros y sequedades, en las perplejidades y dudas, se invoque á María, y que nunca se aparte su santo nombre ni de vuestra boca, ni de vuestro corazón.

¡Oh dulce nombre de María! yo te invocaré siempre como un nombre lleno de atractivos; yo te amaré hasta mi postrimer suspiro, como un nombre que llena mi alma de esperanza y de paz. ¡Nombre sagrado de María! sé por siempre mi fuerza, mi consuelo y gozo. ¡Oh

1. J. Todevin.



María, tú eres mi soberana, yo quiero ser fiel súbdito tuyo; tu eres mi guía y mi luz, yo quiero ser fiel en seguir tus lecciones y ejemplos.

¡Ojalá que después de haberte amado y honrado toda mi vida, pronuncie yo tu nombre al morir, colocando en él toda mi esperanza, y dé el último suspiro susurrándolo con mis desfallecientes labios! Esa será la prenda certera de mi eterna felicidad.»<sup>1</sup> Amén.

#### EJERCICIO

Repetir varias veces en el día, y con sentimiento de piedad filial, el nombre de la Virgen.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Conversión de un anciano.* — Una familia honrada bajo todos conceptos, y muy estimada de toda la ciudad, estaba á punto de perder su jefe, un anciano, que había encanecido en el ejercicio de todos los deberes de un hombre irreprochable según el mundo, pero á quien faltaba la práctica de los deberes cristianos. Su mujer piadosa, y sus hijos también buenos católicos se desconsolaban doblemente de su cruel pérdida, que parecía inevitable; pues aquella tan preciosa cabeza no se quería inclinar bajo la mano del representante de Jesucristo. M. T..... no quería que se le hablara de confesión, y sin embargo iba de día en día declinando; y hasta era de temer no le abandonaran sus facultades intelectuales, antes que hubiera

1. Ab. Laden.

arreglado sus asuntos espirituales y temporales, y nadie se atrevía á entablar la doble cuestión.

No faltaban las novenas, ni los votos ofrecidos cada día por la afligida familia á los pies de Aquella á quien jamás se invoca en balde. La esposa cristiana, bañada de lágrimas, imploraba á María con todas las apelaciones que suele usar la piedad cristiana con la Reina del cielo. La señora T..... mandaba ofrecer la santa víctima del perdón sobre todos los altares en los santuarios, donde la buena Madre se había complacido en ostentar su misericordiosa ternura; novenas y viajes habían sido prometidos á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Fourvière, santuario tan rico de maravillosas gracias; á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Laus, otro sitio de las predilecciones de María; á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Lauzier; á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de la Guarda; pero el corazón del moribundo seguía como el hielo.

¡Ay de mí! ¿á quién pues; Oh María! me dirigiré en adelante? exclamaba con indecible angustia la esforzada esposa; Con qué nombre, santa madre de Dios, te suplicaré que tengas piedad de mi amargura? — ¿Con qué nombre? le dijo una amiga; Ah! consolaos; hay uno nuevo que Dios parece querer glorificar especialmente en nuestros días. Creedme, confiad vuestro caro marido á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> Reconciliadora de la Salette y ella le llevará al puerto de salvación, esa esperanza tengo; sí, haced una novena á María que ha bajado á la tierra para llamar á su pueblo á penitencia; prometedle visitar el monte que la tierna madre bañó con sus lágrimas, y, digo otra vez, tengo para mí que vuestros deseos serán atendidos.» La señora T..... dejaba hablar á su amiga, y guardaba silencio. «Pero en fin, dijo luego, yo no puedo..... yo no..... francamente, yo no creo en esa aparición, y mi familia comparte mi extrema repugnancia sobre ello.»

Con todo eso, se hacía el estado del enfermo



todavía más peligroso, y un amigo de la honrada familia, después de ardiente oración, intentó nuevo esfuerzo con el impenitente pecador. A la primera palabra, fué rechazado, y de un modo tal que le quitó las ganas de reincidir. Entonces, la señora T... no atreviéndose á esperar nada más, se resolvió al último recurso que le indicaba su amiga. Escribe pues para pedir una novena en honor de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de la Salette, á quien promete un viaje de acción de gracias, y manda decir en la ciudad una misa que coincidiera con la que se celebraba en el sitio del milagro. En el momento en que terminaba la misa, despertándose el enfermo como de un sueño, preguntó á la persona que le había solicitado á que se confesara: «¿ De qué asunto importante me habéis hablado el otro día? — Del notario quizá. — No, no; de otra cosa se trataba. — Acaso de un coloquio con un eclesiástico. — Cabal. — Id pronto á llamar al señor abate N..... que quiero confesarme. Fueron allá con toda prisa, como se puede suponer. Se confiesa el enfermo con todo conocimiento, recibe los últimos sacramentos con las más exquisitas disposiciones, arregla con tino sus negocios temporales, y muere el día siguiente como fervoroso cristiano. Su familia, con el corazón desgarrado por esa pérdida pero con el consuelo de tan preciosa muerte, vino á dar gracias sobre el monte santo, proclamando que tan gloriosa victoria se debe á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> Reconciliadora de la Salette.

Los reyes expulsados de sus estados vuelven á su trono por la poderosa invocación del santo nombre de María.

En el año 1683, envanecidos los Turcos por las ventajas que habían logrado sobre el imperio de Alemania, intentaron llevar sus conquistas hasta más allá del Danubio y el Rin, amenazando á toda

la cristiandad, y vinieron con un ejército de doscientos mil hombres á sitiar á Viena. Fué general el espanto, abandonándolo todo los pueblos, y huyendo por todas partes. Como Leopoldo 1<sup>o</sup> no tenía suficientes tropas para resistir al ejército otomano, se vió obligado á huir con toda su familia, llegando ya el enemigo á las puertas de la ciudad.

La víspera de la Asunción, empezaron los Turcos las trincheras, llevándolas adelante con espantable rapidez, y por colmo de desgracia, se pegó fuego á la iglesia de los Escoceses y ya se había comunicado al arsenal; pero por visible protección de la Virgen santa, el día mismo de la Asunción se paró el fuego de repente, dando así lugar á que sacaran de él la pólvora y municiones. Tan señalado favor de la madre de Dios reanimó el valor casi abatido de los sitiados; el fuego continuo de los sitiadores, y las bombas que derribaban las casas no estorbaban que los habitantes imploraran al cielo noche y día en las iglesias, ni que los predicadores les exhortaran á poner toda su confianza en su poderosa protectora. El 31 de agosto, habían llevado los turcos su obra tan adelante, que los soldados de ambas partes se batían con frecuencia en los fosos con las estacas de las vallas, y Viena, baluarte de la cristiandad estaba casi reducida á ceniza. Sin embargo no pierden confianza los cristianos; el 8 de septiembre, día de la Natividad, se reúnen al rededor de los altares, suplicando á María que viniera en auxilio suyo; y no fué vana esa confianza. Desde el día siguiente se vió el monte de Kalemberg cubierto de soldados. Era Sobieski con sus polacos, el cual, como piadoso príncipe quiere ponerse él y su ejército bajo la protección de la Virgen. Se traslada con el príncipe Carlos á la capilla de san Leopoldo, oye misa, ayudándola él mismo con los brazos tendidos en forma de cruz,



comulga también, y después de ferviente invocación á la Virgen santa, se levanta exclamando: Vamos adelante bajo la omnipotente protección de la madre de Dios. Fué tremendo el combate; el enemigo, victorioso hasta entonces, queda enteramente derrotado. Se cantó un *Tedeum* en Viena, y el emperador solicitó del papa Inocente II que hiciera universal la fiesta del nombre santo de María, en agradecimiento de su visible protección; y la fijaron al domingo, en la octava de la Natividad de la Virgen, día aniversario de la insigne victoria.

*El rosario del doctor Récamier.* — Ya tengo relatado, dice el doctor Jules Massé, cómo había visto al doctor Récamier en medio de los accidentados cólericos de 1832, y dije también cual había sido mi impresión, mi admiración y terror. Al empezar la medicina, compré las obras del gran maestro, y recorrí con verdadero asombro su tratado sobre el cáncer.

Sus notas impresas á continuación de obra tan importante son de una concisión tal, de tal profundidad que es preciso leerlas varias veces para comprenderlas, y se necesita meditarlas detenidamente para apreciarlas. Era yo entonces un pobre novicio; no podía ver claro en semejante lenguaje, ni penetrar su importancia, y las pocas frases que entendía me deslumbraban cual relámpagos, y me hacían hervir el cerebro. Desde entonces, me apareció Récamier en lo moral, cual me había aparecido en lo físico, y aunque deseaba serle presentado, temía sin embargo esa presentación.

Entre los amigos íntimos del ilustre profesor, se hallaba uno de esos hombres conspicuos que parecen enviados por la Providencia para demostrar cuan amable es la Religión; era un antiguo jefe de caballería, hombre de gran nombre y bellos moda-

les, el conde Malet, que había abrazado el sacerdocio bastante tarde, y unía la más profunda piedad con la amenidad y gracia que se usa en el gran mundo.

Mi padre, antiguo militar también, tenía tanta intimidad con el conde Malet, que todos los días á la misma hora iba á pasar un par de horas con él. Esa cotidiana reunión se ejecutaba con puntualidad militar, y parecía ser para ambos una necesidad ú obligación.

Cierta tarde, me propuso mi padre acompañarle. « El señor abate está algo delicado, dice, y no será extraño que venga á visitarle el señor Récamier; será una ocasión para que le conozcas ».

Acepté por supuesto, pero al entrar en casa del venerable eclesiástico, me latía el corazón, y sentía que se entorpecían mis movimientos; tanta era mi aprensión y timidez.

No había llegado aún Récamier á casa del enfermo, lo que me dió tiempo para calmar mi espíritu y sosegarme. Y luego; era tan bueno el abate!; tan afable; tan benévolo! Una majestuosa cicatriz, resultado de un sablazo, surcaba el rostro del noble veterano. Tenía el porte de un guerrero, y el andar de un gran señor, pero era tan amigable su mirada, tan amorosa su palabra, que al cabo de un cuarto de hora, estaba yo tan á mis anchas como en la casa paterna.

Súbitamente se abre la puerta, y anuncia el criado al señor doctor Récamier. Al oír ese nombre, me pareció recibir una puñada en el pecho, y pasó una nube delante de mis ojos. Entró con viveza el doctor, se adelantó afectuoso y presuroso hacia el dueño de casa, y luego nos devolvió cortésmente el saludo que por urbanidad le habíamos dirigido. Se empezó á conversar, y por supuesto, yo no tenía que meterme en la conversación, sino que sentado en la orilla de mi asiento, algo oculto en la sombra,



y haciéndome una especie de muro con mi sombrero, miraba muy atento, y escuchaba con mis dos oídos.

Antes me había parecido Récamier duro y severo, ahora me aparece gracioso y bueno; antes me lo habían ostentado sus libros abstracto y difícil de entender, me lo ostenta ahora su conversación claro y luminoso. Terminóse la escena con un episodio que voy á contar.

Ya se levantaba Récamier para despedirse, cuando con ademán de acordarse de algo puso otra vez el sombrero encima de la mesa, y su bastón al lado, y hundiendo la mano en el bolsillo de su pantalón: Por Dios, exclamó, se me iba á olvidar un negocio importantísimo. — ¿Qué es? preguntó el eclesiástico. — Que me sucedió una gran desgracia, padre capellán. — ¡Ca! — Una desgracia que sólo V. puede reparar. — Veamos pues. — Se trata de una fractura que V. sabrá componer perfectamente, de una operación que le suplico á V. practique. » Y diciendo, sacó el ilustre profesor la mano del bolsillo, y enseñó triunfalmente..... adivinen qué..... — un rosario. Confieso que me quedé estupefacto. El gran Récamier, el ilustre profesor encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina, sino también en el Colegio de Francia; el médico de los grandes, de los señores, hasta de los reyes; ¡ése, cuya fama es europea, rezaba el rosario como un primer comulgante, como una mujer! Sí, pues no había fanfarria en ese hombre digno: practicaba devotamente y aún santamente, y cuando narraba, lo hacía con su hombría de bien y exquisita sencillez. — (Seguirá mañana).

## DÍA SÉPTIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRESENTACIÓN DE MARÍA  
EN EL TEMPLO

La consagración que María hace de sí misma al Señor, el día de su Presentación, encierra tres caracteres igualmente esenciales: Es pronta, entera, constante; ella nos enseña así que debemos darnos á Dios temprano, darnos enteramente, y darnos para siempre.

PUNTO I.º — La consagración que María hace de sí misma á Dios es pronta.

« Todo en la vida de María debía estar lleno de los portentos de la gracia. Libre de la mancha que mancilla y mata á los hijos de Adán en el seno que los concibió, no sólo la bienaventurada Virgen fué siempre santa, y siempre inmaculada, sino que podemos creer con razón que amó al autor de su ser y Dios de su vida al principiar á existir. Luego no nos debemos extrañar que la milagrosa niña deje la casa paterna desde la edad de tres años, esto es, á la edad en que los demás niños no se conocen á sí mismos. »

« Ya no nos admiramos si María, desde su más tierna edad, piensa en llevar al templo del



y haciéndome una especie de muro con mi sombrero, miraba muy atento, y escuchaba con mis dos oídos.

Antes me había parecido Récamier duro y severo, ahora me aparece gracioso y bueno; antes me lo habían ostentado sus libros abstracto y difícil de entender, me lo ostenta ahora su conversación claro y luminoso. Terminóse la escena con un episodio que voy á contar.

Ya se levantaba Récamier para despedirse, cuando con ademán de acordarse de algo puso otra vez el sombrero encima de la mesa, y su bastón al lado, y hundiendo la mano en el bolsillo de su pantalón: Por Dios, exclamó, se me iba á olvidar un negocio importantísimo. — ¿Qué es? preguntó el eclesiástico. — Que me sucedió una gran desgracia, padre capellán. — ¡Ca! — Una desgracia que sólo V. puede reparar. — Veamos pues. — Se trata de una fractura que V. sabrá componer perfectamente, de una operación que le suplico á V. practique. » Y diciendo, sacó el ilustre profesor la mano del bolsillo, y enseñó triunfalmente..... adivinen qué..... — un rosario. Confieso que me quedé estupefacto. El gran Récamier, el ilustre profesor encargado de enseñar no sólo en la Escuela de Medicina, sino también en el Colegio de Francia; el médico de los grandes, de los señores, hasta de los reyes; ¡ése, cuya fama es europea, rezaba el rosario como un primer comulgante, como una mujer! Sí, pues no había fanfarria en ese hombre digno: practicaba devotamente y aún santamente, y cuando narraba, lo hacía con su hombría de bien y exquisita sencillez. — (*Seguirá mañana*).

## DÍA SÉPTIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRESENTACIÓN DE MARÍA  
EN EL TEMPLO

La consagración que María hace de sí misma al Señor, el día de su Presentación, encierra tres caracteres igualmente esenciales: Es pronta, entera, constante; ella nos enseña así que debemos darnos á Dios temprano, darnos enteramente, y darnos para siempre.

PUNTO I.º — La consagración que María hace de sí misma á Dios es pronta.

« Todo en la vida de María debía estar lleno de los portentos de la gracia. Libre de la mancha que mancilla y mata á los hijos de Adán en el seno que los concibió, no sólo la bienaventurada Virgen fué siempre santa, y siempre inmaculada, sino que podemos creer con razón que amó al autor de su ser y Dios de su vida al principiar á existir. Luego no nos debemos extrañar que la milagrosa niña deje la casa paterna desde la edad de tres años, esto es, á la edad en que los demás niños no se conocen á sí mismos. »

« Ya no nos admiramos si María, desde su más tierna edad, piensa en llevar al templo del



Señor un corazón, con que el Dios de Jacob ha hecho ya su santuario; ya no nos admiramos si la gracia, que ilumina y dirige todos los pasos de la hija de Sión, la impele á inmolar los sentimientos más tiernos y dulces de la naturaleza al amor sobrenatural del Espíritu Santo, que ha hecho ya de su alma un paraíso de amor. Contemplemos pues con los ojos de la fe, la partida de la santa Familia, mezclemos nuestras almas, nuestros votos y lágrimas con los generosos sentimientos que admiran los ángeles en el corazón de María y en el de su madre. Con su amor va al templo la niña inmortal; allí viene á buscar la sombra y la calma del santuario, porque allí las tres personas divinas han de enriquecer de gracia al Tabernáculo vivo del Verbo hecho carne<sup>1</sup>. »

¡Qué espectáculo, y qué enternecedor! Adelántase María hacia el gran sacerdote, radia su frente la inocencia, y brilla su rostro celestial; júntanse sus manos para orar, fija sus ojos en el cielo, absorto su entendimiento en la inmensidad de las perfecciones divinas, en fin, pertenece á Dios. ¡Qué felicidad para ella consagrarle su corazón con toda la frescura y pureza de su inocencia!

Entrad ahora en vosotros mismos, y al ver la prontitud con que se da á Dios María, avergonzaos de vuestra tibieza en el servicio del

1. Ab. Combalot.

divino Maestro. Lo que era objeto del más ardiente deseo de María, ¿no es objeto de vuestros injustos temores? Lo que ella hace con amor, ¿no lo miráis vosotros con repugnancia? Lo que ella hace con presteza, no lo habéis aplazado vosotros hasta ahora? ¿no habéis resuelto aplazarlo todavía más? Y sin embargo. ¿Dónde leéis en el Evangelio que hay una edad en que es lícito no ser de Dios, vivir según sus deseos, satisfacer sus pasiones pertenecer al mundo y al demonio? ¡Cómo! « fuisteis regenerados en las aguas del bautismo, renunciasteis con solemne juramento al mundo y á la carne, para pertenecer á Jesucristo, y ¿pensáis que, en el primer trascurso de vuestros años primeros, podéis olvidar á Dios, y todos los mandamientos de Dios, para seguir las codicias de la carne y entregaros al mundo? El mundo os lo dice, os convidan á ello las pasiones; mas Dios os condena, declarando por su profeta que os es ventajoso el llevar su yugo desde vuestro primeros años<sup>1</sup>. » Para felicidad vuestra, creed en Dios, más bien que en el mundo.

Punto IIº. — Es entera la consagración de María al Señor. Desde el origen del mundo había visto Dios ofrendas en sus altares, y muchas veces ya había subido hacia su trono el perfume de los sacrificios, pero jamás le habían

1. W. Bretonneau.



hecho ofrenda semejante, jamás criatura le había presentado un sacrificio de tanto perfume; tratemos de comprender su excelencia. Al darse á Dios, María se da enteramente, y se da sin reserva; consagra á Dios para siempre y exclusivamente todos los movimientos de su corazón, todos los pensamientos de su alma, todas las palabras de su boca, todas las obras de sus manos, todos sus pasos y diligencias. Rompe todos los vínculos que la enlazan á sus virtuosos padres, renuncia al mundo que á la edad joven se presenta bajo tan seductoras apariencias, sacrifica su porvenir y sus más halagüeñas esperanzas, inmola su propia libertad para no tener más voluntad que la de Dios. En una palabra, no quiere vivir, hablar y obrar más que por el Señor, el cual será en adelante su única herencia.

Esa consagración que María hace de sí misma al Señor es tanto más admirable, cuanto que no había en la nación hebrea ejemplo alguno de un voto de esa especie. La esterilidad pasaba por oprobio entre los Hebreos, porque quitaba toda esperanza de ser madre del Mesías. Condenada á morir por el temerario voto de su padre, la hija de Jephté no experimenta más pesadumbre que la de morir virgen, y pide permiso antes de su sacrificio para ir con las compañeras de su edad á llorar su virginidad en los montes. Lo que sacrifica María por el voto de virginidad es pues de la mayor importancia.

En efecto, ella era de la tribu de Judá, y no ignoraba que el Mesías había de nacer de esa tribu. Era de la familia de David, y sabía que el Mesías había de nacer de esa familia. Varias profecías muy esparcidas concurrían á que se supusiera muy próximo el advenimiento del Mesías en el tiempo en que ella vivía. Luego al consagrarse á la virginidad, María renunciaba, según las ideas de su nación, á la esperanza más gloriosa y fundada que hubiera jamás de ser la madre del Mesías. Era sin duda poderoso motivo para arredrarla de su designio, ó al menos un pretexto para disculparla de no seguir el atractivo de la gracia; se eleva su alma sobre todos esos obstáculos, y corresponde generosamente á los designios de Dios.

¡Ah! pecador, te diste á Dios, dices que le perteneces, pero ¿imitas la liberalidad de María? ¿Te diste enteramente, tu corazón, tus sentidos, tu voluntad, todo tú mismo? ¿No guardaste algo? Dios no acepta los sacrificios incompletos. — Si no te das á la piedad y á la virtud francamente y sin reserva alguna no te quejes de la tibieza de tus oraciones, del cansancio que encuentras en el servicio de Dios; no son las dulzuras de la gracia para los cobardes, y no es comprarlas demasiado caro el pagarlas con el precio de todo tú mismo.

PUNTO IIIº. — La ofrenda que hace María de sí misma es irrevocable. Fuera poco para María el dar á Dios sus primeros años, y limitar la



consagración de sí misma á cierta edad y cierto espacio de tiempo. No; nada de términos á su amor; lo que ella es hoy, lo será toda su vida; cada latido de su corazón ratifica la ofrenda que hace en ese día, y en santo arrobamiento, exclama con la esposa de los cánticos: *Ya le hallé, ya le poseo al divino esposo de mi alma. Nada en adelante podrá separarme de él; es mío para siempre, y yo soy suya.*

Y todavía va más lejos. Como desconfiando de la inconstancia de su corazón, se empeña con irrevocable compromiso. Cautiva voluntaria del Señor, pone en el yugo que ella se impone su gloria y su seguridad, y aficionándose á lo que hay de inmutable en Dios se hace en cierto modo inmutable como él. No se verán en su conducta vicisitudes vergonzosas, ni monstruosos desfallecimientos, que interrumpieran la constancia de su sacrificio. — Lejos de mirar hacia atrás cual las almas indolentes, irá siempre creciendo su fervor, elevándose cada día de virtud en virtud. ¡Ay! ¡cuán lejos estáis de esa constancia! No es vuestra vida más que una alternativa de promesas é infidelidades, de resoluciones tomadas, y abandonadas luego. No prometéis á Dios más que para faltar á vuestra palabra. ¿Por qué tanta inconstancia, y quién podría disculparla? ¿No es Dios siempre y en todos tiempos el Dios vuestro? ¿No tiene siempre con vosotros las mismas relaciones esenciales de criador, de

bienhechor y de dominador supremo? Sí, por cierto; y la justicia, el amor y agradecimiento os imponen la indispensable obligación de consagraros á su servicio; ¿acaso es demasiado el dar á un Dios tan grande toda la vida del hombre que es tan corta?

¡Oh Dios mío! Héme cubierto de confusión al compararme con el amable dechado que acabo de meditar. Desde la más tierna edad, ya María había adelantado en las vías de la justicia, y yo aún no hice nada por tu gloria. En adelante yo quiero ser tuyo; sé tú mi esperanza, mi vida y mi todo. Dios mío, tú me diste misericordioso un cuerpo con sus sentidos yo te los consagro; un espíritu y un corazón, yo te los entrego; sea tuyo cuanto tengo; dignate aceptar mi ofrenda. ¡Oh, sabiduría infinita! ¡Oh infinita bondad y poder infinito! yo quiero amarte con todo el ardor de mi alma; yo lo querré cada día más, y mañana más que hoy. Haz pues que vaya yo creciendo en tu santo amor, y que sea ese amor un fuego que consume mi corazón. Amén.

## EJERCICIO

Comulgar en las fiestas de la Virgen, y rezar aquel día con más fervor para alcanzar la gracia de imitar la generosidad de su sacrificio.



## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Ingenioso medio de enmendarse de una mala costumbre.* — Se hallaba un día una religiosa del Buen Socorro á la cabecera de un general enfermo para cuidarle. De repente oye salir de la boca del soldado una de esas palabras feas que suelen soltar los hombres de guerra. Se sobresalta la religiosa : « ¿ Qué hay, caballero ? — Nada, hermana ; me está doliendo mucho esta gota, y este es el modo con que yo expreso mi dolor. Un momento después, otra blasfemia todavía más expresiva.

Pierde la religiosa su serenidad. — Caballero, exclama, no me han acostumbrado en mi convento á oír tales cosas ; si así seguís, voy a retirarme, y os cuidará quien quiera. — No, no, quédese, hermana. — ¿ Con la condición de que no blasfemaréis más ? — Pero ¿ qué quiere usted ? es una costumbre añeja del cuartel, y no es fácil arrancarla. — Sí, lo es con algo de voluntad ; yo os ayudaré, ya que estoy aquí... Vamos á ver, parece que tenéis no pocos duros en esa bolsa que está encima de la mesa. Pues bien, si lo tenéis á bien, yo tomaré uno cada vez que se os escape algo ! — Va bien, dijo el general, el cual no ponía grande importancia en la proposición. Todo anduvo bien un momento, pero súbitamente, acomete la gota, y prorroga el general en blasfemias. Esta vez queda muy serena la religiosa ; sólo que echando mano á la bolsa, saca un duro. — ¿ Qué hace V., hermana ? exclama el militar, olvidando á fingiendo olvidar lo convenido. — ¿ Cómo ! ¿ no os acordáis que según tenemos dicho, cada blasfemia vuestra ha de ser un duro para los pobres ? » Callóse la boca del general ; pues habiendo consentido en el castigo, era preciso someterse ; y con eso estuvo un par de horas sin blasfemar. Luego después, esta-

lló otra : abrióse la bolsa, y otra vez pasó un duro á manos de la religiosa. En fin, á pesar del cuidado que tuvo el general, cinco duros más se hicieron caudal de los pobres. Al registrar su bolsa por la tarde, le pareció que le costaban algo caro sus blasfemias, y se propuso escasearlas en adelante. En el día siguiente sólo dos ó tres se le escaparon, y los demás días, apenas le sucedió soltar una. ¿ Se enmendó radicalmente, sin ningún vestigio de su mala costumbre ? No lo sé ; pero el castigo que se impuso el general tuvo por efecto no blasfemar durante su enfermedad ; y sin saber lo que aconteció más tarde, es de creer que ello debió influir en el resto de su vida. Es infalible medio de corregirse de sus defectos el imponerse una penitencia después de sucumbir. ¿ Por qué ? preguntará alguien. Por que así somos los hombres : lo que nos cuesta nos duele, y jamás estamos más dispuestos á evitar una cosa, que cuando hemos sido castigados por haberla cometido ya una vez (*Crónica meridional.*)

*Voto de dos hermanitos saboyanos.* — Uno de los nombres con que se invoca á la Virgen, es el de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> Auxiliadora, que significa la mismo que N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Buen Socorro. Tengo leída sobre ello la graciosa historia siguiente. A últimos de noviembre 1848. Juan y Martín, dos hermanitos saboyanos, de edad de doce años apenas, después de bendecirlos la madre, y recibir de sus manos una medalla de la Virgen santa, que ellos llevan colgada al cuello, dejaban sus montes ya cubiertos de nieve, para venirse al rico país de Francia. En el camino, por los escarpados y peligrosos senderos, los pobrecitos decían entre sí : « Muy jóvenes somos para ir tan lejos sin dinero ; pero no nos separemos, y rezaremos mucho á Dios y á su



buena Madre ; Dios mirará por nosotros, y guiará María nuestros pasos ; ella proveerá á nuestras necesidades, y nos guardará de todo mal ; es tan buena ! ; es tan poderosa ! Y luego, ¿ á qué no nos expondríamos por proporcionar socorros á la pobre madre, que, desde que es viuda, no tiene pan para dar á la hermanita y á los dos hermanitos. ¡ Jesús ! ; cómo lloraba al despedirnos de ella ! » Así procuraban los dos graciosos muchachos darse aliento contra el pavor, que empezaba ya á invadirlos en medio de las inmensas selvas, y hondos precipicios que los rodeaban, cuando columbraron al pie del monte la capilla de N.ª S.ª Auxiliadora á quien su madre les había recomendado que visitaran.

Allá vuelan llenos de fe y confianza, y ambos de rodillas en la misma baldosa, animados con el mismo sentimiento de amor, de fe viva y piadosa confianza, hacen juntos esta plegaria tierna y sencilla á Aquella á quien jamás se invoca en balde : « Virgen buena, toma bajo tu protección estos dos saboyanitos que van á Francia solos y sin auxilio á buscar pan para su pobre madrecita. Nosotros te prometernos, ¡ oh María ! que, si llegamos sin novedad, destinaremos los primeros veinte sueldos ganados, á una misa en tu honor por las almas que padecen en el purgatorio. » Y los pobrecitos, confiados en el voto que acaban de hacer á María volviendo á emprender el camino con nuevo aliento, y con la ayuda de Aquella á quien llaman guía del viajero, llegan por fin al término de su viage. Apenas en Francia, se pusieron á trabajar, y habiendo recogido veinte sueldos, fueron corriendo á ofrecerlos á un sacerdote, suplicándole que dijera la misa que habían prometido á María, por haberlos guiado tan admirablemente. Hoy día, ayudados con algunas dádivas Juan y Martín han llegado á tener algo y quizá están para reunir gran caudal, y esa

fortuna tendrá por fundamento los veinte sueldos consagrados á Dios, y bendecidos por la santísima Virgen.

*Continuación del Avemaría del doctor Récamier.*

« Señores, yo rezo el rosario, dijo volviéndose hacia nosotros con la sonrisa en los labios. Cuando estoy solícito por un enfermo, cuando me veo falto de recursos, por ser impotente la medicina, y la terapéutica ineficaz, me dirijo á Aquel que sabe curarlo todo. Sólo que tengo que usar de diplomacia, y como, apurado por mis ocupaciones, no puedo orar mucho tiempo, tomo por medianera á la Virgen al ir á visitar á los enfermos, recitando, uno ó dos dieces del rosario. No hay cosa más fácil ; no es verdad ? Voy sentado tranquilamente en mi coche, deslizo la mano en el bolsillo, y luego... entro en conversación. El rosario es mi intérprete ; acudo con frecuencia á ese intérprete, y ahora está cansado, está enfermo, y por eso suplico al padre capellán que lo examine, consulte su estado, le opere si es preciso, en una palabra me lo cure. »

Mi padre aprobó con dos ó tres palabras, di yo alguna señal de adhesión ; tomó el descompuesto rosario el conde Malet, prometió ponerlo luego en buen estado, y se retiró el señor Récamier.

Por la noche al acostarme, tenía yo la cabeza y el corazón llenos de aquella visita ; no pude menos de pensar en las necias chirigotas de sinnúmero de gentes, que se figurarian perder su dignidad, si rezaran seguidas algunas avemarias : « Amigo, me decía más tarde Récamier, con el lenguaje figurado, pintoresco y excéntrico que le era familiar, el rosario es una *campanilla*, cada *avemaría*, una *intimación*, ó mejor dicho, una *petición* bien apostillada. Vemos venir todos los días á París no pocos



papanatas, para suplicar á las autoridades, á los poderosos y ricos. Paraser admitido lograr en las Tullerías, en palacio, se necesitan protecciones, demandas de audiencia, amigos de alto copete; para penetrar en un ministerio, hay que hacer numerosas diligencias, lograr la benevolencia (difícil de lograr) de los empleados, y hasta alguna vez de los señores ordenanzas de oficina. Pues bien, para hablar á la Virgen, no hay cosa más sencilla; tocar la campanilla, es decir, sacar el rosario; ya luego se abre la puerta; presenta uno su petición, y la virgen es tan buena, que, á no haber motivos particulares, queda desde luego atendida la plegaria.»

Y con esta ocasión, me contó Recamier la piadosa historia siguiente. Renuncio á escribirla tal como me la dijo, por ser insuficiente la pluma para reproducir el embeleso y acostumbrado colorido del narrador. Los que conocieron al ilustre profesor, podrán formarse una idea de lo que debió de ser relato semejante en boca de Récamier.

Estaba ese médico visitando á un joven matrimonio, que vivía en la calle de Bac, no lejos de la tan conocida iglesia de las Misiones Extranjeras; y el doctor le atendía particularmente por dos razones: la primera, por que conocía desde mucho tiempo á la joven mujer y su honorable familia, á quien profesaba grande amistad (cuando Recamier estimaba, no era por un día, ni por un año, ni sobre todo á medias). La segunda, porque le parecía el marido muy enfermo y gravemente comprometido; y era un punto culminante en el carácter de Récamier que, cuanto más terrible le aparecía una enfermedad, tanto más se aplicaba á combatirla; cuanto más terrible se ostentaba el enemigo, con más ahínco trabajaba para vencerle.

Pero ¡ay! después de tres meses de lucha, y á pesar de la habilidad y esmero del combatiente,

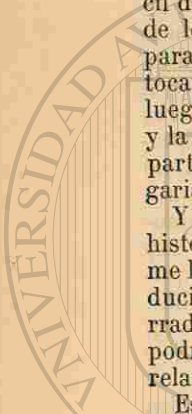
vino la derrota con su escolta de congojas de sollozos y desesperación. Hay enfermedades ante las cuales fracasan miseramente todos los esfuerzos, y toda la ciencia humana.

Padeciendo de hipertrofia del corazón, estaba cada día amenazado el enfermo de esas rupturas fulminantes que llaman aneurisma. Sobre ese peligro, había tenido esperanza Récamier, pues había encontrado medio para encadenar en cierto modo el centro de la circulación, para impedir sus saltos bruscos, y ablandar los choques perturbadores.

Pero se declaró nuevo mal, mal profundo y tiránico, casi siempre indomable, el mal que constituye la enfermedad del pecho. Expectoraciones de sangre anuncian la aparición del nuevo enemigo, y poco á poco demuestra el examen que los pulmones están invadidos, y como carcomidos por espantables tubérculos.

Era una sentencia de muerte, irrevocable sentencia, ante la cual el médico no tenía más que inclinarse.

Pero cuando uno no puede curar, procura consolar, y á pesar de la pesadumbre que le causaba la lenta derrota, Récamier aparecía todos los días con palabras de consuelo, y remedios destinados á atenuar algo los postrimeros padecimientos (*Seguirá mañana*).



UNIVERSIDAD SALAMANCA  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
 INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS  
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN



## DÍA OCTAVO

CONSIDERACIONES SOBRE LA VIDA DE MARÍA EN EL  
TEMPLO

La vida de María en el templo, después de la consagración que hizo de sí misma al Señor fué vida de retiro, vida de amor, vida de sufrimientos.

PUNTO I.º — La vida de María en el templo fué vida de retiro. Tuvo siempre el retiro particular atractivo para la almas á quienes Dios llama á la perfección, y parece en efecto que la virtud de desarrolla allí con más facilidad.

En medio del torbellino del mundo, de la agitación y placeres, de la preocupación de los negocios, no puede la gracia sino con dificultad oír la voz de Dios, y sentir el toque secreto de la gracia. Pero en el retiro está Dios más cerca de nosotros, y todas las entradas de nuestro corazón están abiertas. Él mismo nos dice que lleva el alma á la soledad, cuando quiere hacerse oír de ella sin obstáculo. *Ducam eam in solitudinem, et loquar ad cor ejus*. Y por eso mismo llamó á María. Una vez entrada en el templo, fué olvidada de todas las criaturas, pero más conocida de Dios; conversaba

poco con los hombres, pero no cesaba de conversar con el cielo; no poseía nada, pero había hallado el tesoro oculto, y la perla evangélica; estaba separada de sus parientes y amigos, pero Dios era su padre, su amigo y esposo. Él la visitaba, la regocijaba y consolaba, pues en ella había establecido su morada. Mejor que el arca antigua de la alianza, ella era centro y trono de la Divinidad, que la penetraba con sus luces, la inundaba con su gracia, la transformaba en semejanza suya, y le comunicaba una belleza invisible á los ojos de los mortales, pero que arrebatada de admiración á los espíritus celestiales.

Detengámonos aquí un momento, y meditemos la grande é importante lección que nos da María retirada en el templo. Ella estaba libre de la concupiscencia, por lo tanto, no era peligroso para ella el vivir en el mundo; nada tenía que temer de la seducción y placeres, de la corrupción y máximas, y mal ejemplo; sin embargo, virgen prudente, pone á salvo su inocencia con huir del mundo, y pasa en el retiro la edad en que más escollos encuentra la virtud. ¡Cuán lejos estamos de imitar tal ejemplo! Como si nada tuviéramos que temer por el tesoro que llevamos en un *vaso frágil*<sup>1</sup> vivimos sin cautela alguna en medio del mundo y sus escándalos; jugueteamos en medio de los

1. II, Cor., iv 7.



peligros, como si estuviéramos seguros de evitarlos; amistades sospechosas, reuniones profanas, libros romanescos, todo lo admitimos. ¡Qué mucho que esté nuestra alma abierta á todas las tentaciones, y que tan débiles seamos para rechazarlas!

Punto II<sup>o</sup> 1. — La vida de María en el templo fué vida de amor á Dios. Destinada á ser la madre de un hijo que era al mismo tiempo su Dios, María debía amar más que criatura pudo amar nunca; debía ser su corazón un horno de caridad, su vida un acto continuo de amor, y su muerte un ímpetu de amor sublime. Reside pues en el templo para ejercitar su corazón en el amor; y quien dirá los santos ardores en que se consumía su alma? Ella amó más que aquel padre de los humanos, colocado por la mano del Señor en un jardín de delicias. Jamás Adán, cuando era todavía inocente, cuando todavía podía contemplar en sí los beneficios de su Dios, cuando sentía al rededor de sí la acción tutelar de su divina presencia, jamás Adán amó á Dios como esa joven virgen que vino á buscar en el templo un refugio á su inocencia, y un alimento á su amor.

« María amó más que aquel reparador de la humana pro genie, el cual, siendo el único justo en una culpable generación, fué el único exceptuado del universal castigo. Jamás Noé

1. Sacado del padre Doucet.

cuando vió al salir del arca los vestigios del espantable estrago de que había sido salvo, jamás Noé amó á Dios, cuya mano había sostenido encima de las olas su frágil vivienda, tanto como María le amó en el templo. ¡Ah! también ella veía desde lo alto del santo monte otro diluvio que había invadido la tierra, y torrentes de iniquidades, que no habían podido sumergir su inocencia, porque Dios mismo la había encerrado en el arca. Ella lo veía y para pagar su deuda de agradecimiento, amaba al Dios tan bueno para ella, le amaba cada día más, y hallaba su felicidad en amarle.

« María amó más que el rey profeta, el cual nos transmitió en santos cánticos la prueba y expresión de su amor. Muchas veces exclamó como él, pero con más vivo alborozo: Yo te amo; oh Dios de mi corazón! yo soy tuya por toda la eternidad. ¡Ah! vayan otros á buscar en la copa de Babilonia los placeres que dan la muerte al alma; yo atajaré en el caliz del Señor la sed que me quema, y en él apagaré los ardores que me consumen. ¡Cuán amados, Dios de Israel, cuán amados son tus tabernáculos, cuán amados de mi corazón! Te comunicas á tu humilde sierva, colmas sus deseos, y derramas la felicidad en toda su alma; un día pasado al lado de tus altares vale más que mil días en la tienda de los pecadores.

« María amó más que san Pablo, más que santa Teresa, más que santa Catalina de Siena;



amó más que todos los santos, porque siendo más puro su corazón, se difundía la gracia en él con más abundancia, y penetraba el amor más hondamente. Por eso cuando se exhalaban sus sentimientos en oraciones, cuando su corazón abrasado de amor se dirigía al Dios á quien amaba, ¡ qué fervor ! ¡ qué ardorosas palabras ! Bajaban los ángeles del cielo para recogerlas, y después de contemplar, invisibles testigos, á la niña en oración, volvían á subir abrasados de nuevo celo, hacia el trono del cordero, para repetir con más amor el eterno cántico de su gloria. Esa era la vida de María en el templo : vida de amor expresada en la oración. Así se preparaba á amar al Dios que debía ser un día hijo suyo ; probaba su corazón, por decirlo así, dilataba su capacidad, para que pudiera caber en él todo el amor que quería tener por su Dios. »

PUNTO III<sup>o</sup> 1. — La vida de María en el templo fué vida de sufrimientos. Tenía un padre y una madre, que habían atendido á su niñez. Ella pudo dejarlos por Dios, pero todavía les quiere ; se acordaba siempre de las últimas palabras de su madre, al abandonar el techo paterno ; aún estaba viendo á su anciano padre con la mano trémula sobre su cabeza, bendiciendo su resolución. Pues bien, los llama Dios á su lado, y vierte María sus primeras

1. Sacado del p. Doucet.

lágrimas para llorar la pérdida de sus queridos padres. Bajaron éstos al sepulcro, y estando detenida en los santos lugares por solemne compromiso, no pudo ella ir á recibir su última bendición y postrer suspiro.

La causa segunda de sufrimientos para María fueron las sequedades en la oración, y esas languideces del alma con que Dios se complace en probar á aquellos á quienes tiene afecto. Pues nos dicen los libros santos que Dios las reserva á quienes él ama, ¿ cómo podríamos creer que las evitó á María ? En esos momentos de abandono de parte de Dios, á quien únicamente amaba ¿ quién pudiera decir los tormentos y angustias de María ? Y los sufría con esa admirable sumisión por la cual la llaman Reina de los mártires. Así en el templo esa Virgen de dolores se acostumbraba al padecimiento, hasta el día en que, llamándola Dios al mundo, la hizo salir de su santo y amado retiro.

Y ahora surge para María nueva fuente de dolores. Había pensado pasar todos los días de su vida en el templo, donde había concentrado todo su afecto, y ahora es preciso dejar el santuario, su morada predilecta : el altar, al pie del cual tantas veces bendijo al Señor, y cantó sus alabanzas. Es preciso separarse de sus amadas compañeras, con quienes había vivido, y tejido guirnaldas para adornar el tabernáculo ; con quienes había leído y meditado la ley del Señor : ella llora, pero obedece. Y tú, hijo de



María, ¿sabes amar y sufrir á ejemplo de María? Amar y sufrir es el secreto de los santos, el secreto de las grandes almas, el sello de los predestinados. ¿Sabes amar? ¿dónde están las pruebas de tu amor, el fervor de tus oraciones, la generosidad de tus sacrificios? ¿Sabes sufrir? ¿dónde está tu paciencia en las tribulaciones, tu conformidad en las pruebas?

¡Oh Virgen predestinada! bella y gloriosa hija de Judá, rosa misteriosa, ¡oh divina María! cual una flor, tú creces graciosa en el templo de Jerusalén; tú te elevaste pura y santa al amor y sufrimiento. Yo quisiera amar y sufrir como tú, pero; ay de mí! no tengo ni amor, ni aliento. Ven á socorrerme, Madre buena; logra que yo ame á Jesús con amor tan ardiente, que me ayude á soportar como cristiano todos los trabajos de la vida.

## EJERCICIO

Procuremos, á ejemplo de María, vivir en el retiro, y si nos vemos obligados á parecer en medio del mundo, acompañennos la prudencia y modestia; y no perdamos de vista la presencia de Dios.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*La leyenda de la palmera.* — Las leyendas son unos relatos que corrían en la edad media, y cuya verdad no estriba en monumentos auténticos. La

Iglesia, sin aprobar tales relatos, tampoco los rechaza de un modo absoluto, y deja á los fieles la libertad de alimentar su fe con ellos.

La leyenda de la palmera se refiere á la huida de Nuestro Señor á Egipto.

Ese acontecimiento fué siempre en la Iglesia asunto fecundo para la piedad y el arte, habiendo sido también para las almas religiosas fuente abundante de lágrimas y contemplación. Y no sólo es por sí ese misterio de belleza extrema, si no que los gentiles se holgaron en mirarlo, después de la Epifanía, como principio de las hechas de Nuestro Señor para con ellos.

Hacia poco tiempo que María había vuelto á su casa; estaba su corazón tronzado, y necesitaba descanso, mas no es el descanso herencia de Jesús, ni de María. En medio de la noche, se aparece el Señor durante el sueño á José, guardián en la tierra de los tesoros más preciosos del cielo, le ordena que se levante, tome al niño y su madre y huya á Egipto. Estaba la noche sombría y tranquila en la pequeña ciudad de Nazareth. Se puso en marcha José.

Ningún gran santo, ni ángel celoso ejecutó jamás un mandato de Dios con más prontitud, que lo hizo María.

Cogió su tesoro dormido como estaba, y salió con José á la luz fría de las estrellas, pues la pobreza de María tenía pocos preparativos que hacer. Había venido Jesús como Dios, se iba también como Dios, sin ser observado, y sin que su ausencia pareciera dejar vacío alguno. Parece que nadie hace menos falta á la tierra, que aquel de quien depende la tierra entera. ®

Al cabo de algunos días de marcha, pasaron las fronteras de la tierra prometida, y se introdujeron en la soledad del desierto. Un día, llegaron cerca de una palmera que extendía en los aires su gran ramillete de verdor; era la hora en que bajando el sol lentamente al horizonte, deja caer sus últimos



rayos en la obrasada soledad del desierto. Cansada la divina María de larga y penosa jornada, abrumada de calor y sed, se sentó al lado del árbol benéfico. Y luego, enseñando á José los dátiles frescos y ocultos en las hojas del gigante del desierto: ¡ Ah! si pudiera, dijo á José, bajar una de esas ramas, y coger la fruta! — Yo, contestó el patriarca, estoy pensando en los manantiales de la dulce tierra de Judá. ¿ Quién nos dará una fuente de agua viva para apagar la sed? Durante esas dolorosas quejas, descansaba el niño Jesús sobre el pecho latiente de su madre; y levantándose entonces en las rodillas de la Virgen, apoyó las manitas en el tronco del robusto árbol, diciendo: « Baja la cabeza, orgullosa palmera y presenta á mi madre la fruta de tus ramas. » El árbol gigantesco inclinó desde luego su cabellera de hojas hasta las manos de María, y la fruta, que el sol de Arabia había madurado, fué cogida para alimento del Rey de los reyes. Después de la milagrosa cosecha, la palmera, cual fiel servidor, seguía inclinada, esperando orden de su amo: y el niño, hablándole por segunda vez, dijo: « Ahora vuelve á levantar la cabeza, hijo del desierto, y haz que broten á tus pies las aguas que riegan tus raíces. »

Dócil la palmera levantó sus despojadas ramas. Brotó una fuente limpia á sus pies, tomando José el agua abundante que necesitaba, y como para dar gracias al árbol hospitalario, Jesús le dirigió por última vez la palabra: « Ya que tú me ofreciste tu fruta, y suministraste el agua de tu fuente, yo quiero que una de tus ramas sea plantada por los ángeles en los jardines de mi Padre. En adelante aquel que haya triunfado en los combates de Dios, será coronado con tus hojas. »

Al mismo tiempo, se vió un ángel que desprendió un verde ramo, y se lo llevó hacia el cielo.

*Un cirio á María.* — Acababa de concluir el oficio, y estaba la iglesia desierta y silenciosa — con el alma sumida en gran respeto, me adelanté hacia la capilla amada, que me recordaba tantas gracias recibidas; allí ardía un cirio ante el altar de la Virgen; Oh María! exclamé dolorosamente, sin duda es un alma afligida del temor de una gran desgracia, la que acaba de ofrecer aquí ese homenaje suplicante. Incitando ese pensamiento mi fervor, me arrodillé en un reclinatorio que allí había, el cual estaba bañado de lágrimas. Una simpática conmoción se apoderó de mí, y me puse á rezar. Vinieron otras personas á visitar, como yo, la iglesia, y se inclinaron también delante de la capilla. Mamá, dijo una niña, ¿ por qué ese cirio que está ahí ardiendo? — ¡ Ah! hija mía, es sin duda de alguna pobre madre, cuya hijo está muy enfermo, que pide á María que se lo conserve. Y la madre y la niña se pusieron á rezar. Llegó luego una viuda vestida de luto, la cual, mientras rezaba, volvía de cuando en cuando los ojos hacia el cirio, figurándose acaso una esposa desconsolada, invocando á María al lado del moribundo esposo. Menos silenciosos que esta última, vinieron dos marinos jóvenes, ¡ Toma!; ha mandado ofrecer mi madre un cirio al irme yo! dijo el más joven; y luego mirando á la Virgen con expresión conmovedora, arrojó la sonrisa de su compañero, el cual también se hincó luego de rodillas. Entraron en la iglesia otros muchos y salieron, y no debieron notar todos el cirio sin duda, pero algunos quizá habrán rezado á intención del corazón afligido que allí lo había colocado, cual mudo solicitador, pidiendo las plegarias de las almas caritativas.

Al salir del lugar santo, me fui á terminar el día con una familia de amigos cristianos. No estaba en casa la dueña, me dijeron que iba á pasar todos sus instantes al lado de una señora, viuda desde



seis meses, cuyo hijo único de quince años se estaba muriendo. Entonces supe la historia del cirio..... La pobre madre, afligida pero no desesperanzada, voló á la iglesia, donde pasara todas las horas del día, pidiendo la salud de su hijo, pero obligada á prodigarle sus cuidados, no había ido más que á ofrecer un cirio, para que la representara á ella misma en el ardor de continua oración al pie de los altares. Después de encenderlo: María, dijo, ¿ Se apagará la vida de mi hijo antes que la luz? Con todo, cúmplase la voluntad de Dios, y cobrando ánimo y resignación, volvió á casa. — Sabe V., dijo á la amiga que le acompañaba, si mis ruegos no son bastante fervorosos para ser gratos á la Virgen, otros vendrán á juntarse con ellos. Alguna buena alma, al ver arder el cirio, rezará conmigo sin conocerme por el querido objeto de mi voto. » Sí, bien pensaste, madre cristiana: sí, la plegaria de muchas almas siguió á la tuya cuando con la llama del cirio se elevaba hacia el cielo.

Tres meses después, volví otra vez á ver á esa familia, y fuimos todos á misa. En el momento de la comunión, me señalaron un muchacho que, antes de recibir el pan de los ángeles, depuso en el altar de María un corazón de plata dorada. Ese era el muchacho por quien había ardido el cirio. — (Alfredo\*\*\*.)

*Continuación del avemaría del doctor Récamier.*

— Una mañana asustóse el médico al ver la cara y pulso del desdichado enfermo á quien acababa de auscultar el pecho y corazón.

¡ Oh! en aquél momento necesitó toda su energía para que nadie leyera en sus contristados ojos la sentencia fatal y su próxima ejecución. Se fué con la íntima convicción de que ya no tendría que volver, y como era la familia no sólo creyente, sino

también dedicada abiertamente á la práctica del culto, Récamier, creyendo que ya los sacramentos habían sido administrados, se contentó con decir á las mujeres que lloraban: « Vamos, ánimo, y rezar á Dios, recemos todos: » Luego encargó á un criado que encontró en la escalera que le avisara en caso de catástrofe.

Aquella misma tarde, no recibiendo ninguna noticia mala, volvió otra vez á la calle de Bac, y antes de subir al aposento del enfermo tuvo cuidado de preguntar al portero.

« ¿ Qué hay de nuevo? — Siempre lo mismo, señor doctor, ese pobre joven se está muriendo. »

Subió Récamier, y dando en la escalera con el gran bastón que nunca dejaba de la mano, decía en sí mismo: Pero, señor, ¿ cómo puede ese moribundo, visto el estado en que le dejé ayer, vivir todavía doce horas enteras? Pero aún estaba en los comienzos de sus asombros.

El día siguiente, vivía aún el tísico; por la tarde, también; al otro día, lo mismo, por la tarde también.

¿ Qué es esto? dijo para sí el ilustre práctico, todo el pulmón está enfermo, va creciendo la hipertrofia y estrechando el pecho con exceso; fisiológicamente, y aún mecánicamente me parece imposible la respiración; la vida de ese hombre es casi un milagro continuo. Le vi encima una medalla y un escapulario; ¿ acaso querría la Virgen salvarme?

Con este pensamiento, subió el doctor la escalera precipitado, y viendo la puerta del aposento providencialmente abierta, entró sin tocar la campanilla como solía.

Un lance inesperado pasaba en el cuarto del enfermo.

« Te lo suplico » decía la joven mujer vertiendo lágrimas.



Y abrazaba á su marido en señal de súplica; la madre, de rodillas al lado de la cama, tenía en sus manos trémulas de emoción la fría mano del moribundo, y con instancia materna le decía:

« Tú verás, hijo, que eso nos traerá buena suerte; todos los días vemos que con esa ceremonia cae la bendición del cielo, y también la convalecencia y la salud. ¡Hola, hola! ¿qué hay? dijo el doctor al llegar. — Mira, exclamó la madre levantándose, el señor doctor te lo dirá, porque lo habrá visto muchas veces. ¿No es verdad, doctor, que los últimos sacramentos salvan con frecuencia á enfermos de peligro? — Sí, por cierto, contestó con entusiasmo Récamier, para quien esa pregunta era una revelación. Desgraciadamente, el enfermo, algo amostazado ya por las instancias de su familia, se sulfura del todo al ver que se admite á un forastero en esos pormenores íntimos, y forcejeando en su lecho con la rabia de un exasperado: « ¡Dejadme, dejadme todos, murmuró con voz sorda; en vano me atormentáis; me matáis cruelmente, me estáis asesinando. »

En esas circunstancias, era siempre un apóstol el piadoso médico, y estoy convencido de que sería tan imposible contar las almas que él salvó, como enumerar los enfermos á quienes prolongó la vida. Pero en la circunstancia, con su penetrante experiencia, el práctico vislumbró en la discusión religiosa un peligro inminente. Todos sabemos cuán funesta puede ser toda conmoción para los infelices que están expuestos á un aneurisma, y cuán fácil es apagar la luz vital de un tísico que está sucumbiendo. De consiguiente, hizo de modo que se callaran madre é hija.

« Vamos, don Federico, dijo aproximándose al enfermo, dadme esa mano, y no nos enfademos. Piense que esa madre, esa excelente madre, esa excelente esposa y yo, sólo deseamos y ambicio-

namos una cosa.... el fin, ó siquiera el alivio de sus padecimientos físicos, y la calma y serenidad intelectual, conque no diga nada; quietecito en la cama, para que se desahogue ese berrinche.... luego volveré á verle y déme otra vez la mano. » Y con esto, salió.

« Señoras, cuchicheó á media voz, á las señoras, que le acompañaban hasta la escalera, prudencia y confianza; no le digan nada más, sino supliquen al cielo para que fructifiquen las palabras buenas que ya pronunciaron ustedes. He visto un escapulario en el pecho de don Federico, pues bien, ahora estoy convencido de que la Virgen le protege desde hace unos días; supliquenla que lleve á cabo la obra, y procuren lograr nada más que con *avemarias* lo que tanto deseamos (*Seguirá mañana*).



## DÍA NOVENO

CONSIDERACIONES SOBRE EL MISTERIO DE LA  
ANUNCIACIÓN <sup>1</sup>

Tres circunstancias deben ser especial objeto de nuestras meditaciones en el misterio de la Anunciación: la grandeza del acontecimiento, la sencillez del mensaje, la dignidad de María.

PUNTO I.º — La grandeza del acontecimiento: ¿De qué se trataba en efecto? Se trataba no de notificar á un reino el nacimiento de un niño real; no de proclamar la victoria sobre los enemigos de la patria, y una era de paz que sucediera á los estragos de prolongada guerra; no de anunciar á los cautivos la libertad y el camino de la patria abierta — ó más bien, sí, se trataba de todo ello á la vez, del nacimiento del Hombre Dios. Va á ser destruído el imperio del demonio para dar lugar al reinado de la virtud; van á ser hechas pedazos las cadenas con que el demonio tenía amarrado al género humano; va á sernos devuelto el cielo. — Mas oigamos las palabras del celestial mensajero: No temas, María, en contraste gracia ante Dios;

1. Sacadas de A. Nicolas.

tú concebirás en tu seno, y darás el sér á un hijo, á quien pondrás el nombre de Jesús; él será grande, y será llamado el hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David su padre. El Espíritu santo sobrevendrá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo tanto, el Santo que de ti ha de nacer será llamado el hijo de Dios. — ¿Dónde hallaremos en los anales del mundo acontecimiento comparable con éste? La naturaleza divina que se une á la naturaleza humana; Dios que escoge sencillamente una mortal para asociarla, en cierto modo, á la paternidad eterna por la cual engendra á su hijo. *Plenitud de los tiempos* <sup>1</sup> tan célebre en las santas Escrituras, cumplimiento de todas las promesas de Dios, de todos los votos de los patriarcas, de todas las predicciones de los profetas, de todos los suspiros de los justos de la antigua ley, y punto de partida de los tiempos nuevos, ese es el el grande acontecimiento que el ángel *está encargado* de anunciar á María, y en su persona, á todo el universo. Por que ese acontecimiento interesa no sólo á una nación, á una región; interesa al mundo entero. — Hasta aquí no fué todo más que promesa y prelude, ahora, es el principio de la ejecución. Recojámonos con respeto, y veamos de comprender de qué importancia es para nosotros el mensaje que trae á la tierra el arcángel Gabriel.

1. Galat, iv, 1.



PUNTO IIº. — Sencillez del mensaje. Tan grande y adorable misterio no podía ser comunicado sino con la única pompa que conviene á lo que es por sí mismo esencialmente grande : una inefable sencillez : « El ángel Gabriel fué « enviado de Dios á una virgen desposada con « un hombre de la casa de David, llamado « José ; era María el nombre de la virgen, y « habiendo entrado el ángel, le dijo : Salve, « llena de gracia, el Señor es contigo, y bendita « eres entre todas las mujeres. Habiéndole oído « ella, se turbó con tales palabras, y pensaba « en sí misma qué pudiera ser esa salutación. « Y el ángel le dijo : No temas, María, encon- « traste gracia ante Dios. Tú concebirás en tu « seno, y parirás un hijo, á quien darás el « nombre de Jesús. María dijo al ángel : « ¿ Cómo podrá ser eso, pues no conozco á nin- « gún hombre ? Y el ángel le contestó : El « Espíritu santo sobrevenirá en ti, y la virtud « del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo « tanto el Santo que de ti nacerá será llamado « el Hijo de Dios. Y María dijo : Yo soy la « esclava del Señor, hágase en mi según su « voluntad ; y el ángel desapareció. » Qué escena ! ; qué diálogo ! ; qué desenlace ! Seme- jante relato respira la verdad que él expone. El acontecimiento mismo se relata en su estilo, el hombre queda afuera. Ni una palabra de ampli- ficación ó de entusiasmo. El ángel mismo, y María resuelven el misterio de la Encarnación,

cumplen los destinos del mundo con una parsimonia de conducta y discursos, que no deja lugar á otro sentimiento, más que al de lo excelso del misterio, el cual se cumple y se basta á sí mismo.

Cada una de esas palabras tan sencillas y medidas encierra sublimes verdades ; procuremos entenderlas : *El ángel Gabriel fué enviado de Dios* <sup>1</sup>. Ya se abre por fin el cielo, y envía uno de sus más importantes mensajeros para llevar á la tierra el primer relámpago de la ley de gracia y de verdad. Es enviado de Dios, y lleva en manos la más importante misión que jamás emane del cielo á la tierra, de Dios á los hombres. Sigámosle, y veremos que va no á Roma la Triunfante, no á Atenas la Sabia, no á Babilonia la Soberbia, ni tampoco á Jerusalén la Santa, él va á un rinconcito de Galilea, á un lugarejo desconocido llamado Nazareth. Pero hay en Nazareth una pobre casita, un cuartito que encierra el tesoro del cielo y de la tierra ; hay allí una virgen que, por sí sola, tiene más luz y magnitud que Roma y Atenas, más que los hombres y los ángeles. Á esa virgen es á quien el ángel Gabriel es enviado de Dios, y al entrar, le dice : Salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres. ; Qué actitud, y qué lenguaje de parte de un ángel

1. Luc, 1, 26.



para con una mortal! Unos días antes, el mismo ángel <sup>1</sup>, enviado á Zacarías se había anunciado en términos de autoridad y mando. Ahora, enviado, á una simple joven, que todavía no tiene derecho al respeto de los hombres, se presenta con esa salutación que quedó como fórmula de los homenajes del universo hacia ella: Salve, llena de gracia..... No es la virgen la que se prosterna, es el ángel el que se inclina, y no habla sino rendido. No se sabe quien es el ángel, María ó Gabriel. Y en efecto, si el ángel es virgen, la Virgen es ángel; pero la Virgen no sólo es ángel en un cuerpo, es también reina de los ángeles, siendo predestinada Madre de Dios. Por lo tanto no le habla Gabriel como á una súbdita, ni aún como á una igual, sino como á una reina. Se aproxima cual embajador á una potencia, en quien ve también la misma potencia que lo envió. Al considerar pues con qué respeto un arcángel se dirige á aquella que llamáis madre vuestra, aprender á respetarla y honrarle.

Punto III°. — Dignidad de María. Al extraño anuncio que se le hace, ¿ qué va á contestar? ¿ qué va á hacer María? Sin duda, con el asombro de tan gran destino que, de pobre joven desconocida, la eleva de repente á la majestad de Madre del Hijo del Altísimo, quedará sin voz, ó no abrirá la boca más que para subscri-

1. Luc, 1, 29.

bir á tan glorioso destino. El temor, la sumisión, y quizá el júbilo de ser la mujer bienaventurada entre todas, por quien han de realizarse las antiguas esperanzas de Israel y la salvación del mundo, van á precipitar su consentimiento. — No tal. María, que hasta ahora no ha manifestado más que la turbación de su humildad, va á contestar con calma, contestar á un ángel, contestar á Dios, y contestar con una pregunta: ¿ Cómo podrá ser eso, pues no conozco á ningún hombre? Heroica contestación, dictada por una virginidad tan inviolable, que no admite ni aún el pensamiento de que el honor de ser Madre de Dios, por infinito que sea, pueda ser pagado con su sacrificio. Contestóle el ángel: El Espíritu santo vendrá en ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por lo tanto, el Santo que de ti nacerá será llamado el Hijo de Dios. Después de esa contestación, dada con tan celestial decencia, el ángel, que lo ha dicho todo, espera que dé María su consentimiento. El espera, y María está deliberando. Ese es un aspecto del cuadro evangélico que no podemos contemplar con demasía, y la más solemne de todas las situaciones divinas y humanas. Dios inmortal, exclama un piadoso doctor, ¿ qué maravilloso miramiento tuviste para con María, pues consiste que el gran misterio de nuestra Redem-

1. Luc, 1, 22.



ción fuese sometido á su deliberación! ¡ Oh increíble majestad de la Virgen en esa deliberación augusta! El esposo, Hijo de Dios de toda eternidad, aspira á unirse con la humana naturaleza; llegó ya el momento del himeneo, debe ser requerido el consentimiento de la Virgen, y lo es por un embajador, cuyo celeste ceremonial manifiesta la importancia. La Virgen delibera si aceptará. Figuraos no sólo el ángel que espera, sino el mundo que está esperando desde cuatro mil años, los deseos de los patriarcas, los suspiros de los justos, los gemidos del género humano. Representaos todo lo que ha de salir de ese grande acontecimiento: la destrucción de la idolatría, la propagación del Evangelio y de la Iglesia, la difusión por todo el mundo de la verdad y de la virtud, todo eso se halla suspendido con esta palabra de María: *Quomodo fiet istud?* Ese ¿cómo podrá ser eso? va determinado por su *Fiat*. Admirad como María, en su divino coloquio, se coloca á la altura del misterio que va á cumplirse en ella. En primer lugar, la calma y alaba el ángel; contesta ella con su turbación, es decir, con su humildad. Le anuncia luego el ángel su maternidad divina; eso no le deslumbra á ella. Le da el ángel la explicación que ella desea, María no pide nada más, y da su consentimiento con una prontitud de humildad y fe igual á la altura del misterio de que ella es objeto: *Yo soy la esclava del Señor; hágase en mí según su*

*voluntad.* ¡ Oh sencilla y sublime contestación, la cual atrae á la castas entrañas de María el Criador del cielo y de la tierra! Apenas dado el consentimiento, se bajan las alturas del cielo, toma el Verbo eterno en el seno de María una naturaleza semejante á la nuestra, y el Verbo se hace carne. Goza, virgen madre, de tu dignidad; la posteridad más remota no tendrá bastante admiración para manifestarle, ni bastantes alabanzas para celebrarla. Tú puedes decir: Aquel que me creó descansa en mí.

Virgen santa, ese mismo prodigio que se realizó en tus castas entrañas el día de tu gloriosa Anunciación, se realiza, en cierto modo, en mi pobre corazón cada vez que tengo la dicha de comulgar; pero ¡ cuán lejos estoy de poseer las virtudes que atrajeron á ti el Verbo de Dios! Ayúdame á ser menos indigno de unirme á él, lográndome la humildad, la pureza de corazón, y un ardiente amor por el Dios que tiene á bien darse á mí. Amén.

## EJERCICIO

Una de las oraciones que se recitan más á menudo, y ¡ ay de mí! quizá peor, es la oración del *Angelus*. ¿No deberíamos avergonzarnos de tanto descuido en ofrecer á nuestra madre tan leve tributo?



## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Un generoso hijo de María.* — Esto era en París, en la Escuela politécnica, la primera escuela de Europa; llegaba el fin del año escolar, y se preparaba el examen. Uno de los estudiantes, paseándose en las salas del establecimiento, encontró un rosario. ¡Un rosario! ¡un rosario en la Escuela politécnica! juzguen la sorpresa. Era uno de esos jóvenes *espíritus fuertes* que creen ser grandes hombres sobre todo por haber abandonado los prudentes consejos de una madre, y las doctrina de la Iglesia. No podía creer á sus ojos. ¡Un rosario en la Escuela politécnica! ¡Habria acaso un estudiante que rezara el rosario! Según él, era una afrenta para el establecimiento, y resolvió vengar esa afrenta. No podía ser más propicia la ocasión, pues estaba abierto el examen, y el que decía el rosario no debería ser recibido. Comunica el caso á los compañeros que comparten su modo de pensar, y está cierto de completo éxito. Concluidos los exámenes, á que presidía un anciano, mariscal de Francia, noble resto de gloriosa época, y pasada la revista; dió éste la señal acostumbrada: *rompan filas*. Nadie se movió, pues se habían dado esta consigna y casi todos estaban en el secreto. De repente, se adelanta el supuesto *espíritu fuerte* con el rosario en la mano, y lo suspende á uno de los árboles del patio; poniendo luego una mano en el puño de su espada y señalando con la otra el rosario, dijo con sonrisa arrugada como la de Satán: *¿De quién es ese rosario?* desafiando así al temerario que se atreviera á presentarse. Pero apenas hubo hablado, cuando un joven estudiante, rompiendo las filas, contesta: Ese rosario es mío, lo recibí de mi madre al despedirme de ella, y estaba sin consuelo por haberlo perdido.» Pues bien, el que hablaba así acababa de

alcanzar brillante triunfo, pues había salido de los exámenes con el número uno. Después de tomar posesión de su rosario, volvióse hacia los maestros y profesores de la Escuela, y con un tono firme que llamó la atención del general y de los que le rodeaban: « « Señores, dijo, acabo de recibir vuestras congratulaciones en el examen; si creéis que rezar el rosario es deslucirlas, retiradlas, por que yo estimo más renunciarlas antes que cometer una bajeza con avergonzarme por un acto de piedad, que me transmitió mi madre y la religión.— Bravo, bravo, exclamaron todos. » Y estalló una salva de aplausos unánimes y entusiastas. Aproximóse al joven el viejo general, y le dijo tomándole la mano conmovido: « Joven, conservad siempre ese generoso y magnánimo corazón; sed tan valiente para defender á la patria, como lo sois para defender la religión; joven, que sea enhorabuena. » Y resonaron nuevos aplausos. El hecho que acabamos de narrar es histórico, y muy conocido el héroe de él. Luego lo llevó su talento á elevada carrera, y en este momento, ocupa el puesto de ingeniero en jefe en una gran ciudad (*Extracto del Rosier de Marie*).

Uno de los más grandes artistas del siglo último, uno de los compositores más sabios que han existido aún en todos los siglos, el illustre Gluck, maestro de canto de Marie Antoinette, era exacto en rezar el rosario. Es evidente que debió á su devoción el haber sido preservado, durante su larga carrera, del contagio del espíritu filosófico é irreligioso de la sociedad donde le era forzoso vivir constantemente. Cual la mayor parte de los grandes artistas, habia aprendido Gluck los primeros elementos de su arte bajo las bóvedas de una antigua catedral; fué niño de coro: « Era, dice su historiador, un muchacho pálido y delicado, que sus padres



pobres vinieron un día á presentar al deán de la catedral de Viena, para que le admitiera entre los niños que cantaban las alabanzas del Señor. Estaba tan bien dotado en cuanto al espíritu y corazón, como lo estaba bajo el concepto de la piedad. Su voz era admirable, con una expresión tan candorosa y pura, que cuando cantaba, se llenaba la catedral de gente, que le oía embelesada; verdad es que no era posible desconocer en ella la expresión de un alma profundamente religiosa. Crecía pues en el arte al par que en la piedad, y durante las ceremonias religiosas, cuando llenaba el órgano las bóvedas con sus santas melodías, se conmovía tanto el niño, que se le veía verter lágrimas. No pocas veces, en las horas de recreo, mientras se entregaban sus compañeros á inocentes juegos, le sorprendían rezando solo y contemplativo en la iglesia. En las horas de la tarde, cuando los rayos del sol poniente sembraban en las baldosas del santuario las esmeraldas de las vidrieras, prosternado el niño al pie del tabernáculo, oraba y meditaba con fervor. Un día que había cantado mejor que de costumbre una antifona á María, al salir de la iglesia, se le aproximó un religioso, y con las lágrimas en los ojos le apretó en sus brazos diciendo: « Hijo, me hiciste derramar hoy las lágrimas más deliciosas que vertí en mi vida, y por desgracia nada tengo para dejarte como prenda de mi arrobamiento; mas toma este rosario en recuerdo de fray Anselmo. Reza todos los días siquiera parte de él, y si eres fiel á ese ejercicio, tú serás grande entre los hombres. » Gluck siguió fiel el consejo. Era pobre su familia, y sin medios para dejarle seguir sus estudios, pero no desmayaba el muchacho, sin olvidarse, hechó después un joven, del ejercicio de fray Anselmo. Una tarde, llamaron á la puerta de su pobre vivienda; era un célebre maestro de capilla, el cual, habiendo estado encargado de ir á Italia

para recoger las obras de Palestrina, se lo llevó consigo, y le hizo seguir los estudios que tan acertadamente había principiado. Desde entonces, Gluck anduvo á paso largo en la carrera de las artes, sin dejar por eso de ser fiel á los consejos de la religión y prácticas de piedad. En la corte de Viena, tan poco religiosa entonces, en medio de las diversiones y placeres, el ilustre compositor se apartaba por la tarde cual lo hiciera un sacerdote para leer el rezo, buscando un retiro para rezar piadosamente el rosario. Y cuando, después de larga y gloriosa carrera, vino la muerte, digámoslo así, á fulminarle, la muerte le halló preparado; aún tenía en la mano el pobre y precioso rosario de fray Anselmo; jamás lo había abandonado, y acabábalo de rezar un momento antes de morir.

¡ Venturoso aquel que es fiel á María! María le será siempre fiel; Venturoso aquel que ama á María! él será siempre amado de ella; Cuántas cosas sublimes nos revelan esas consideraciones tan sencillas! por que en la religión, todo es igualmente sencillo y sublime. Prosternémonos á los pies de María, pidámosle la gracia de rezar cada día parte de su corona ó rosario, de hacerlo con piedad, fe y amor, y María no nos abandonará jamás. Y si llevamos su corona en las manos, si es grata á nuestro corazón en la vida nuestra, ella la colocará en nuestras sienes el día del eterno galardón. Amén.

*Continuación del avemaría del doctor Récamier.* (R)

— Era ya tarde cuando salió Récamier de la calle de Bac, y voló al Sagrado Carazón, donde había algunas enfermas, y á todas las religiosas que encontraba, desde las hermanas torneras, hasta las madres de la enfermería, pedía *avemaría* por un enfermo que le interesaba vivamente.



Fué después á casa del padre Malet para contarle lo que había y pedirle no sólo alguna *avemaría* sino el rosario entero.

En casa de Récamier, la oración de por la noche se hacía en común, laudable costumbre, notémoslo de paso, que introduce en el hogar todas las costumbres de la vida cristiana, y afianza la observación de todos los preceptos religiosos : por que al mérito de la oración particular, añade la gracia, la autoridad y persuasión del buen ejemplo. De ese modo, el padre, la madre y los criados profesan su fe, prometen guardar los mandamientos de Dios y de la Iglesia, no en secreto, sino en público, solemnemente, en presencia de testigos, los cuales lo tienen presente, para acordarse cuando llega el caso.

Aquella noche, antes de concluir el rezo con la señal de la cruz acostumbrada, el jefe venerable de la familia anunció que se iba á rezar tres veces el *avemaría* por la conversión de un enfermo ya casi en la tumba, y se recitaron las tres *avemarías* con enternecido fervor.

Concluida la oración, al levantarse Recamier, se apoyó al brazo de la poltrona, á cuyo lado había estado de rodillas; el bolsillito de su reloj con lo que contenía dió con un ángulo del mueble, y por efecto del golpe ó de la casualidad, se rompió el gran resorte, y se desbarataron los rodajes pero con tal chirrido, que uno de los circunstantes exclamó :

« ¿ Qué es eso ? — Es el diablo que huye. » Contestó sonriéndose el religioso práctico. Y luego, sacando el reloj y dirigiéndose á él :

« Ya te mandaré á componer, amiguito, Confieso que hace tiempo que me sirves, pero te cansas más pronto que yo. »

Al día siguiente, á eso de las seis, se levanta Récamier, se pone en camino á pie y precipitado,

volando á la calle de Bac para saber si hay algo nuevo.

Todos estaban alborozados en la casa ; la madre del enfermo da con efusión mil gracias á Récamier ; la joven mujer le aprieta la mano agradecida. Sentado el moribundo en una poltrona, al ver al médico :

« Adelante, doctor, grita, adelante ; ya soy feliz ahora ; ya me reconcilié con Aquel á quien tanto amáis... abrazadme. »

Hízolo Recamier y se sentó al lado de su enfermo para oír los pormenores de su arrepentimiento : Es Federico mismo el que ha pedido un sacerdote ; Federico el que, después de confesado, ha deseado el Viático y la Extrema Unción.

Se lo agradeció Récamier, y le confesó que había mandado rezar por él : otra vez alborozos, otra vez abrazos.

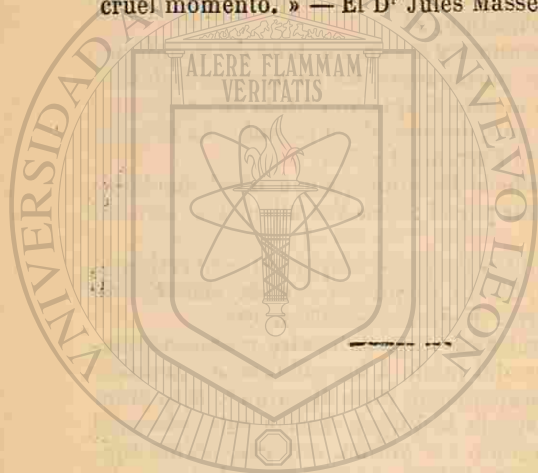
Cinco minutos después, se para el convertido en una sonrisa, da un suspiro, y... nada más. Era su último suspiro, Federico estaba muerto.

Las desgraciadas señoras madre y esposa pasaron entonces del júbilo á los sollozos, de la felicidad á la desesperación. Pero Récamier, mostrándoles el busto de la Virgen recién colocado en el fúnebre aposento : « Animo, señoras, ánimo ; pidan á la Virgen María, y acuérdense de lo que ha hecho por ustedes. El pobre Federico estaba comprometido, irrevocablemente perdido desde ya hace mucho tiempo. La Virgen santa le ha prolongado la vida milagrosamente, para darle tiempo de prepararse á la muerte. Federico rehusaba los sacramentos, la Virgen ha hecho que él mismo los deseara y pidiera... Y díganme, ¿ á qué hora mandó llamar al confesor ? preguntó Récamier para distraer el pensamiento de ellas, y llamarlo sobre otra idea más consoladora. — Ayer tarde, á las nueve y media, doctor. »

Saca el reloj Récamier con una exclamación :



« Nueve y media, repitió. Cabalmente á las nueve y media concluíamos las *avemarías* por Federico. Lo sé por que el gran resorte de mi reloj se rompió en ese instante, ven ustedes que se paró á las nueve y veintiocho minutos. ¡ Oh! recen á la Virgen buenas señoras, récenle, y tengan por cierto que les dará la fuerza que necesitan en tan cruel momento. » — El Dr Jules Massé.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## DÍA DÉCIMO

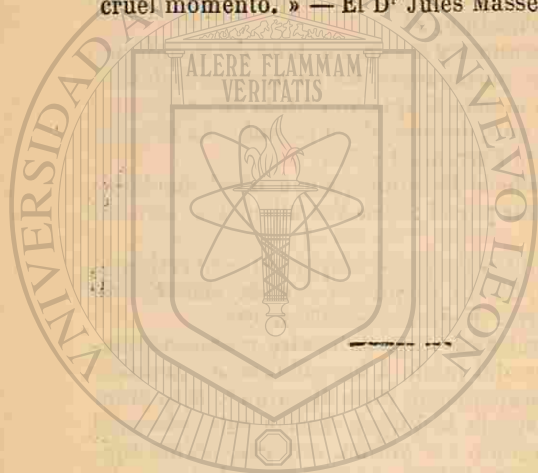
### CONSIDERACIONES SOBRE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA

Tres consideraciones deben llamar nuestra atención sobre la Salutación angélica, y hacérnosla preciosa : ella nos es recomendada por la Iglesia, es agradable á María, nos es útil á nosotros.

PUNTO 1º. — Tiene la Iglesia en tanta estimación á la Salutación angélica, que obliga á todos fieles á saberla y recitarla. Sin duda, no es precepto formal y obligatorio, no habiendo decisión de concilios que lo imponga ; pero en eso hace ley la práctica constante y universal. San Carlos, en las reglas que dejó á los confesores para su dirección en el santo tribunal, quiere que se niegue la absolución al penitente que no supiera la Salutación angélica. Esa regla se ha hecho general en la Iglesia, y es estricta obligación para los cristianos el saber igualmente la Salutación angélica y la Oración dominical. Ambas oraciones van de frente en la Iglesia ; y están sentadas en cabeza de los oficios públicos, en los cuales siempre sigue la Salutación angélica á la Oración dominical. Ese es el orden prescrito á los sacerdotes antes y



« Nueve y media, repitió. Cabalmente á las nueve y media concluíamos las *avemarías* por Federico. Lo sé por que el gran resorte de mi reloj se rompió en ese instante, ven ustedes que se paró á las nueve y veintiocho minutos. ¡ Oh! recen á la Virgen buenas señoras, récenle, y tengan por cierto que les dará la fuerza que necesitan en tan cruel momento. » — El Dr Jules Massé.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## DÍA DÉCIMO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA SALUTACIÓN ANGÉLICA

Tres consideraciones deben llamar nuestra atención sobre la Salutación angélica, y hacérnosla preciosa : ella nos es recomendada por la Iglesia, es agradable á María, nos es útil á nosotros.

PUNTO 1.º. — Tiene la Iglesia en tanta estimación á la Salutación angélica, que obliga á todos fieles á saberla y recitarla. Sin duda, no es precepto formal y obligatorio, no habiendo decisión de concilios que lo imponga ; pero en eso hace ley la práctica constante y universal. San Carlos, en las reglas que dejó á los confesores para su dirección en el santo tribunal, quiere que se niegue la absolución al penitente que no supiera la Salutación angélica. Esa regla se ha hecho general en la Iglesia, y es estricta obligación para los cristianos el saber igualmente la Salutación angélica y la Oración dominical. Ambas oraciones van de frente en la Iglesia ; y están sentadas en cabeza de los oficios públicos, en los cuales siempre sigue la Salutación angélica á la Oración dominical. Ese es el orden prescrito á los sacerdotes antes y



después del rezo de las diferentes horas del oficio canónico, y el orden indicado á los fieles en las oraciones que dirigen al Señor mañana y tarde.

Hay en esa práctica razón de deferencia por María, y razón de utilidad para nosotros mismos. En efecto, es justo que, después de tributar á Dios el culto de adoración que le es debido, paguemos también tributo de honor á aquella que es en el cielo la primera después de Dios. Es útil para nosotros que, después de rogar á Dios, á quien no cesamos de ofender, supliquemos á aquella, que es abogada de los pecadores, que recomiende nuestros ruegos á su divino Hijo; ese es el mejor medio de ser atendidos.

Además de esas dos razones, hay otra sacada de la oración misma. Las palabras que las componen son tales, que deben hacérsela preciosa y venerable; unas fueron traídas del cielo por un ángel, y forman el principio y como el preámbulo de la Salutación angélica: *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo*<sup>1</sup>.

Las siguientes nos vienen de una santa, habiéndoselas dirigido Isabel á María el día de la Visitación: *Bendito es el fruto de tu vientre*. Las demás fueron añadidas por la Iglesia en el concilio de Éfeso, cuando el título de Madre de Dios, que el impío Nestorio negaba á María, fué

1. Luc, 1.

proclamado solemnemente por san Cirilo, órgano de todo el concilio, de quien él era el alma y luz principal.

PUNTO IIº. — Esa oración es agradable á María. — Se recuerda sus glorias. — *Ave María, salve, llena de gracia*. Ese es el saludo del ángel al anunciarle la elección que de ella ha hecho Dios para ser la madre del Salvador de los hombres. — Con decir esas palabras, le hacemos presente el recuerdo de todos los portentos de que fué objeto, de todos los favores con que fué agraciada. *Gratia plena*. ¡Llena de gracia! Eso es decirle: Yo te saludo, á ti que fuiste concebida sin pecado, que diste un hijo al mundo sin dejar de ser virgen: á ti, escogida de Dios para ser libertadora de su pueblo, gloria del mundo y reina del cielo.

Y observad la dulce confianza de estas palabras: *Salve María*. — No os atreveríamos con *el Padre nuestro que está en los cielos* á esa familiaridad, que el título de madre autoriza con María; le gusta ese buenos días; hay en ese abandono yo no sé qué embeleso que dilata al corazón de un hijo, y regocija al corazón de una madre.

*El Señor es contigo*. — Con todos los justos está el Señor, pero no tienen esa certidumbre, no estando nadie seguro de si es digno de odio ó de amor<sup>1</sup>. Solo María tuvo el feliz privilegio

1. Eccli, ix, 1.



de tenerlo por cierto de la boca de un ángel ; Ah ! rebosa nuestro corazón de gozo cuando en el tribunal de reconciliación nos dice el ministro de Jesucristo : Id en paz, se os ha devuelto la gracia. ; Cuál debió ser el gozo de María al recibir de Dios mismo la feliz noticia : *El Señor es contigo, Dominus tecum!*

*Bendita eres entre todas las mujeres.* Con esas palabras profetizaba el ángel los homenajes que María había de recibir á continuación de los siglos : las cofradías establecidas en honor suyo, los templos dedicados á su nombre, las fiestas instituidas para celebrar los misterios de su vida ; pues bien, al repetirlas, le recordáis el cumplimiento admirable de todo ello ; y ¡ qué cosa más grata para ella que ese recuerdo !

*Bendito es el fruto de tu vientre Jesús.* — El medio de dar gusto á una madre es decirle algo lisonjero para su hijo, más gusto experimenta por ello que por cuanto se pudiera decir á ella misma. Y es aquí la alabanza tanto más lisonjera, cuanto verdadera. ; No es Jesucristo á quien bendijeron todas la bocas? la profetisa Ana ; el santo anciano Simeón ; la voz que dijo : *Bienaventurado el seno que te llevó* ; la muchedumbre entusiasmada que gritaba al pasar él : *Gloria á Dios, bendito sea el que viene en nombre del Señor* <sup>1</sup> ! ; Cuán gratas han de ser esas palabras al oído de María !

1. Joann., II, 3

PUNTO III<sup>o</sup>. — Esa oración es útil para nosotros. Para convencernos de ello, no hay más que preguntar lo que practica la Iglesia, la cual la recomienda con instancia, y la pone con frecuencia en boca de sus hijos. Una madre tan solícita por nuestras necesidades no la prescribe tan encarecidamente, sino por las ventajas que deben resultar para nosotros ; y todavía os convenceréis más si os acordáis de la anterior consideración. Ya vimos que esa oración es gloriosa para María, y agradable á su corazón de virgen y de madre ; debe pues, por consecuencia natural, disponerla á escuchar favorable á quien se la dirige. La madre de Dios, dice un santo doctor, no puede negar nada á quien viene á ella con las palabras del *avemaría* en los labios.

Cuando en el mundo quiere alguien dar gusto á un grande, y granjearse sus favores, cuida de recordarle la época más gloriosa de su vida : esa inocente adulación es medio seguro de lograr buena acogida. Ese es cabalmente el efecto que debe producir en el corazón de María la salutación angélica ; la cual le recuerda la época más gloriosa de su vida, y encierra la alabanza más lisonjera para su corazón. La primera vez que ella la oyó de la boca del ángel, *se turbó* ; su virtud y humildad se atemorizaron igualmente ; pero esas palabras, saliendo de nuestros labios para subir hacia su trono, no le ocasionarán ni temor ni turbación, pues



ya no hay angustias para ese corazón de madre, ya no hay temores para la Virgen bienaventurada.

Dice san Bernardo y también san Francisco de Sales que rebosa el corazón de alegría y consuelo al decir esa oración, en la cual todo es santo, pues que todo nos viene de una santa y de un ángel. Sí, yo lo creo, pues da á los pecadores una protectora, y esa protectora es la madre misma del Dios á quien ellos ofendieron. Pero ¿qué derecho tienen á su protección y favores? Nada más que el ser pecadores. *Ora pro nobis peccatoribus*. Extrañas palabras que yo no puedo meditar sin enternecerme hasta las lágrimas. El título que me hace enemigo de Dios es el mismo de que me prevalego para merecer la protección de María. *Ora pro nobis peccatoribus*. ¡Oh palabras deliciosas! fluíd de mis labios cual dulce miel, caed en mi corazón cual rocío de la mañana en la flor que se marchita. *Ora pro nobis peccatoribus*, ruega por nosotros pecadores, *nunc* ahora y en la hora de la muerte.

Leemos en el libro de los *Jueces*<sup>1</sup> que estando Barac para marchar contra Sisara, fué á verse con la profetisa Débora y le dijo: Si consentís en venir conmigo, yo iré valeroso al combate; si os negáis, aquí me quedo. Débora le contestó: adelante, yo te acompañaré. Y

1. iv, 8.

entonces, alentado con la presencia de la profetisa, dió la batalla y ganó la victoria. El último combate del pecador es el más terrible, acudamos pues á nuestra valiente Débora, la poderosa Virgen María; ella nos asistirá en la formidable lucha, y hará que triunfemos<sup>1</sup>.

¡Oh María llena de gracia! yo te saludo con respeto como á mi soberana; yo te amo con todo mi corazón como á mi madre; yo te invoco confiado como á mi amable protectora. Santa María, tú eres la madre de Dios y todopoderosa, ruega por mí que soy un pecador; ruega por mí en mi viaje de la vida, para que llegue felizmente al cabo; ruega sobre todo por mí en la hora de mi muerte, á fin de que yo muera en el amor tuyo, y en la gracia del Dios mío. Amén.

#### EJERCICIO

Digamos en adelante con más viva fe y piedad la bella oración del *avemaría*. Ello no nos costará mucho, y María no lo olvidará.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

«Acuérdome, dice Mñor. Dupanloup, haber visto una vez en mi vida, de la eficacia del *avemaría*, un ejemplo que jamás se me olvidará. Estaba á la cabecera de una moribunda, recogiendo y bendiciendo

1. *Mes de María de los predicadores.*



el postrer suspiro de una hija muy querida, de una señora muy joven á quien tiempo atrás habia dado yo la primera comunión. Tenia yo costumbre de no dar jamás la primera comunión sin recomendar á mis hijos siquiera la fidelidad á esta sencilla y poderosa oracion: *Ave María*; y esa joven señora, que tendria unos veinte años, y cuyo matrimonio habia bendecido yo hacia un año, esa joven señora habia sido fiel á mis consejos desde su primera comunión; y aún, por consejo mío también, rezó todos los días algunos diezces del rosario, y desde cuatro años lo rezaba todo entero. Era hija de uno de los más viejos mariscales del Imperio, y de los más célebres, adorada de su padre de su madre y marido; rica, joven, brillante, feliz en fin por haber dado á luz un hijo; pues bien, en medio de tanta dicha presente y tantos sueños de porvenir, de repente, á los veinte años, ¡preciso era morir! Apenas madre, contagiada de una de esas enfermedades de que no hay escape... ¡Preciso era morir! y se me encargó á mí el llevar la tremenda nueva. Al entrar, hallé á la madre desconsolada, desesperado el marido, y aniquilado el anciano padre, más que la madre; lo que no es cosa rara, pues he observado más de una vez que en los grandes pesares, las mujeres cristianas, á pesar de más profunda sensibilidad, saben conllevar su dolor con mayor fortaleza que los más valientes guerreros. Entré pues en medio de tanta congoja, sin saber cómo dirigir la palabra á la enferma; y me quedé asombrado, al llegarme á ella, de verla con la sonrisa en los labios. Pues sí, esa joven que iba á ser arrebatada por tan repentino golpe, dejando tan brillantes esperanzas, tan legítimos honores, tan tiernos afectos y tan puros, esa joven se sonreía. Llegaba la muerte con presurosos pasos; ella lo sabía y lo sentía, hasta llevaba en el rostro cierto brillo que anunciaba su proximidad, y ella se son-

reia con cierta tristeza en que sobrenadaba la alegría. No pude menos de decirle: « Hija, ¡qué golpe! » Y ella, con indecible acento... todavía me conmuevo con el recuerdo de aquella voz que tan grata me era... « ¿No cree V. que iré al cielo? dijo. — Hija mía, contesté, esa grande esperanza tengo, — Pues yo, repuso, estoy muy cierta. — Díjele yo: Y ¿qué es lo que os inspira esa certidumbre? — El consejo que V. me dió en otro tiempo. — ¿Y cuál es ese consejo? — Cuando comulgúe por primera vez, nos dijo V. que rezáramos todos los días el *avemaría*, y que la rezáramos bien; pues bien, todos los días la he rezado, y aún desde cuatro años, no he dejado un día de rezar el rosario entero. Eso es lo que me da la seguridad de ir al cielo. — ¿Y cómo es eso? le dije. — Bueno, yo no puedo menos de creer, añadió serena, y es un pensamiento que no me deja desde que estoy enferma, que, habiendo dicho desde cuatro años cincuenta veces por día á la Virgen santísima: *Santa María, madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora, ahora y en la hora de mi muerte*, yo no puedo creer que ella no esté aquí á mi lado, en este momento en que voy á morir. Aquí está, yo estoy muy segura, está rogando por mí y es ella quien me llevará al cielo.

Eso me dijo la joven, y vi entonces un espectáculo que nada pudiera reproducir: una muerte verdaderamente celestial. Vi una tierna y débil criatura, á la flor de su edad, arrebatada á todo cuanto es la felicidad en la tierra, un padre, una madre, un marido de quien es adorada, á quien ella idolatra, un pobrecito niño, prenda deseada y cara; dejando todo eso no sin lágrimas, pero con radiante serenidad; consolando á sus ancianos padres, bendiciendo á su niño, animando á su pobre marido, y en medio de tantos vínculos que se rompían, de tantos abrazos que en vano procuran



detenerle; no viendo más que el cielo, no hablando más que del cielo; y su postrimer suspiro fué una sonrisa á la gracia y á la eterna gloria.

Ese recuerdo es para mí inolvidable, y vosotros guardadlo también en el corazón; sea cualquiera el límite de vuestra carrera, y de los contados días de la vida vuestra, decid también vosotros con fidelidad y confianza: *Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros, pobres pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte*; y á cualquiera hora que Dios os llame, también vosotros en el último momento lograréis la bendición de María.

*Un recuerdo.* — Estaba yo en París en el año 1844, y era miembro de una Conferencia de san Vicente de Paul. Algunos de los jóvenes que la componían tenían la piadosa costumbre de visitar una ó dos veces por semana á los pobres enfermos de los hospitales.

Tócóme á mí el hospital Necker en la calle de Sèvres. Siempre daba principio á mis visitas por la capilla, yendo á pedir al Señor que bendijera la obra que yo iba á cumplir por amor suyo, y acompañara con su bendición las palabras y consejos que iba á dar á los enfermos; y al concluir de dar la vuelta por las salas, volvía otra vez á ofrecer el resultado á los pies del buen Maestro.

Tuve que marcharme de París en la primavera, y me acordaré siempre del lance conmovedor que presencié en mi última visita á los enfermos de Necker.

La sala que debía visitar aquel día estaba á cargo de una hermana de la caridad, encanecida ya en su admirable ocupación, y no menos incansable para aliviar los padecimientos de sus enfermos, que solicita por la salvación de sus almas. Al llegar, fui, como solía hacerlo, á pedir órdenes á la buena her-

mana, la cual me recomendó particularmente seis ó siete enfermos; el uno Esteban, recién llegado, y aún desconocido; el otro, moribundo que necesitaba auxilio y consuelo; otro, conmovido ya, y casi para convertirse, etc. « Y luego, añadió, vaya usted á ver el n.º 39; es un hombre de treinta dos ó treinta y tres años, tísico en el último grado, que no puede durar tres días. Por más que hice con él, no he logrado sacar nada, tres ó cuatro veces me mandó á paseo, y hasta ahora no ha recibido al capellán sino con palabras groseras. Un cofrade de usted, que varias veces le ha visitado, no acertó tampoco; y es probable que también á V. le mande á pasear; sin embargo es preciso probar, pues se trata de la gloria de Dios, y de la salvación de una alma. — Bueno, hermana, contesté, si me manda á paseo, me iré á paseo, y nada más; eso no me lastimará sobre manera; pero rece V. siquiera una *avemaría* mientras yo voy á hablarle. Hice pues la visita, y de cama en cama, llegué al n.º 39. Me sobresalté al verle: tenía la muerte pintada en la cara. Le sostenían tres ó cuatro almohadas; estaba lívido y descarnado su rostro, y de un blanco amarillento; su extremada flaqueza daba á sus ojos negros extraña apariencia... Me aproximé á la cama: me miró él sin decir nada, mientras le preguntaba yo cómo iba: « Amigo mío, me dijo la hermana que ha ya tiempo que está V., enfermo, y que padece mucho. » No contestó, y su mirada era cada vez más ceñuda como diciéndome: « Poco me importan á mí tus sentimientos, déjame en paz. » Hice como que no entendía: « ¿ Sufre V. mucho en este momento, y puedo yo aliviarle en algo? » Tampoco respondió: « ¿ Cómo ha de ser! Hay necesidad de conformarse, y ofrecer á Dios nuestros padecimientos como expiación de las pasadas culpas, siquiera de ese modo serán meritorios. » Sigue el silencio con la misma acti-



tud; ya se hacía impertinente la situación, y más ceñuda su mirada, y era de temer un estallido de improperios... cuando me mandó la Providencia una inspiración. Me acerqué vivamente al enfermo, y con voz baja le dije: «¿Recibió V bien la primera comunión?» Esa palabra produjo en él el efecto de una conmoción eléctrica. Hizo un leve movimiento, cambió de expresión su semblante, y susurró más bien que dijo: «Sí, señor. — Y bien, amigo, repuse, ¿no era V. feliz en aquel tiempo? — Sí, señor, respondió con voz enternecida; Y al mismo tiempo vi dos lágrimas que saltaban de sus ojos. Le tomé las manos: «Y ¿por qué era V. feliz en aquel tiempo sino por que era puro, casto; temía y amaba á Dios, siendo buen cristiano? Pero esa felicidad puede volver otra vez, pues Dios no ha cambiado.» Seguía él llorando. «¿No es verdad, añadió, que quiere V. confesarse? — Sí señor, dijo con energía, y adelantándose para abrazarme; y yo lo hice de buena gana, como pueden pensarlo, y le di algunos consejos para ayudarle á ejecutar su resolución. Le dejé luego, y fui á anunciar el inesperado éxito á la hermana. No sé lo que después sucedió, pero lo que me quedó profundamente esculpido en el alma, ó más bien en el corazón, es la maravillosa fuerza de la misericordia divina, la cual en un instante cambió con sólo una palabra tan empedernido corazón.

*El avemaría de un niño misionero.* — En el primer viaje de descubrimiento y exploración de las islas de Fernando-Pó y de Annobón encontraron los misioneros, encima de una peña no lejos de la playa, una cruz labrada groseramente, y al rededor un grupo de niños negros dirigidos por un niño blanco, todos poco más ó menos de la misma edad. Al rededor de aquel altar y cruz todavía

con su corteza, rezaban el *avemaría* en español. Fué grande la admiración de los misioneros al ver un altar dedicado á la cruz en aquella tierra, donde creían que era desconocida la idea de la cruz.

Así como los columbró, el niño exclamó en español: «¡Sacerdotes, sacerdotes!» Y todos los negritos volvieron la cabeza hacia los misioneros. Estos pidieron al niño que los llevara á casa de sus padres.

Contóles el niño que habiendo sido arrojado á aquella isla hacía un año por un gran naufragio, quedó separado de sus padres, sin haberlos visto más desde entonces. «Los negros, añadió, me recogieron y criaron con sus hijos; y yo, acordándome de lo que vi en mi país, hice esa cruz, y enseñé á las negritas las oraciones que mi madre me mandaba rezar todos los días al levantarme y acostarme, y todos los días también venimos acá juntos para arrodillarnos delante de esta cruz. — Luego son cristianos, dijeron los misioneros, pues oímos que rezaban contigo. — Yo no sé si lo son, contestó el niño; ellos me ven rezar, y se arrodillan á mi lado, han aprendido algunas palabras de mi oración, yo no sé si las entienden, por que tampoco yo entiendo su lengua. Y no obstante, les enseñé á hacer la señal de la cruz, y nunca dejan de hacerla cuando pasan delante de esa cruz. — Y ¿quién puso ahí esa cruz? — Yo, dijo el niño, me acordé de las que vi en mi tierra de trecho en trecho.»

Al concluir tan breve relato, no pudo menos el niño de echar lágrimas con hondos suspiros.

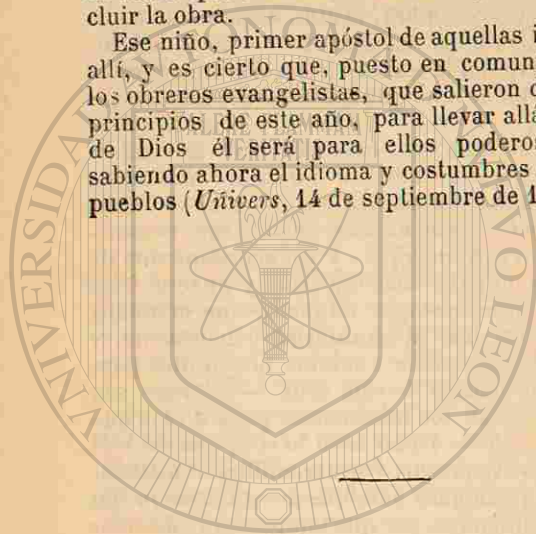
Preguntáronle su nombre los misioneros; pero él ni se acordaba de su nombre, ni del de su patria, ni del país donde había vivido; ni sabía tampoco exactamente desde qué tiempo estaba en aquella isla, no habiendo sabido cómo contar el tiempo.

Los misioneros adoraron los impenetrables desig-



nios de Dios, dándole miles de gracias de que un niño, que no sabía leer ni escribir, ni contar; que no estaba iniciado en los misterios de la religión, hubiese comenzado la conversión de toda una tribu de modo que ellos no tenían más que seguir y concluir la obra.

Ese niño, primer apóstol de aquellas islas, quedó allí, y es cierto que, puesto en comunicación con los obreros evangelistas, que salieron de España á principios de este año, para llevar allá la palabra de Dios él será para ellos poderoso auxilio, sabiendo ahora el idioma y costumbres de aquellos pueblos (*Univers*, 14 de septiembre de 1856).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## DÍA UNDÉCIMO

### CONSIDERACIONES SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN

El misterio de la Visitación nos da admirables ejemplos de caridad, de humildad y de agradecimiento.

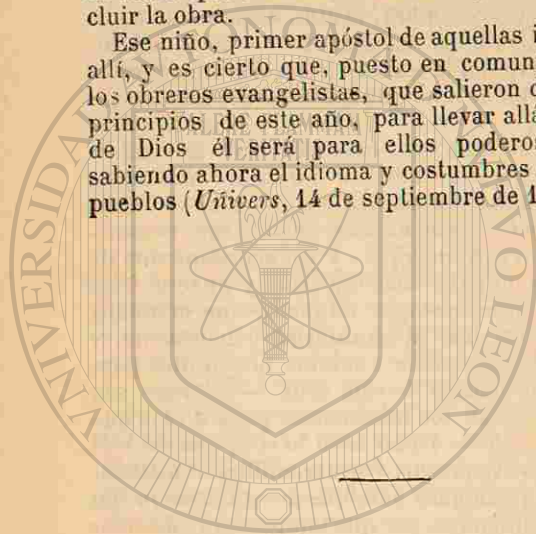
PUNTO 1.º — Encierra el misterio de la Visitación admirables lecciones de caridad, y esas lecciones nos las da la Virgen. Apenas, dice san Ambrosio, dió el ángel del Señor á María, por prenda de los portentos que iban á realizarse en ella, la fecundidad de Isabel, cuando en seguida concibe el pensamiento de ir á felicitar á su parienta por un acontecimiento tan feliz, como ardorosamente deseado. *Se levanta pues, se pone en camino con toda diligencia, atraviesa las montañas de Judá*<sup>1</sup>, llega á la ciudad sacerdotal de la tribu de Judá, donde residía Zacarías, y permanece allí encerrada algunos meses. No creáis que incrédula sobre el oráculo que se le anunció, quiera cerciorarse por sí misma del hecho tan extraordinario; ó que llevada del pensamiento de los portentos

1. Luc, I, 39.



nios de Dios, dándole miles de gracias de que un niño, que no sabía leer ni escribir, ni contar; que no estaba iniciado en los misterios de la religión, hubiese comenzado la conversión de toda una tribu de modo que ellos no tenían más que seguir y concluir la obra.

Ese niño, primer apóstol de aquellas islas, quedó allí, y es cierto que, puesto en comunicación con los obreros evangelistas, que salieron de España á principios de este año, para llevar allá la palabra de Dios él será para ellos poderoso auxilio, sabiendo ahora el idioma y costumbres de aquellos pueblos (*Univers*, 14 de septiembre de 1856).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

## DÍA UNDÉCIMO

### CONSIDERACIONES SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACIÓN

El misterio de la Visitación nos da admirables ejemplos de caridad, de humildad y de agradecimiento.

PUNTO 1.º — Encierra el misterio de la Visitación admirables lecciones de caridad, y esas lecciones nos las da la Virgen. Apenas, dice san Ambrosio, dió el ángel del Señor á María, por prenda de los portentos que iban á realizarse en ella, la fecundidad de Isabel, cuando en seguida concibe el pensamiento de ir á felicitar á su parienta por un acontecimiento tan feliz, como ardorosamente deseado. *Se levanta pues, se pone en camino con toda diligencia, atraviesa las montañas de Judá*<sup>1</sup>, llega á la ciudad sacerdotal de la tribu de Judá, donde residía Zacarías, y permanece allí encerrada algunos meses. No creáis que incrédula sobre el oráculo que se le anunció, quiera cerciorarse por sí misma del hecho tan extraordinario; ó que llevada del pensamiento de los portentos

1. Luc, I, 39.



que se han obrado en ella, busque testigos y admiradores; semejantes sospechas no caben en María, miras más santas la impelen; ella quiere prestar á su amada parienta los servicios que en ella estén; y su caridad manifiesta al punto los grandes caracteres que distinguen esa virtud: el desinterés, y la generosidad.

1º El desinterés. Un alma como la de María debía complacerse sobre todas cosas en el silencio y el retiro. — Por poco que hubiera consultado su gusto, jamás consintiera en trocar su apacible vida, sus hábitos de piedad, su dulce soledad de Nazareth, por la disipación que acarrea un largo viaje, por el cansancio de las obligaciones que impone el decoro, y lo fastidioso de las visitas que tendrá que hacer y recibir. Pero María no titubea entre sus comodidades, sus hábitos, sus ejercicios de piedad y su obligación. Le llama la caridad, allá va. — Eso es la desaprobación de ciertas devociones interesadas que anteponen las prácticas que gustan á las obligaciones que cuestan. Ved si, bajo ese concepto, no tendríais algo que reпреnderos.

2º La caridad de María es generosa; no se contenta con palabras de caridad y sentimientos, sino con obras. Permaneciendo con su prima, le presta verdaderos servicios, manifestándole su afecto por sus finezas y más esmeradas atenciones; Prolongará su ausencia hasta fines de una preñez, cuyo termino aún no llegó? María lo hará; con una constancia y voluntad

admirable atiende á Isabel, y no se retira sino cuando ve que su presencia no es necesaria. Sea en eso también María dechado vuestro, buscad las ocasiones de ser útiles al prójimo, y teneos por felices cuando os es dado prestarles algún servicio, sobre todo si para prestarlo tuvisteis que violentar vuestro gusto y hábitos.

PUNTO IIº. — El misterio de la Visitación encierra admirables lecciones de humildad, y esas lecciones nos las dan María é Isabel. María, en cualidad de Madre de Dios, estaba más elevada que Isabel, y sin embargo es ella la que hace las primeras diligencias. Con maravillosa condescendencia previene á quien le es inferior. Es esa condescendencia tanto más admirable, cuanto que no sabía sino por vía indirecta el estado de Isabel, la cual no se lo había participado. Pudiera pues autorizarse con ese silencio y seguir en su amado retiro. Pero es demasiado humilde para molestarse por lo que llamaríamos nosotros falta de atención, y se pone en camino sin deliberar: — Ese es un ejemplo de los más importantes que puedan dárseos. Deberíamos ser generosos y humildes con los demás, pero; cuán pequeños somos! Nos dió motivo el prójimo para sospechar de su corazón, de su delicadeza ó buena fe, siempre tomamos el lado más desfavorable; le condenamos, le imputamos las más injuriosas intenciones; no creemos que haya en él ni constancia, ni honradez, ni magnanimidad; se lastima de todo nuestro



orgullo, nada perdona, y se niega á toda diligencia que exigiera los primeros pasos de parte nuestra.

Y no es esa la sola lección que nos da María en la Visitación. Grande humildad necesitaba para no ofenderse de los parabienes que recibía de Isabel. ¿Quién no conoce los celos y sus funestos efectos? Ingeniosa para atormentarnos, esa pasión abulta á nuestros ojos las ventajas que gozan los demás, haciéndonos olvidar las nuestras. Saúl, rey como era, no pudo saber sin disgusto la victoria de un joven pastor. Amán, colmado de reales favores, no pudo sufrir la tranquila ufanía de Mardoqueo. ¿Qué impresión ne debían producir en María, si no fuera tanta su humildad, los aplausos de la numerosa gente que iba á Isabel para felicitarla; la visita del ángel enviado del cielo para anunciarle el nacimiento de Juan Bautista, y su milagrosa fecundidad: las bendiciones prodigadas á ese hijo, y las magníficas esperanzas prometidas á la madre! Isabel escasi una rival para María. — Pero, tan lejos de ofenderse por tantos rendimientos, ella se regocija, y une su voz á los aplausos que resuenan al rededor de la venturosa madre. Sea pues ese el modelo nuestro; amad á los demás más por ellos que por vosotros; alegraos por el bien que les adviene.

Por su parte, Isabel no se prevalece de la condescendencia de María, para olvidarse del respeto que le debe; al contrario, esa con-

descendencia la penetra más del sentimiento de su inferioridad. Una especie de lucha de humildad que el cielo mira tan gustoso, se establece entre ambas almas magnánimas. Ambas pugnan á porfía por humillarse, por celebrar con más magnificencia las misericordias del Señor. En la sorpresa que le causa la visita de la Virgen, exclama Isabel: *¿De dónde me viene esa felicidad que la madre de mi Dios venga á verme<sup>1</sup>?*

Lo que también excita su agradecimiento, dice san Ambrosio, es que, á sus ojos, la gracia que recibe no es premio de sus méritos, sino mero efecto de la bondad del Señor. Penetraos de los mismos sentimientos, cuando os visita Dios interiormente con la unción de su gracia, cuando os visita mayormente con la comunión; sed tanto más agradecidos á Dios, cuanto menos dignos sois de sus finezas.

PUNTO III.º — El misterio de la Visitación encierra un ejemplo admirable de agradecimiento. Agradecimiento de Isabel para con María, pero sobre todo, agradecimiento de María para con Dios... Apenas oyó Isabel el acento de María, cuando exclama con la efusión de su agradecimiento: «¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres!; qué dichosa eres de haber creído!; qué grandes cosas se están cumpliendo! Apenas oí tu voz, y ya mi hijo se estremeció en mi seno. Tu presencia le ha lle-

1. Luc, 1



nado de gozo y bendiciones. De dónde me viene la dicha de que tú te dignes visitarme? — ¡Magníficas alabanzas! ¿qué corazón quedaría insensible á ellas? Y ¿qué hará pues la humilde María? ¿Guardar el silencio sobre el misterio de la Encarnación? Imposible. Ya lo reveló el Espíritu Santo; ya Isabel lo publicó. Pues ¿qué hará? Su alma rebosa, su corazón derrama la plenitud de su amor, abrumado bajo el peso de su agradecimiento y alegría; ábrense sus labios á las sublimes inspiraciones del éxtasis, y hace resonar ese magnífico canto que recita todos los días la Iglesia:

*Magnificat anima mea Dominum.* Tú quisieras glorificarme, y mi alma glorifica al Señor; está inundado de gozo mi espíritu, y penetrado de amor mi corazón; ¿cómo podría no bendecir á mi Dios, al Salvador mío? El miró la baja de su sierva. ¡Oh, que poder ha manifestado! ¿qué grandes cosas tiene hechas en mí, á pesar de mi miseria! Y ahora todas las generaciones me llamarán dichosa. ¡Cuán poderoso es su brazo, y cuán santo su nombre! Se extiende su misericordia de progenie en progenie, y de siglo en siglo.

« ¿Quién nos dará el comprender bien los sentimientos de agradecimiento con que estaba penetrado el corazón de María durante ese cántico? Es el relato más conciso, más rápido y brillante del mayor portento que hubo jamás; es un canto de piadosa alegría y de santa admi-

ración; es la expresión del más retumbante entusiasmo. Dios solo es objeto de su canto, María no ve sino su misericordia para con ella, su poder y la santidad de su nombre<sup>1</sup>. » Repasad con María en vuestra memoria los beneficios del Señor, las gracias sin número que de él recibisteis. ¿Qué bienes tenéis que no vengan de Dios? bienes de la naturaleza, bienes de la gracia; luces, talento, riquezas, prudentes consejos, útiles instrucciones, todo lo recibís de su mano dadivosa y misericordiosa: sabed pues ser agradecidos.

Agradecimiento; oh virtud harto olvidada! ¡oh virtud de María harto desconocida! virtud que ella no pudo menos de manifestar al mundo en su admirable cántico, ven á reinar en mi corazón. Llénese mi memoria con el recuerdo de los beneficios de Dios; sea mi vida perpetuo cántico de acción de gracias, y hágame yo digno de cantar eternamente las misericordias del Señor. Amén.

## EJERCICIO

Á ejemplo de María, apliquémonos á prestar servicio. Practicar la caridad para con los desvalidos, es el primer deber del cristiano, y es también su más dulce fruición.

---

1. A. Nicolas.



## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Caridad ingeniosa.* — Hace ya algunos tiempos, una brillante sociedad bajaba de elegantes carruajes delante de N.º S.º de Loreto. Tratábase de un bautismo, y no sólo acudieron muchos curiosos para ver las *toilettes* de las señoras, sino que numerosos mendigos se habían mezclado entre ellos con intención de solicitar algún socorro, no ignorando que los satisfechos suelen ser generosos.

Sólo que por no contravenir á la ley que prohíbe el mendigar, tenían que fingir que vendían algo: naranjas, ramilletes, etc. Una pobre vieja que parecía tan avergonzada como desgraciada, alargaba la mano llorando. Vióla un agente de policía, y la reprendió é intentaba llevarla al comisariado cuando acertaron á pasar el padrino y la madrina, bella joven de diez y seis ó diez y ocho años, con un hermoso ramillete en la mano, y al brazo de un caballero y a con canas, y de respetable aspecto. Abrió éste la marcha con aire triunfante, y se paró ella de repente al oír las palabras del policía á la mendiga:

— « Pero, buena mujer, no es culpa mía, esas son las órdenes. Usted no vende nada, luego está mendigando, y tengo que llevarla al comisariado.

— Dispense, señor agente, dijo con viveza la joven, esa mujer vendía, puesto que yo quería comprarle este ramillete, pero como me parece demasiado caro, se lo devuelvo. »

Y hablando así, iba separándose la generosa muchacha, dejando el magnífico ramillete en manos de la mendiga atónita y enternecida, cuando el caballero que le daba el brazo se separó de ella un momento, y aproximándose á su vez á la pobre anciana, díjole con voz conmovida, y dándole una moneda de oro:

« Tome V.; eso es lo que habfa pedido á mi hija; á mí no me parece caro el ramillete » Y el agente, que había adivinado, todo eso y que fingía no saber nada, dejó á la infeliz que se fuera llevándose su tesoro.

*Abnegación en la caridad.* — Uno de los numerosos hijos que nos manda la Saboya todos los años, escriben de Lons-le-Saulnier, llegaba aquí llevando consigo un niño salido apenas del regazo materno. Su madre, — quizá ya no la tenía, — ó si la tenía, debía de ser muy pobre, pues permitía qui se le llavaran un niño de cinco años para enseñarle el oficio de *limpia chimeneas*.

Ya habían pasado aciagos días ambos saboyanos chico y grande antes de llegar á Lons-le-Saulnier, pero aquí les fué todavía peor. Sin trabajo, por lo tanto sin pan, sin vestido, sin abrigo; llevaba el niño unos visos de calzado, era su cuerpo medio carne, medio calzón; su salud, antes robusta, se iba desmoronando con el agua de las fuentes y cortezas de pan, que la caridad pública le medía con parsimonia. Sus pobres piecitos, al encontrarse con el duro hielo del invierno, se volvieron cárdenos y luego de hendió la carne, y sobrevinieron ocho llagas, que se dañaron con el contacto del cierzo.

Un día se encontró el pobrecito delante de una casa, al salir de ella, una señora que yo conozco.

Llamó su atención el Saboyano, y movida de compasión, le hizo subir á su casa, le desheló sentándole al lado de un buen fuego; y habiendo sabido del niño que desde ocho días dormía al raso, que muchas veces carecía de pan, y viéndole medio desnudo, ¿ saben ustedes lo que hizo? Le guardó en su casa, le vistió, alimentó y cuidó, cual lo hiciera una madre.



Era el cuarto pobrecito que le enviaba Dios para sus ocios del invierno, y podría decirse el quinto, pues su propia madre, de ochenta y ocho años y chocha, á quien tiene que impedir que se queme viva en la chimenea, ó que se hiele paseándose desnuda por los caminos, puede también contar por un niño, y aún por el que más cuidados exige. Sólo una criada le ayuda en tan numerosos cuidados.

El pobrecito limpia chimeneas llevaba un terrible resfriado; le atendieron cuidadosamente, y dos veces por día le curó las llagas su bienhechora aplicándoles cataplasmas. Así las cicatrizó poco á poco, excepto una que resistía y ocasionaba al niño vivos padecimientos; parecía de cuando en cuando que se cerraba, pero, al poner el pie en el suelo, se abría otra vez. Se llamó á un médico, brujo pintiparado, á quien por cierto hubieran quemado en el siglo diez y siete.

Dió dos punzadas en el cutis; y un minuto después, quedó curado el niño, y no padeciendo ya, se levantó, y se puso á andar. El día siguiente, quedaba todavía algo de encarnado, pero estaba la llaga cerrada, y pocos días después, hasta lo encarnado había desaparecido.

¿Dónde se vió jamás rasgo de bondad más admirable? Los hay que apartarán los ojos de tanta miseria y padecimiento; otros darán dinero. Esa dió más, dió cuidados maternos, los cuales siguieron mientras que tres niños suyos estaban con la fiebre escarlatina. ¿Quién sabe si no los salvó Dios en premio del recogido huerfano?....

*Rasgo de caridad en París.* — Visto de lejos, París no puede ser bien juzgado; hay en él demasiadas cosas que discernir y separar unas de otras. Sin duda hay no pocas miserias del cuerpo, no

pocas miserias del alma y abyecciones; pero también; cuántas virtudes, cuánta caridad y grandeza! Ya escribí hace años: París es cielo, infierno y también purgatorio. Y estoy cada vez más convencido de esa verdad. ¿Qué diremos sobre todo de la caridad de París? En ninguna parte se socorre más al pobre... Los hombres más distinguidos se precian de ser amigos de los desgraciados; las señoras más colmadas de los goces de este mundo dan generosas de su bolsillo, y cuando no, dan su tiempo, sus diversiones, su descanso y salud; ello puede probarse con un solo ejemplo.

Era en uno de los más tristes barrios de París, llamado con razón el *faubourg* de los padecimientos, el barrio amado de la hermana Rosalía, de tan caritativa memoria. Estaba un sacerdote preparando á la muerte á un pobre viejo trapero, tan bien dispuesto ya, que ardía por recibir el viático antes de morir. No pudo el sacerdote negar esa gracia, á que por su gran fe era acreedor el enfermo, y prometió traérselo al día siguiente por la mañana.

Pero, ¡ay! al retirarse, andaba triste el sacerdote pensando que Dios visitaría tan miserable tabuco; en efecto, en la vivienda del moribundo no había más muebles que los elementos de su oficio, hasta su cama constaba de ellos, llamándola el trapero mismo *su agujero*.

Mientras andaba el sacerdote triste y meditabundo, vino á pasar delante de una casa espléndida. Acuérdate de que allí vive una señora joven, uno de los nombres más ilustres de Francia, hermosa, muy apreciada en el mundo, adorada, como dicen en la algarabía mundana. Y también tenía cierto ribete de la frivolidad del siglo; pero era tan conocido su buen corazón, que, llevado de irresistible instinto, el sacerdote se atreve á subir allá, por más que la espléndida escalera, las flores y alfombras debieran hacerle entender la distancia que



separaba la dueña de ese palacio de su humilde protegido.

Sube pues y relata sencillamente su cuita.

« Pero, exclama la señora, no se puede dejar que vaya el Dios bueno á semejante tabuco. — Ese mismo pensaba yo; ¿tendría V. á bien mandarlo limpiar? — Sí, yo me encargo, allá voy yo misma. ¿Será preciso ir con mi criada? — ¡Oh! sí, harto trabajo habrá — Pero ahora pienso, esas cosas deben hacerse de buena gana, y creo que ella no se desvive por semejante tarea, y luego me quitaría la mitad del mérito. Más quiero llevarme á mi hijo, que tiene ya seis años, y es ya muy activo; y también es bueno que se acostumbre á ver de cerca la miseria, eso le traerá buena suerte. ¡Pobrecito! ya necesita que Dios le asista. — Pero señora, repuso temblando el sacerdote, ese pobre hombre está muy enfermo..... no puede esperar. Le prometi estar en su casa á las ocho, será muy temprano para V. pues está lejos..... en tal calle, tal número. — ¡Oh! pierda cuidado, allá estaré antes que usted. Afortunadamente era la primavera.

Al día siguiente, llega con el viático el sacerdote á la hora convenida, y halla la pobre vivienda trasformada en una verdadera y linda capilla de la Virgen; que recordaba sin saberlo el monumento que eleva la piedad de los fieles el jueves santo, para guardar la sagrada hostia; estaba toda colgada de blanco; el lecho, ó lo que había en su lugar, estaba cubierto con una colcha blanca bordada; en la mesa cubierta con lienzo blanco, un crucifijo, obra maestra de arte, candeleros con cirios, agua bendita con el ramito de boj bendito. Nada se había olvidado.

Sin embargo, la señora había sido sorprendida por la llegada del sacerdote; estaba tapado su vestido con un delantal para protegerlo, y yacía su sombrero allá en un rincón.

Á la vista del Santísimo, se hincan de rodillas madre é hijo al pie de la cama del pobre anciano, recitando ambos el *Confiteor*, cual lo hicieran dos monacillos.

En medio de ese espectáculo, aparecía sereno y radiante el rostro del anciano; peinaditos sus cabellos, ventaja que acaso no había gozado desde mucho tiempo. Acercóse el ministro para recordarle lo que es la santa Eucaristía.

« Yo sé todo eso, padre capellán, contestó con satisfecho semblante. La buena señora que ahí está de rodillas, me lo ha dicho ya, y me hizo rezar á Dios con el muchacho. ¡Oh, que contento estoy! »

Y luego recibió con profunda fe el santo Viático. ¡Pobre anciano! ¿cómo no había de creer en la bondad y Providencia de Dios?

Pero apenas concluyó el sacerdote la última oración, cuando la señora, tomando una mano al anciano traperero, la coloca encima de su cabeza inclinada y colocando la cabeza de su hijo bajo la otra mano del enfermo, dijo: Buen hombre, ahora que habéis comulgado, sois amigo de Dios, bendecidnos, y esa bendición nos traerá felicidad.

— ¡Ay! señora, exclamó el anciano turbado y conmovido, ¿qué es lo que V me pide? yo no soy más que un infeliz, y no tengo bendición para dar; pero sí ruego á Dios que les bendiga á ustedes, pues ustedes son sus ángeles, sólo los ángeles pueden ser buenos como ustedes. Bendígales Dios; sí, él les bendecirá á los dos.

Y al pronunciar esas palabras, lloraba; y brotaban también lágrimas de los ojos del sacerdote; las más dulces, dijo, que vertí en mi vida. ®



## DÍA DUODÉCIMO

CONSIDERACIONES SOBRE MARÍA EN EL NACIMIENTO DE  
JESÚS

Tres consideraciones igualmente gloriosas para María se ofrecen á nuestras meditaciones, al contemplarla al lado del pesebre en el nacimiento de Jesús. Ella es reconocida madre de Dios, reina de los ángeles, y madre de los hombres.

Punto I.º — María al lado del pesebre reconocida madre de Dios. Obligados á salir de Nazareth para restituirse á Betleém, María y José buscan en balde una habitación para abrigarse, y tienen que refugiarse en un establo. En ese establo la Virgen inmaculada da al mundo el primogénito de toda criatura, el Verbo encarnado, el Hijo del Altísimo. ¡Qué prodigiosa humildad! pero ¡qué gozo, qué dicha para esa venturosa madre! ¡Con qué arrobamiento adora al Niño divino! ¡con qué amor le prodigará sus maternales cuidados! « Ella le alimentará con su leche, le mantendrá con su trabajo. Ella ganará para él el pan de cada día, se lo preparará, se lo presentará; para dar gusto á Jesús, todo se hará por mano de María ¡Oh Dios, cuya liberalidad llena nuestros

campos de ricas mieses, y carga nuestros árboles de flores y fruta! ya no dices, como dijiste por boca del profeta: *Yo no necesito vuestros bienes*. Yo veo, Niño divino, que pides de comer, cuando te apremia el hambre, y de beber, cuando te compele la sed: *Da mihi bibere*. Tú, que tan magníficamente vistes á las flores de los campos, llevas vestidos que hilaron las manos de una madre ¡Qué espectáculo! Un Dios que balbuceando da á una Virgen el dulce nombre de madre.

Un Dios niño que juguetea en su presencia; ella es testigo de sus jueguecitos, y comparte sus inocentes diversiones. Un Dios que se ha hecho sensible y se precipita á su pecho, se sienta en sus rodillas, le abraza con ternura. Un Dios débil, que se agarra á sus manos para sostenerse, y descansa en sus brazos. ¿Qué debemos aquí admirar más, un Dios aniquilado hasta hacerse hombre, ó una criatura elevada hasta ser madre de Dios? ¿Un Dios aniquilado hasta sufrir las miserias de nuestra naturaleza, ó una criatura elevada hasta aliviarle en sus necesidades? La vista de tantas maravillas regocija al cielo y la tierra. Augusta cualidad de madre de Dios, no se hablará de ti sino con entusiasmo: *¿Quién es esa, dicen los ángeles, que aparece cual aurora, inundada de delicias, apoyada en su amado, terrible cual ejército en batalla?*<sup>1</sup>

1. Cant., vi, 3, 9.



Gran portentoso, dice san Juan, se manifestó en el cielo, una mujer coronada de doce estrellas, y hollando la luna con sus pies <sup>1</sup>. ¿Quién, exclaman los santos doctores, podrá jamás sondear el abismo infinito de la generación del Verbo y de la gloria de María? El cielo y la tierra trabajaron en esa grande obra; la anunciaron los profetas. Todo cuanto había santo en la Judea preparó sus vías: Joaquín y Ana con dar María al mundo, José con tomar la calidad de su exposo, el Precursor con estremecerse en su presencia, Isabel con colmarla de elogios, los ángeles con llevar la noticia de su maternidad, y con anunciarla á la tierra <sup>2</sup>. Celebrad pues la dignidad á que fué elevada María, siendo siempre la gloria de una madre muy grata al corazón de su hijo.

PUNTO II°. — María estando al lado del pesebre es reina de los Angeles. Apenas nació Jesucristo, cuando enterados de tanta humildad, los ángeles dejan el cielo y vuelan al pobre establo para rendir homenaje al Niño recién nacido. ¡Oh! ¡cuáles fueron sus sentimientos, cuando, al bajar hacia la Judea, divisaron el palacio donde descansaba el rey de los Judíos! ¡Esa es la morada que escogió de preferencia! ¡ese es el asilo humilde que reemplaza para él la inmensidad de los cielos! ¡Bendito sea Aquel que se despojó de su glo-

1. Apoc., xii, 1.

2. El P. Latour.

ria, y se humilló hasta el establo de Betleém!

Sin embargo, entraron los espíritus celestes hasta el pesebre, y adoraron en silencio al Hijo del Eterno bajo la forma de un niño. Aprended abí, ángeles santos, cual es el precio de esa virtud inestimable que os aseguró, desde los primeros días del mundo una felicidad por siempre inalterable. ¡Ah! ¿por qué no vió ese espectáculo, que ahora se ofrece á vosotros, aquel ángel que andaba el primero de vosotros, que compartía la dicha y gloria vuestra, que cantaba con vosotros cánticos al Señor? ¿Ideara él jamás hacerse semejante al Altísimo, si hubiera visto al Altísimo hacerse semejante al hombre, débil como él pobre como él? ¡Sí! Lucifer permaneciera fiel, y siguiera con vosotros en la mansión de la gloria, si hubiera visto las humillaciones del pesebre, contemplado á un Dios niño, que tiene por trono un montoncito de paja, y unos pobres pañales por manto real.

Pero, mientras los ángeles rinden á Dios las adoraciones que le son debidas, una mirada de Jesús les advierte que tienen que pagar un tributo de homenajes á aquella que es la madre de su Dios. Se prosternan desde luego á los pies de María, y reuniéndola en su corazón con Jesús, le dirigen estas palabras proféticas, mucho tiempo antes pronunciadas: Sé nuestra reina, cual tu hijo será nuestro rey: *Dominare nostri, tu et filius tuus*. Te saludamos con esa cualidad,



y nos gloriamos de ser súbditos tuyos; tú reinarás sobre nosotros con toda soberanía; otra vez á tu voz bajaremos del cielo, y acudiremos cuando nos llames para defender á las almas que te son gratas, ó para llevar sus plegarias á los pies del Eterno, ó para llevarlas al reino de la bienaventuranza y la paz. Ordena en adelante, pues siendo la madre de nuestro Rey, tú serás también nuestra Reina. Divina elección que confiere á María inalienables derechos, que le somete la corte celestial, y la hace todopoderosa en el cielo, como es todopoderosa en el establo.

Sin embargo, salen del establo los ángeles, y se preparan á subirse otra vez al cielo. Se separa uno de ellos para ir á anunciar á algunos privilegiados los portentos que acaban de realizarse, y se oye luego nuevo cántico en los aires: *Gloria á Dios en las alturas del cielo*. Era el cántico de los espíritus que se volvían á su patria, pregonando en el camino las humildades de Jesús, y los gloriosos privilegios de María.

PUNTO III<sup>o</sup>. — María reconocida en el pesebre madre de los hombres. Apenas por la voz de los ángeles supieron los pastores el cumplimiento de los oráculos, cuando acudieron de todas partes al sitio donde se verifican tales portentos. Abandonan sus rebaños, y vienen á llamar á la puerta del establo. Abrete, puerta

1. Sacado del P. Doucet.

sagrada, que ocultas á nuestros ojos aquel á quien los ángeles acaban de visitar; nosotros somos pobres, y por eso venimos á adorar al Padre de los pobres, al Consolador de los afligidos. María condesciende á sus santos deseos, y los lleva al lado de su Hijo, ablandoles en nombre de éste; es ella quien lo presenta á sus abrazos, quien le pone en sus brazos, quien le pide por ellos sus gracias y bendiciones, ¡Ah! reconoced vuestra dicha, pastores de Betleém, vinisteis á adorar á Dios, y encontrasteis con él una madre. Sí, ella es madre vuestra como lo es de Jesús; ella os llevará en su corazón, como llevó á Jesús en sus castas entrañas; ella mirará por vosotros, como ha mirado por él.

Así pues, María en el establo se hace la madre de los pobres, los adopta á todos en la persona de los pastores, y se compromete á protegerlos siempre. ¡Oh Madre de los pobres! ¡cuán fiel fuiste á ese compromiso! ¡Quién no experimentó los efectos de tu amor? ¡Qué desahuciado se retiró sin consuelo de tu santuario? Basta considerar lo que pasa todos los días en nuestros templos, para convencerse de que María es todavía la madre de los pobres. ¿A qué altar vendrá á arrodillarse por la tarde el humilde artesano que lleva consigo el módico precio de su jornada? ¿A qué altar vendrá á rezar el desventurado cuya miseria aumenta cada día con el recuerdo de mejores tiempos? ¿A qué altar vendrá á pedir consuelo para su



noble indignidad? Vendrá al altar de María, por que María es la madre de los pobres.

Y también es la madre de los ricos, y también en el pesebre es donde recibe ese título, y donde empieza á ejercer sus funciones. Después de los pastores, vinieron los grandes de la tierra. Guiados por una estrella, llegan los Magos á Betléem, adoran al Dios que dispensa á su gusto los tesoros del universo, y encuentran el corazón de María pronto para servirles y amarles, cual había hecho con los pastores. Felices los ricos que, en medio de los escollos de la opulencia, reconocen á María por madre suya, y saben hacerse de ella una protectora. En cuanto á vosotros, penetrad bien los grandes misterios que acabáis de meditar: visteis que el pesebre de Betleém, teatro de las humillaciones de Jesús, fué también teatro de las grandezas de María, saludadla como reina de los ángeles y madre de los hombres; invocadla con frecuencia con ese título tan glorioso y dulce. Amad á vuestra madre, amadla tiernamente. Si sois pobres, le recordaréis los pastores de Betléem, y ella os logrará, en la pobreza y sufrimientos, consuelos celestiales. Si sois ricos, ella se acordará de los afortunados Magos que vinieron á adorar á Jesucristo, y después de alcanzaros la humildad, el desprendimiento de las riquezas y la caridad con los pobres, ella sabrá encontrar á su lado para vosotros un puesto en el reino de su divino Hijo.

Divina María, me olvido de que eres la madre de Dios y de los ángeles, para sólo acordarme de que eres madre mía. Sélo siempre en todo y por todo. Si soy pobre, obténme la paciencia y resignación, si rico, lógrame el desprendimiento y la misericordia con los desgraciados; cualquiera que sea mi posición, adorna mi corazón con las virtudes que convienen á tus hijos.

#### EJERCICIO

Aprendamos de María á hacer poco caso de los bienes de la tierra. Los que los poseen, hallan en ellos motivos de grandes tentaciones. Declara Nuestro Señor que es difícil para ellos entrar en el reino del Cielo.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*María, Madre de Dios.* — El bienaventurado Elsa, religioso de la orden de santo Domingo, fué destinado de Dios, y escogido por sus superiores para ir á evangelizar la Abisinia. Se dedicó sobre todo en sus predicaciones á exaltar la maternidad divina de María, é incitar los corazones á su servicio. Encontró un contradictor, espíritu perverso, que negaba que la virgen fuese Madre de Dios, y que ridiculizaba al predicador en sus discursos. Fué más lejos, y se atrevió á provocarle á una conferencia pública, declarando que estaba pronto para convencerle de impostura. Fué aceptado el desafío, y en presencia de inmenso concurso, el santo misionero sostiene y justifica su doctrina con tan irresistible elocuencia,



que obliga al adversario al silencio, y á confesar su derrota. Pero, aunque vencido, no deja el hereje de persistir en su impiedad y sentimientos, y de propalar horribles dicerios contra la maternidad divina de María. Para reprimir tan criminal insolencia y dar fin al escándalo, ordenó el rey que se le formara causa; indignados los jueces por su terquedad y blasfemias, le sentenciaron á que fuese arrojado á cuatro leones hambrientos, los cuales le hicieron pedazos, y se lo tragaron en un instante.

Tenia discípulos el tal, é irritados por el castigo de su maestro, meditan cruel venganza. Piden audiencia al rey, y le dicen que están dispuestos á hacerse católicos, pero solicitan que se les dé una prueba no equívoca de la doctrina que predica el P. Elsa, en decir, que se dé orden para que arrojen al misionero á los mismos leones que habían devorado á su maestro, y que si salía salvo de la prueba, todo el reino reconocería que la Virgen es verdaderamente Madre de Dios. Manda llamar el rey al santo misionero, y le participa temblando la demanda que acaban de dirigirle. En esa prueba está, añade, la salvación de un millón de personas, ¿confiáis en que aquella, cuyos títulos gloriosos defendéis con tanta elocuencia, os salvará? Elsa contesta al rey que está pronto á todo cuanto guste el Señor, y que no retrocederá delante de nada cuando se trata de glorificar á la Madre de Dios. Y en efecto, se dispuso á ser arrojado á los furiosos leones; todo el público asistió al espectáculo. En presencia de la muchedumbre llena de emoción, el siervo de Dios se persigna recomendando á María una causa que es la suya, y luego sin esperar que le arrojen, se lanza él mismo á la arena en medio de los leones. ¡Prodigio! Los leones transformados en corderos, se echan á sus rodillas, le lamen los pies y manos con mil caricias. Y salió vencedor de los leones y de los hombres, quedando todo el pueblo

convencido de la divina maternidad de María, y dispuesto á celebrarla en adelante con respeto, é invocarla con confianza.

*Las reliquias de una buena madre*<sup>1</sup>. — Vivía hace algún tiempo en la pequeña ciudad de Charmes, en las orillas del Ródano, una buena viuda de unos sesenta años con su hijo único. Este que no era ya un muchacho pues tenía veinticinco años, se llamaba José. Su padre, honrado cerrajero, había muerto unos diez años antes, y la digna viuda se había consagrado enteramente desde entonces á la educación de su hijo. Su legítima ambición era hacer de él un buen obrero, y aún más, un buen cristiano.

Hasta entonces había atendido Dios á sus oraciones y deseos. José, desde su primera comunión, había crecido en el temor de Dios y amor de sus obligaciones. Vivía su madre en regular bienestar, pero él se proponía acrecentarlo, y cuidar sus propectos años.

Con esa idea, un día que acababan de participarle que, en calidad de hijo de viuda, quedaba libre de la quinta, anunció á su madre que tenía resuelto irse á París. Provisto de fuerza, de destreza y ánimo, luego habría recogido unos cuantos doblones, y volvería para regalarlos á su madre como recuerdo y premio de su afecto y cuidados. Dejo pensar cómo recibió la noticia la buena anciana; prorrumpió en lágrimas, se le echó al cuello, diciéndole que sobrado dinero tenía para vivir en paz con Dios y con los hombres, y suplicándole que renunciara á su designio, y quedara á su lado, siguiendo el oficio de su padre. Pero José después de conceder á su madre ocho días de reflexión, persistió en su propósito, y le anunció su partida

1. Conde A. D.



para el día siguiente. La buena anciana le tomó la cabeza con las dos manos, le abrazó con abundantes lloros, y dirigiéndose hacia un armario viejo, sacó de él una cajetuela medio rota y la colocó á su lado : Hijo, le dijo, te prometí no arredrarte de tus intenciones ; por más sentimiento que me ocasionen, yo cumpliré mi palabra. Por otra parte, he visto que rezabas, y que no has formado tal proyecto sin consultar á la Providencia. Anda pues, hijo, y acompáñete el Señor. Sobre todo no te olvides de Dios ni de tu madre ; teme los malos amigos, y los compañeros disolutos, esos son los que causan mis temores, y hazme una promesa. — ¿Cuál ? dijo José. La pobre mujer se quitó un cordoncito que llevaba al cuello con una medalla de la Virgen, y lo puso al cuello de su hijo.

« Es la medalla que lleva tu madre desde ya más de cincuenta años, guárdala y llévala. La Virgen será tu protectora ; los soldados llevan su imagen en el combate, y la vida del ejército es menos peligrosa que la vida del taller. Y esto, añadió dando á José la cajetuela después de abrirla, es la primera herramienta de tu difunto padre, á quien el suyo la había dado, y fué algún tiempo el solo haber suyo. Es un compás con que él trabajó toda su vida, y con que logró proporcionarnos el bienestar, y para él era el emblema del trabajo. No te separes de él tú tampoco. La medalla te recordará tu madre, el compás tu padre : ambos te recordarán Dios y tu obligación, la medalla por la oración, y el compás por el trabajo. José, ¿tú me prometes no separarte jamás de ellos ? » Las lágrimas no permitieron seguir á la digna mujer. Lloraba también José. « Yo te lo prometo, madre. » dijo hincándose de rodillas, y se fué para París.

José seguía el oficio de su padre, lo que debería ser las más veces : fué recomendado á un hábil

maestro cerrajero, el cual le reservó un puesto en su taller.

Había allí sinnúmero de operarios. Se manifestó José buen compañero, pero no trabó amistad con ninguno ; no le gustaban sus dichos, y luego tenía presentes los consejos de su madre, á quien escribía á menudo, y cuya medalla besaba con frecuencia.

Sin embargo no podía impedir que llegaran á sus oídos palabras impías y deshonestas, é indecentes canciones ; pugnaba por no oírlas, pero alguna vez, si quería colocar una palabra, era preciso seguir el tono de los demás, y medio arrostrar algo feo ; mas luego volvía á su obra en silencio, tomaba el compás, apretaba la medalla con el corazón ; pero así iba haciendo su obra el espíritu infernal. (*Seguirá mañana*).

*Efectos de una primera comunión.* — He aquí cómo cuenta un hombre de mundo su conversión á Dios, merced á las plegarias y buen ejemplo de su hijo :

« Recibi la peor educación. Bajo el concepto religioso, no sólo ignoraba la verdad, sino que me inculcaron el gusto, el respeto y superstición del error, y al concluir mis estudios, me hallaba muy bien provisto de argumentos contra Nuestro Señor y la Iglesia católica. Viví luego como un completo parisiense, verdadero vecino de Montmartre, ocupado en mis negocios, y dedicando á las diversiones y á la política el tiempo que no dedicaba á la fortuna. Me casé ; y Dios permitió que encontrara una buena y honrada criatura en quien yo no buscaba más que... el dinero. Aunque educada como yo, mi mujer era mucho más buena, y tenía sentido religioso ; el cual se desarrolló al ser madre, y después del nacimiento de nuestro primogénito, entró en el camino de la piedad. Cuando pienso en todo esto, se me agita el corazón en impulso de



gratitud para con Dios, y me parece que siempre hablaré de ello sin poderlo expresar bastante; pero entonces estaba lejos de pensar de esta suerte. Creo que si mi mujer hubiera sido como yo, ni aún pensara en bautizar á mis hijos. Transcurrieron los años, y los niños crecieron. Los primeros recibieron la primera comunión sin que yo lo advirtiera. Dejé que la madre gobernara esa gente menuda confiado en ella, y modificado, sin saberlo, por el contacto de sus virtudes, que yo sentía y no veía. Vino luego el último; el pobrecito era de humor algo huraño, sin grandes facultades, y aunque no le quería yo menos que á los demás, me proponía ser algo más rígido con él. Decíame su madre: « Ten paciencia; ya cambiará después de la primera comunión. » Ese cambio á hora fija me parecía algo problemático. Principió pues el muchacho á estudiar el catecismo, y luego noté que se iba mejorando sensiblemente y con rapidez. Me paré en ello, y vi que su entendimiento se desarrollaba, su corazón combatía, se suavizaba su genio, se hacía dócil, respetuoso y afectuoso. Yo admiraba ese trabajo que la razón no obra en los hombres, y el hijo á quien quería menos se me hizo el más querido.

« Al mismo tiempo, hacía profundas reflexiones sobre el extraordinario caso. Me puse á escuchar la lección de catecismo, y oyéndola, me acordaba de mis lecciones de filosofía y moral. Comparaba esa doctrina con la moral, cuya práctica había observado en el mundo, y de la cual yo no siempre me había guardado. El problema del bien y del mal, en que había evitado poner los ojos por incapacidad de resolverlo, se presentaba á mí con luz terrible y abrumadora. Sentía que las objeciones fueran vergonzosas y aún culpables. Observaba á mi mujer sin decir nada, pero yo veía su exactitud en la oración. Las noches transcurrían sin sueño para mí.

Comparaba con mi vida esas dos inocencias, esos dos amores con el mío, y decía en mí mismo: « Mi mujer y mi hijo aman en mí una cosa que yo no amé ni en mí ni en ellos, y es mi alma. »

« Entramos en la semana de la primera comunión. Ya no era sólo afecto lo que me inspiraba el niño, era un sentimiento que yo no podía explicar, que me parecía extraño, casi humillante, y que se traducía tal vez en una especie de irritación: tenía respeto por él, él me dominaba, y yo no me atrevía á expresar en su presencia ciertas ideas, que el estado de lucha en que yo estaba producía en mi espíritu; no hubiera querido que le hicieran impresión.

« Ya sólo faltaban cinco ó seis días. Una mañana, al volver de misa, viene el niño á verme en mi gabinete; estaba yo solo: « Papá, dice, el día de mi primera comunión, yo no iré al altar sin haberte pedido perdón por las faltas que tengo cometidas, y por los disgustos que te di, y tú me darás la bendición. Piensa bien todas mis travesuras para afeármelas, para que yo no las haga más y tú me las perdones. — Hijo mío, contesté, un padre todo lo perdona, aunque haya sido travieso su hijo; pero tengo el gusto de poderte decir que en este momento nada tengo que perdonarte, y estoy muy satisfecho contigo. Sigue trabajando, amando á Dios, siendo fiel á tus deberes, y con eso seremos felices tu madre y yo. — ¡Oh! papá, Dios que tanto te ama, me ayudará á ser consuelo vuestro, cual yo se lo pido. Rézale mucho, ¿ no? — Sí, hijo. » Me estaba él mirando con ojos húmedos, y se echó en mis brazos; yo estaba enternecido: Papá, siguió. — ¿ Qué? hijo. — Tengo algo que pedirte. » Le veía yo que algo quería pedir, y sabía yo muy bien lo que quería, y lo confieso, lo temía; tuve la debilidad de aprovecharme de sus vacilaciones. « Anda, anda, le dije, estoy atareado en este momento; esta



tarde, ó mañana, me dirás lo que deseas, y si le parece bien á tu madre, yo te lo concederé. »

« Confuso el pobrecito, no tuvo ánimo, y después de abrazarme otra vez, se retiró desconcertado á un cuartito donde dormía, entre mi gabinete y el cuarto de su madre. Me remordía el disgusto que acababa de darle; y más aún el movimiento á que yo obedecí. Fui tras él de puntillas para consolarle si le veía algo afligido; estaba la puerta entreabierta; miré sin ruido, y vi que *estaba de rodillas delante de una imagen de la Virgen*, rezando con todo corazón. ¡ Ah! yo puedo asegurar que aquel día supe el efecto que puede producir la aparición de un ángel. Fui á sentarme á mi escritorio con la cabeza en las manos y á punto de llorar, permaneciendo así algunos instantes. Al levantar los ojos, vi al niño delante de mí con semblante animado de temor, de resolución y amor. « Papá, dijo, lo que tengo que pedirte no puede ser aplazado, y no le parecerá mal á mi madre; y es que el día de mi primera comunión, tú vengas á la Santa mesa con ella y conmigo. No me lo niegues, papá, y hazlo por Dios que tanto te quiere. » ¡ Ah! ya no intenté contender con aquel gran Dios que se dignaba compelerme así. Estreché llorando á mi hijo en mis brazos: « Sí, sí, hijo, le dije, yo lo haré; cuando tú quieras, hoy mismo me llevarás de la mano, me llevarás á tu confesor, y le dirás: Aquí tenéis á mi padre. (Louis VEUILLOT. *Cà et là*).

## DIA DÉCIMOTERCIO

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRESENTACIÓN DE NUESTRO SEÑOR EN EL TEMPLO Y LA PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN<sup>1</sup>.

El día de la Purificación, encontramos en el templo tres personajes: un niño, una madre y un anciano, los cuales, por su edad y sentimientos, nos enseñan cosas igualmente importantes: 1° en qué tiempo debemos ofrecernos á Dios; 2° lo que debemos ofrecerle; 3° qué disposiciones han de acompañar nuestra ofrenda.

PUNTO 1°. — ¿ En qué tiempo debemos ofrecernos á Dios? El hombre se debe todo á Dios; esa es una de las verdades que no es posible negar, sabiendo que fuimos creados por Dios, redimidos por él, y que nada hay en nosotros que de él no venga. Aunque los derechos de Dios sobre nosotros son independientes de nuestra aceptación, él quiere sin embargo que los reconozcamos con la ofrenda espontánea de nosotros mismos, como para darnos el mérito de una dependencia aceptada y escogida libremente. ¿ En qué tiempo pues debemos hacer esa ofrenda? Echemos una ojeada en el templo, y

1. Sacadas del P. Doucet.



tarde, ó mañana, me dirás lo que deseas, y si le parece bien á tu madre, yo te lo concederé. »

« Confuso el pobrecito, no tuvo ánimo, y después de abrazarme otra vez, se retiró desconcertado á un cuartito donde dormía, entre mi gabinete y el cuarto de su madre. Me remordía el disgusto que acababa de darle; y más aún el movimiento á que yo obedecí. Fui tras él de puntillas para consolarle si le veía algo afligido; estaba la puerta entreabierta; miré sin ruido, y vi que *estaba de rodillas delante de una imagen de la Virgen*, rezando con todo corazón. ¡ Ah! yo puedo asegurar que aquel día supe el efecto que puede producir la aparición de un ángel. Fui á sentarme á mi escritorio con la cabeza en las manos y á punto de llorar, permaneciendo así algunos instantes. Al levantar los ojos, vi al niño delante de mí con semblante animado de temor, de resolución y amor. « Papá, dijo, lo que tengo que pedirte no puede ser aplazado, y no le parecerá mal á mi madre; y es que el día de mi primera comunión, tú vengas á la Santa mesa con ella y conmigo. No me lo niegues, papá, y hazlo por Dios que tanto te quiere. » ¡ Ah! ya no intenté contender con aquel gran Dios que se dignaba compelerme así. Estreché llorando á mi hijo en mis brazos: « Sí, sí, hijo, le dije, yo lo haré; cuando tú quieras, hoy mismo me llevarás de la mano, me llevarás á tu confesor, y le dirás: Aquí tenéis á mi padre. (Louis VEUILLOT. *Cà et là*).

## DIA DÉCIMOTERCIO

CONSIDERACIONES SOBRE LA PRESENTACIÓN DE NUESTRO SEÑOR EN EL TEMPLO Y LA PURIFICACIÓN DE LA VIRGEN<sup>1</sup>.

El día de la Purificación, encontramos en el templo tres personajes: un niño, una madre y un anciano, los cuales, por su edad y sentimientos, nos enseñan cosas igualmente importantes: 1° en qué tiempo debemos ofrecernos á Dios; 2° lo que debemos ofrecerle; 3° qué disposiciones han de acompañar nuestra ofrenda.

PUNTO 1°. — ¿ En qué tiempo debemos ofrecernos á Dios? El hombre se debe todo á Dios; esa es una de las verdades que no es posible negar, sabiendo que fuimos creados por Dios, redimidos por él, y que nada hay en nosotros que de él no venga. Aunque los derechos de Dios sobre nosotros son independientes de nuestra aceptación, él quiere sin embargo que los reconozcamos con la ofrenda espontánea de nosotros mismos, como para darnos el mérito de una dependencia aceptada y escogida libremente. ¿ En qué tiempo pues debemos hacer esa ofrenda? Echemos una ojeada en el templo, y

1. Sacadas del P. Doucet.



veremos un niño, una madre y un anciano; y esa misteriosa reunión nos enseña que toda la vida del hombre pertenece á Dios: sus primeros años, su madurez y sus últimos días. Sí, es preciso ofrecerse al Señor desde la juventud, sobre todo desde la juventud. Apenas trascurrieron cuarenta días desde su nacimiento, ya viene Jesucristo á presentarse á su padre; está anhelando consumir su sacrificio, y si todavía no puede verter su sangre, quiere al menos consagrar su vida al Señor. Joven cristiano, ahí tienes tu dechado; al par de Jesús niño, ven á ofrecer á Dios esos primeros años que él mira tan gustoso, ven á ofrecerle ese corazón aun no agitado por la tempestad, y esa flor de la inocencia que aún no marchitó el viento del mundo. ¡Oh! dichoso, y muy dichoso el niño que viene, cual Jesús, á presentarse á su padre que está en el cielo, á consagrarle, al entrar en la carrera, los días que ha de pasar en la tierra, y prometerle fidelidad para siempre.

Pero los primeros años consagrados al Señor deben ser compromiso para los siguientes, y María á su vez viene á recordarnos que la edad madura es también tiempo que pertenece á Dios. Por la nueva ofrenda que hace de sí misma en ese día enseña á los que no violaron la alianza con el Señor, que no basta con haberse dado una vez á Dios, que de cuando en cuando es menester renovar esa ofrenda y santificar los años así como van transcurriendo. A los que

olvidaron al Dios de su niñez, les hace presente que no deben esperar, para volver á él, el día en que no tengan más perspectiva que la tumba. — Ella os enseña á vosotros que si no seguisteis todavía su ejemplo dándoos al divino Maestro, es preciso que sin dilación hagáis siquiera desde hoy lo que debierais haber hecho ha mucho tiempo.

En fin, para completar el cuadro, el santo anciano Simeón se ofrece también al Señor. Miradle en medio del templo con los ojos y las manos levantadas al cielo, miradle cómo hace el sacrificio de sí, y le consagra los últimos latidos de un corazón que fué siempre para él. Así enseña á los ancianos que sus últimos días pertenecen también al Señor, que deben ofrecerle el corazón enfriado por los hielos de la edad, y renovar, al declinar el día, el sacrificio de la primera hora. Esa es pues la primera instrucción que en ese día nos da el templo de Jerusalén, nos enseña que en todo tiempo debe el hombre ofrecerse al Señor, y que las tres edades de la vida se reúnen para decirnos que la fidelidad á Dios ha de principiar en la cuna, renovarse con los años, y llegar sin desfallecer á las puertas del sepulcro.

PUNTO II°. — ¿Qué debemos ofrecer á Dios? Para saberlo tenemos que mirar otra vez á ese niño, á esa madre y al anciano que vemos en el templo. 1° Jesús viene á ofrecer su cuerpo al padecimiento, y comenzar esa carrera de angus-



tias que le trazó la voluntad del Padre celestial en la tierra, viene á hacer que conste su obediencia ciega y filial. Renueva al pie del altar el compromiso que contrajo al venir al mundo: *Padre mío, las víctimas y holocaustos por los pecados del mundo no pudieron ser de vuestro agrado; vos me disteis un cuerpo para padecer, yo vengo á deciros que me conformo con ello*<sup>1</sup>. Criatura de Dios, quizá vas destinada al padecimiento; quizá te impondrá el Señor más tarde una pesada cruz, por la injusticia, la enfermedad ó la pobreza; la ofrenda que Dios te pide es una voluntad dispuesta á recibir con toda sumisión los trabajos que él te mande. Si viniera el padecimiento á visitarte, acuérdate del ejemplo de tu Salvador, que se ofrece á Dios su Padre, para padecer todos los tormentos que se le preparan. Ve con él al templo á hacer amoroso el sacrificio que te pide, y confórmate, cual él, con las órdenes de la Providencia.

2º María viene á ofrecer su alma á las angustias de la aflicción. Hay, además de los dolores del cuerpo, otros dolores que desgarran el alma; hay otro martirio que el que se sufre en la cruz ó en el caballete, el alma turbada por la tentación, probada por Dios, y quizá también perseguida por el mundo, y triste hasta la muerte. Ese es el sacrificio á que María viene á subscribir el día de la Purificación. Tiene su

1. Salm. xxxix, 7.

alma que pasar por el dolor; ella viene á protestar su resignación, oíd cómo el santo anciano le habla de una espada. — Madre de dolor, prepara tu alma al combate; tú inmolas hoy tu fama con venir, cual vulgar mujer, á lavarte de una mancha que jamás cayó en ti, pero eso no es más que el principio de tus penas. Verá el Calvario tu alma atravesada de una espada, al ver que expira tu amado Hijo suspendido entre el cielo y la tierra, al oír, á esa hora suprema, que él te llama mujer y no madre, como si cesara de ser hijo tuyo.

María entiende la palabra profética: *Una espada atravesará tu alma*<sup>1</sup>, y queda resignada. Ahí está vuestro modelo. Un día quizá el mundo ennegrezca vuestra buena fama; un día, para probaros, retirará Dios ese consuelo que tan dulce os hacía la piedad. Sabed decir también: Aquí estoy, Señor, hágase en mí según tu deseo.

3º Simeón viene á ofrecer su vida como último holocausto, y se conforma con morir. Es una ofrenda que tendréis que hacer tarde ó temprano; ¿por qué no le daríais el mérito de voluntaria ofrenda con someteros de antemano á la sentencia pronunciada? ¿Queréis esperar, para aceptar la muerte, á que llegue el instante en que ni aún podréis sostener la capa del Señor con vuestras desfallecientes manos?

1. Luc, ii, 35.



Dios mío, yo no sé el día en que me llamaréis, el día en que tendré que dejar todo cuanto me permitisteis amar en la tierra, pero, con vuestra gracia, espero que ese día me encontrará pronto para la partida. Sólo sí, que muera yo de la muerte del justo; lo demás, Señor, yo lo abandono en vuestras manos.

PUNTO III.º — Encontramos en el templo de Jerusalén un modelo de las disposiciones con que debemos ofrecernos al Señor. Se ofrece Jesús con plena libertad, María con humildad, Simeón con gozo y agradecimiento. *Fué ofrecido porque lo quiso*, dicen los profetas hablando del Salvador. Su sacrificio en la cruz debe ser voluntario; también lo será su ofrenda en el templo. En verdad se presenta en brazos de sus padres, pero su voluntad es quien los guía, ella es quien dirige todos sus pasos y acciones, á ella es á quien ellos obedecen más que á la ley judaica: Imitad tan santo ejemplo, consagraos al Señor libremente; dadle de buena gana lo que él podría tomar sin consultaros; cuanto más voluntaria sea vuestra ofrenda, más agradable será para él, y más meritoria para vosotros.

María se ofrece á Dios con toda humildad; se somete á una ley que no se hizo para ella, y esa diligencia le quita á los ojos de los hombres la más admirable de sus prerrogativas. Viene á deponer á los pies del anciano la pobre ofrenda de los más ínfimos del pueblo; es tan

humilde y resignada, que no provoca aclaración alguna sobre el sentido de las misteriosas palabras del santo anciano, el cual le anuncia un sombrío porvenir. Comprendedlo bien, la humildad, esa es la importante disposición para ofrecer al Señor. En todo cuanto hacéis por él, no busquéis las miradas ó estimación de las criaturas; sea todo por Dios; y muy dichosos, si él tiene á bien aceptar vuestro corazón con sus miserias, sus frialdades ó imperfecciones.

En fin, Siméon se ofrece con gozo y agradecimiento; con gozo, por que han visto sus ojos la salvación de Israel; con agradecimiento, porque Dios tuvo á bien reservarle esa felicidad en sus dilatados días; con gozo, porque está ya para marcharse á la patria; con agradecimiento, porque va á concluir su destierro. Y también vosotros, al ofrecer al Señor, ora sea necesario resignaros al padecimiento ó á la muerte, ora renovéis con los años la ya hecha ofrenda, acordaos que está escrito: El Señor ama á quien da gozoso. Acordaos que vuestro corazón no será de su agrado sino cuando esté gozoso porque da, y agradecido porque recibió.

¡Oh Virgen inmaculada! tú que, aunque bendita entre todas las mujeres, consentiste en ser mirada como la última de ellas, haz que á tu ejemplo, yo oculte los favores de Dios á las miradas de los hombres. Con ofrecer tu hijo Jesús á su padre, colmaste de alegría el cora-



zón de los ángeles ; presenta á Dios mi pobre corazón ; oh María ! á fin de que todos los sentimientos que le animan le sean agradables. Yo quiero servirle en vida y en muerte ; en la tribulación, en los padecimientos y en la pobreza ; yo quiero ser suyo en el tiempo, para ser suyo en la eternidad. Amén.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

EJERCICIO

Ya transcurrieron trece días desde el principio del mes de María. ¿ Hemos sido fieles á la resolución de ofrecer todos los días un pequeño sacrificio á María? Si cobardes lo olvidamos, afeémonoslo, y prometamos á nuestra madre ser más generosos.

ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Una historia de mi juventud, por un veterano. —*

.... Había en mi compañía un joven que había entrado al servicio un año antes, y que me interesaba por parecerme bastante desgraciado.

Era buen muchacho, manso como un cordero, y nada quimerista, pero,.... en fin, era cual todos los quintos que vienen de sus aldeas ; no malos mas débiles, tan débiles que una pulga los haría huír con nada más que enseñarles los cuernos. No crean por eso que esos quintos sean cobardes, y tengan miedo cuando se trata de pelear. El soldado francés viste el valor con el uniforme, y jamás se le vió flojear en el campo de batalla. Pero no es tan valiente cuando se trata de Dios, como cuando se trata de la patria, y las más veces, el que sin

fruncir las cejas se tragaría un bayonetazo, tiembla ante un dicharacho ; porque también la lengua muerde, y es más difícil de evitar.

Digo pues que me interesaba por ese joven, que era cristiano en el fondo, y procuraba darle alas. Le dirigía largos raciocinios para probarle que es tan vergozoso mentir á su conciencia por respeto humano, como abandonar su bandera ; que los que le arredraban de sus obligaciones con sus escarnios, se burlaban de él en su ausencia, y que le estimaban tanto menos cuanto menos les resistía. Por más que le predicara, nada sacaba de él ; y en efecto, los razonamientos ne convierten jamás á nadie, á no ser que Dios tome parte. Por fortuna la tomó por mi pobre compañero, como veremos luego.

Mientras tanto, viendo que para nada aprovechaban mis palabras, no le dije más, con tentándome con manifestarle amistad, y no perderle de vista, pues le veía decaer, decaer cada día, que era una lástima. ¿ Que haya gentes que se complacen en pervertir y perder á la pobre juventud sin fuerza ni defensa, es cosa atroz !... Por lo pronto, al llegar al regimiento, quiso rezar en su cama, pero le vió un camarada, se burló, y se comió él la señal de la cruz. Otra vez, le sorprendieron un domingo en la iglesia en flagrante delito de misa. Desde aquel momento, adiós domingo, adiós misa, adiós iglesia ya no puso más los pies en ella. Otra vez le llevaron á la taberna, y aunque no era gran bebedor, se emborrachó, tan sólo por hacer como los demás. En fin, se volvió un tunantuelo, y empezaba ya la sala de policía á figurar en su estado de servicios.

Y no obstante, siempre decía yo para mí : « hay algo bueno en ese muchacho ; su corazón no está pervertido, hay fe en él todavía, y Dios los ha convertido más malos que él. »



Una tarde, era día de fiesta, fui á N.ª S.ª de las Victorias, una iglesia cerca del Palais Royal en París, donde reside la famosa archicofradía de la Virgen, que ruega por la conversión de los pecadores, y que se extiende casi en toda la tierra; una iglesita de poca apariencia, oculta en medio de un pelotón de casas, pero muy conocida de Dios, y también de los buenos cristianos, puedo asegurarlo. Al atravesar las galerías del Palacio Real, me encuentro con el muchacho que iba por allí gauduleando. Voy hacia él diciéndole: ¿qué tal? «¿Yo? contesta, me estoy aburriendo; tenía un permiso de teatro para esta tarde, debía ir con un compañero, y no puede venir, y como no me gusta ir á reirme solo, no sé qué hacerme esta noche... — Vente conmigo, le dije sonriéndome, también yo voy á ver algo, y te prometo que te divertirás. — ¿Adónde vas? — A N.ª S.ª de las Victorias. — ¿Qué es eso de N.ª S.ª de las Victorias? — Ven y lo verás. — Es una iglesia. ¿eh? — Efectivamente es una iglesia. Tú ibas á ella cuando estabas en tu aldea, porque no irías una vez por casualidad? — No, dijo, hace ya mucho tiempo que estuve, ya ni aun me acuerdo del *Padre nuestro*. Ve tú, si gustas de ello; yo no te lo impediré, y hasta me parece que haces bien, pero lo que es yo, no iré, no, no puedo ir. (*Seguirá mañana*).

*Las reliquias de una buena madre. Continuación.*  
Un domingo, José, que hasta entonces se había negado á trabajar aquel día, para holgazanear el lunes se dejó llevar por los demás. En vez de ir á misa, se fué al taller, y por la tarde, estaba triste, descontento y cansado; al día siguiente, lunes, procuró distraerse, y pensó que bien podría hacer como sus compañeros, y darse un buen día de huelga.

Quiso ir al campo para respirar mejor aire; al Megar á la puerta de la ciudad, se encontró con un obrero de su taller, el cual se le agarró al brazo, y pasaron ambos el día en la taberna, y la velada en el baile público. José no se divirtió, y quedó más cansado aquella noche que la víspera; pero desde aquel fatal momento, cambiaron sus hábitos completamente. León, era el nombre del compañero con quien se había encontrado, tomó grande influencia sobre su entendimiento. Platicaban juntos, leían juntos los periódicos, filosofaban, trabajaban los domingos, salían afuera los lunes, no iban á la iglesia, pero sí al baile y al teatro; se gastaban mucho más, se ganaba mucho menos; era mayor el cansancio, y menor la calma, la paz y contento interior.

Un lunes por la tarde, José se retiró, después de pasado el día en la ociosidad, la bebida y franquichela; quiso escribir á su madre, lo que no había hecho en tres semanas, él tan exacto al principio; se sentó á la mesa, pero en vez de escribir, se le cayó la cabeza en el papel, y se durmió de puro cansado. Al despertar, llevó la mano al pecho, donde parecía que algo le quemaba, y era la medalla. Se la arrancó con violencia, y con ese movimiento, se punzó con la punta del compás, que siempre llevaba en la chaqueta, lo arranca también, y lo tira tras la medalla encima de la mesa.

Ambos sagrados objetos provocaron en él hondo remordimiento, pero el arrepentimiento desmayó ante el horror de la culpa misma. No se sintió con fuerzas para escribir á su madre; quisiera rezar, creyó que no era digno, error fatal de más de una conciencia turbada. Si rezara, Dios le diera sin duda, algo de fuerza para regenerarse. Al día siguiente, hizose más profunda su caída; ya le disgustaba el trabajo, y se fué otra vez con León á la taberna, donde, bebiendo con demasia, armaron una riña



por una nonada, y al echársele encima León para herirle, recibió en el pecho con bastante profundidad, la punta del compás que José oponía como defensa.

Aterrado José, comprendió que merecía una expiación, y resolvió apechugar con ella como cristiano. Su primer cuidado fué ir á llamar un sacerdote, para que administrase á su moribundo compañero, y la desgraciada víctima tuvo tiempo para recibir con pleno conocimiento los últimos sacramentos de la religión. Cuando salió el sacerdote, dijo á José, que estaba arrodillado en el umbral de la puerta, que León le llamaba; entró sin demora. « Gracias, amigo, dijo León con apagada voz así que le vió; jamás fuí tan feliz como en este momento. ¡ Ah! José amigo, si hubiera sabido sólo la mitad de lo que acabo de saber en un instante, y cuán grande es la bondad de Dios, nunca llevara la vida á que te arrastré conmigo. Yo espero que el Señor me la ha perdonado, perdóname tú también, José, y sé cristiano, como yo quisiera haberlo sido siempre. Besa esa medalla, pues al llevarla tú á mis labios me pareció que me iluminaba una súbita luz. — Perdona, perdona, exclamó José con lágrimas. — ¿Cómo puedo yo no perdonarte? contestó León, pues que me acabo de confesar, y además, acaso ¿no soy yo el culpado? Yo fuí quien te apartó de la virtud y de la religión; y tú eres quien, si Dios me da la gracia cual confío, habrá sido causa de mi salvación eterna. »

No dijo más, se apagó del todo su voz y dió el postrer suspiro. Estaba José de rodillas al lado del cadáver cuando se abrió la puerta, y entraron los agentes de policía. Adelantóse José los siguió sin chistar, y quedó preso en la cárcel, después de previo registro. (*Seguirá mañana.*)

*Conversión de Alfonso Ratisbena.* — Le habían llevado á Roma á pesar de sus intenciones, en un viaje que verificaba antes de su matrimonio, y se encontró allí con el señor Gustavo de Bussières, amigo de infancia, el cual lo presentó á su hermano, tan celoso católico, como él entusiasta pietista. Dejaremos aquí que nuestro israelita relate él mismo el suceso verdaderamente admirable de su conversión. « Consideraba yo al barón de Bussières como un beato, en el sentido malévolo que se da alguna vez á esa palabra, y me alegraba de tener la ocasión de ridiculizarle algo tocante al estado de los judíos romanos. Eso me aliviaba, pero las acusaciones hicieron que cayera la conversación en el terreno religioso. Hablóme el señor de Bussières de las grandezas del catolicismo; contesté yo con ironías é imputaciones que tan á menudo había leído y oído, imponiendo no obstante un freno á mi labia impia, por respeto á la señora de Bussières, y á los niños que estaban jugando al lado de nosotros. « En fin, me dijo el señor de Bussières, ya que odia usted la superstición, y profesa tan liberales doctrinas, ¿tendría valor para someterse á una prueba muy inocente? — ¿Qué prueba? — Llevar consigo un objeto que voy á darle... Aquí está; es una medalla de la Virgen. Eso le parecerá ridículo, ¿no es cierto? pero, lo que es yo, pongo grande importancia en esa medalla. » Confieso que la proposición me extrañó por su pueril singularidad, no esperando semejante salida. Mi primer movimiento fué reirme de lástima, pero me vino el pensamiento de que ese incidente suministraría un delicioso capítulo á mis impresiones de viaje, y consentí en aceptar la medalla como pieza de convicción que ofreciera á mi novia. Dicho y hecho. Me colgaron la medalla al cuello, no sin trabajo, pues el nudo era demasiado corto. Por fin, á fuerza de tirar, llegó la medalla sobre del pecho, lo que me hizo



réir « ¡ah! ah! héteme católico apostólico y romano. » Profetizaba el demonio por mi boca. El señor de Bussières satisfecho de su victoria, quiso sacar todas las ventajas de ella.

« Ahora, dice, es preciso completar la prueba; se trata de recitar mañana y tarde el *Memorare*, oración muy corta y eficaz que dirigió san Bernardo á la Virgen santa. — « ¿Qué es eso de *Memorare*? exclamé; dejémonos de tonterías. » Porque en ese momento sentía avivarse mi animosidad. El nombre de san Bernardo me recordaba mi hermano, el cual había escrito la historia de ese santo, obra que yo no había querido leer, y ese recuerdo despertaba en mí los rencores contra el proselitismo y jesuitismo, y aquellos que yo llamaba tartufos y apóstatas.

Supliqué pues al señor de Bussières que no fuera más adelante, y no sin burlarme de él, sentía no tener yo también una oración hebrea para ofrecérsela, y fuese la partida igual, pero ni tenía, ni sabía ninguna.

Con todo eso insistió mi interlocutor, diciendo que, con negarme á recitar tan corta oración, hacía inútil la prueba, y comprobaría por lo mismo la realidad de la voluntaria obstinación que se achaca á los judíos. No quise dar importancia al asunto, y dije: « Bueno! yo prometo recitar esa oración; si no me hace bien, tampoco me hará mal. » Y fué á truerla el señor de Bussières invitándome á copiarla. Consentí, « con la condición, dije, que yo me quedaré con el original, y usted con la copia. » Era mi intención enriquecer mis notas con otra pieza justificativa más.

Quedámos pues completamente satisfechos uno de otro; en resumen nuestra plática me había parecido extraña y me divirtió. Nos separamos y al volver á mi casa se me olvidó la medalla y el *Memorare*. (*Seguirá mañana.*)

## DÍA DÉCIMOCUARTO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA COMPASIÓN DE LA VIRGEN SANTA <sup>1</sup>

Es María grande por su dignidad, grande por sus privilegios, grande por sus virtudes, no menos grande por sus dolores: y si queremos apreciar hasta qué punto padeció, no tenemos más que considerarla al pie de la cruz, y meditar las siguientes reflexiones:

1° Es una madre que pierde su hijo, su hijo tan tierno y respetuoso; es preciso que renuncie á la dulzura de sus discursos, al consuelo de su presencia, á la felicidad de prodigarle sus cuidados; le es forzoso verle caer en manos de sus enemigos, pensar en la muerte cruel que le están preparando. Y eso no basta, le es también forzoso desear esa muerte, porque Dios quería que aquella que había de ser llamada Reina de los mártires, agotara la copa del dolor; él había puesto en ella un amor inmenso por nosotros, para obligarle así á desear, por la salvación nuestra, la muerte de su Hijo. ¿Quién podrá comprender ese dolor de María? Lo comprenderéis, si pensáis en vuestra madre. Si os

1. Sacadas del P. Doucet.



réir « ¡ah! ah! héteme católico apostólico y romano. » Profetizaba el demonio por mi boca. El señor de Bussières satisfecho de su victoria, quiso sacar todas las ventajas de ella.

« Ahora, dice, es preciso completar la prueba; se trata de recitar mañana y tarde el *Memorare*, oración muy corta y eficaz que dirigió san Bernardo á la Virgen santa. — « ¿Qué es eso de *Memorare*? exclamé; dejémonos de tonterías. » Porque en ese momento sentía avivarse mi animosidad. El nombre de san Bernardo me recordaba mi hermano, el cual había escrito la historia de ese santo, obra que yo no había querido leer, y ese recuerdo despertaba en mí los rencores contra el proselitismo y jesuitismo, y aquellos que yo llamaba tartufos y apóstatas.

Supliqué pues al señor de Bussières que no fuera más adelante, y no sin burlarme de él, sentía no tener yo también una oración hebrea para ofrecérsela, y fuese la partida igual, pero ni tenía, ni sabía ninguna.

Con todo eso insistió mi interlocutor, diciendo que, con negarme á recitar tan corta oración, hacía inútil la prueba, y comprobaría por lo mismo la realidad de la voluntaria obstinación que se achaca á los judíos. No quise dar importancia al asunto, y dije: « Bueno! yo prometo recitar esa oración; si no me hace bien, tampoco me hará mal. » Y fué á truerla el señor de Bussières invitándome á copiarla. Consentí, « con la condición, dije, que yo me quedaré con el original, y usted con la copia. » Era mi intención enriquecer mis notas con otra pieza justificativa más.

Quedámos pues completamente satisfechos uno de otro; en resumen nuestra plática me había parecido extraña y me divirtió. Nos separamos y al volver á mi casa se me olvidó la medalla y el *Memorare*. (*Seguirá mañana.*)

## DÍA DÉCIMOCUARTO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA COMPASIÓN DE LA VIRGEN SANTA <sup>1</sup>

Es María grande por su dignidad, grande por sus privilegios, grande por sus virtudes, no menos grande por sus dolores: y si queremos apreciar hasta qué punto padeció, no tenemos más que considerarla al pie de la cruz, y meditar las siguientes reflexiones:

1° Es una madre que pierde su hijo, su hijo tan tierno y respetuoso; es preciso que renuncie á la dulzura de sus discursos, al consuelo de su presencia, á la felicidad de prodigarle sus cuidados; le es forzoso verle caer en manos de sus enemigos, pensar en la muerte cruel que le están preparando. Y eso no basta, le es también forzoso desear esa muerte, porque Dios quería que aquella que había de ser llamada Reina de los mártires, agotara la copa del dolor; él había puesto en ella un amor inmenso por nosotros, para obligarle así á desear, por la salvación nuestra, la muerte de su Hijo. ¿Quién podrá comprender ese dolor de María? Lo comprenderéis, si pensáis en vuestra madre. Si os

1. Sacadas del P. Doucet.



la conservó Dios hasta ahora, felices vosotros ; pero ¡qué lágrimas sólo con el pensamiento de una muerte inevitable ! y si Dios se os la llevó ¡qué cruel recuerdo en vuestro corazón ! Otra cosa es una madre que pierde su hijo. El corazón de una madre abriga particulares ternuras, y jamás el amor filial igualará al amor materno. ¿Queréis un ejemplo ? considerad la Cananea, á cuya hija está atormentando el demonio ; miradla á los pies del Salvador, ved sus lloros, oíd sus gritos, y decid si podéis distinguir quien padece más la hija, ó la madre : *Apiadaos de mí, hijo de David, mi hija está atormentada del demonio*. Obsérvese, dice Bossuet, que no dice : *Apiadaos de mi hija* ; dice no más : *Apiadaos de mí*. Pero si quiere que se apiaden de ella, hable de sus males. No, yo no hablo más que de los males de mi hija ; ¿por qué exagerar los míos ? ¿no bastan los de mi hija para hacerme digna de compasión ? Vemos pues en ese ejemplo un cuadro vivo del amor de las madres ; parece que el amor las une tan íntimamente á sus hijos, que no hacen más que uno con ellos, y eso basta para hacernos comprender que los dolores de María son inapreciables.

2º No sólo es una madre que pierde su hijo, sino una madre que le ve morir con sus ojos.

« Fué María enterada por los apóstoles, que estaban presentes, de la traición de Judas y de la violenta prisión de Jesús : Supo de Juan, que

había sido testigo, lo que sucedió aquella noche en casa de Anás y de Caifás ; supo la sentencia de muerte pronunciada contra su hijo como blasfemador, y por haberse proclamado Hijo de Dios. Ella sigue angustiada todas las peripecias de la Pasión, sin descuidar pormenor alguno. Ve con sus propios ojos á Jesús en el pretorio de Pilatos, en el palacio de Herodes, y otra vez en casa de Pilatos, y supo por sí misma, ó por los muchos testigos, de qué modo le habían tratado. Estuvo presente cuando públicamente subió Pilatos al tribunal, cuando se pronunció el pueblo en favor de Barrabás ; vió cuando presentaron á Jesús al pueblo, con el cuerpo magullado y desgarrado, ceñida su cabeza con una corona de espinas, cubiertas sus espaldas con manto encarnado, y vió cuando el pueblo pedía su muerte con furiosos gritos<sup>1</sup>. »

Y todavía no es bastante. Es preciso que María suba al Calvario, que siga la dolorosa vía que siguió su Hijo, que deslicen sus pies quizá en la sangre de Jesús, que llegue á la cúspide del monte, que oiga el ruido de los martillos que hincan los clavos, que vea la cruz levantada, que asista en fin á la muerte más horrosa.

En aquel momento siente que se verifica la profecía del santo anciano Simeón : *Una espada de dolor atravesará tu alma*<sup>2</sup>.

1. *Mes de María de las almas interiores.*

2. Luc. II, 35.



En efecto, queda su alma atravesada é inundada de aflicciones. Si las espinas agujerean la cabeza de Jesús, dice Bossuet, sus punzadas atraviesan á María, si le presentan hiel y vinagre, bebe María toda la amargura, si extienden su cuerpo en la cruz, padece María toda la violencia. Representaos una madre que presencia la muerte de su amado hijo, ¡qué pesadumbre! ¡qué piélagó de amarguras! ¡Qué debió pues experimentar el corazón de María al pie de la cruz, y cuán fundadamente se le llama la Reina de los mártires!

3° Es una madre que ve morir á su hijo sin poderle aliviar. En el curso ordinario de las cosas, cuando ve una madre que la muerte le arrebató su primogénito, permanece tierna y cuidadosa al lado de la cuna, aliviando con algún beso los padecimientos del hijo, y mecido en sus brazos, se duerme dulcemente ese ángel para despertarse en el cielo. Y luego, ¡cómo comparte uno su aflicción! ¡cómo llora uno con ella! ¡Cuántos corazones encuentra que se abren al relato de sus angustias! Quizá le queda otro hijo, otra hija; y entonces tendrá doble amor por el hijo que Dios le deja, y será menor su infortunio; pero María tiene que padecer todos los dolores sin alivio alguno, todas las angustias sin ningún consuelo. Verá morir á su Hijo al lado de ella sin poder sostener esa cabeza que se inclina con el peso del padecimiento; verá brotar la sangre en ese rostro

amado, sin poder atajarla, ni limpiar sus huellas; oirá aquel grito desgarrador: *Tengo sed*<sup>1</sup> sin poder ofrecer á sus ardientes labios un brevaque que los refresque; oirá la última exclamación sin poder, antes que expire, deponer en su frente la prenda de su amor y congoja. Y luego, al recobrar su espíritu agotado por tanto martirio, verá al rededor de sí ojos secos é indiferentes, oirá los últimos clamores del populacho, que canta victoria con feroz alborozo, y maldice, al retirarse, á la madre del crucificado. ¡Si pudiera morir con su Hijo! Pero no; es preciso que le sobreviva para sentir más hondamente el precio del tesoro que ha perdido. Cuando asistió la madre de los Macabeos al suplicio de sus hijos, la sostenía un pensamiento, que iba á morir con ellos... Pero María no podrá morir; ese solo y último consuelo, no lo tendrá; encadenada su alma en su seno, no podrá seguir al alma de su Hijo, y experimentará todos los horrores de la muerte, sin sentir sus dulzuras.

4° Perder su hijo, verle morir con sus ojos, verle morir sin poder aliviarle, sin poder morir con él, eso es para una madre el exceso del dolor, el colmo de la aflicción. Y sin embargo, hay para María al pie de la cruz otra circunstancia quizá más dolorosa que las demás, y es que no sólo pierde su Hijo porque le ve morir de muerte cruel, sino que pierde ese amado

1. Joann., XIX, 28.



Hijo, porque él cesa en cierto modo de ser Hijo suyo, pues á otro pone en su lugar. *Mujer*, le dice, *ahí está tu Hijo*<sup>1</sup>. Parece que ya el Salvador no la reconoce por madre, ya no la llama más que mujer; y como si en adelante ella cesara de ser su madre, le da otro hijo; *Ecce filius tuus. Ya no tiene hijo María*; Jesús, su hijo amado, cedió sus derechos á san Juan, y en tan triste estado pasa largo transcurso de años. Ella se queja al divino Salvador: ¡Oh Jesús! consuelo mío, ¿por qué me dejas tanto tiempo en la tierra? Jesús no le atiende, y la deja en manos de san Juan. Que viva con san Juan, es el hijo que le da Jesús. ¡Triste y cruel cambio! exclama san Bernardo, le dan á Juan en lugar de Jesús, el servidor en lugar del dueño, el hijo de Zebedeo en lugar del Hijo de Dios. Se complace el hijo en humillarla, y se toma Juan la libertad de reconocerla por madre; y humilde acepta ella el cambio; y acostumbrado ese amor materno á Dios, no se niega á bajar hasta un hombre.

Ese es uno de los sufrimientos de María, uno de los títulos que le aseguran nueva corona, y la hacen reina de los mártires. ¡Oh, cuánto sufrió antes de subir al cielo! ¡cuanto le costó el ser madre nuestra!

« María, ya sé ahora á qué precio compraste el título de madre de los cristianos, ya sé cuanto

1. Joan.

costé yo á tu amante corazón. ¿Puedo creerlo? ¿Tanta es mi dicha, que lleve yo el título de hijo de María, y lo sea en efecto? ¡Cómo, tú me admites como hijo tuyo! ¡Un pecador en lugar de Jesús, la inocencia misma; el verdugo de Jesús por mis pecados, sustituyendo á Jesús tan amable y dulce! ¡Oh María! ¡tú aceptas por hijo tuyo al que dió la muerte á tu divino Hijo! Tú consientes en perder un hijo Dios, para tomar en cambio un hijo pecador! ¡Oh, cuánto amor de ti, y cuánta felicidad para mí! ¡Oh! yo lo diré todos los días, y á todas las criaturas: María es mi madre. Yo lo diré en todas las épocas de mi vida; lo diré á las puertas de la eternidad, y de mis desfallecientes labios saldrá esta palabra de amor: María es mi madre. Iré á decirlo más allá de la tumba; sí, por tu intercesión, iré á decir en la asamblea de los escogidos, en el seno de la eternidad. María es mi madre<sup>1</sup>. » Amén.

#### EJERCICIO

Nos dicen la razón y la fe que vale más dar gusto á Dios y á María que á los hombres; no dejemos pues que nuestras pasiones, ó las máximas del mundo prevalezcan contra nuestra conciencia.

1. *Mes de María de las almas interiores.*



## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Continuación de la historia de un veterano.* — Procuré hacerle cambiar de intención, pues ví que estaba algo dudoso, pero no acerté, y deseándole se divertiera seguí adelante. Sólo que andaba despacio, volviendo de cuando en cuando la cabeza, viendo que él me seguía de lejos. En fin me paré delante de una tienda para especarle, y cuando estuvo cerca de mí :

« Vamos, le dije, no hagamos el tonto. Tú quisieras venirte conmigo, y no te atreves á decírmelo. » Y como no contestaba : « Vamos, añadí, adelante, á N. S. de las Victoria. ¿ No ves, nada más que por el nombre, que es la iglesia de los soldados? » Enlacé el brazo con el suyo, y sin hablar más, llegamos á la puerta de la iglesia. Entramos, y desde luego se quedó parado el muchacho al ver el coro lleno de hombres, jóvenes con bigotes, ancianos con canas. — ¿ Cómo, me dijo con voz baja, en París mismo, tantos hombres en las iglesias? — ¿ Crees tú, contesté, que Dios no es para los parisienses como para los demás? Estaba la iglesia llena de fieles; el oficio no había comenzado todavía, y reinaba por todas partes el silencio de la oración. Las velas y lámparas alumbraban la asamblea, cuyo profundo recogimiento no turbaba ruido alguno. Rezaba yo como los demás... « ¿ Quién es ese sacerdote anciano, con semblante venerable, que está subiendo al pulpito? me preguntó de repente el compañero, empujándome con el codo. Levanté los ojos : « Es un misionero, respondí bajito, que es actualmente el cura de la archiconfradía. Luego te diré su nombre, que ahora va á hablar, oigámosle. » Mientras predicaba el cura, miré de reojo al compañero, el cual estaba cambiando, por momentos. Su emoción era evidente, y

no perdía de vista al predicador, cuya voz solemne y conmovedora, trémula y fuerte á la vez, penetraba hasta lo íntimo de su corazón... Cuando concluyó de hablar. » Tú ves, dije, ese sacerdote que acabas de oír es un antiguo militar. — ¿ Ese? ¡ ca! — Como te lo digo, dejó el uniforme por la sotana, y después de servir á su patria como buen oficial, se alistó en el ejército de Dios. Y luego dirán que no se hizo la religión para nosotros, sino para las mujeres sólo. » Mi compañero se sentía conmovido cada vez más, sus ideas y sentimientos de otro tiempo le volvían al corazón, y decía yo en mí mismo. « Bueno, ya llama Dios á su puerta, y pienso que no tardará en entrar. » Empezaron las letanias de la Virgen, bella y sencilla plegaria, en que hay lugar y consuelo para todas las miserias y sufrimientos... Se puso de rodillas, lo que aún no había hecho; vi al movimiento de sus labios que rezaba, y al llegar á estas admirables palabras : *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* (Refugio de los pecadores, ruega por nosotros); al oír que toda la asamblea las repitió tres veces con tono suplicante, adiós, ya no pudo más; se llenaron sus ojos de lágrimas, y escondió la cara entre las manos. Se concluyó; estaba convertido, y dije para mí : Mañana valdrá ese muchacho veinte y cinco veces más que yo, eso si no es ya hoy día. Concluido el oficio, se levantaron todos para retirarse, lo que todos hicieron pausadamente; y el seguía de rodillas, y rezando; y viendo que solo quedábamos los dos, y que iban apagando las luces, díjele tocándole con el brazo : « Vámonos, se va á cerrar la iglesia. » Levantó la cabeza diciendo : « ¿ Ya? » ¿ Que tal? ya, y hacía dos horas que estábamos en la iglesia. Pero así sucede siempre, esos hijos pródigos son los bienvenidos de Dios; es preciso también confesar que el tal muchacho tenía no pequeña cuenta atrasada que arreglar. Salimos en



fin, y no había nadie en la calle; se me echó encima como un tonto, me estrecha en sus brazos, me da mil gracias, llamándome su salvador, su amigo, y ¿qué sé yo? un montón de cosas que me daban ganas de llorar. « ¿Qué tal? ¿no te lo dije? mira como no te engañé al prometerte una buena velada. — Por cierto, amigo, muy buena, contestó, me acordaré toda mi vida. No puedes figurarte la impresión que hizo en mí la voz y palabras de ese anciano sacerdote, aun estoy conmovido. Eso no es extraño, contesté, ya te dije que es un antiguo oficial; y es muy natural que un soldado obedezca á la voz de un capitán... » Al día siguiente lo llevé á una de esas escuelas de soldados que tanto bien hacen al ejército. Encontró allí lo que buscaba, un excelente eclesiástico, muy adicto á los militares amigos de la instrucción, de los buenos consejos y ejemplos; y desde aquel momento, ya no se desvió. Ni un día de sala de policía, ni una visita á la taberna, nada. Se hizo el mejor cristiano, y el soldado mejor del regimiento. Al concluir su servicio, volvió á su aldea, se casó, y sigue aun hoy día siendo ejemplo de la gente honrada.

*Continuación de las reliquias de una buena madre.*

— Una mañana le trajo el carcelero una carta cerrada con lacre negro, y con el sello de Charnes. Era del cura, el cual participaba á José que su digna madre, enferma desde quince días, no había podido sobrellevar la noticia de su desgracia; que había entregado su alma á Dios, dándole gracias de haber perdonado á su hijo; que no llevaba consigo á la tumba sino amor y perdón. Su último pensamiento fué un pensamiento de dicha, pues tenía por cierto que su hijo se había convertido; ella le recomendaba otra vez al morir que no se olvidara de Dios ni de sus deberes, y guardara siempre con

respeto la medalla de su madre, y el compás de su padre, el cual, habiendo servido para el crimen, serviría también para la rehabilitación. Recibió José la noticia con profundo dolor, pero la aceptó como otra expiación debida á sus culpas.

El juez le tomó declaración en la cárcel. Diéronle un abogado, quien le aconsejaba que se defendiera alegando la provocación, etc. José no quiso consentir, todo lo confesaba, reconociéndose reo, y no queriendo más defensa que su arrepentimiento y confesión. Llegó el día del juicio; fué introducido el encausado por dos guardias civiles en el recinto, y al entrar, no vió más que dos cosas: la imagen de Cristo en la pared, encima de la silla del presidente, de Cristo sentenciado aunque sin culpa, mientras que él se sentía verdaderamente criminal, y adoró en su pecho la justicia y bondad de Dios; y luego vió, entre las piezas de convicción de su crimen, el fatal compás, que le pareció todavía ensangrentado. Á las preguntas que le hicieron, contestó sin ambages, declarándose digno de castigo; pero no pudo contener las lágrimas cuando le presentaron los vestidos de León manchados de sangre. Se enternecieron los magistrados de tan sincero y profundo arrepentimiento, tampoco insistió el ministerio público sobre un castigo severo, y José, declarado culpable de *golpes y heridas que habian ocasionado la muerte, sin intención de darla*, fué sentenciado á seis meses de cárcel.

Al volver á su prisión, se puso de rodillas y rezó: vino el capellán, para hablar con él y le encontró prosternado.

« ¿Cuál es el alivio que se podría proporcionar á su detención? le preguntó el digno sacerdote. — Ninguno, respondió José, no merezco ninguno, pero sería grandísimo favor para mí que me devolvieran el compás que yo nunca dejé hasta que me encerraron aquí. »



No le disimuló el eclesiástico que eso era cosa muy difícil, que jamás se dejaban armas en manos de los penados; pero que haría cuanto pudiera para lograr esa gracia.

« Mientras tanto, repuso José, mi medalla me consolará, » y la besaba con cariño. Cuando el día siguiente volvió el capellán, anunció á José que era imposible satisfacer á su desco, pero que él había ideado una cosa: « Me han prometido, dijo, que me entregarían el compás, que está depositado en la escribanía, y que podría yo disponer de él si usted consiente; y entonces podríamos hacer esto: ofrecerlo como exvoto á N.ª S.ª de las Victorias, para lograr la gracia de conservar los sentimientos cristianos que ha recobrado usted, y la de ser pronto puesto en libertad. Yo depondré ese instrumento en nombre de V. al pie del altar de la buena Virgen, y al salir de aquí irá V., á tomarlo. Yo conozco al cura de N.ª S.ª de las Victorias, y no se negará cuando le cuente el caso. »

Quedó José muy agradecido por tan generoso pensamiento, y abrazó al capellán, suplicándole pusiera cuanto antes el proyecto en ejecución. El respetable cura de N.ª S.ª aceptó, y aun quiso añadir el favor de un novenario de misas celebradas á la intención del preso.

Transcurrieron uniformes los días para José: oración, trabajo, alguna buena lectura y plática con el capellán. Su dulzura, su calma, su arrepentimiento y buen porte admiraban á cuantos le veían. de modo que, á los dos meses recibió la noticia que se le había remitido lo restante de la pena, y se le devolvía la libertad. Su primer cuidado, al salir de la cárcel, fué volar á N.ª S.ª de las Victorias. Se prosternó ante la imagen de la Virgen, y prometió volver allí todos los días. El capellán de la prisión lo presentó al venerable cura, se le devolvió el querido compás. Le fué forzoso buscar trabajo para comer,

y no era cosa fácil. Al saber la historia de José, su condena y su detención, todas las puertas se cerraban. Para el pobre obrero eso no era más que mediano contratiempo porque abrigaba su alma otra idea; idea de arrepentimiento, de abnegación y expiación.

Un día, trasladóse al altar de la Virgen cual solía, rezó más tiempo que de costumbre; y luego se levantó como llevado de súbita resolución. Con iluminado semblante, fué á llamar á la puerta del convento de los Hermanos de San Juan de Dios. Habiéndole recibido el respetable prior, le contó él su historia con todos sus pormenores, y concluyó diciendo que no tenía más que un deseo, entrar en su orden para consagrarse á Dios, á los pobres, á los enfermos, y reparar con completa abnegación sus culpas, sus extravíos y escándalos.

Se le atendió, y se le abrieron las puertas de la comunidad. José pasó el noviciado edificando á sus hermanos, agradeciendo á Dios cada día el derramar sobre él los tesoros de su gracia y misericordia; y hoy día, ya profesó. Lleva siempre la medalla al cuello, y logró permiso para hacer de su compás un crucifijo, que suspendido de la pared de su celda, es de ella el más notable ornato.

*Conversion de M. Ratisbona (continuación).* —

Encontré en mi cuarto una esquelita del señor de Bussières, que había venido á pagarme la visita, y me convidaba á volver á verle, antes de mi partida ya resuelta para el día siguiente. Tenía que restituirle el *Memorare*; copié maquinalmente unas palabras de san Bernardo, sin casi ninguna atención; pues estaba no poco cansado y necesitado de dormir. Al día siguiente 16 de enero, dispuse mi partida, pero yendo y viniendo, no cesaba de leer las palabras del *Memorare*. ¿Cómo, Dios mío, se apo-



deraron tan viva é íntimamente de mi espíritu esas palabras? No podía echarlas de mí, volvían sin cesar, y las repetía continuamente, cual arietas de música que nos persiguen, y tarareamos sin saberlo, por más esfuerzo que hagamos. Fui á casa del señor de Bussières para devolverle la inextricable oración. Por una influencia incomprensible concedí á sus instancias lo que obstinadamente había negado á mis amigos, resolví quedarme en Roma hasta el 22 ; Cuál pues era, Dios mío, ese irresistible impulso que me llevaba á lo yo no quería ?

El 20 me encontré con el coche del señor Teodoro de Bussières ; el cual me invitó á subir en él, para dar un paseo juntos. Acepté gustoso ; pero el señor de Bussières me pidió permiso para pararse unos minutos en la iglesia de San Andrés de los Hermanos, que allí cerca estaba, por una diligencia. Me propuso que le aguardara en el coche, yo preferí ver la iglesia.

Es chica esa iglesia, pobre, desierta ; creo que sólo yo estaba en ella... ningún objeto me llamaba la atención, y miraba maquinalmente al rededor de mí sin pararme en ningún pensamiento. Luego después desapareció la iglesia entera ; ya no vi nada... ó más bien, Dios mío, ¡ no vi más que una cosa !!! pero ¿ cómo es posible decirla ? no, la palabra humana no debe probar de decir lo indecible ; toda descripción, por sublime que pudiera ser, sería una profanación de la inefable verdad.

Estaba yo prosternado, bañado en lágrimas, fuera de mí el corazón, cuando el señor de Bussières me llamó á la vida. No podía contestar á sus precipitadas preguntas ; y en fin, saqué la medalla que estaba en mi pecho, besé con efusión la imagen de la Virgen resplandeciente de gracias... ; ¡ Oh ! ; ella era verdaderamente !

Yo no sabía donde estaba, ni sabía si era yo

Alfonso ó algún otro ; sentía en mi un cambio completo, completo, creyendo no ser yo. Procuraba volverme á encontrar, y no me encontraba ; el gozo más ardiente estalló en lo íntimo de mi alma ; no pude hablar, no quise revelar nada ; sentía en mí algo solemne y sagrado que me incitaba á pedir un sacerdote ; me llevaron á él ; y sólo cuando se me dió orden terminante, hablé como me fué posible, de rodillas y temblando el corazón. »

Aquí tomaremos el relato del señor barón de Bussières. « Le llevé al P. Villefort, el cual solicitó que se explicara. Ratisbona entonces saca la medalla, la besa, la enseña, y exclama : ¡ Yo la he visto ! la he visto ! Y todavía le domina la emoción, y luego más sosegado, ya pudo expresarse, y estas fueron sus propias palabras :

« Hacia un instante que había entrado en la iglesia, cuando de repente sentí en mí una turbación indecible. Levanté los ojos ; y todo el edificio había desaparecido. Sólo una capilla había concentrado, por decirlo así, toda la luz, y en medio de ese resplandor, apareció en pie sobre el altar, grande, reluciente, llena de majestad y dulzura, la Virgen María, tal cual está en la medalla ; una fuerza irresistible me impelia hacia ella ; la Virgen me hizo señal con la mano para que me arrodillara, y pareció que me decía : Está bien ; no me ha dicho nada pero todo lo he comprendido. »

UNIVERSIDAD DE LEÓN  
BIBLIOTECA DE LEÓN  
CENTRO DE BIBLIOTECAS



## DÍA DÉCIMOQUINTO

## CONSIDERACIONES SOBRE LA VIRGEN EN EL

CENÁCULO <sup>1</sup>

Nos enseña María en el Cenáculo : 1° lo que debemos hacer para atraer el Espíritu Santo en nosotros ; 2° Lo que hace el Espíritu Santo en el corazón de quien le recibe.

PUNTO I°. — En el Cenáculo, María nos enseña lo que debemos hacer para atraer el Espíritu Santo en nosotros. El Evangelio nos presenta á María en tres estados diferentes, aunque igualmente solemnes, que forman como una triple maternidad. Maternidad gozosa al lado del pesebre : ella da al mundo, sin dejar de ser virgen, al Dios que viene á salvar al mundo, y asocia en su corazón los gozos celestes de la virginidad, con los dulces gozos de la maternidad. Maternidad dolorosa al pie de la cruz : se transforma en madre del mundo cristiano por el sacrificio de lo que ella ama más en este mundo : da vida con sus lágrimas al nuevo pueblo, á quien Jesucristo laba con su sangre. Maternidad gloriosa en el Cenáculo : ella debe

1. Sacadas del P. Doucet.

quedar en lugar de su divino Hijo entre los fieles de la naciente Iglesia, dándole otra vez vida en todos los corazones con sus palabras y admirables ejemplos.

Para ser digna de tan altos destinos, María recibe con una efusión de más en más abundante los gracias del Espíritu Santo, y corresponde á ellas con disposiciones de más en más perfectas. Cuando por primera vez se comunica á ella el Espíritu Santo ¿ dónde se hallaba ? En su humilde morada ; allí vivía desconocida del mundo dedicada á la oración y recogimiento. En premio de su amor por el retiro, mereció oír de la boca del ángel esta inefable palabra. *El Espíritu Santo sobrevendrá en ti.* El día de Pentecostés, ¿ cómo se prepara á las operaciones del Espíritu Santo en ella ? También con la oración ; regresando á Jerusalén, después de haber visto á su divino Hijo subir al cielo, se encerró en el silencio del Cenáculo, uniéndose á los apóstoles para orar con ellos.

¿ Con qué palabras se pudiera expresar lo que pasaba en el corazón de María durante su permanencia en el Cenáculo ? ¿ Qué recogimiento ! ¿ Qué unión con Dios ! ¿ Qué suspiros hacia el cielo ! Se complacía en recapacitar en su mente el recuerdo de los portentos que en su favor había obrado el Todopoderoso, los misterios que acababan de cumplirse en su presencia. En esa contemplación, abismado en Dios su espíritu, no habita ya en



la tierra. ¿Quién dirá con qué fervorosos deseos ve aproximarse el momento en que su Hijo debía cumplir su palabra, y enviarle el Espíritu consolador? ¿Cuánto necesitaba consuelo! ¿Con qué santos afanes preparaba en su alma una morada al Espíritu de caridad! Esa felicidad postrera anhelaba en la tierra, antes que tuviera la felicidad de morir.

Esa conducta de María os enseña que si queréis recibir el Espíritu Santo, (¿y quién no lo quisiera?) es preciso: 1.º que os apartéis del mundo. Debéis apartaros más bien por una separación interior, que por una exterior separación, la cual es casi imposible; el Espíritu Santo es un espíritu de recogimiento y no habita en la agitación<sup>1</sup>; cuando quiere comunicarse á una alma, la lleva á la soledad, pues siendo su voz tan dulce, y tan poco sensible el toque de la gracia, se necesita gran silencio en el corazón para oírlo. 2.º Es preciso orar; si la oración es la condición de la vida cristiana, si es necesaria para lograr toda clase de gracias, ¿cuánto más necesaria no será para atraer dentro de nosotros á aquel mismo que es autor de toda gracia; y fuente de todos los dones!

Otra condición es también necesaria para atraer al Espíritu Santo, y es desearlo: *Así como el ciervo sediento*, decía el rey profeta sus-

1. Il. Reg. XIX, 11.

*pira por el agua del torrente, así os desea mi alma Dios mío*<sup>1</sup>; *está mi alma ante vos cual tierra desecada*<sup>2</sup>, que, por su sequedad misma parece que implora el rocío del cielo. Para hacer oír tales suspiros, es preciso sentir vivamente cuánto necesitáis al Espíritu Santo; nada podéis hacer sin él. — Convenceos de esa impotencia, y os será fácil encontrar en vuestro corazón, sin ir á buscar en los libros, esos acentos del alma que suben hasta el trono de Dios, y hacen bajar la abundancia de la gracia.

PUNTO II.º — Nos enseña María en el Cenáculo lo que produce el Espíritu Santo en el corazón de quien le recibe. Parecería á primera vista que dotada la Virgen desde su concepción con tan extraordinarias gracias, que le saluda el ángel llena de gracia, ya no tenía nada más que recibir, á no ser la corona debida á sus virtudes. ¿Qué podía añadir el Espíritu Santo á esa plenitud? Según nuestras ideas, nada; pero, á los ojos de Dios, María no había alcanzado aún el grado de santidad á que quería elevarla; y por eso otra vez desciende en ella el Espíritu Santo; amor infinito del Padre y del Hijo, él ensancha el corazón de María, dilata, por decirlo así, su capacidad más allá de los humanos límites, y derrama en él, con una liberalidad verdaderamente divina, todas las riquezas de su amor.

1. Ps. XLII, 11.

2. Ps. CXLII, 6.



Habiendo distinguido el Padre Eterno á María, por ser su hija amada, con tan extraordinaria predilección desde el momento de su concepción, era justo, dicen los Padres, que también el Espíritu Santo la distinguiera, por ser esposa suya, con una superabundancia de dones. Se puede pues asegurar que jamás se comunicó el Espíritu Santo á criatura alguna, ni se comunicará jamás con tanta efusión como á María. Fueron quizá sus efectos más visibles en los apóstoles, pero en María fueron más profundos; la hicieron pasar, no como á los apóstoles, de la imperfección á la santidad, sino de sublime grado de perfección, á grado más sublime. Sí, desde mucho tiempo amaba María á Jesús, le amaba tiernamente; mas en el Cenáculo, si no se hizo su amor más tierno y generoso, adquirió al menos más alto grado de pureza y perfección. Sí, María era ya humilde, y la más humilde de las criaturas, pero, sin negarle tan admirable privilegio, es lícito creer que en el Cenáculo se aniquiló más profundamente en presencia del Dios que vino á ella, y que por su humildad más grande, adquirió más abundantes méritos. Sí, en fin, desde mucho tiempo le había saludado el ángel llena de gracias, pero todas las gracias que antes había recibido, se hicieron más ricas en el Cenáculo y más fecundas. Así la venida del Espíritu Santo perfeccionó en María lo que la bondad de Dios había obrado en ella desde mu-

cho tiempo. Así una santa preparación al misterio del Pentecostés le mereció un acrecentamiento de todas sus virtudes y gracias.

También vosotros recibisteis el Espíritu Santo, el cual se dió á vosotros el día del bautismo; ¡ay de mí! acaso le echasteis por el pecado. Otra vez quiso entrar en vosotros con solemnidad el día de la confirmación, y desde tan dichosa época, cuando cada año viene el día de Pentecostés, otra vez descende el Espíritu Santo en vuestra alma, llenándola otra vez con su divina presencia. ¿Aprovechasteis tantas visitas? ¿Se encendió en vuestro corazón el fuego de la devoción con el soplo del Espíritu de caridad? ¿Se hizo más sincera vuestra humildad, más entero el desprendimiento vuestro y más durable? Entrad en vosotros mismos, y si os parece que hasta ahora no fué la venida del Espíritu Santo tan provechosa para vosotros cual debiera, tomad serias resoluciones para prevenir ó reparar el daño.

¡Oh María! tú que tan pródigamente fuiste colmada con los dones del Espíritu Santo, suplica á tu divino Hijo que haga bajar en mí el Espíritu de sabiduría é inteligencia, el Espíritu de consejo y fuerza, el Espíritu de santidad y piedad, y lógrame el aprovechar, cual tú, las gracias que el Espíritu Santo ne cesa de comunicarme; ¡así con tu maternal asistencia, conserve yo los dones del divino Espíritu hasta la muerte. Amén.



## EJERCICIO

Meditar seriamente esta gran máxima de Nuestro Señor: ¿De qué sirve al hombre ganar el mundo entero, si viene á perder su alma?

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Estaba yo dirigiendo, cuenta el P. Lefèvre, los ejercicios espirituales de primera comunión, hace ya unos años, y el lunes por la mañana, hacia una especie de meditación sobre esta palabra: *Quid prodest*. ¿de qué sirve al hombre ganar el universo, si pierde su alma? Al pie del púlpito, escuchaba inmóvil un niño, y me miraba sin apartar los ojos de mí, tan enternecido que no notaba las lágrimas que de sus párpados saltaban, rodaban en sus vestidos y caían al suelo cual perlas. Mandéle llamar después del sermón, y se presentó lleno de vergüenza; díjele: ¿Entendiste la predicación, hijo? — ¡Oh! sí, padre. — ¿Te acuerdas bien? — Sí, padre, por cierto. — Y ¿de qué te acuerdas? Y contestó con acento que me parece oír todavía. — Me acuerdo de dos palabras, dos nada más, y me bastarán para siempre. — Y ¿cuáles son esas palabras? — Las dos que habéis repetido varias veces: *Quid prodest*? ¿Qué significan esas palabras, hijo? Y en su lenguaje sencillo y enérgico, tradujo esas palabras del Evangelio de un modo nuevo y lleno de energía: — Padre, eso quiere decir: ¿Para qué sirve? Sí, padre, lo entendí muy bien; *Quid prodest*, ¿para qué sirve? Dicen que yo seré rico algún día; y en efecto ese muchacho estaba destinado á gran fortuna; la está gozando hoy día, una de las mayores fortunas de Francia. Yo seré rico, pero ¿para

qué sirve? Yo puedo morirme el día siguiente de mi primera comunión ¿para qué me servirían mis riquezas, si no merecí los tesoros del cielo, si nada hice por Dios? ¡oh! sí, muy bien lo tengo entendido. Dicen que llevo un gran nombre. En efecto de los más grandes de Francia, un nombre histórico. ¿Para qué sirve, si no está escrito en el cielo? *Quid prodest*? — Dicen que Dios me ha dado algo de talento; y supe aquel día que ese muchacho era un prodigio, estando dos años más adelantado que su edad. — ¿Para qué sirve si yo no sé salvar mi alma? ¿qué me quedará de mi ciencia? Dicen que no me falta donaire; era en efecto el muchacho más guapillo que he visto en mi vida. — Pero, padre, ¿para qué sirve? no tengo más que morirme esta tarde, ¿qué será de esa belleza perecedera? Le tomé las manos, le miré fijo, y le dije: Hijo, acaba Dios de hacerte una gran merced, tú entendiste, procura no olvidar. Y entonces me cogió él las manos, las besó y dijo: Padre, jamás olvidaré estas dos palabras: *Quid prodest*?

Ese muchacho es hoy día un hombre, un cristiano; es un santo y será un apóstol. Me han dicho que no tiene sino un deseo, renunciar á sus riquezas, romper las cadenas de oro que podrían amarrarle al mundo, y no pide más que una cruz de palo para ir, apóstol, cual Javier, á conquistar y salvar las almas, y todo ello por haber entendido bien esas dos palabras: *Quid prodest*?

*Influencia de una buena lectura.*

Convidado un joven de los más distinguidos á pasar en el campo los últimos días de la buena estación, llegaba al castillo de X... en el mes de septiembre día de la Natividad, época en que se empieza á pasar las veladas en el interior, jugando, tocando música, ó leyendo una obra interesante



para todos. Era simpático el joven, pero, ya de algunos años, le faltaba lo más importante, y es el cumplir con sus obligaciones de cristiano. En balde le habían exhortado á volver al camino que jamás debiera haber dejado; las instancias de su familia y de la amistad no habían surtido efecto. El amor á los placeres, el respeto humano é indiferencia religiosa habían triunfado de sus buenos instintos.

El día de su llegada al castillo de X\*\*\* el joven convidado á quien llamaremos Ernesto, observa sobre la mesa del salón un libro, al cual echa una ojeada indiferente, y lee en alta voz: *Historia de san Francisco Javier*. Mira al dueño de casa, mira á la señora, y parece que se hace cruces: « Expliquenme ese enigma, les dice, la vida de un santo en la mesa de un salón me parece como quien dijera un fenómeno. ¿Será moda hoy día? — Amigo, dijo el señor X\*\*\* esa vida de santo es una excepción; es tan interesante como una novela, y admira uno á ese portentoso conquistador. »

Mientras hablaba el señor X\*\*\* estaba Ernesto hojeando el libro, y luego pregunta á su amigo si puede llevárselo á su cuarto para echarle una ojeada. « Cuando tú gustes, le contestaron; toma el primer volumen, y regularmente también tendrás leer el segundo. »

Llévase Ernesto el volumen, y se acuesta más tarde de lo que pensaba. Al día siguiente por la mañana, se estaba paseando en el parque con el libro en la mano; volviólo á tomar en el día, y se acostó aquella noche más tarde que la vispera. Concluido el primer tomo, pidió el segundo. « Bien seguro estaba yo, dijo el dueño de casa, de que te gustaría, y lo leerías todo. — Es decir, amigo, que se apasiona uno por ese héroe evangélico, cual por un héroe de novela; me conmoví hasta las lágrimas al leer su conversión; y aún la he leído dos veces. — Eso no me extraña. Es el carácter más

noble, leal y caballeroso. Es ese amable santo una naturaleza de las más simpáticas. Y efectivamente, no es cosa extraña que esa palabra, que tantas veces repitió san Ignacio, llegara á convencerle. En resumen, no hay cosa más verdadera: *¿De qué sirve al hombre ganar el universo, si pierde su alma?* Eso está claro; si el universo fuese mío ¿qué haría con él á la muerte? Aunque fuera posible llevármelo, ¿de qué me serviría en el otro mundo? Si pierdo mi alma, que es inmortal, ¿de qué me servirán todos los bienes de aquí, que son transitorios? ¿Gozar unos cuantos años! ¿Qué son veinte, treinta, sesenta, y cien años, en comparación de una eternidad, que no ha de concluir? »

Bastó con esas reflexiones. Quedó Ernesto convertido en su corazón, y luego, echando de sí vergüenza y respeto humano, fué á los pies de un sacerdote, y oyó venturoso pronunciar sobre él la palabra que absuelve, y reconcilia el alma con Dios. ¡Cuántas veces, desde entonces, bendijo el momento en que vieron su ojos aquello de: *Historia de san Francisco Javier*; pues que en ella encontró la gracia, y por la gracia, la felicidad que sólo la paz del alma puede darnos en este mundo.

*Valor heroico de una joven llamada María.* — Rara vez se encontrará en la historia de la Iglesia sacrificio más generoso que el que hizo ha poco una joven llamada María. Estaba guardando su rebaño en la vertiente de un valle, á lo largo del camino de Inspruck á Milán, y cantaba un cántico á la Virgen su patrona. Uno de los directores del teatro de Milán, que pasaba en aquel momento por el camino, al oír la voz de la joven tirolesa, se apeó del coche, y se aproximó á un campo de retamas, para oírla de más cerca. Quedó embelesado de tan melodiosa voz; jamás en el teatro había oído voz tan



suave y á la vez tan extensa. Considerando cuanto partido podía el arte sacar de esa voz, que la naturaleza había dotado de tanto embeleso, se adelantó hacia la joven y le pidió su nombre y el de su madre. « ¿Queréis llevarme á donde está vuestra madre? le dijo. — Y mi rebaño, ¿quién me lo guardará, señor? Echad al lobo el rebaño, dijo el desconocido, yo os lo pagaré cien y mil veces: — Y qué quiere V. á mi madre, siguió María, que ya empezaba á sobresaltarse. — Sacarla de la miseria, y poneros también á vos en el camino de la fortuna, haciéndoos la primera cantatriz del teatro de Milán. — Esas promesas no pueden convenirme; porque no se puede una salvar en el teatro; siempre he oído decir que allí se pierden perdiendo á los demás; y no cuenta conmigo, buen señor; yo espero que Dios y mi santa patrona me darán valor para preferir la salvación de mi alma á todo cuanto V. pueda ofrecermé. » Viendo el director que nada tenía que ganar con la joven, se fué á la aldea de su madre, y logró fácilmente que se aceptara la propuesta. Estaba ya como concluido el contrato cuando llegó María del campo.

Ni las urgentes sollicitaciones de su madre, ni las promesas magníficas del director, nada pudo arrancarle el consentimiento. Diéronle aquella noche para pensarlo. El brillante porvenir que habían desarrollado ante sus ojos fué lo primero que fijó su atención; no pensó en los diamantes que realzaran su hermosura, ni en la gloria que la esperaba, pero si pensaba que su anciana madre no tendría ya que ir al penoso trabajo del campo. Pero, si acepta, huella los votos del bautismo. Debió ser terrible la lucha... María pasó la noche rezando; se dirigió á Dios, á su buen ángel, á su patrona, á su conciencia, y la contestación fué: « No consientas, no dejes á Jesús para volver á satanáas. » Llegada la mañana, declara que no le es posible aceptar.

Llora la madre, riñe, amenaza; sigue ella inquebrantable. « Bueno, vuelve la madre, yo usaré de mi autoridad, una hora te doy para que te prepares; yo me voy, y tú tienes que seguirme, ó te llevo por fuerza. — Madre, contesta ese ángel, cuantos sacrificios podréis pedirme serán siempre gratos para mí, y los haré gustosísima, y con tan grande gozo como el amor que os tengo, pero yo no puedo sacrificaros la eternidad, y espero que Dios me perdonará mi desobediencia. — « Retírate, dijo su madre que ya no podía contener su encono, y no me obligues á abreviar el plazo que tengo dado para prepararte á la marcha. »

María pasó á una pieza próxima, y ejecutó la resolución que por la noche había tomado. Había oído decir muchas veces que la pérdida de los dientes cambia enteramente la voz, haciéndole perder parte de su fuerza y dulzura, se acerca á la ventana, y se rompe dos dientes contra el ángulo de la piedra. Cuando vuelve á su madre, parece su semblante más bien satisfecho que doliente, y pudo ésta creer que su hija había cambiado de resolución. Mas el oído del director había observado ya un cambio que luego sus ojos interpretaron; y penetrado de admiración por tan magnánimo valor, renuncia á su proyecto, exhortando á la madre, á que no moleste más á su hija; tan digna es de su afecto y estimación. — *El pastor de los corderitos.*



## DÍA DÉCIMOSEXTO

## CONSIDERACIONES SOBRE LA MUERTE DE LA VIRGEN

(Sacadas de Bossuet)

Dos cosas contribuyen á que la muerte de María sea dulce y preciosa. Sus causas y sus consecuencias.

PUNTO I.<sup>o</sup> — ¡La causa de la muerte es el pecado! *Por el pecado*, dice san Pablo, *entró la muerte en el mundo*.<sup>1</sup> — Y en otra parte: *La muerte es castigo y pago del pecado*.<sup>2</sup> Cuando veis un moribundo en las agitaciones y convulsiones de la agonía, expirando en el dolor, puede ese espectáculo entristeceros, sorprenderos no, si os acordáis de estas palabras pronunciadas contra Adán prevaricador: *Tú morirás de muerte*.<sup>3</sup> — Las últimas angustias que terminan la vida del hombre, tienen pues por causa el pecado, el cual parece darse prisa en ejercer, en toda su extensión, el horrendo imperio que luego será destruído. Pero la Virgen santa se presenta á nosotros bajo diferente aspecto; separada, por su inmaculado nacimiento, de la inmensa co-

1. Rom., v. 15.
2. Rom., vi. 23.
3. Gen., vii. 17.

rrupción que envuelve al género humano, y exenta de todo pecado, no debe compartir la suerte de los pecadores; por consiguiente, no tiene la muerte imperio sobre ella, y si ha de pasar por la tumba, esa necesidad no será un castigo. Hallaremos pues en otra parte las causas de su muerte.

Nos la revela la esposa de los Cánticos al exclamar: *Id á decir á mi amado que languidezco de amor*. Ahí está explicado el misterio; no busquemos más que en el amor la causa de la muerte de María. Todo es sobrenatural en la bienaventurada Virgen, dice Bossuet; un milagro le dió Jesucristo, un milagro debe devolverle ese Hijo amado; y su vida llena de portentos debió terminar por una muerte divina. Pero ¿cuál será el principio de esa muerte admirable y sobrenatural? El amor; sí, hará esa obra el amor divino; él es quien arrebatará el alma de María, y quien, después de romper los vínculos corporales que le impiden juntarse con su Hijo Jesús, reunirá en el cielo lo que no puede seguir separado sin extrema violencia.

Desde que vió á su Jesús dejarla para volverse al cielo, la Virgen ya no vivía: languidecía en la tierra. Era tan fuerte y ardoroso el amor divino que abrasaba su corazón, que ningún suspiro daba, ningún sentimiento, ningún deseo para el cielo, que no llevara consigo el alma de María, hasta tal punto que, si pudo vivir separada de su amado, fué por un mila-



gro continuo. Pero ¿cómo sucedió que el amor le diera el golpe de la muerte?

¿Fué un deseo más inflamado, un movimiento más activo, una exaltación más violenta, la que vino á desprender esa alma? No, se ha de atribuir ese último efecto á la perfección misma de su amor. Pues, como reinaba ese amor divino en su corazón sin obstáculo alguno, y ocupaba todos sus pensamientos, iba cada día aumentándose por su acción, perfeccionándose por sus deseos, multiplicándose por sí mismo, de suerte que, extendiéndose siempre de más en más, llegó á tal perfección, que ya la tierra no era digna de contenerle. Anda, hijo, decía un rey griego, extiende lejos tus conquistas, mi reino no basta para contenerte. ¡Oh amor de la Virgen, tu perfección es demasiado eminente; ya no puedes caber en cuerpo mortal; ve á relucir en la eternidad ante la faz de Dios: ve á abismarte en su inmenso seno, único que puede contenerte. Y entonces la divina Virgen, sin trabajo ni violencia, entregó en manos de su Hijo su alma santa y bienaventurada.

No necesitó su amor esforzarse con extraordinarios movimientos. Cual el más leve sacudimiento desprende del árbol el fruto ya maduro; cual la llama se eleva y sube de sí misma al lugar de su centro; así fué cogida esa alma bendita, para ser llevada al cielo; así murió la divina Virgen por un ímpetu del amor divino,

y fué llevada al cielo su alma en una nube de sagrados deseos. Y por eso dijeron los ángeles: ¿Quién es esa que se eleva cual odorífero humo de mirra é incienso? Bella y excelente comparación, que nos explica admirablemente el modo de esa muerte tranquila y venturosa. Ese humo odorífero de perfumes que se eleva no fué arrancado con violencia; un dulce y templado calor lo desprende delicadamente, y lo transforma en sutil vapor que se eleva de sí mismo.

Así fué el alma de María separada del cuerpo; un calor divino la desprendió suavemente, y la levantó hacia su amado en una nube de santos deseos. Ese es su carro triunfal que fabricó el amor con sus propias manos.

PUNTO II°. — Consecuencias de la muerte de María. Si se estremece el hombre con el pensamiento de la muerte, si la naturaleza se turba al aproximarse su destrucción, también el cristiano tiembla al pensar en el juicio que le espera, y la cuenta que tiene que dar al soberano juez; ¿Qué pensamientos, qué cuitas debe infundir en el corazón de un moribundo el recuerdo de la eternidad, inconmensurable abismo que temblando fijan sus ojos, y hacia el cual se siente llevado! Ante esos pensamientos y recuerdo, el más justo no está sin inquietud; pues *nadie sabe si es digno de amor ó de odio.*<sup>1</sup>

1. Eccli., xi, 1.



¡Ay de mí! decía san Pablo, *nada me reprende mi conciencia, mas no por eso estoy justificado*<sup>2</sup>. Si el justo se horroriza delante de la muerte, ¿qué será el pecador que vivió en la iniquidad y abandono de todos sus deberes? ¿Quién podrá darle confianza? El impío mismo, que presume de espíritu fuerte, ¿estará exento de temor? ¿Será dueño de no tener ninguna duda? ¿Estará tan seguro de sí mismo, que no le quede incertidumbre alguna? Así pues todo hombre tiembla y debe temblar al pensar en las consecuencias de la muerte.

Pero no cabe el temor en el corazón de María; ¡Las consecuencias de la muerte! ¡oh! ¡qué deliciosas son para ella! ¡Cuánto tiempo estuvo anhelando tan venturoso momento! ¡Cuántas veces dijo, mejor que san Pablo: Yo deseo estar libre de mis vínculos, y ver á mi amado; ó con David: ¡Cuándo me será dado parecer ante Dios! ¡Qué puedo desear en el cielo y en la tierra lejos del Dios á quien amo! Cuando ella veía alguno de los fieles marcharse de este mundo, verbi gratia, san Esteban y también otros, sentía más el peso del destierro, y salían de su pecho tiernas quejas al cielo. ¿Por qué, Hijo, me alargas la vida? ¿por qué me dejas aquí la última? Vi en el templo que el santo anciano Siméon, después de abrazarte amoroso, no te pidió más que una cosa, dejar luego la

2. Cor., v, 2.

vida, tan dulce es gozar de tu presencia; y yo ¿no desearía morir luego para ir á abrazarte en el santo trono de tu gloria? Pues que me llevaste al pie de tu cruz para verte morir, ¿cómo me niegas tanto tiempo el verte reinar? Esos eran los deseos de María, y los santos suspiros que exhalaba al cielo. Por fin, se oye una voz: *Ven del Líbano, amada mía, para que te corone yo con mis manos*<sup>1</sup>. Es Jesús, es Dios, es su Hijo quien la llama. ¡Qué fausta noticia! ¡Qué gozosa siente que se sueltan por fin los vínculos mortales que aprisionaban su alma. La muerte es para ella término de sus suspiros, consuelo de su ternura, voto de su corazón, objeto de todas sus obras; luego va á encontrar lo que había perdido en la tierra, su Hijo amado, objeto de sus maternales complacencias; luego irá á reunirse con su Dios, gozar su felicidad y compartir su gloria.

Alma cristiana, ¿quieres tú también que te parezca dulce la muerte y consoladora? desprende tu corazón de esos bienes que ella te tiene que arrebatarse; renuncia á esos vínculos carnales y culpables que ella tiene que romper; únete con Dios por medio de la oración, de los sacramentos y la práctica de las virtudes; sobre todo, ama á Dios, tu Señor y Padre con todo el ardor de tu corazón, con toda la fuerza de tu inteligencia. Amar á Dios, es ya

1. Cant., iv.



poseerle; es ya saborear desde esta tierra las felicidades del cielo; amar á Dios, es empezar á hacer en este mundo lo que los ángeles y santos en el cielo. Es gustar la felicidad, esperando la felicidad perfecta.

María, reina y madre nuestra, permite á tus hijos desterrados lejos de ti, cual tú lo fuiste lejos de Jesús, permite á tus hijos que se regocijen de tu triunfo, y se aflijan de tu largo destierro. Acuérdate de nosotros en tu reino, prepáranos en él un puesto, cual Jesús te preparó uno, no nos olvides en nuestras miserias; manda como reina á tus enemigos, que son también los nuestros; domina sobre nosotros, sobre nuestras pasiones, tú y tu Hijo. No ceses de interceder con Dios por nosotros, ese Dios con quien todo la puedes. Amén.

#### EJERCICIO

Pensar á menudo en la muerte, y pedir la gracia de hacer una buena muerte.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Muerte de María.* — Á la fiesta de la Asunción, dice M<sup>r</sup> Ferry de Pigny, se refieren dos leyendas, que en mi niñez gustaba mi madre de contarme, sentadito en sus rodillas; voy á relatarlas en gloria de María: Acababa Dios de llamar á sí su santa madre; después de la fúnebre velada, los apóstoles

convocaron á todos los fieles para el entierro, animándolos á seguir el cuerpo sagrado hasta el sepulcro que le esperaba en el valle de Josafat. Dispuesta la comitiva delante de la casa de san Juan, distribuyeron velas encendidas; Pedro, jefe de los apóstoles, dió la señal de la partida. Púsose en movimiento la comitiva cantando los salmos de David. Juan, hijo adoptivo de María, salió el primero, llevando en la mano una palma sagrada, y una azucena de un blanco deslumbrador; y regaban su rostro las lágrimas.

Después de él, salieron Pedro y Pablo encargados del depósito virginal que iban á devolver á la eternidad; seguían luego los demás apóstoles, é innumerable muchedumbre cubría la vía fúnebre. Al pasar el cuerpo de Nuestra Señora el umbral de su casa, vieron los apóstoles y los cristianos una aureola que resplandecía en el cielo, y oyeron el armonioso canto de los ángeles, que alternaba con los cánticos de los fieles.

Varios príncipes de la sinagoga se hallaban presentes; y esos hombres, á quienes los prodigios del Calvario no habían iluminado, no pudieron contener sus blasfemias ante la majestad de un féretro. ¿Qué es eso? decían entre ellos, ¿y cómo es lícito que se tributen tales honras á la madre del Galileo, á quien nosotros hemos crucificado? Esos discípulos nos insultan hoy día públicamente, y uno de ellos, uniendo al insulto la violencia, atraviesa la gente, se acerca al féretro, y, con sus manos que guía la rabia, pugna por derribarlo. Se oyen gritos de horror, y no tarda en caer el castigo; no pudo el insultador retirar sus manos pegadas al ataúd de María. ¡Gracia! ¡gracia! gritó el impío torciéndose de espanto.

Se había parado el acompañamiento; cristianos y judíos esperaban azorados y ansiosos la conclusión de tan dolorosa escena. — ¡Gracia! seguía gri-



tando el sacerdote de la sinagoga; he pecado contra Dios. — Nada podemos contra su justicia, dijo san Pedro. Es inútil tu arrepentimiento, si te niegas á creer en Jesucristo que tú crucificaste. — Si, yo creo, yo creo en Cristo, haz que yo no muera. — Si tu fe es sincera, dijo Pedro; en nombre del Señor Jesús, despéguese tus manos! Y quedaron libres las manos, pero paralizadas. Se desconsolaba el judío, y Pedro tuvo compasión. — Concluye, lleva á cabo la expiación, y confiesa ante todo el pueblo la virginidad de María, madre de Cristo. Obedeció el príncipe de la sinagoga al jefe de los apóstoles. — Ven acá, ahora, repuso Pedro, besa con tus labios la sábana de María; si ella te perdona, en nombre del Salvador, queda curado ¿Podía no perdonar el corazón de María? Siguió al acompañamiento el nuevo convertido glorificando á su bienhechora. Los demás judíos, testigos del milagro que no podían negar, se volvieron á sus casas, preguntando unos á otros cómo el Galileo Simon Pedro, simple pescador, se había hecho tan experto en el arte de la magia.

*María patrona de la buena muerte.* — Un eclesiástico francés, que vivía hace unos años, relató el hecho siguiente: Encontrándose en San Petersburgo, recibió un día la visita de un joven de agradable exterior el cual le dijo estas palabras: « Señor presbítero, ¿podrías trasladaros en seguida á tal calle, tal número y tal piso? Allí hay quien está esperando el auxilio de vuestro ministerio. » Va el sacerdote á la dirección indicada, entra, y se encuentra con una pobre mujer moribunda, sola y abandonada. — « Señora, dijo, usted me dispense, aquí está el sacerdote que V. manda llamar. — ¿Yo? no tal, no mandé llamar á nadie. — ¿Cómo no? ¿No tiene V. un hijo, un pariente, un cono-

cido que V. mandó á llamarme? — No, señor, no hay tal cosa, ni tengo hijo, ni pariente, y estoy aquí solita; en todo caso, por cierto no llamara un sacerdote católico, siendo yo luterana. » Extrañado de la contestación, y reflexionando quien había podido ser el mensajero que le mandó á esa mujer, se le ocurrió preguntarle si había tenido siempre la misma repugnancia que sus correligionarios para con la Virgen, si alguna vez la había obsequiado y rogado. « Eso sí, todos los días la invoqué, y jamás olvidé de rezar el *Memorare*; tampoco he tenido otro consuelo en mi enfermedad, y debo confesar que he recibido de ella grandes gracias. — Pues no hay duda que es la Virgen la que me envía á usted; no quiere que usted muera en el error; ¿usted quiere sin duda volver al gremio de la fe? De repente el corazón de aquella mujer se abrió á la gracia. La instruyó el sacerdote brevemente, le dió la absolución, la comunión, la extrema unción. Murió la pobre delante de él, manifestando el gozo más puro y vivo, retirándose luego el eclesiástico lleno de consuelo, y convencido de que María había enviado el ángel de esa feliz predestinada para hacerla volver en gracia con su divino Hijo. Amemos pues á la Virgen, no cesemos de rogarle, y tengamos en ella la confianza que el niño tiene en su madre.

San Estanislao de Kostka, uno de los más fieles devotos de María, oyó el 1.º del mes de agosto un sermón del padre Canisio, en que exhortaba á todos los novicios de la compañía á que se portaran cada día cual si fuera el último de su vida. Después del sermón, dijo Estanislao á sus compañeros que ese consejo era para él la voz de Dios, pues que debía morir en el mes corriente, y lo dijo ó porque Dios se lo había revelado particularmente, ó porque tenía algún presentimiento de lo que le debía suceder,



Cuatro días después, yendo Estanislao con el P. Emanuel á Santa María La Mayor, habló de la próxima fiesta de la Asunción. « Padre, dijo el joven, yo creo que en ese día debe el paraíso efrecer nuevos embelesos, pues se ve la gloria de la Virgen, « coronada reina del cielo, y colocada » cerca del Señor, por encima de todos los coros » de los ángeles; y si es verdad, como lo creo, que » se repitela fiesta en el cielo, yo espero que verá la » próxima. »

El día de san Lorenzo comulgó, y rogó al santo que presentara á María una demanda que le dirigiera, para ser testigo de esa fiesta en el cielomismo. Por la tarde de ese mismo día tuvo calentura y aunque muy leve, no dejó él de mirar como cierta la gracia de su cercana muerte. Al ir á ponerse en cama, dijo alborozado: « Ya no me levanto yo de esta cama », y luego, hablando al P. Aquaviva, añadió: « Padre, yo creo que san Lorenzo me ha logrado de María la gracia de encontrarme en el cielo el día de su Asunción. » El padre no hizo caso de esas palabras. La víspera de esa fiesta, sintió Estanislao que empeoraba su mal, y dijo á un hermano que pensaba *morirse la siguiente noche*. Este le contestó: Más milagro sería morir de tan leve mal que curar de él. » Cayó luego en una debilidad mortal, derramándose un sudor frío en todo su cuerpo; acudió el superior; y Estanislao le suplicó le mandara poner en el suelo desnudo para morir como un penitente, lo que se le otorgó; se confesó, recibió el santo viático con admirable piedad; le dieron la extrema unción, y el 13 de agosto al punto del amenercer, expiró con los ojos mirando al cielo, y sin ningún movimiento; y sólo al notar su insensibilidad, cuando le presentaron la imagen de la Virgen, sólo entonces vieron que había pasado á la vida bienaventurada. (*Vida del Santo*).

## DÍA DÉCIMOSÉPTIMO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN <sup>1</sup>

Dos virtudes mayormente contribuyen á adornar el triunfo de María el día de su gloriosa Asunción: la pureza y la humildad. La pureza la preserva de la corrupción; la humildad le eleva un trono,

PUNTO I.<sup>o</sup> — La pureza preserva el cuerpo de María de la corrupción. No se ha de considerar la corrupción, según los raciocinios de la medicina, como consecuencia natural de la composición y mezcla. Tenemos que llevar más arriba nuestros pensamientos, y creer, según los principios del cristianismo, que lo que impone á la carne la necesidad de corromperse, es que ella es un atractivo para lo malo, una fuente de malos deseos, en fin carne de pecado, como dice el apóstol san Pablo. Esa carne debe ser destruída, aún en los escogidos, porque en ese estado de carne de pecado, no merece reunirse con una alma bienaventurada, ni entrar en el reino de Dios, *que la carne y la sangre no pueden poseer* <sup>1</sup>.

1. Bossuet

1. I. Cor., xv, 50.



Cuatro días después, yendo Estanislao con el P. Emanuel á Santa María La Mayor, habló de la próxima fiesta de la Asunción. « Padre, dijo el joven, yo creo que en ese día debe el paraíso efrecer nuevos embelesos, pues se ve la gloria de la Virgen, « coronada reina del cielo, y colocada » cerca del Señor, por encima de todos los coros » de los ángeles; y si es verdad, como lo creo, que » se repitela fiesta en el cielo, yo espero que verá la » próxima. »

El día de san Lorenzo comulgó, y rogó al santo que presentara á María una demanda que le dirigiera, para ser testigo de esa fiesta en el cielomismo. Por la tarde de ese mismo día tuvo calentura y aunque muy leve, no dejó él de mirar como cierta la gracia de su cercana muerte. Al ir á ponerse en cama, dijo alborozado: « Ya no me levanto yo de esta cama », y luego, hablando al P. Aquaviva, añadió: « Padre, yo creo que san Lorenzo me ha logrado de María la gracia de encontrarme en el cielo el día de su Asunción. » El padre no hizo caso de esas palabras. La víspera de esa fiesta, sintió Estanislao que empeoraba su mal, y dijo á un hermano que pensaba *morirse la siguiente noche*. Este le contestó: Más milagro sería morir de tan leve mal que curar de él. » Cayó luego en una debilidad mortal, derramándose un sudor frío en todo su cuerpo; acudió el superior; y Estanislao le suplicó le mandara poner en el suelo desnudo para morir como un penitente, lo que se le otorgó; se confesó, recibió el santo viático con admirable piedad; le dieron la extrema unción, y el 13 de agosto al punto del amener, expiró con los ojos mirando al cielo, y sin ningún movimiento; y sólo al notar su insensibilidad, cuando le presentaron la imagen de la Virgen, sólo entonces vieron que había pasado á la vida bienaventurada. (*Vida del Santo*).

## DÍA DÉCIMOSÉPTIMO

### CONSIDERACIONES SOBRE LA ASUNCIÓN DE LA VIRGEN <sup>1</sup>

Dos virtudes mayormente contribuyen á adornar el triunfo de María el día de su gloriosa Asunción: la pureza y la humildad. La pureza la preserva de la corrupción; la humildad le eleva un trono,

PUNTO I.<sup>o</sup> — La pureza preserva el cuerpo de María de la corrupción. No se ha de considerar la corrupción, según los raciocinios de la medicina, como consecuencia natural de la composición y mezcla. Tenemos que llevar más arriba nuestros pensamientos, y creer, según los principios del cristianismo, que lo que impone á la carne la necesidad de corromperse, es que ella es un atractivo para lo malo, una fuente de malos deseos, en fin carne de pecado, como dice el apóstol san Pablo. Esa carne debe ser destruída, aún en los escogidos, porque en ese estado de carne de pecado, no merece reunirse con una alma bienaventurada, ni entrar en el reino de Dios, *que la carne y la sangre no pueden poseer* <sup>1</sup>.

1. Bossuet

1. I. Cor., xv, 50.



Es preciso, pues, que cambie su forma primera para ser renovada ; y que pierda todo su primer ser, para recibir otro de manos de Dios. Cual un edificio viejo é irregular que dejamos caer piedra por piedra, para levantarlo otra vez con un orden de arquitectura más vistoso, así es de esa carne desarreglada por la codicia ; Dios la deja caer en ruinas, para restablecerla á su modo, y según el primer plano de la creación. Así hay que discurrir sobre la corrupción de la carne, según los principios del Evangelio ; ése es quien nos enseña que nuestra carne ha de ser reducida á polvo, porque sirvió para el pecado.

Pero la carne de María es purísima ; una gracia extraordinaria, dice santo Tomás, derramó en ella con abundancia un celestial rocío que no sólo templó, cual en los demás escogidos, sino que apagó todo el fuego de la codicia, *formes peccati*, la raíz más profunda, y causa más íntima del mal.

Por consiguiente, ¿ cómo pudiera corromperse la carne de María, pues que la virginidad de espíritu y de cuerpo había apagado en ella, con el foco de la codicia, todo principio de corrupción ? Al abrir el sepulcro de los santos, se ven alguna vez cuerpos que quedaron incorruptibles al cabo de muchos años, y exhalan olor delicioso, como para recordar el perfume de sus virtudes ; siendo tanta verdad que la virginidad es como bálsamo divino, bálsamo que pre-

serva de la corrupción ; ¿ cómo pues no creer que el virginal cuerpo de María fué preservado de ella ?

Y por la misma razón debió recibir la inmortalidad por anticipada resurrección, pues, aunque fijó Dios un término común para la resurrección de todos los muertos, hay motivos particulares que pueden obligarle á anticipar el tiempo en favor de la Virgen santísima.

No produce el sol sus frutos sino á su tiempo, pero vemos tierras tan bien preparadas, que atraen una acción más pronta y eficaz. Hay también árboles tempraneros en el jardín del celeste Esposo, y es la carne de María materia tan bien preparada, que para producir frutos de inmortalidad no esperará el acostumbrado término. Vino Jesús dentro de esa carne ; embelesado de su pureza, se complació en esa carne hasta encerrarse en ella por espacio de nueve meses, hasta incorporarse con ella ; y no dejará en el sepulcro esa carne tan amada, sino que la trasladará al cielo adornada de inmortal gloria.

Para representarnos el resplandor con que la santa virginidad circunda el cuerpo de la bienaventurada María, la Escritura acude á las más extraordinarias expresiones ; apenas halla en el mundo bastantes rayos, tuvo que reunir todo cuanto hay más luminoso en la naturaleza. Puso la luna á sus pies, las estrellas al rededor de su cabeza ; y la penetra el sol y la envuelve



con sus rayos, tanta gloria se necesitó y tanto brillo para adornar ese virginal cuerpo. Aprende pues, alma cristiana, á apreciar el tesoro sagrado *que llevas en frágil vaso*<sup>1</sup>. Renuévate cada día en el amor de la pureza; no sufras que se contamine con el menor contacto; y si eres celosa por la pureza de la carne, sólo aún más por la pureza del espíritu y del corazón. Por ese medio serás digna hija de la bienaventurada María, y llevando su gloriosa librea, merecerás parte de su triunfo.

PUNTO II.º — La humildad eleva un trono á María. Siendo sólo la humildad la que hace el triunfo de Jesucristo, es preciso que haga también el de María, y no sería de su agrado la gloria alcanzada por otro medio que el que escogió su Hijo. Se eleva, pues, por la humildad, y he aquí de que modo: lo propio de la humildad es empobrecerse, en cierto modo, y despojarse de sus comodidades. Nadie mejor que María practicó el olvido de sí mismo. Ella poseía tres bienes preciosos: alta dignidad, admirable pureza de cuerpo y espíritu, y lo que es más que todos los tesoros, poseía á Jesucristo. Tenía un hijo amado en quien, dice el Apóstol, habitaba toda plenitud. Era por cierto una criatura distinguida entre todas, pero su humildad la despojará en cierto modo de tan maravillosas ventajas.

1. III Cor., iv, 7.

Elevada sobre todos por su dignidad de madre de Dios se confunde con lo común por la cualidad de sierva; separada de todos por su inmaculada pureza, se mezcla con los pecadores, purificándose como ellos; en fin hasta pierde su Hijo en el Calvario.

No deja de haber misterio en eso de que, al parecer, desconozca Jesús á María por madre suya, llamándola *mujer, mujer, ahí está tu hijo*. El se halla en estado de humillación, también con él está su madre en el mismo estado. Jesús tiene á Dios por padre suyo, María tiene por hijo á Dios. Ese divino Salvador perdió su Padre, y no le llama más que Dios suyo; también María tiene que perder á su Hijo, el cual no la llama más que mujer, y no madre; pero lo más humillante para la Virgen, es que le da otro hijo: *Ahí está tu hijo, dice*. Así quiere su Hijo humillarla; se toma san Juan la libertad de mirarla como madre, y ella acepta el cambio humildemente. Sí, dice, yo acepto ese hombre, yo no merezco ser madre de Dios, tan profunda es su humildad, tan admirable su sumisión. Así pues, María lo perdió todo, su humildad la despojó enteramente, pero su humildad se lo devolverá todo con ventaja.

¡ Oh madre de Jesús! por haberte tú misma llamado sierva, la humildad te prepara un trono el día de tu Asunción; sube á ese trono, y recibe el imperio absoluto sobre todas las criaturas. ¡ Oh Virgen santísima é inocentísima!



siendo más pura que los rayos del sol, quisiste purificarte y confundirte entre los pecadores ; ya te realzará la humildad ; tú serás abogada de todos los pecadores ; tu serás su refugio, y primera esperanza después de Jesucristo. En fin, habías perdido tu Hijo, que parecía haberte desechado, dejando que gimieras tanto tiempo en esta tierra extranjera : pues por haber sufrido esa humillación con tanta paciencia, ese Hijo reivindica sus derechos, que por algún tiempo más había cedido á Juan. Ya te abre sus brazos, y toda la corte celestial te admira, oh humilde Virgen, viéndote subir al cielo *llena de delicias, y apoyada en ese amado*<sup>1</sup>.

¡ Oh santa y bienaventurada María ! pues estás con Jesucristo en ese eterno mediodía, gozando con piadoso contento de su santa y bienaventurada familiaridad, habla por mí á su corazón, habla que tu hijo te escucha. Yo no te pido grandezas humanas ; lógrame algo del ardiente amor que abrasaba tu corazón por Jesús. Conserva en mí la más amable y delicada de todas las virtudes ; ayúdame á adquirir esa humildad por la cual fuiste coronada. Penétrame de más en más de ese pensamiento que no hay grandeza alguna que no tenga por fundamento la humildad ; que sólo ella da el triunfo y dispone de las coronas ; que en fin

1. Cant., VIII, 5.

no hay cosa más verdadera que esta palabra del Evangelio : *Quien se humilla en la vida será exaltado por siempre en la eterna felicidad*<sup>1</sup>. Amén.

#### EJERCICIO

No hay cosa más idónea para animarnos en la virtud que el pensamiento del cielo. Todos los días, al rezar la oración dominical, decimos á Dios : *Adveniat regnum tuum*, ¿ está concorde nuestro corazón con los labios ?

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Leyenda de las quince rosas.* — Acababa de morir la madre de Cristo. Llevada por los ángeles, subía triunfalmente la Virgen hacia la celestial mansión, llevando un ramillete de blancas rosas, que Juan había colocado en el pecho de su madre adoptiva.

Y así como iba atravesando el espacio, las dejaba caer una á una en la tierra que abandonaba para siempre. Cada una de esas rosas, transformándose en su caída, vino, en calidad de alma, á habitar en el cuerpo de una joven. Había sembrado la Virgen quince rosas, y menos de un siglo después, la última de esas rosas se deshojó, la última de las quince jóvenes se durmió en el eterno sueño. Entonces, la reina de los ángeles mandó reunir las quince almas, y les pidió informes sobre su vida ; habiendo destinado una corona de quince rosas

1. Luc, XIV, 11.



para adornar las sienes de la que hubiese cumplido mejor con sus deberes.

Dijo la primera : Pasé los años de mi juventud ataviándome para atraer las miradas á mi espléndida hermosura : vino la enfermedad y me desfiguró, y me morí desesperada. María volvió la cabeza dolorosamente.

Á mí, dijo la segunda, me gustó el oro, yo negue la limosna á los necesitados que me la pedían ; mi único sentimiento al morir fué el dejar mis bienes á prodigos herederos que en poco tiempo todo lo han despilfarrado. María dió un suspiro y se volvió hacia la tercera.

Á mí, me gustó el mundo, el lujo los ricos vestidos ; fui apasionada del baile, del teatro ; y me cogió la muerte al salir de un baile.

Yo, dijo la cuarta, no he vivido sino diez y ocho años, habiendo muerto de pesadumbre. Tenía fe en quien me juraba fidelidad y amor eterno, y me engañó, y sólo la muerte pudo agotar mis vanas lágrimas.

Estando unida para siempre, dijo la quinta rosa, con un marido brutal y celoso, logré con mi paciencia y mansedumbre calmar su genio irascible. Se sonrió la Virgen. Bien hija, cumpliste con parte de tus deberes. ¿Y tú? añadió dirigiéndose á la sexta.

Yo fui soberana de vasto imperio, me dejé llevar por el orgullo ; odiada de todos, nadie ha sentido mi pérdida. Habló la séptima á su vez : Fui huérfana desde mi niñez ; careciendo de los consejos de una madre, quise lucir por mis gracias y talento, y habiéndome perdido las adulaciones de los hombres, salí de la desesperación con el suicidio. Una lágrima mojó los párpados de María.

Otras siete rosas confesaron con la misma sencillez sus culpas ; ni unas ni otras habían sabido cumplir con sus deberes dignamente ora como esposas, ora como madres de familia.

Y tú, última rosa, dijo la Virgen volviéndose hacia la decimaquinta, di cual fué tu vida.

Mi vida, divina madre, fué muy sencilla, en dos palabras se resume : abnegación y sacrificio. Me olvidé á mí por los demás ; consolé á los afligidos, visité á los enfermos, alivié á los pobres, lloré con los que lloraban, y compartí el gozo de los afortunados. Esa fué mi vida. Pues tú seguiste los preceptos y consejos de mi hijo Jesús, y tú sola mereces esta corona. Sean las rosas premio de tu virtud. Y la Virgen coronó la mujer virtuosa ante la cual se inclinaron sus compañeras.

*Francia consagrada á María.* — Entre sus títulos de confianza en María, puede contar Francia como uno de los más preciosos y ciertos, la consagración que hizo Luis XIII de todo su reino á la Virgen santa. Al principio de su reinado, siguió Francia largo tiempo agitada por las facciones, y entregada á los asolamientos de la guerra civil. Desde ya cerca de un siglo, se había establecido en ella la heregía de Calvino, cuyo baluarte era La Rochelle. Luis XIII emprendió el sitio de ésta, á pesar de los ingleses que socorrían á sus correligionarios con una poderosa escuadra ; y por colmo de desgracia cayó el rey gravemente enfermo. En tal extremo, el piadoso monarca se dirigió á la Madre de Dios, como acostumbrado refugio, é hizo un voto á N<sup>ra</sup> S<sup>ta</sup> de Saumur, tanto por el restablecimiento de su salud, como por el buen éxito de sus armas. No fueron vanas sus esperanzas, pues el día de la Asunción se halló enteramente curado de la fiebre terciana, que había dado que temer por su vida, y empezaron á prosperar sus armas. Unos días después, como presentara la plaza más enérgica resistencia, otra vez se dirigió el rey á su protectora, la cual desde luego le socorrió de un modo visible.



Movido de agradecimiento, fué á pie á consular á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Virtudes á más de una legua de París, lo que ejecutó con una piedad y religión que conmovió á todos los testigos de tan edificante espectáculo. Su fe tuvo por premio un gran triunfo; pues se rindió La Rochelle después de trece meses de sitio. Apenas entrado en la rebelde ciudad, y para manifestar su gratitud á María, Luis mandó edificar una iglesia bajo la advocación de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de la Victoria, y quiso colocar él mismo la primera piedra. Por elocuentes que fueran esas demostraciones de la veneración del monarca por la reina del cielo, aun no bastaron para satisfacer su piedad. En 1638, quiso, por una consagración pública y solemne, poner su persona y todo su reino bajo la protección de la Virgen santísima, recomendando á todos los obispos, que hubiera un altar consagrado á la madre de Dios en las iglesias que no estuviesen enteramente dedicadas en su honor, y que todos los años, se hiciera una procesión general el día de la Asunción, en memoria de la consagración de todo su reino á María.

Veamos cómo se explica en su declaración del 20 de febrero 1638... Después de dar gracias al Señor por los beneficios que ha derramado sobre Francia, añade : « No siendo nuestras manos bastante puras para presentar nuestras ofrendas á la pureza misma, creemos que las que fueron dignas de llevarla le harán más gratas estas hostias... Por estas causas, habemos declarado y declaramos que, tomando á la santísima y gloriosísima Virgen por especial protectora de nuestro reino, le consagramos particularmente nuestra persona, nuestro Estado, nuestra corona y súbditos, suplicándole que nos inspire tan santa conducta, y defienda con tanto cuidado este reino contra todos los esfuerzos de sus enemigos, que, ora sufra el azote de la guerra, ora goce de la

» dulce paz que pedimos á Dios con todo corazón,  
 » no se aparte de las vías de la gracia. Exhortamos  
 » á todos los arzobispos y obispos á que inciten  
 » nuestros pueblos á particular devoción por la  
 » Virgen santa, implorando su protección; á fin  
 » de que, por medio de tan poderosa patrona,  
 » siga nuestro reino al abrigo de todas las em-  
 » presas de su enemigos, goce la paz largo tiempo,  
 » sea Dios tan santamente servido y venerado,  
 » que Nos y nuestros súbditos podamos llegar  
 » felizmente al último fin para el cual fuimos  
 » creados.»

A consecuencia de esa declaración, se establecieron, en todo el reino solemnes procesiones en honor de la Virgen, las cuales se celebran todos los años el día de la Asunción. Mientras tanto, Luis XIII, esperando el momento en que pudiera construir el altar mayor de Nuestra Señora de París, como lo había resuelto, mandó colocar en esa catedral, frente á frente de la capilla de la Virgen, un gran cuadro, en que estaba representado el piadoso monarca de rodillas, ofreciendo su corona y cetro á la santa Virgen, sentada al pie de la cruz, con el cuerpo de su divino Hijo en sus brazos. Luis XIV, para conformarse con las intenciones de su augusto padre, ratificó la declaración del 20 de febrero 1638, con la del 25 de mayo 1650. Mandó erigir el altar mayor de Nuestra Señora de París, y reemplazar el cuadro con un magnífico grupo de mármol, obra maestra de Nicolás Coustou, que representa el voto de Luis XIII. El altar fué destruido, pero queda intacto el grupo de la madre de dolor.

*Asunción de María.* — Santa María Magdalena de Pazzi, que fué arrebatada en éxtasis el 12 del mes de agosto, asistió en espíritu á la resurrección



de María, y á su gloriosa asunción en el cielo. Vió en primer lugar todas las coros de los ángeles dispuestos el rededor del sepulcro de la Virgen, y manifestando el más vivo regocijo. Luego, vió la madre del Salvador que majestuosamente salía de la tumba, recibiendo ya los homenajes de las celestes inteligencias. En ese momento, exclamó fuera de sí Magdalena: ¡Oh María! temo no se separe mi alma de mi cuerpo, cual la tuya, porque todavía no soy digna de seguirte. Poco después, viendo que la Reina de las vírgenes se elevaba en los aires, y oyendo los melodiosos cantos de los ángeles, exclamó: ¡Oh! ¡cuán dulces son esos cantos! Estoy desfalleciendo. Sin embargo no puedo entenderlos completamente, ni dar cuenta de ellos. Pero esto me parece que expresan: Carguémonos con aquella que cargó con todas las miserias humanas; tomemos con nuestras manos aquella que poseyó en su corazón todas las virtudes; y pues llevó en su seno al hijo de Dios, llevémosla al cielo en nuestras alas. Luego después, arrebatada de admiración, repitió nueve veces el responso que empieza así: Oh virginidad santa é inmaculada. ¿con qué alabanzas te glorificaré?... Luego, añadió: ¿No parece que la adorable Trinidad haya declarado María nueve veces santa con elevarla encima de los nueve coros de ángeles? ¡Oh cosa verdaderamente admirable! ¡El Padre eterno, Dios como es, atrae á sí con el mayor afecto una pobre criatura, y el mismo amor que hizo bajar el Verbo para salvar el mundo, hace subir hacia él una majer redimida por su sangre! ¡Es el amor del Verbo quien le impelió á aniquilarse, y también es ese amor quien le impele hoy á exaltar á su madre! No fué más pronto el Espíritu Santo en descender en el seno de María para formar el cuerpo de Jesús, que lo es hoy en elevar al cielo esa mujer por excelencia...

*Conversión de la señora de un oficial francés en Roma, el día de la Asunción.* — He aquí, escribía de Roma un oficial francés, en septiembre 1830, he aquí un milagro que sucedió aquí el día de la Asunción, y que recuerda el que se verificó con el señor Ratisbona:

« Uno de nuestros oficiales, M. G... se paseaba en las cercanías del Vaticano con su señora y dos hijos, uno de doce años y de diez el otro. Esto era unos días después del regreso del Padre santo. La señora G... era protestante, y hasta entonces siempre había desempeñado los deberes de su creencia: « por lo tanto, decía aquel día mismo á su marido, yo no veo qué más pudiera hacer si fuese católica. » Sea curiosidad ó presentimiento, la señora G. . manifestó á su marido el deseo de ver los aposentos del Papa. Procuró aquél satisfacerla, y se abrieron luego las puertas. Recorriendo las principales piezas del palacio, llegaron á la capilla particular del Papa. Al entrar vió la señora G... un reclinatorio cubierto con un tapete de terciopelo encarnado; y pensando con razón que era el sitio donde Pio IX imploraba todos los días para el universo las bendiciones del Señor, se hincó allí de rodillas persuadida también de que algo bueno sacaría de ello para sí y para los suyos. Con la cabeza apoyada en las manos, rezó con fervor unos minutos, y por piadosa costumbre, fuera de los principios de sus correligionarios, recomendó sus hijos á la Virgen. Levantó luego los ojos, y vió encima del altar una señora circundada de una aureola resplandeciente, que tenía sus dos niños de la mano, y el Papa mirando hacia ella. Alónita y conmovida á la vez ante semejante espectáculo alarmóse en su cariño maternal y su primer movimiento fué asegurarse de si sus dos hijos estaban á su lado. Era tan visible su emoción que el señor G... entró en desasosiego; y para disiparlo pretextó ella una indisposición sin



explicarse más, pero el recuerdo de ese cuadro se había esculpido de tal modo en su memoria, que ella no podía olvidarlo un instante.

Poco después, el 12 de abril, á la llegada del Padre santo, la señora G... fué con otras muchas señoras á la tribuna que se les había preparado en la basílica de San Juan de Latrán. Apenas vió al Papa, la señora G... reconoció perfectamente las facciones de Pío IX, tales cuales las había visto en la capilla. Se sobresaltó; pero al divisar por encima de él, en la misma posición y con el mismo brillo, la imagen de la Virgen santa, ya no pudo contener su emoción, y estuvo para desmayarse. Habiéndose sosegado algo, disimuló la causa de su turbación, guardando todavía el secreto.

« Otro asalto se le tenía guardado. El día señalado para la recepción de las señoras de nuestros oficiales por Su Santidad, fué la señora G... de las más puntuales á la cita. Estaba la gente dispuesta en dos filas, en medio de las cuales pasó el Padre santo dando su bendición á derecha é izquierda. Al llegar delante de la señora G... y sus dos hijos, se paró el Vicario de Jesucristo, como para representarle más á lo vivo, acariciando á los niños. Se informó bondadoso de sus nombres, les dió á cada uno un rosario, y parecía agradecerles con particular bendición, imponiendo las manos sobre sus dos cabezas. Rebosaba de gozo la feliz madre; pero qué sintió ella al ver, por encima del soberano Pontífice, y del mismo modo que las anteriores veces, la resplandeciente imagen de Aquella que los católicos llaman *Madre de Dios!* La señora G... desde la primera y segunda aparición, se sintió impelida á dejar su religión, y sin embargo había resistido, pero á la tercera, se rindió. Después de pasar la noche siguiente con lágrimas, declaró á su marido que había resuelto abjurar el protestantismo. Secundó éste la resolución, y la abjuración

se verificó, con las ceremonias prescritas, el viernes 17 de mayo, en una capilla interior de la Trinidad del Monte, y el jueves siguiente, pudo la señora G... llegarse á la mesa santa con su marido y sus dos hijos. El cardenal vicario les dió la comunión, y confirmó á la neófito.

« Estando ya para retirarse el cardenal y su séquito, el señor G... desprendió de su pecho la condecoración que llevaba, y pidió permiso para trazar unas líneas, cuyo sentido es éste: « Las gracias que » tengo recibidas hoy, así como mi familia, son tan » grandes, que no sé como agradecerlas. Siendo mi » condecoración lo que tengo de más precioso la » dejo en el altar de la Virgen como testimonio de » mi agradecimiento. »

» El mismo oficial dijo por la tarde á varios de nosotros: « ¿Saben ustedes que comulgué esta mañana, y que jamás me vi tan contento y satisfecho? Por cierto, sólo eso nos da la felicidad. » (Roma en 1848-49-50).



## DÍA DÉCIMOCTAVO

CONSIDERACIONES SOBRE LA DEVOCIÓN Á LA VIRGEN  
SANTÍSIMA

No hay cosa más legítima que el culto tributado á la Virgen santa; basta para justificarlo con recordar la naturaleza los caracteres, los efectos, y aquello que es el objeto.

PUNTO I.º — La naturaleza del culto tributado á María lo justifica. Y en efecto, ¿ en qué consiste? en honrar á la Virgen, cual conviene honrar á la criatura á quien colmó Dios con los mayores favores. Se achaca á la Iglesia idolatría en el culto que tributa á la Virgen; ¿ qué hay pues en ese culto que se parezca á la idolatría? La idolatría adora á sus ídolos, y espera de ellos la gracia, como si ellos fueran la fuente de ella; sus plegarias y homenajes se dirigen á ellos como último término. Al contrario, nosotros no consideramos á María sino como medianera entre Dios y nosotros; no le pedimos la gracia como si ella la poseyera, sino que le suplicamos la pida por nosotros; por grande que sea nuestro amor por ella, siempre será inferior á nuestro amor por Dios; ¿ en qué pues somos idólatras?

Ese culto, dicen, es injurioso para Jesucristo, es poner en duda sus méritos, y substituirle un medianero. Eso no; porque hacemos mucha diferencia entre el Hijo y la Madre. Es Jesucristo el reparador por excelencia, sin el cual ninguna reparación fuera aceptada por Dios. El es fuente de reparación, como Verbo de Dios. Pero se puede muy bien considerar á María como reparadora de la humana naturaleza, pues por ella empieza nueva era para el mundo, y es su mediación tanto más poderosa con Dios, tanto más eficaz para nosotros, cuanto que ella no tuvo jamás nada que reparar para sí misma, habiendo sido siempre inmune de pecado, y aún de toda mancha original.

Y no digan que con llevar tan allá la grandeza de María, llegamos hasta confundirla con la de Dios. Por un arte de los más maravillosos y sencillos, dice el autor de *María en el plan divino*, el peligro de esa confusión se ha hecho imposible para la alabanza más entusiasta; por la razón muy clara de que el objeto de esa alabanza es la personalidad humana de María. Lo prodigioso de su grandeza, objeto de todo el culto que se le tributa, es que, siendo persona humana, como nosotros, haya sido elevada á tales alturas. Si fuera María de naturaleza divina, ya no habría gloria en ser madre de Dios. Todo lenguaje, todo culto de la piedad de los hombres hacia ella estriba en



que ella es una simple mujer. ¿ Para qué sirve objetárnoslo? pues confesamos la objeción, y hacemos de ella el motivo de nuestro culto á María. Cuanto más la exaltamos con nuestros homenajes, tanto más la distinguimos de la Divinidad, con quien se nos afea confundirla, porque lo que exaltamos es la criatura glorificada, la cual cesaría de serlo, si cesara de ser criatura, y la más humilde de las criaturas. Basta ese argumento para confundir la torpe objeción de idolatría que dirige el hereje al culto de la madre de Dios.

PUNTO II.º — *Caracteres del culto de María.*

— Se presenta á nuestro respeto el culto de María con todos los caracteres de la religión misma : antigüedad, perpetuidad, universalidad.

1.º Antigüedad. Se remonta hasta la cuna misma de Jesucristo. Sí, el pesebre de Betleém es el primer altar en que Jesucristo se inmoló, y también el primer trono en que María recibió los homenajes de los hombres. En efecto, con venir los pastores y los magos á adorar al Niño Jesús, honraron al propio tiempo á su madre. Esos rendimientos siguieron aún más gloriosos en la casa de José ; allí le honró Jesucristo, y ella mandaba á aquel á quien todo obedece <sup>1</sup>. Desde los primeros años que siguieron á la muerte del Salvador, vemos que ia

1. Luc, II, 5 .

reverencian los apóstoles como madre del divino Maestro, y consignan sus títulos á la veneración de los fieles en el mismo artículo del Símbolo, en que reclaman adoraciones para su Hijo : *Qui natus est de María virgine* <sup>1</sup>.

No busquéis el origen del culto que siempre fué tributado á María por la Iglesia. Hay ciertos sentimientos tan naturales que ni se mandan, ni se explican ; existían ya antes de observarlos, y se les obedece sin pensar en darse cuenta de ellos. El sentimiento de amor y veneración que de todo tiempo tuvieron los fieles para con María es de esa especie, es completamente espontáneo. Aunque menos aparente en los primeros siglos, es sin embargo tan general y profundo, que se indigna con sólo una palabra que ofendiera á la madre de Dios ; y que estalla su alborozo cuando la Iglesia confiere nuevo título de honor á la Virgen inmaculada <sup>2</sup>.

2.º La perpetuidad es el segundo carácter del culto de María. Los rendimientos que tributamos á la Virgen, le fueron tributados en todos los siglos por todos los santos doctores : ¡ Oh Virgen bendita ! exclama Orígenes, á tí recurrimos. ¡ Oh señora nuestra, oh reina, oh madre de Dios ! ruega por nosotros ; esa es la oración de san Atanasio. Yo me prosterno á tus pies, ¡ oh dueña soberana ! esa es la de san Efrén. Suplica al Señor que salve nuestras almas ; es

1. *Historia de Nestorio.*

2. Entusiasmo del pueblo en el concilio de Efeso.



oración de san Crisóstomo. San Agustín va más allá de todos esos homenajes al exclamar: Yo no sé donde hallar palabras dignas de cantar tus alabanzas, ¡oh divina María! Al ver pues que tales varones se esmeraron en celebrar las alabanzas de María, ¿quién se atreviera á vituperar el culto que nosotros le rendimos? Si hay exageración en él, es preciso echar la culpa á los santos Padres, y á los santos de todos los siglos; si nosotros somos supersticiosos é idólatras en nuestro culto por la madre del Hombre Dios, todos los santos lo fueron antes que nosotros. ¡Qué bueno es equivocarse en semejante compañía!

3º La universalidad es el tercer carácter del culto de María. Una de las glorias de María es ver su nombre igualmente conocido y venerado por toda la tierra, no siendo los demás santos conocidos y venerados sino en tal ó cual ciudad, en tal ó cual región. Así pues san Pelagrín y san Germano se veneran en Auxerre, san Potino y san Ireneo en Lyon, san Martín y san Graciano en Tours, san Dionisio y santa Genoveva en París; pero el culto de María no tiene más lindes que los del mundo católico. Llevan los misioneros su nombre á los salvajes de Oceanía al mismo tiempo que el de su divino Hijo; y no hay aldea, por pobre que sea, que no tenga un altar en honra de la bienaventurada María, cerca del altar en honra de Jesús. De modo que, por sus caracteres de anti-

güedad, de perpetuidad y universalidad, el culto de María reclama nuestro acatamiento y veneración, y con razón le saludamos en toda la Iglesia con el título glorioso de Virgen digna de ser por siempre venerada. *Virgo veneranda, ora pro nobis.*

PUNTO IIIº. — Se justifica sobradamente el culto de María por sus efectos. Los efectos del culto de María son las bendiciones mismas que Dios se sirve esparcir sobre los fieles devotos de la Virgen, las gracias que alcanzan, los milagros en favor de quien se dirige con confianza á María bendita. Esos milagros se repiten todos los días: célebres conversiones, curas inesperadas, calamidades aplacadas por la invocación á María. Dicen que ya pasó el tiempo de los milagros; pues ¿qué tiempo fué jamás tan fecundo en milagros? No hay más que abrir los ojos, y verlos. ¿Hay cosa más conocida que la medalla que llaman milagrosa? ¿Qué portentos no logra cada día la admirable asociación conocida con el nombre de Archicofradía del Corazón inmaculado de María, para la conversión de los pecadores? Recorred los diferentes santuarios erigidos en honor de la Virgen santa, y los encontraréis llenos de exvotos, imperecederos monumentos de las gracias que se alcanzaron por su intercesión.

Francia particularmente parece ser la hija privilegiada de María, su reino predilecto; Luis XIII se la consagró solemnemente, y esta-



bleció en memoria de esa consagración procesiones públicas que se celebran en toda Francia el día de la Asunción. ¿Qué son esas gracias y prodigios que se logran por intercesión de María? ¿Pueden ser otra cosa que la voz misma de Dios, el cual autoriza nuestra devoción bendiciéndola? Si el culto de María fuese idolatría ó superstición, ¿la autorizaría Dios con tantos milagros? Esforcémonos pues en el amor y veneración por nuestra buena Madre, muy persuadidos de que, con amarle y honrarle, hacemos cosa agradable á Dios é infinitamente provechosa para nosotros.

¡Oh María, mi buena y tierna madre! apídate de mí, y no consientas que yo abandone jamás tu servicio; sigue protegiéndome y conservándome en tu amor; defiéndeme en el combate; si soy débil confórtame; si naufrago, sálvame; si me caigo, levántame; si me desvío, ponme en el camino; si estoy enfermo, cúrame. Y en mi hora postrera, asísteme, recibe mi alma en tus manos, y preséntala á tu divino Hijo en el esplendor de los santos. Amén.

## EJERCICIO

Al aproximarse la tentación, recurrir á María cual niño que, al ver una serpiente, se refugia en el regazo de su madre.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

El conde de Scholinski, noble polaco, á quien cogieron con las armas en la mano en la última lucha de Polonia con Rusia, fué condenado á muerte. Á tan terrible noticia, la condesa va á su hijo y se lo lleva á su oratorio; hincándose con él de rodillas delante de un cuadro de N. S. de los siete dolores: *Santa Virgen María, exclama, ruega por nosotros. Ampáranos, sálvanos, devuelve un marido á su mujer, y un padre á su hijo. Acoge piadosa nuestras lágrimas, pues nadie te invocó jamás en balde, á ti que tanto amas á tu divino Hijo, que tanto padeciste también.* Y así concluyeron su oración Estanislao y su madre, algo aplacado su dolor con una secreta esperanza. Seguida de un criado, y acompañada de su hijo, se traslada la condesa á la prisión donde estaba detenido el conde. Por medio de algunas piezas de oro que dejó caer en manos del carcelero, logró penetrar hasta el sombrío calabozo. Tres cuartos de hora después, la infeliz condesa, ocultando su rostro, volvió á pasar delante de la guardia, con su hijo, llorosos ambos. El cuarto del prisionero no se abrió sino por la tarde, y al momento de la inspección clamó á grandes voces el carcelero pidiendo auxilio y gritando traición, pues en lugar del sentenciado á muerte encontró á la condesa su mujer. Habíase evadido el coronel Scholinski, llevándose á París á su hijo Estanislao.

Año y medio había transcurrido, ignorando todavía el conde la suerte de su valerosa esposa; y á las solícitas preguntas de Estanislao, que sin cesar le repite: *Y cuándo vendrá mamá?* él no contesta más que con palabras vagas, que mal disimulan la cruel inquietud de su pecho.

El niño había sido colocado en un colegio diri-



gido por unos eclesiásticos, y cada día crecía en instrucción, piedad y buenos sentimientos; ya se acercaba la época de su primera comunión, y el pensamiento de su madre le acosaba sin cesar, *yo quiero, decía, que venga mi madre para mi primera comunión, y tiene que venir.*

Absortó en ese deseo, una tarde Estanislao se santiguó, y escribió esta carta á Pedro, el criado de la condesa, el cual se había quedado en Varsovia: « Pedro, ¿ tendrías á bien decir á mi madre que yo » comulgo por primera vez dentro de un mes, y que » es absolutamente preciso que ella venga á París » para presenciarme mi comunión? Si no le escribo á » ella, es porque cogen todas nuestras cartas, pero » espero que tú harás las diligencias para partici- » parme mi deseo... Tu adicto.

« ESTANISLAO ».

« Dirás á mamá que vivo en el colegio, calle D. » Escrita la carta, el muchacho incluyó en ella una imagen de la Virgen, para que tuviera buen éxito su misiva; la cerró y la puso al correo. ¡ Ay de mí! en el interin, el conde Scholinski recibía de un desconocido una esquela que contenía estas líneas: « Ya no hay esperanza, partida para la Siberia, resignación. Pedro va á probar la última intentona, pero dicen que al primer ensayo de evasión, la condesa será degollada. Por eso te queremos y compadecemos más. »

Aproximábase el día de la primera comunión, y ni á su padre, ni á sus maestros nada había dicho Estanislao de su carta, pero mucho había hablado de ella con Dios; contaba los días, y contaba las horas, pensando en sí mismo: « Antes de tan hermoso día, yo haré una novena á la Virgen, y haré de modo que concluya esa novena justamente en el momento de recibir la absolución, y rezaré tanto y

tan bien, que la Virgen santa se verá precisada á devolvernos á mi madre. »

Llegó por fin la víspera del famoso día, y según una piadosa costumbre, fueron llamados al locutorio los padres para que bendijeran á sus hijos. Vino como los demás el conde Scholinski; Estanislao se le echó al cuello, y después de recibir arrodillado la bendición paternal, dijo: *Esta es vuestra bendición, pero también espero recibir la de mi madre.* Se inmutó el padre — *Sabéis que mi madre está para llegar.* — ¡ Ah! contestó tristemente el conde. — *Yo quiero que presencie mi primera comunión, y la presenciará. Sabed, querido papá, que empecé una novena á la Virgen, y acaba á las cinco, recibiré la absolución á las cuatro, entonces quedaré blanco como los ángeles, y suplicaré á la madre de Dios bueno que me devuelva la mía esta tarde, ó mañana sin falta.* — ¡ Vamos! interrumpió el conde queriendo sonreírse, y no pudiendo seguir semejante conversación, dejó á su hijo y se fué.

Serian las cinco de la tarde; Estanislao se dirigía hacia el alojamiento del portero, cuando se encontró con uno de los eclesiásticos de la casa: — ¿ Adonde vas, hijo? — *Voy á ver si alguien pregunta por mí.* — Si ya vino tu padre esta mañana — *Bueno, señor, pero yo espero otra visita, espero á mi mamá.* — Tu mamá no está en París. — *Va á venir, estoy seguro.* — Vamos, hijo, yo concibo tu deseo y tus plegarias; pero déjate de distracciones esta tarde, amiguito, ya pasó la hora de las visitas, y vuélvete con tus discípulos.

Estaba concluida la novena, y el muchacho se figuraba que para hacer bien las cosas, la Reina del cielo iba á devolverle á su madre inmediatamente. No ir á preguntar al portero fué para él grande sacrificio, y lo hizo con generosidad. « Así como así, dijo, al llegar mi madre preguntará por mí ». Dan las seis, las siete, luego las ocho, y... nadie. Ya



cenaron todos, y están para subirse al dormitorio; Estanislao desmayaba algo... Mientras tanto, una mujer vestida malamente, y con desencajado semblante, entraba en la habitación del portero, y preguntaba por el joven Scholinski.

Receloso el portero por tan tardía visita, se niega á llamar al muchacho; por fin aburrido, consiente en dejar que la condesa (pues ella era) se acercase á la ventana y mirase á los alumnos que desfilaban en el patio. Estanislao, que contaba con el regreso de su madre, se salió de las filas para dar una ojeada á la vivienda del portero; la madre no tuvo más que el tiempo de gritar: « ¡ Ahí está, ahí está! y cayó desmayada. Pero ¿ cómo llegaba la condesa cabalmente á la hora que indicara su hijo? De este modo: Ella se había escapado de las manos de los que la llevaban á Siberia, había huido hacia Francia sin recurso alguno, ni dinero, y disfrazada, llegando así á París. ¿ Adónde dirigirse en la inmensa ciudad? Por fortuna, en la carta dirigida á Pedro, se hallaba la dirección del colegio donde estaba Estanislao, y así es como la condesa pudo llegar directamente á su hijo.

Al día siguiente, el conde y la condesa Scholinski pudieron reunidos, felices y entusiasmados, asistir á la primera comunión de Estanislao. — Doctor Massé.

*Leyenda del buen ladrón.* — Relata una antigua tradición que en su huida á Egipto atravesando el desierto, la santa Familia se paró una noche en una caverna de ladrones. Fué recibida con una hospitalidad ruda pero benévola por la mujer del jefe de la cuadrilla. Acaso la bondad en ella era hija de la aflicción, lo que suele suceder en las mujeres, pues tenía un hermoso niño, vida de su alma, el único ser dulce é inocente, en medio de la vida salvaje y cri-

minal que le rodeaba, y ese niño era blanco como la nieve, demasiado blanco, pues su blancura era lepra. Y por eso ella le quería más, y con más cariño le apretaba en su seno cual lo hacen las madres; por causa de su infortunio, ese niño era para ella más que nunca su luz y su vida. Marta y Jesús, la mujer del ladrón y el niño leproso, todos juntos en la caverna, ¿ qué hospedaje para el Redentor!

María pidió agua para lavar á Nuestro Señor, y se la trajo complaciente la mujer del ladrón. La bondad, al abrir el corazón, abre igualmente los ojos del espíritu. La mujer del ladrón vislumbró algo extraordinario en sus huéspedes: lleno de amor y como de fe, el corazón de la divina madre. No hay como el corazón materno para adivinar: tomó el agua con que María había lavado á Jesús, y lavó al leproso Dimas, cuya carne se volvió tan rosada y bella como una madre podía desearlo. Largos años transcurrieron; el niño había dejado los brazos de su madre, ejecutando actos de infantil valentía en las arenas del desierto; por fin Dimas llegó á la edad de juntarse con la cuadrilla, y aunque pareció conservar hasta lo último algo del corazón de su madre, llevó sin embargo una vida violenta y criminal, y últimamente, Jesús le vió llevar preso en el recinto de las murallas de Jerusalén. Clavado en una cruz, y consumido de fiebre en ardorosa agonia, tuvo la perversidad de dirigir palabras de desprecio al inocente que padecía á su lado. Jesús guardaba silencio, y mirándole Dimas, vió en él yo no sé qué ajeno de un criminal, lo que quizá vió su madre treinta y tres años antes en la caverna, el niño en cuyo baño se había curado su lepra. ¡ Desventurado Dimas! la lepra que ahora tienes es más peligrosa, y necesita sangre en vez de agua. De repente la fe obra en él. Acaso se parecía su corazón al de su madre, y moraba en él la fe en cierto modo natural; comprende la escena de la cruci-



fixión, el ruego de Cristo por los que le ultrajan, la mirada de misericordia que le echa Jesús moribundo. Ya basta, y al instante va á profesar su fe, porque de abajo se eleva la plegaria de la santa Madre, envolviendo al pecador en verdadera nube de misericordia. « Señor, acordaos de mí cuando entréis en vuestro reino. » Ved cuán rápidamente supera algunos de los apóstoles. Está clavado en la cruz para morir, y sabe que no es en un reino terrenal donde se acordarán de él. « Tú estarás hoy mismo conmigo en el paraíso. » ¡El paraíso por la hospitalidad de la caverna! ¡Venturoso ladrón! Y muere Jesús, y abre una lanza su costado, y la sangre que brota riega cual dulce rocío los miembros del moribundo ladrón, y aunque no está allí su madre la de la caverna, otra madre tiene al pie de la cruz, y ésta lo envía con su hijo al paraíso, para ser el primero del sinnúmero de hijos que debían entrar en la gloria por la preciosa sangre

*Antigüedad del culto de María en Francia.* — Sabemos que, entre las naciones envueltas en las tinieblas de la idolatría, se conservaron algunos vestigios de las tradiciones primitivas, comunes á todo el género humano. Una de esas tradiciones enseñaba que una Virgen madre daría á luz al Libertador esperado por todos los pueblos. Por todas partes se encuentra esa tradición; pero la historia de las antigüedades galas nos ofrece sobre ello un ejemplo muy notable: En las cercanías de la ciudad de Chartres, se extendía una frondosa selva, donde los druidas practicaban sus misteriosos ritos. Más de una vez sin duda habían presenciado sus sombras los sangrientos sacrificios que las crueles divinidades reclamaban, pero dejando las veredas, é introduciéndose en las sombrías revueltas de las selvas, se llegaba á una gruta oculta y apartada de

todas las miradas. Se hallaba en ella un altar con esta inscripción: *A la Virgen que ha de dar á luz. Virgini pariturae.* Y la estatua de una mujer con un niño en sus rodillas recibía en ese sitio los homenajes de los druidas. Así se había perpetuado la promesa hecha á nuestros primeros padres, en el momento en que salieron del Edén para siempre; así, en medio del paganismo, se esperaba á la Virgen, madre del Redentor, cual aurora de paz, de salvación y misericordia. María, la predestinada para ser la reparadora del género humano, existía en las Galias mucho antes de la hora de su nacimiento, y los tiempos no han hecho más en lo sucesivo que confirmar estos primeros homenajes.

Desde los primeros días del cristianismo, san Dionisio el areopagita fué enviado por los apóstoles para evangelizar las Galias. En aquel tiempo todavía estaba la madre de Jesús en vida, y san Dionisio tuvo alguna vez la dicha de contemplar las facciones mortales de aquella que fué la madre de Dios. Estando para partir, se echó á sus pies, pidiéndole su bendición y oraciones por la región idólatra en que iba á anunciar á Jesucristo. María levantó las manos al cielo, y desde aquel momento se fundó la Iglesia en las Galias.

Ese es el origen del culto de María en Francia y de la protección que en cambio nos concede. Y desde entonces, ¿quién podría contar los testimonios de veneración que este país tiene prodigados á su soberana, y los favores con que ella pagó tan constante amor?

®

AL DE BIBLIOTECAS



## DÍA DÉCIMONONO

CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA  
PARA NUESTRO CULTO

María es nuestra madre, y debemos amarla.

Punto I.º — « Una niña, criada en el regazo de su madre cristiana, aprendía de ésta á formar por primera vez la señal de la cruz sobre su cuerpo. Al concluir la invocación de las tres personas divinas: En nombre del Padre, del hijo y del Espíritu Santo, volvióse á su madre, y dijo: Mamá, ¡y no hay madre! Siendo Dios nuestro padre, necesitábamos una madre; la paternidad requiere la maternidad. Habiéndonos llamado Dios á su familia, tenía que darnos una madre en el cielo, de modo que después de decir: Padre nuestro que estás en los cielos, podamos decir también: Madre nuestra que estás en los cielos. Era una cosa necesaria, y justa al propio tiempo. Todos necesitamos la maternidad, y cuando nos falta nuestra madre, la ausencia de la maternidad terrenal deja en nuestro corazón un vacío que nada puede colmar en la tierra. Cualesquiera que sean los diversos hálitos de este mundo que pasan por nuestro corazón, muy bien sentimos que nin-

guno se parece al hálito celestial y perfumado que se desprendía de los labios de nuestra madre. Y por eso Dios quiso que tuviéramos no sólo una madre en la tierra, sino también una en el cielo. El mismo Nuestro Señor proclamó esa maternidad humana de la Virgen María<sup>1</sup> »; y al meditar las circunstancias en que se hizo tan bendita proclamación, no podréis menos de enterneceros hondamente.

1.º ¿Quién es el que nos dió á María por madre?

Es Jesucristo, el Hijo de Dios, igual en todo á su Padre; por consiguiente el dueño de todas las criaturas, aquel de quien emana toda paternidad, aquel que dispone á su gusto de todos los seres, porque todos son obra de sus manos y propiedad suya. Luego María era suya, le pertenece como criatura suya; pues él os la da por madre, y os la da en los términos más precisos y terminantes: *¡Esa es vuestra madre!* La palabra de Dios no es estéril cual la del hombre, ella obra por sí misma y el efecto sigue necesaria y súbitamente después de anunciada. Así pues, en la cuna del mundo, Dios habla á la nada. *Hágase la luz*<sup>2</sup>, y la luz brotó. En el túmulo de Lázaro, Jesucristo dice: *Lázaro, sal del sepulcro*, y Lázaro resucita. En el Cenáculo, dice tomando el pan: *Esto es mi cuerpo*, y el pan se transforma en su cuerpo. En la cruz, nos dice á todos, hablando á su discípulo: *Esa*

1. P. Félix.

2. Gén., i. 4.



es vuestra madre; luego, por el mero hecho de esa donación divina, María es madre nuestra. Y tan bien lo comprendió san Juan, que desde aquel instante ya no quiso separarse de María, y se la lleva á su vivienda. *Et accepit eam in sua*<sup>1</sup>.

2º La solemnidad del momento en que se nos dió á María hace que la donación sea más sagrada. Trasladaos con el pensamiento al Calvario, y contemplad la augusta víctima en el altar de la cruz:

Está consumándose el sacrificio, pero antes de morir, Jesús dicta su postrer voluntad, su testamento. Allí está el único entre los apóstoles, el discípulo amado, para recibir, en nombre de todos los cristianos, la última dádiva que á todos quiere hacer el divino Maestro. A él pues se dirige Jesucristo: *Discípulo, esa es tu madre. Ecce mater tua*. Y desde ese momento, María es nuestra madre, pero esa maternidad; cuán dolorosa fué para ella! Para darnos á ella, Jesús parece desconocerla, y substituirnos á él; y no dice: Madre. Se diría que teme, si pronunciara esa palabra, atizar todavía el fuego que la consume, y dió una palabra menos dulce: « Mujer, ese es tu hijo, » tratándola como á una extraña. ¡Qué dolor para el corazón de María si una mirada de Jesús no atenuara lo amargo de esa palabra! Si Jesús se expuso así á parecer cruel, es por su inmenso

1. Joan., vi, 43.

amor por nosotros. Es como si hubiera dicho: Mujer, olvida, si puedes, que eres mi madre, para llevar todo mi amor sobre aquellos que yo te confío. Yo me vuelo al lado de mi Padre, y en su reino, tu solicitud por mí sería superflua; pero, para esos, el viaje es penoso, y todavía largo el camino, sembrado de no pocas espinas y asechanzas. Ámalos, cual á mí me amaste; mira por ellos cual miraste por mí. *Mulier ecce filius tuus*<sup>1</sup>.

El amor que ya María abrigaba por nosotros le hizo aceptar sin amargura; ¡cuánto debió sufrir su corazón! ¡San Juan en lugar de Jesús! ¡un hombre mortal en lugar de un Hombre Dios! ¡oh triste y cruel cambio! Cruel para María, mas para nosotros, cambio una y mil veces venturoso.

PUNTO IIº. — María es nuestra madre, y debemos amarla. El amor por una madre no se prueba, ni se discute, habiéndolo esculpido la naturaleza misma en el pecho de un hijo. Para una madre, su título de madre es la razón suprema del amor de que es objeto. Así es del amor que el verdadero cristiano siente por María; lo sacó de la misma fuente de donde sacó la vida cristiana, y si le preguntáis por qué ama á María, no dará más que esta contestación: Es mi madre, ¿cómo no la amara?

Pero si necesitáis excitar en vuestro pecho el

1. *La Femme comme il la faut*.



amor por vuestra divina madre, acordaos de que María posee los tres grandes títulos que determinan todas las afecciones entre los hombres: la belleza, los beneficios y el amor. 1º La belleza. María es la más bella de las criaturas, por ser la más perfecta, y la más pura. De ella, y nada más que de ella pudo decir Dios: *Eres bella, amada mía, eres bella, y ni una mancha hay en ti*<sup>1</sup>. Á ella saludan los ángeles exclamando llenos de admiración: *¿Quién es esa que se eleva del desierto? Es bella como la luna, resplandeciente como el sol*<sup>2</sup>.

2º María tiene en su mano los beneficios. Nos dice san Bernardo que Dios quiere que todos los bienes nos vengan por mediación de María. — Milagros de protección, gracias de perfección, gracias de conversión y vocación; gracias de salvación y predestinación, todo nos viene por ella. ¿Queréis pruebas de ello? Entrad en los santuarios de Bon-Secours, de Nuestra Señora de Liesse, de la Garde, de Fourvière... donde notaréis suspendidos de los muros del edificio sagrado, sinnúmero de exvotos, testigos silenciosos de su milagrosa asistencia; preguntad á esos monumentos del agradecimiento de los pueblos, que ella salvó de un azote destructor; el cielo, la tierra, las olas del mar, todo habla de su bondad y beneficios. — ¿Y no había

1. Cant., 6.

2. Cant., 6.

acaso en vuestra vida alguna circunstancia que también de ellos hable á vuestro corazón?

3º El amor de María por nosotros es su tercer título á nuestro amor. No hay cosa más grande en el corazón de una madre que su amor á su hijo. Su hijo es su tesoro, su júbilo, su vida, su felicidad, su felicidad sobre todo. Decir que María es vuestra madre, es decir que os ama; ¿cómo podríais dudarle? Por vosotros, dice un santo doctor<sup>1</sup>, ella dió su Hijo único, rivalizando de amor en cierto modo con Dios el Padre, el cual amó al mundo hasta dar su único Hijo para redimirlo<sup>2</sup>. En el cielo, sigue con amarnos, pues mira y ruega por vosotros. Amad pues á vuestra madre del cielo, porque amar á María, es amar á Dios.

« Dificil cosa es que el hombre ame á Dios, siendo Dios demasiado grande, demasiado elevado, y demasiado espiritual para que pueda siempre arrebatarse directamente nuestro corazón. Generalmente para amar mucho, es preciso que el corazón vea algo humano; y es tanta verdad, que Dios quiso un día hacerse hombre, y ofrecerse á nuestro amor en la persona de Jesucristo su Hijo. Y todavía es demasiado grande Jesucristo — sin duda el hombre aparece en él, pero la divinidad le eclipsa; y forzosamente un germen de terror se mezcla con nuestro

1. S. Buenaventura.

2. Joan., iii, 16.



amor en presencia de nuestro Salvador bendito. Como Dios quiere absolutamente las primicias de nuestro corazón, le ha propuesto un amor menos solemne, el amor de la Virgen santísima. Luego si no amamos á Dios, amemos á Jesucristo, si no á Jesucristo, amemos á María, y por ella subirá nuestro amor gradualmente de Jesús al Padre. » (R. P. Delfour *Rosier de Marie* 40<sup>e</sup> année, p. 216.)

Adorable Jesús, yo acepto agradecido la dádiva que me hiciste con dejarme á María por madre... Gracias, amable Salvador, mil gracias por tanta fineza; después del sacrificio de la cruz, no podías darme mayor prenda de tu amor, Y tú, ¡oh María! madre buena, péguese mi lengua al paladar, séquese mi mano derecha, si olvido jamás á costa de cuantos dolores viniste á ser madre mía, y si falto al amor que te debo.

#### EJERCICIO

Sabemos lo que en nuestro corazón puede disgustar á la Santísima Virgen; esmerémonos pues en apartar de él todo cuanto pueda contristar á nuestra madre.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Una vocación probada.* — Juan Francisco L. \*\*\* nacido en 1811 en la diócesis de Coutances, en una familia de honrados artesanos, se sintió llamado al

estado eclesiástico. Sus piadosos padres se impusieron grandes sacrificios por darle una educación adecuada con el estado santo que quería abrazar. Por desgracia, se vieron obligados á interrumpir los estudios de su hijo, y tuvo Juan Francisco que abandonar la senda que debía llevarle al sacerdocio... No obstante no desesperó el piadoso joven, y siguió abrigando en su pecho, con la práctica de todas las virtudes, el germen de su vocación, dejando á la Providencia el cuidado de promover circunstancias favorables á su piadoso propósito. No le engañó su esperanza, y el Señor, para consagrarlo al servicio del altar, se valió de un medio que al parecer debiera apartarle por siempre del estado eclesiástico. En 1832, Juan Francisco entra en quintas, y cae soldado; y ya le tenemos en el regimiento..... Seguir con los buenos principios en un cuartel, y más en aquel momento, era cosa ardua, pero nada es imposible para quien quiere francamente seguir buen cristiano, y no faltan en el ejército soldados sin miedo y sin reproche, que cumplen con sus deberes religiosos sin ostentación, como sin respeto humano, y entre ellos Juan Francisco. La amenidad de su índole, su exactitud en el servicio y su buen porte le granjearon el afecto de sus compañeros, y la estimación de sus jefes, y los galones de cabo fueron luego la recompensa del joven militar. Como su regimiento estaba de guarnición en Lyon, el nuevo cabo eligió para ejercer su devoción la capilla venerada de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Fourvière, y cuando el servicio no se lo estorbaba, era su dicha ir á visitar el célebre santuario de María, y pasar en él, orando y meditando, el tiempo que tantos otros soldados emplean tan mal. Tan asiduas y frecuentes visitas, así como la modestia y fervor de Juan Francisco, llamaron la atención de un piadoso y rico lionés, que visitaba también con frecuencia á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Fourvière. Ese excelente



cristiano se sintió atraído hacia el soldado, y un día, al salir este último del venerado santuario, el lionés se le aproxima, y le dirige algunas palabras benévolas. « Por cierto, señor cabo, le dice, no se diría que nacisteis para soldado. — Y tiene V. razón, caballero, contesta sencillamente Juan Francisco, y si yo hubiera podido seguir mi vocación, en vez de este uniforme, llevaría la sotana; en vez de dormir en el cuartel, dormiría en el seminario. — ¿Y abandonaríais de buena gana la carrera militar por seguir vuestra vocación primera? — Si por cierto; mas por ahora es imposible: en primer lugar, estoy aún lejos de concluir el servicio, y luego ¿cómo concluir mis estudios? pues el motivo por que los tuve que interrumpir siguen subsistiendo. » El buen lionés estrechó afectuosamente la mano del soldado, y le dijo: « Pues amigo; ánimo, ahí tenéis mis señas, y venid á verme, quizá, mediante Dios y María, pueda yo hacer algo en vuestro favor. »

Tuvo palabra el generoso cristiano, y habiendo recibido de los jefes de Juan Francisco los informes más halagüeños, le proporcionó un hombre de reemplazo, y le hizo entrar en el seminario. Unos años más tarde, el piadoso joven recibió las órdenes sagradas, y se consagró á las misiones de ultramar, donde nosotros le conocimos, le amamos y veneramos.

*Muerte edificante de un joven oficial.* — El P. de Damas, capellán del ejército de Oriente, cuenta en estos términos la muerte de un oficial de Crimea. — Era hijo único, y había salido hacia un año de la escuela, oficial joven y distinguido, lleno de salud y porvenir. Desembarcó en el mes de diciembre en las costas de Crimea para participar en los gloriosos trabajos de la campaña. Un día nos lo trajeron á la ambulancia, contaminado

de una fiebre que le consumía. El médico en jefe estaba inquieto sobre el éxito de la enfermedad, y sobre la posibilidad de atender al enfermo. Mandar el joven á C. P. era exponerlo á que muriese en la travesía, y guardarlo en la tienda no era mejor. Escogió un medio término. Acababa yo de construir á orillas del mar una capillita de madera; el médico me pidió para su enfermo hospedaje en la casa de Dios, y aderezamos en seguida, al pie del altar donde celebro todos los días, una alcobita con esteras de junco y mantas de lana. Colocamos al oficial en una cama de campo, y me puse á su servicio, prometiendo cuidarle yo mismo, y estar noche y día á su lado.

El primer día pareció algo avergonzado de semejante posición, y era efecto de su delicadeza; pero al día siguiente, estando yo de rodillas á su cabecera, rezando hasta que él me pidiera algo, se alzó sobre la almohada, y enlazándose con el brazo, me dijo: « Oh! ¿quiere V. ser mi padre? Esta es la primera vez que estoy enfermo, y solo, lejos de mi familia siento que necesito alguien en quien tenga confianza, y que me trate cual lo hicieran mis padres. » Abracé al pobre muchacho, y otra vez le prometí que no le abandonaría.

Desde ese momento, ya no quiso ni aún aceptar el cuidado de un militar que estaba á mi servicio, y si yo me ausentaba por algunos instantes, cansada su cabeza así como de un delirio, se exaltaba hasta el punto que más de una vez fué preciso venir á buscarme para aplacarle.

Una tarde vino el cólera á complicar el estado ya tan grave del pobre paciente. Todavía no le había hablado de la preparación á la muerte, y exigiendo su mal gran calma y silencio, ni aún había yo entablado con él la cuestión religiosa; pero ya había visto en su pecho el escapulario de la Virgen. En este momento, había ya urgencia; abrazo al joven,



y le pregunto si quiere alcanzar de Dios el perdón de sus culpas. Si por cierto, contesta, yo quisiera, pero la penitencia es tan gran sacramento, que no estoy preparado para recibirlo. Entonces le dispuse yo mismo á esa grande acción, é hice que recitara las oraciones que más fueran de su agrado, y en particular el *Memorare*. « ¿ Os arrepentís de haber ofendido á Dios? le dije. — Yo le aseguro á V., contestó, que jamás lo hice sino por debilidad y por los malos consejos, y que siempre me lo afeé vivamente. » Le dí la absolución, remitiendo la Extrema Unción para el día siguiente.

En aquella noche, rezamos juntos, y pude leer muy buenas cosas en el corazón del joven que casi había yo adoptado. Hicieron los médicos portentosos esfuerzos para arrancar esa presa á la muerte, y por espacio de dos días tuvieron alguna esperanza, pero finalmente, pudo más la muerte que la ciencia. En esos dos días supremos, el valeroso joven había mirado la muerte impávido; y ni un momento de flaqueza pude observar en él. Al hacerle yo esta pregunta catégorica: ¿ Queréis vivir ó morir según la voluntad de Dios? ¿ Estáis dispuesto á todo? — Absolutamente, contestó con energía, absolutamente. Cuando ya no pudo hablar, todavía tenía su entero conocimiento, y le recité en alta voz algunas oraciones. Juntó él las manos, y procuró volver la cabeza hacia mí. Por fin, cuando ya sus ojos se volvieron vidriosos é insensibles á la luz, tomé las manos del moribundo, é inclinándome sobre la almohada, le dije al oído: « Voy á daros la última absolución: ¿ estáis conformado á morir? » Y apretéme las manos con las suyas, y se esforzaron sus labios en pronunciar una palabra pero no pudieron articularla; dile la absolución, y murió. (*Univers* 21 de marzo 1855).

Aquí tenéis un rasgo de los más conmovedores de la protección de María, el cual nos muestra la ternura del corazón de nuestra Madre. — Una mujer de Méjico, cuyo marido estaba ausente desde algunos años, se hallaba sumida en los más duros y dolorosos trabajos, pues la habían abandonado todos sus parientes. Desenfrenado contra ella el infierno, parecía querer aprovechar su abandono para tender lazos á su virtud. Por la noche, huía de sus ojos el sueño, y el insomnio no hacía más que acrecer sus penas, y decrecer su energía; se levantaba en medio de las tinieblas, con la esperanza de aliviar su desasosiego con la vista del cielo, de donde aguardaba un socorro que la tierra se obstinaba en negarle. Un día que había oído predicar sobre la ternura de María para con sus hijos, se hincó de rodillas ante una imagen de la Virgen Santísima, y deshaciéndose en lágrimas, exclamó. Virgen santa, tú socorres á los que imploran tu auxilio; acabo de oírlo decir, y creo firmemente que tienes por tus hijos más ternura que por los suyos puede tener madre alguna. Pues bien, yo estoy segura de que si la madre que me dió el ser, me viera en este estado, no me dejaría sin consuelo en tan espantable miseria; luego tengo derecho á esperar de tu maternal corazón asistencia en esta mi desolación. Si tu me abandonas, ¿ qué será de mí? Si tú desechas mis plegarias, ¿ á quién me dirigiré? Ah! buena María, acuérdate que tú eres mi madre, y que yo soy tu hija. — En el mismo momento, una luz suave iluminó su cuarto; le llama una voz, al propio tiempo se siente aliviada. Hija mía, dícele María, yo no te abandonaré nunca. Y el rayo de luz desapareció, no sin dejar tanta alegría en el alma de la pobre mujer, que jamás cesó de repetir, que después de lo que acababa de oír, ya no tenía nada más que desear en la tierra.



## DÍA VIGÉSIMO

CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA PARA  
NUESTRO CULTO

Ella es abogada de los pecadores, es preciso invocarla con confianza.

PUNTO I.º — María es abogada de los pecadores. Ese papel de refugio y abogada de los pecadores de parte de María entró también en la economía de nuestra Redención, y evidentemente fué establecido por la misma misericordia que nos dió un Salvador. En efecto, dice un filósofo cristiano<sup>1</sup>, el Hijo de Dios, único mediador, se interpuso entre la justicia de Dios y la prevaricación del hombre. Esa justicia sola nos hubiera aniquilado, él la satisfizo y dió lugar á la misericordia. Como medio y prenda de ese acuerdo, él obró en sí mismo la unión de Dios y del hombre, para comunicarnos ese principio y aplicarnos su fruto. Pero esa unión de la justicia y de la misericordia, de la divinidad y de la humanidad en Jesucristo es tan estrecha, que lo que nos infunde confianza, nos infunde también temor. En vano, para desvanecer ese

1. A. Nicolas, *Plan divino*.

temor lo más posible, el Hijo de Dios se hizo no sólo hombre, sino el más manso y humilde de los hombres, todavía es objeto de temor, porque ese hombre, por manso que sea, siempre es Dios. No es á un hombre á quien nos dirigimos en Jesucristo, es á Dios mismo, el Verbo, la única persona que hay en él, y que sólo tomó la naturaleza humana. Por lo tanto, con esa misma naturaleza, el Salvador del mundo será juez y terror de éste. El mismo *Hijo del hombre* que apareció en los campos de la Judea lleno de mansedumbre, aparecerá armado con los rayos de la justicia en las nubes del cielo, y es la ira del cordero quien hará secar la tierra. Aun durante su vida mortal, llena de perdón y misericordia, ¡ por cuántas parábolas y figuras no nos hizo presentir la severidad final de sus juicios, y cuántas veces, ejerciéndolos ya, no los fulminó en estos terribles *Væ!* ¡ ay de vosotros! que hacía estallar sobre los profanadores y los soberbios!

Por compasivo que sea para con nuestra flaqueza, el Hijo de Dios deja entre él y nosotros lugar al temor. Temor saludable, sin el cual quedarían sin valor sus misericordias, pero que le pone muchas veces fuera del alcance de nuestra fragilidad, debilitando la confianza que en ellas debemos tener. Nuestra extremada miseria necesitaba misericordia tan grande que, pasado cierto límite, no sólo Dios sin Jesucristo, sino el mismo Jesucristo, siendo Dios,



no podía acaso hacérsela inmediatamente, sin detrimento de su divinidad, de su justicia, del respeto y de ese mismo temor que importaba imprimir en el alma humana, para preservarla de una confianza abusiva, á que ella es no menos propensa que á la desesperación. Era pues necesario reservar á la vez ese respeto y ese temor precioso contra nuestra presunción, y sin embargo hacer que llegara hasta nuestra extremada miseria esa excesiva misericordia. Y eso no podía realizarse más que por una nueva intercesión cuya grandeza, igualando esa abundancia de misericordia, nos permitiera esperar sin presunción, y cuya dulzura sin mezcla nos impulsara á pedirla sin temor. Era pues muy conveniente que, en tan maravillosa economía del cristianismo, en que todo anda muy bien coordinado, y en que nada aparece chocante, otra potencia, sin mezcla alguna de justicia, se constituyese entre Jesucristo y nosotros, cual él se constituyó entre nosotros y Dios; que fuese mediadora nuestra con el gran mediador, para aplacar lo que en él queda de justicia, y desvanecer lo que de temor queda en nosotros.

Ese modo de obrar de la Providencia, tan misericordiosa para con los pecadores, se hace evidente si consideramos la admirable apropiación de María para ese ministerio de mediadora, atendiendo ora á lo que somos nosotros, ora á lo que es su divino Hijo, ora á lo que es

ella. En efecto nosotros nada tenemos que temer de ella, siendo mera criatura, no existiendo en ella divinidad en grado alguno. Y como no tiene divinidad, tampoco tiene justicia que ejecutar; siendo dependiente de Dios cual nosotros, ella es nuestra hermana, y podemos recurrir á ella sin reparo alguno, haciendo en cierto modo con ella el aprendizaje de nuestra confianza en su Hijo. En lo que toca á su Hijo, de él todo puede esperarlo María, porque es la más perfecta y la más elevada de las criaturas, tiene necesaria conexión con Dios, y no está, si así es lícito hablar, menos unida con la humanidad de su Hijo, que esa humanidad lo está con la divinidad. En fin, en lo que toca á ella, es madre, y ¡admirable ventaja! madre de los dos lados: madre de Dios, y madre de los hombres, pudiendo alcanzarlo todo como madre de Dios, queriendo otorgarlo todo como madre de los hombres.

« Para que pudiera socorrernos, dice Bossuet, se requerían dos condiciones: que su grandeza la aproximara á Dios, y que su bondad la aproximara á nosotros. La grandeza, es la mano que alcanza; la bondad, la mano que esparce, y ambas condiciones eran necesarias para establecer perfecta comunicación. Siendo María madre de nuestro Salvador, esa cualidad la eleva muy alto hacia el Padre eterno, y siendo también María nuestra madre, su amor la desciende hasta compadecer nuestra fia-



queza, hasta interesarse por nuestra felicidad. »

PUNTO IIº. — Debéis invocar á María con confianza. ¿ Y quién podría alterar esa confianza? Nada por parte de María, pues acabáis de ver que ella es la potencia que alcanza las gracias, y la bondad que las esparce. Pero quizá encuentra esa confianza un escollo en el pensamiento de vuestro carácter de pecadores. Cuidado con tan peligrosa disposición, y convenceos de que si María fué constituida en abogada nuestra, es más bien por los pecadores que por los justos. Bastante se recomienda á Dios la inocencia por sí misma, y no necesita que nadie la defienda ante su tribunal; pero los pecadores son criminales, y deudores de la divina justicia; y por ellos hay que suplicar é interceder: esa es la incumbencia de María. Oíd cómo la Iglesia le prodiga las palabras más tiernas y más propias para reanimar vuestra confianza. La llama patrona de los pecadores, su apoyo, refugio y esperanza. « Antiguamente llamábase refugio un lugar protector, donde la justicia humana no osaba penetrar, para prender al delincuente que en él había buscado un asilo. Entre los griegos y entre los romanos, esos lugares eran templos, altares ó santuarios. Entre los hebreos, eran ciudades enteras. Desaparecieron esos refugios, habiéndolos destruido los legisladores humanos; pero el Legislador divino no quiso que el pecador quedara sin recurso contra la vara de su justicia, y le brindó

un refugio en el corazón de María<sup>1</sup> ». Esa elección revela toda la extensión de la divina misericordia. Queriendo Dios establecer en la tierra un refugio para los reos de lesa majestad divina, no podía encontrar otra criatura que poseyese en más alto grado las condiciones de bondad é inocencia necesarias para realizar tal designio. Porque ¿ qué es un lugar de refugio? ¿ no es un lugar que pone al abrigo de los peligros que uno quiere evitar? Para un naufrago, el lugar de refugio es el puerto; para un proscrito, la tierra apacible de la hospitalidad; para un alma desconsolada, el alma serena de un amigo cristiano; para un niño el regazo de su madre; y para un pecador, el lugar de refugio es el corazón de aquella que jamás pecó.

Deteneos un momento en esa última reflexión, y admirad con júbilo y estupefacción la inefable misericordia de un Dios por sus ingratos hijos. Los pecadores crucificaron, y aún crucifican al Hijo de María, y es María quien les fué dada como medianera; los pecadores blasfeman y ultrajan á Dios, y es la madre de Dios quien es protectora de ellos y refugio; los pecadores son unos seres manchados, envilecidos por la iniquidad, y es la más pura de las vírgenes quien fué constituida abogada de ellos y amiga. — ¿ Qué cosa más capaz de con-

1. P. Humphry.



fundir la inteligencia y enternecer el corazón!

Pero vamos más lejos, y ved el poco fundamento de vuestra desconfianza en el corazón de vuestra madre: María no sólo ama á los pecadores, sino que abriga por ellos particular ternura; ella les ama tanto más, dice un santo doctor, cuanto que son los pecadores quienes labraron el pedestal de su gloria. En efecto, si no hubiese habido más que justos en la tierra, María hubiera seguido siendo la hija ignorada de David, la hija de Joaquín y Ana; no hubiera gozado ninguno de los títulos que hacen su gloria: *Hija del Altísimo, Madre de Dios, Esposa del Espíritu Santo*. No tendría la prerrogativa tan gloriosa de ser inmaculada, Reina de los Ángeles y de los hombres. Considerad en efecto que, si no hubiese habido pecadores, el mundo no hubiera necesitado Salvador; el Hijo de Dios no se hubiera hecho hombre, y María no fuera la madre de Dios. Luego es por los pecadores y á causa de ellos, por quienes se cumplieron los grandes misterios de la Encarnación y de la Redención. Es por ellos por quienes se hicieron los prodigios de la misericordia divina, y por consecuencia rigurosa, á los pecadores debe María tantas grandezas, y por eso tanta ternura suya por ellos. Por supuesto, ama á los justos, ¿cómo no los amara siendo amigos de su Hijo? Pero, así como vemos que una madre reduplica sus cuidados y solicitud por aquel de sus hijos que se

halla sumido en la desgracia, así María siente que se despierta con más ardor su ternura de madre por los hijos que el pecado arrastra hacia el abismo.

¡ Oh María, madre y abogada de los pecadores! aquí tienes uno de tus hijos que implora tu auxilio y protección. ¡ Cuán pobre es, cuánto necesita la asistencia divina! Logra pues con abundancia los tesoros de la celestial misericordia, para derramar sobre él las copiosas gracias que reclama su flaqueza. Amén.

#### EJERCICIO

Por muchas que sean nuestras culpas, no desesperemos jamás de la misericordia divina. Si no nos atrevemos á dirigirnos á Dios por ser tanta nuestra ingratitud, recurramos á aquella que es el Refugio de los pecadores.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

El señor D... antiguo marino, era un hombre franco y leal, pero esa era toda su religión. Se horrorizaba de los sacerdotes, no había recibido más que el primer sacramento, y el matrimonio sin confesión. Tenía unos cincuenta años. Enfermo ya desde mucho tiempo, empeoró su estado á principios del año 1834, se vió obligado á guardar cama, y luego le desahuciaron los médicos. Su hija, educada en un colegio de París, había cumplido hacía unos meses con la primera comunión, pensando



mucho en su padre, que ya andaba contaminado de la enfermedad del pecho, que le arrebaló. Lloraba con frecuencia al preguntarle la causa de su pesadumbre, y contestaba: « *Papá está muy enfermo, y se morirá sin sacramentos.* » El día de su primera comunión no pidió, digámoslo así, más que una gracia, *la conversión de su padre*, habiéndosele unido sus compañeras para lograr del cielo tan deseada gracia. Ocho meses más siguieron con la misma súplica las piadosas niñas.

Pero sólo á la última hora quiso Dios convencer al bendito predestinado, y María, refugio de los pecadores, para él fué el canal de la gracia. Probó escribirle una religiosa parienta suya, y aunque no tocó á la gran cuestión; el señor D... sospechando que la tal carta pudiera servir de preámbulo para algo más serio, la arrojó diciendo: « Mi prima quiere que yo me confiese y comulgue, pero no tengo fe en esas formalidades; son invenciones de los sacerdotes; además, yo no soy asesino ni ladrón; soy honrado gracias á Dios, y estoy lleno de confianza en la misericordia divina. » Sor B\*\*\*, que había sido enviada por su parienta, le contestó que si consentía en oír á un sacerdote, sabría éste probarle que no basta ser honrado para salvarse. — Sobre todo, replicó el enfermo, no me traigáis aquí esa gente, no quiero ni aun verlos.

Sor B\*\*\* visitaba cada dos días al enfermo sin más éxito; era pues evidente que sólo á Dios había que recurrir. Se emprendió una novena de *Acórdados*, y remilieron al enfermo la medalla milagrosa, suplicándole que la llevara por espacio de quince días, y por ese medio, añadió su prima, sería un recuerdo que ella conservaría muy guslosa. — Vaya, dijo el marino, á mí no se me viene con esas mañas, pero por fin, será cual si pusiera una pieza de dos cuartos en el bolsillo, y para hacer ver que yo no soy un hombre de prevenciones, venga la

medalla, y me la colgaré al cuello. Fué tan rápido lo que produjo la poderosa intercesión de la Madre de misericordia, que desde el día siguiente ya el enfermo cambió de lenguaje y de sentimientos. — Yo no sé, dijo, pero no me disgustaría que me trajerais un sacerdote, me parece que le vería con placer. Vino el señor cura y empezó á conversar con él sobre los puntos de religión que le embargaban, los misterios, el escándalo que dan los malos cristianos, etc. y le satisfizo enteramente. — Estoy muy satisfecho, dijo á sor B\*\*\*, que vino á verle; me dijo el señor cura que tampoco él entiende los misterios, y que no hay obligación de entenderlos para salvarnos. ¡ Ah! ; cómo siento, añadió, no haber conocido antes la religión! yo la tenía por un monstruo, y ahora veo que no ofrece más que consuelos.

Lo que había de bueno en esa conversión, es que el enfermo, cual todos los tísicos, no pensaba estar tan cerca del término, y contaba con un próximo restablecimiento. — Estoy dispuesto, decía, á hacer cuanto prescribe la religión. Di á conocer al padre cura toda mi vida, pero eso no basta. — Y efectivamente aún no se había confesado; pero Dios permitió unos días después que tuviera una crisis muy violenta, y hubo temor de que falleciera. Acudió el cura con toda prisa, le confesó y le dió la absolución. Señor cura, dijo luego el enfermo, si tiene usted algunos momentos de sobra, venga á pasarlos con este pobre pecador. Al día siguiente le trajeron los óleos santos y el santo Viático, que también fué su primera comunión. En el intervalo, hizo que su hija, una niña de doce años, le ayudara á recitar los actos. Al ver que preparaban la credencia donde debía descansar el Santísimo, « que traigan, dijo, la Virgen de mi hija y pónganla acá, » como debía á María tanta felicidad, quiso que presenciara la ceremonia. Además, como tantas veces había discu-



tido sobre materias de religión con una parienta suya, señora muy cristiana, quiso, para reparar el escándalo que pudiera causarle, que fuese testigo de su sincera conversión, y la mandó llamar el día en que fué administrado. Estuvo profundamente recogido hasta la llegada del sacerdote, y después de la breve exhortación que éste le dirigió, él mismo presentó las manos para la unción, tan respetuoso y penetrado, que ninguno de los circunstantes pudo contener las lágrimas, y luego recibió el Viático.

Al retirarse el señor cura y sor B\*\*\*. — No sé, dijo al primero, como expresar la dicha que experimento, y mi agradecimiento por tantos cuidados de ustedes. — Y el padre cura declaró que desde que ejercía el santo ministerio, jamás había sido testigo de tan sincera conversión en el lecho de muerte, y que nunca había recibido tanto consuelo al administrar los últimos sacramentos.

*María es todopoderosa en el corazón de su divino Hijo.* — Coriolano, joven y bizarro capitán romano, irritado por la ingratitude de su patria, abandonó el servicio, y fué á ofrecer á otra parte su valor y su espada. Habiéndose hecho enemigo de Roma, jura su pérdida, y marcha contra ella al frente de un ejército poderoso, esparciendo á su paso el aislamiento y la muerte. Con tal noticia, se extiende la consternación en la ciudad; acuden á los templos, invocan el socorro del cielo, y nada detiene al intrépido vencedor. Mándanle una diputación de los senadores para implorar la paz, queda él inflexible. Envíanle con gran pompa los pontífices y sacerdotes, vestidos con los ornamentos sagrados, y llevando en las manos las estatuas de los dioses patrios, con la esperanza de que se aplacaría su ira al ver lo que más respetable hay en todos los pue-

blos, pero él sigue inexorable, Juró vengarse, y sabrá cumplir el juramento. En tal extremo, no encuentran otro recurso que mandarle á Veturia su madre, acompañada de las matronas más nobles de Roma. Apenas la columbró Coriolano, cuando atravesando la multitud, se precipita para abrazarla. Pero le detiene su madre diciendo. Antes de recibir tus abrazos, quiero saber si beso á un hijo agradecido, ó á un ingrato. ¿ Soy yo tu madre ó cautiva tuya? ; Ah! hijo mío, conque no se dilató mi vida más que para verte ir al destierro, y volver enemigo! ; Cómo tuviste la crueldad de asolar la tierra donde viste la luz? ; Cómo no se desvaneció tu encono á la vista del suelo natal? ; Cómo, volviendo los ojos hacia Roma, no dijiste: ahí se encierra lo que de más precioso tengo, una madre que me ama, una esposa querida, y niños de quienes soy el padre. ; Desgraciada de mí! con que si tengo un hijo, ; es para que sea la ruina de su patria! Desventurada ciudad, yo no fui fecunda más que por tu desdicha, y si yo no fuese madre, tú serías libre. ; Ah! hijo, la única gracia que te pido es que nos libres de tantos males, ; te atreverás á negarla á tu madre? Á tales palabras, se enternece el romano, y regando las lágrimas su mejillas, se echa en los brazos de su madre diciendo: Madre mía, tú venciste, y Roma será libre.... Así María defiende nuestra causa ante su Hijo; con sus ruegos Jesús perdona, y sus manos dejan caer los rayos que estaba para arrojar sobre nosotros.

*La Virgen de las flores.* — La señora de \* iba de Francia á Milán. Una noche, en la vertiente de los Alpes, sucedió á su coche un percance que la obligó á buscar un refugio en aquellos parajes casi inhabitados. « Mi criado, oriundo de aquellos



valles, cuenta ella en el relato de su viaje, me aseguró que al cabo de un senda que se extendía derecha á lo largo de un bosque de castaños, se hallaba una aldea de leñadores. Seguí la senda, y estaba hermosa la noche, aunque sin luna, ¡son tan relucientes en Italia las estrellas! Este paseo nocturno me dejó muy agradable recuerdo; andábamos hacia ya una hora, cuando á la vuelta del bosque, divisamos una luz. Llegábamos á la aldea de los leñadores, pobre aldea de unas treinta ó cuarenta cabañas, esparcidas en medio de una encrucijada de leña seca y haces espinosos. Golpeamos con una piedra á la puerta de la cabaña; serían las dos, y no esperaba que se abriera la puerta hospitalaria antes de largo rato; al segundo golpe, se levantó el picaporte, y entramos en una gran pieza sombría á la entrada, alumbrada en el fondo por sinnúmero de velitas de varios colores, y colocadas simétricamente como en un altar. La mujer joven que nos abrió la puerta se volvió á poner de rodillas ante las luces y el altarcito, y siguió rezando las oraciones que habíamos interrumpido. Cruzamos nosotros la gran pieza, llena del perfume de las flores, del olor vegetal del sarmiento quemado, de la retama verde, y de todas las plantas aromáticas que las gentes del valle de Ossale cuelgan en los maderos de sus cabañas, para que se sequen, antes de llevarlas á las boticas de Milán y Ginebra. Cuando la joven mujer concluyó una parte de su fervorosa oración, se levantó para saludarnos, y nos dijo en voz baja y llorosa, enseñándonos una cuna donde yacía una niña: « esa es mi niña que está para morir esta noche. Ha dicho el médico que para salvarla, no hay más que una planta que se ería á cuatro leguas de aquí en lo alto de un monte, y el bueno de mi marido fué á buscarla; pero ya no la necesitará la niña cuando vuelva Bartolomé; ¿ cómo podrá hacer en un instante

ocho leguas ida y vuelta?; Camina tan de prisa la muerte! Vea usted, añadió la pobre madre, besando á su hija en la frente, en los pies y en las pálidas manitas, vea usted si la pobrecita puede vivir ni aún un cuarto de hora más. ¡ Ocho leguas!

Pero ¿ por qué, — dije á la pobre madre, — guardáis tantas flores cerca de la cuna de esa niña, en ese altar, y en las manos de la virgen? Ese olor puede serle pernicioso y acaso mortal. — ¡ Ca! contestó. Mi hija se llama *Rosina*; su santa patrona es N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Flores, la *nostra signora dei fiori*, muy venerada en Milán, donde tiene su iglesia; y ahora le estaba haciendo una plegaria de desesperación y resignación por mi hija Rosina, ¡ mi Rosina, la hija de mi alma! Yo no sé si me atenderá N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Flores, porque esa niña está muy mala y yo no lo merezco; pero confieso, con todo, que más confianza tengo en mi oración para salvar á mi hija, que en esas plantas que tan lejos y tan en balde fué á buscar mi marido.... Ustedes se perdieron en el camino, ya lo veo; en mal momento vienen; pero ahí tienen con que refrescar, y también hay pan y leche fría; y usted, señora, disponga de esa cama, porque yo no me acostaré, y me pasaré la noche rezando á la Virgen. » — Me puse también yo á invocar con ella á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Flores, aunque, lo confieso, sin la confianza de tan conmovedor ejemplo. Estaba yo enternecida, pero ella muy confiada si no en la salvación de la niña, al menos en el poder de la augusta intercesión á quien solicitaba. Así estuvimos rezando una hora, cuando bruscamente se abrió la puerta, y entró un hombre sudando y jadeando; era el padre de la niña, y sin reparar en nosotros, ni en su mujer absorbía en el rezo, fué y zabulló en el agua que hervía en la chimenea, la saludable y portentosa planta que indicó el doctor en el momento de la crisis de la niña, y que sin más dilación había ido



él á coger tan lejos y tan alto. Diez minutos después, Bartolomé dió á beber la decocción á la agonizante niña ; y se sentó al lado de la cuna con las manos abiertas sobre las rodillas, clavando en la livida cara de la enfermita sus ojos solícitos y azorados, como para atisbar el efecto que producirá la poción. Hasta el amanecer, la niña no se movió, cual si hubiera sido de cera ; pero á los primeros rayos del sol, se agitó, se incorporó y balbuceó el nombre de su madre. « ¡ Sanó ! ¡ ya la salvaste, santa Virgen de las flores ! exclamó la madre, con los brazos abiertos, la cabeza inclinada, y mirando á la Virgen con humedecidos ojos, ¡ tú la salvaste ! Quien la salvó es esto, dijo el padre tomando á la niña en sus brazos, y dándole otra vez tisana. — Pide perdón á Dios par esa blasfemia, decía entre risa y llanto la mujer del leñador, besando á Rosinita ; ¡ gran Dios ! ¡ grande y santa Virgen ! — ¡ Famosa planta, yo creo en tu virtud ! ¡ gran médico ! repetía Bartolomé. — Bendita seas, Virgen de las flores. » Sobrevino en esto el doctor, y se informó de la niña. « Sí, confirmó, está á salvo ; ya pasó el peligro. Por supuesto, le dieron ustedes de beber la tisana que ordené. — Sí, señor doctor, contestó el leñador. Veamos, volvió otra vez el médico, á ver si la hicieron ustedes demasiado cargada, porque se me olvidó precisar la dosis. ¿ Qué es ésto ? exclamo al ver las hojas que nadaban en un resto de agua tibia ; ¡ Jesús ! ¡ qué disparate ! le dieron ustedes tisana de gordolobo, y esa tisana ó nada es absolutamente lo mismo. » Se inmutó el leñador, quedó avergonzado el doctor ; pero la madre exclamó con nuevo fervor : ¡ Santa María de las Flores ! sólo tú salvaste á mi niña Rosina (Extracto del *Journal des divins offices*).

## DÍA VEINTIUNO

## CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA Á NUESTRO CULTO

María es nuestra reina, luego debemos honrarla.

PUNTO I.º — María es reina. Á ella celebraba David, al exclamar con espíritu profético : « ¡ oh rey mío ! yo veo á tu derecha una reina con vestidos de oro, y exornada con maravillosa variedad ; vendrán las hijas de Tiro á ofrecerle dádivas, y los grandes de la tierra implorarán sus miradas. Toda la gloria de la hija del rey viene de su corazón ; resplandecen sus vestidos de oro y bordadura. Muchas son las vírgenes que merecieron presentarse ante tu trono, pero todas vienen después de ella <sup>1</sup> ». Esas palabras os dicen bastante claro que María es reina, y que debe su realeza á la preeminencia de sus virtudes. « Leemos en los libros santos que la reina Ester andaba deliciosamente apoyada en una de sus doncellas, viniendo tras ella otra que sostenía sus vestidos para que no arrastraran por tierra. San Anselmo ve en esa

1. SXVI.



él á coger tan lejos y tan alto. Diez minutos después, Bartolomé dió á beber la decocción á la agonizante niña ; y se sentó al lado de la cuna con las manos abiertas sobre las rodillas, clavando en la livida cara de la enfermita sus ojos solícitos y azorados, como para atisbar el efecto que producirá la poción. Hasta el amanecer, la niña no se movió, cual si hubiera sido de cera ; pero á los primeros rayos del sol, se agitó, se incorporó y balbuceó el nombre de su madre. « ¡ Sanó ! ¡ ya la salvaste, santa Virgen de las flores ! exclamó la madre, con los brazos abiertos, la cabeza inclinada, y mirando á la Virgen con humedecidos ojos, ¡ tú la salvaste ! Quien la salvó es esto, dijo el padre tomando á la niña en sus brazos, y dándole otra vez tisana. — Pide perdón á Dios par esa blasfemia, decía entre risa y llanto la mujer del leñador, besando á Rosinita ; ¡ gran Dios ! ¡ grande y santa Virgen ! — ¡ Famosa planta, yo creo en tu virtud ! ¡ gran médico ! repetía Bartolomé. — Bendita seas, Virgen de las flores. » Sobrevino en esto el doctor, y se informó de la niña. « Sí, confirmó, está á salvo ; ya pasó el peligro. Por supuesto, le dieron ustedes de beber la tisana que ordené. — Sí, señor doctor, contestó el leñador. Veamos, volvió otra vez el médico, á ver si la hicieron ustedes demasiado cargada, porque se me olvidó precisar la dosis. ¿ Qué es ésto ? exclamo al ver las hojas que nadaban en un resto de agua tibia ; ¡ Jesús ! ¡ qué disparate ! le dieron ustedes tisana de gordolobo, y esa tisana ó nada es absolutamente lo mismo. » Se inmutó el leñador, quedó avergonzado el doctor ; pero la madre exclamó con nuevo fervor : ¡ Santa María de las Flores ! sólo tú salvaste á mi niña Rosina (Extracto del *Journal des divins offices*).

## DÍA VEINTIUNO

## CONSIDERACIONES SOBRE LOS TÍTULOS DE MARÍA Á NUESTRO CULTO

María es nuestra reina, luego debemos honrarla.

PUNTO I.º — María es reina. Á ella celebraba David, al exclamar con espíritu profético : « ¡ oh rey mío ! yo veo á tu derecha una reina con vestidos de oro, y exornada con maravillosa variedad ; vendrán las hijas de Tiro á ofrecerle dádivas, y los grandes de la tierra implorarán sus miradas. Toda la gloria de la hija del rey viene de su corazón ; resplandecen sus vestidos de oro y bordadura. Muchas son las vírgenes que merecieron presentarse ante tu trono, pero todas vienen después de ella <sup>1</sup> ». Esas palabras os dicen bastante claro que María es reina, y que debe su realeza á la preeminencia de sus virtudes. « Leemos en los libros santos que la reina Ester andaba deliciosamente apoyada en una de sus doncellas, viniendo tras ella otra que sostenía sus vestidos para que no arrastraran por tierra. San Anselmo ve en esa

1. SXVI.



circunstancia la figura de la reina de los cielos y nos da á entender, por la soberanía de Ester, la soberanía de María. Esas dos doncellas, en su relación con María, nos representan la naturaleza angélica, y la naturaleza humana. La naturaleza humana es esa doncella que sigue en este mundo los pasos de María su soberana, la sigue sosteniendo sus vestidos, ésto es, recogiendo sus virtudes y ejemplos. Pero la inteligencia angélica es la otra doncella en quien se apoya deliciosamente, y eso nos manifiesta toda la armonía de las relaciones que la unen con los ángeles; ella se une con sus cánticos de inmortales júbilos; participa en las puras fruiciones que los inundan; siendo llena de gracia se comunica á ellos con superabundancia, y todopoderosa con Dios, extiende sobre ellos su imperio, en que todo es dulzura»<sup>1</sup>.

La Iglesia se goza en saludarla con el título de reina: *Salve regina*. ¿Y quién más que ella mereció tan magnífico título? Ella es reina del cielo: *Ave regina cælorum*. La maternidad divina la coloca más arriba que todas las jerarquías celestiales. ¿No es cierto que la gloria de un hijo redonda necesariamente en la madre? Pues María es madre de Dios, se halla colocada más arriba que los coros de los bienaventurados, más arriba que los mismos serafines, pues es la primera al lado de Dios. María

2. Ab. Perdriau, 6.

es reina de los ángeles: *Regina angelorum*; es tan pura como ellos, y con más mérito. En efecto los ángeles son puros por necesidad de su condición; María conservó una pureza inalterable por elección libre de su voluntad. Salúdanla las vírgenes como á su reina: *Regina virginum*, y es por cierto el más perfecto dechado de ellas; con sus auspicios guarda el corazón joven su inocencia, y también vosotras conservaréis la vuestra por ella. Alistaos pues gozadas bajo sus banderas, llevando su librea, y reconociéndola por señora y reina vuestra. María es reina de los mártires: *Regina martyrum*; ella sufrió más que todos ellos; ellos dieron su vida, ella dió á su hijo. Celebrábase delante de una madre el valor de Abraham por hacer generoso á Dios el sacrificio de su hijo, respondió aquella: Jamás de una madre exigiera Dios ese sacrificio. Pues se equivocaba, Dios lo exigió de María, y ella consintió por amor vuestro.

PUNTO IIº. — Debéis honrar á María. Ese deber resulta de su título de reina. Y ¿qué culto debéis tributarle? un culto superior al que tributáis á los santos, pero inferior al que tributáis á Dios. Honráis á María cual á una madre amada, cual se ruega á un protector todopoderoso, cual conviene honrar á la criatura que Dios colmó con sus favores y gracias; pero debéis adorar á Dios cual Ser supremo de quien nos viene todo.



Debe ser también el culto que rendís á María inferior al que rendís á su divino Hijo, siendo Jesucristo el verdadero mediador por mérito, y siendo María medianera por intercesión ; Jesucristo es todopoderoso para salvaros por el poder que tiene de su naturaleza d'ivina ; María es todopoderosa para salvaros, pero con sus ruegos : ella es, dice un Padre, omnipotencia suplicante, *omnipotentia supplex*. Por eso, cuando rogáis á Jesucristo, le suplicáis que os conceda gracias de las cuales es fuente él mismo ; y cuando invocáis á María, al contrario, le rogáis que las solicite por vosotros.

Luego al tributar á la Virgen bendita un culto particular, no es una rival que igualamos á Dios en nuestros homenajes, siendo siempre Dios el único objeto de nuestra adoración. Tampoco es una rival que oponemos á Jesucristo, pues no confundimos la mediación todopoderosa del Hijo con la mediación suplicante de la Madre, y lejos de serle injuriosa, nuestra piedad para con María, no puede serle sino grata, pues honramos y amamos á aquella que tanto él honró y amó en su vida.

En fin, haciéndolo así, no hacemos más que loque hicieron los santos : ¿ quién no sabe que un san Agustín, un santo Domingo, un santo Tomás de Aquino, un san Anselmo, un san Alfonso de Ligurio é infinidad de otros santos tuvieron particular devoción á la incomparable Madre de Dios ? Después de tales ejemplos,

¿ podríamos negar á la reina de los ángeles y de los hombres el culto y homenajes que le son debidos ? ; No ! ; mil veces no ; María es reina del cielo ; traedle, ángeles, la diadema de estrellas. María es reina de la tierra ; pobres desterrados, trencémosle coronas de flores ; alborocémonos con júbilo y esperanza, su imperio es la felicidad, y su cetro, un cetro de amor.

PUNTO IIIº. — Medios de honrar á María :

1º Honraréis á vuestra reina cantando sus alabanzas. ¿ Qué mejor uso pudierais hacer de la palabra, que emplearla en cantar cánticos en honor de la más amable de las criaturas ? ; Os gozáis en cantar las alabanzas de María ? ; No os deleitan más bien los cantares profanos é insípidos ? ; Cuántas jóvenes se avergonzaran, si tuvieran que contestar !

2º Honraréis á María llevando su librea : hubo reyes que tuvieron á honra el ser sus esclavos. San Luis depositaba todas las mañanas una pieza de moneda en el altar de María, para reconocer que ella era su señora y soberana. ¿ Qué dulce esclavitud la de una madre ! Alisaoos pues al servicio de María, llevad la medalla milagrosa, y más bien el santo escapulario, y adquiriréis así nuevos derechos á su protección. ®

3º Honraréis á María contribuyendo al adorno de sus altares. Sois acaso ricos, y andáis con el bolsillo provisto para satisfacer vuestros



caprichos. Pisáis opulentas alfombras y lleváis ricos vestidos, brazaletes de oro, anillos de lo mismo con brillantes, y los altares de la Reina del cielo quedan desmantelados; ni hay en ellos flores, ni ornatos, ni bordaduras en los días de festividad. Pero si no sabéis dar á Dios el óbolo de la piedad, dadle siquiera el trabajo de vuestras manos en las prolongadas horas que estáis perdiendo, y que tan útilmente pudierais emplear en adornar el altar de la Madre vuestra. María Leczinska de Polonia, esposa de Luis XV, trabajaba con sus reales manos para exornar los altares de María; y quiso que su cuerpo descansase después de su muerte bajo los auspicios de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Buen Socorro, al lado de su augusto padre Estanislao, príncipe abiertamente devoto de la Virgen Santísima.

4<sup>o</sup> Honraréis á la Virgen imponiéndoo alguna práctica ó leve sacrificio por amor suyo. Santa Isabel de Hungría, siendo niña, conservaba lo que le daban para sus gustos, y lo remitía á los pobres, pidiéndoles en cambio que rezaran por ella el Avemaría. San Bernardino de Sena acostumbraba desde niño ir á saludar todas la mañanas una imagen de la Virgen, que estaba sobre uno de los portales de la ciudad, y allí de rodillas se consagraba á su servicio. Una princesa de Saboya recitaba todos los años, el día de santa Úrsula, y de sus once mil compañeras, once mil Avemarias, ofreciéndolas á la Virgen por manos de esas once mil vírgenes,

amándola con once mil corazones, alabándola con once mil bocas, y diciendo luego: Soberana mía, ¡cuán mal os sirvo, y qué avergonzada estoy de lo poco que hago por vos! Un religioso de santo Domingo ayunaba á pan y agua la cuaresma de la Asunción, y decía: Esa es mi delicia, pues lo hago por amor de mi buena Señora. Santa Teresa se había consagrado desde su niñez al amor de la santísima Virgen. Su ternura por su divina madre le inspiraba mil industrias para honrarla. Así podáis vosotros imitar esos ejemplos, multiplicando testimonios de amor por María, y merecer de su parte preciosas y abundantes gracias.

¡Oh Virgen mil veces bendita! desde lo alto del cielo donde reinas soberana, vuelve hacia mí tus ojos de misericordia. ¡Ay de mí! el pecado me hizo esclavo del demonio. Virgen poderosa, que quebrantaste la cabeza de la infernal serpiente, quebranta mis pasiones, rompe las cadenas de mis vicios, y sé mi única señora y soberana. Amén.

## EJERCICIO

María es reina, tengamos pues á gloria el pertenecerle, el militar bajo su bandera, y llevar su librea. ¡Qué crimen si nos avergonzáramos de nuestra madre!



## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Leemos en la vida del P. Beauveau, religioso de la compañía de Jesús, y antes marqués de Novían, que debió su conversión y vocación al estado eclesiástico á una victoria que ganó sobre sí mismo, para honrar á la Reina de los cielos.

En el año 1649, estando las tropas alemanas en la Lorena, unos soldados alojados en Novían, después de beber con demasia, se pusieron á jugar; uno de ellos, que había perdido, se levantó de repente enfurecido, y divisando una imagen de la Virgen pegada en la pared, se volvió contra ella, cual si hubiera sido causa de que él perdiera, y le dió de puñetazos acompañados de no pocas blasfemias. No bien hubo perpetrado tan mala acción, cuando cayó al suelo con un temblor en todo el cuerpo, y con dolores tan violentos y continuos, que por espacio de cuatro días no fué posible que tomara el más leve alimento. Al ponerse en marcha las tropas, amarraron al infeliz encima de un caballo, para que siguiese á los demás; supose después que á fuerza de atormentarse, se cayó de su cabalgadura, y murió en el camino mordiendo la tierra y espumando de rabia. En Novían no cesaban de hablar con asombro del castigo ejemplar de aquel impío, hasta que, dos años después, á instigación de un misionero, resolvieron reparar solemnemente el sacrilegio; por lo que el cura de la parroquia, el capellán del castillo, algunos misioneros y sacerdotes del pueblo fueron en sobrepelliz de la iglesia á la casa donde se había consumado la profanación; pero al llegar la procesión, nadie se presentó para llevar la imagen de la Virgen, aunque el cura hiciera señal á varios para que cumplieran esta obra. Indignado M. de Beauveau por tanta indiferencia para el servicio de la Reina de los cielos,

se sintió impulsado interiormente á tomar él mismo la imagen, y aunque le arredraba el espíritu de vanidad y el temor de parecer simple á los ojos del mundo, lo tomó y la llevó con respeto hasta la capilla del castillo, donde fué honrosamente colocada por la autoridad del obispo. La Virgen Santísima, añade el historiador, testigo ocular del hecho, no tardó en premiar ese acto de piedad, y á ese triunfo en su honor sobre el respeto humano siguieron, cual lo confiesa el mismo marqués, tan abundantes y extraordinarias gracias, tan vivas inspiraciones de vivir más conforme con el espíritu del cristianismo, que él mismo estaba pasmado, y aún alguna vez afligido, temiendo, decía él, que todo ello le llevara demasiado lejos. En fin, se convirtió, se hizo religioso, y murió santamente.

*El presidiario.* — Un fraile, que acababa de llenar las funciones de su santo ministerio entre los presidiarios de La Rochelle, Brest y Tolón, predicaba un día en un convento de París y relató el hecho siguiente: « Hay un hombre cuyo recuerdo se me esculpió en el alma de un modo indeleble, un hombre que yo coloco más arriba que todos los religiosos y religiosas, un santo á quien yo venero; y ese hombre, ese santo es un presidiario. Vino un día al confesonario, y después de confesarse, le dirigí algunas preguntas. Eso hacía yo á menudo con todos aquellos desventurados, mas esta vez me movía un motivo particular, pues me había llamado la atención una gran calma en las facciones de aquel hombre. « ¿ Qué edad tenéis? le pregunté — Cuarenta y cinco años, padre. — ¿ Cuánto tiempo hace que estáis aquí? — Diez años. — ¿ Y tenéis que estar aquí aún mucho tiempo? — Toda mi vida, padre. — ¿ Por qué causa fuisteis sentenciado? — Por crimen de incendio. — Sin duda, pobrecito,



sentís mucho haber cometido tal fechoría. — Padre, mucho ofendí á Dios, pero esa fechoría, no la comelí; y con todo fuí condenado justamente, pero es Dios quien me condenó. » Esa contestación aguijó mi curiosidad. ¿ Y qué queréis decir con eso? Repuso él: Yo ofendí mucho á Dios fuí muy culpable, pero no ante la sociedad. Después de extravió sin cuento, Dios me tocó en el corazón, y resolví convertirme, y reparar lo pasado; pero después de mi conversión quedóme un desasosiego, un peso enorme en el corazón. Tanto había ofendido á Dios, que no podía creer que él todo la hubiera olvidado. Además, nada me parecía capaz de satisfacer por las innumerables iniquidades de mi juventud, y sentía un inmenso anhelo de reparación. En esto, estalló un incendio cerca de mi casa, cuyas sospechas cayeron sobre mí, me pusieron preso, y me encausaron. Durante el procedimiento estuve más sosegado que lo había estado jamás; muy bien preveía que me condenarían, pero á todo estaba pronto. Por fin llegó el día en que debía pronunciarse la sentencia, salióse el tribunal para deliberar sobre mi suerte, y en aquel momento, parecióme oír una voz interior que me decía: Si te condeno, me encargo también de hacerte feliz y darte la paz; y al instante, sentí efectivamente una paz deliciosa. Vuelve el tribunal con la sentencia, la cual me declaraba convencido del crimen de incendio con circunstancias atenuantes, y fuí condenado á presidio perpetuo. Tuve que contenerme por no verter lágrimas, que se hubieran atribuido á muy diferente motivo del verdadero. Lleváronme otra vez al calabozo; y allí hincándome de rodillas en la paja que me servía de lecho, me puse á derramar un torrente de lágrimas, pero tan dulces, que el hombre más voluptuoso se tendría por feliz de poder comprar, á costa de todos sus goces, la dicha de derramarlas. Una paz inefable

inundaba mi alma, y no me dejó en todo el camino viniendo al presidio, ni me abandonó hasta hoy. Desde entonces, procuro llenar todos mis deberes y obedecer á todos. En todos cuantos me mandan, yo no veo ni comisario, ni ayudantes, ni jefes de chusma, no veo más que á Dios. Rezo por todas partes, en los trabajos, al lado de los remos; siempre esloy rezando, y tan rápido pasa el tiempo, que apenas lo siento; fluyen las horas como minutos, los días como horas, los meses como días, y cual meses los años. Nadie me conoce, y todos me tienen por sentenciado justamente, y esa es la verdad. Tampoco vos me conoceréis, padre, pues no os diré ni mi nombre, ni mi número; rogad por mí no más, eso os suplico, para que yo haga la voluntad de Dios hasta el fin. » — ¡ Qué admirables sentimientos! si todos aceptáramos así las penas de la vida por satisfacer á la justicia de Dios, ¡ cuánto tesoro recogeríamos para la eternidad, y qué consuelo gozáramos en los trabajos inseparables de la existencia, aún la más favorecida!

*El respeto humano vencido.* — Hallábase un capitán en una comida oficial donde asistían los oficiales de su regimiento. Al servir el café, se hizo general la conversación, tratándose de asuntos que acostumbra los ociosos, la religión, la autoridad. « ¿ Saben ustedes, dijo un joven teniente recién salido de Saint-Cyr, que nuestro coronel es devoto? Le vi comulgar el jueves santo; ¡ qué lástima! ¡ tan agradable como es, y tan bien como manda! — Me parece, contestó un capitán, que no discurrís bien en este momento; porque si el coronel tiene las cualidades que le reconocéis, las debe á la fe; y en vez de decir; ¡ Qué lástima que sea devoto! debería decirse: ¡ Qué dicha que lo sea! Lo que es yo, confieso que quisiera tener valor para imitarle, y si



ello hiciéramos todos, no por eso valdríamos menos. — ¡ Toma! ; acaso el capitán va á hacerse capuchino! eso quisiera ver yo. — No digo que no lo veáis. — Acaso lleváis ya la medalla. — Cabalmente, y ningún daño me acarrea. » La Virgen santa recompensó tan valerosa franqueza; pues unos días más tarde, se confesó el capitán y comulgó.

Pasando un día delante de una cruz que había en un paseo, se hincó de rodillas y se puso á rezar, lo que dió pábulo á unas jóvenes que le vieron á que se rieran y mofaran. Algunos años después, llevado por la gracia, el capitán se hizo sacerdote, y partió para las misiones extranjeras; seis años más tarde, volvió á Francia, se paró en Lyon y celebró en un convento inmediato á su alojamiento. Mientras decía misa, una joven religiosa no cesaba de mirarle; era fácil de reconocer, pues llevaba en la frente un sablazo que le había merecido el sobrenombre de acuchillado. « Pero señor, repetía en sí misma, ése es aquel capitán, aquel militar que ha seis años estaba rezando al pie de aquella cruz. » Después de la misa, fué y contó el caso á la madre priora, la cual la manda á llevar el desayuno al misionero. Cayó de rodillas al verle, con no pocas lágrimas. « Pero, hija, le dijo él, ¿ qué tienes, y por qué lloras? » Y entonces le contó ella como que era una de las cuatro bobas que se habían burlado de él al verle de rodillas al pie de la cruz. « Y sin embargo, padre, creeréis que justo desde aquel momento me vino el pensamiento de hacerme religiosa. — Es que yo rogué por vosotras, contestó el sacerdote, y Dios me oyó, y ahora tengo gran dicha en bendeciros. »

## DÍA VEINTE Y DOS

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CUALIDADES DE NUESTRA  
CONFIANZA EN LA SANTÍSIMA VIRGEN <sup>1</sup>.

Nuestra confianza en la Virgen Santísima ha de ser filial, constante é ilustrada.

PUNTO 1.º — Vuestra confianza en María ha de ser filial. María no es para vosotros una protectora cualquiera, ni tampoco vosotros sois unos extraños para ella. Sois sus hijos, y cuando la invocáis, os dirigís á una madre; luego debéis tener en María confianza del corazón, confianza de abandono filial. Cuando contáis con las finezas del mundo, y aún con el afecto de un amigo, esa confianza puede admitir duda; ¡ Ay! ; dónde está el corazón humano en quien pueda uno fiarse sin aprensión alguna? Pero María es vuestra madre, y la menor duda ó recelo fuera injurioso para ella; ¿ Hay cosa que más mortifique el corazón de una madre que la deconfianza de parte de su hijo? ®

El espíritu de la Iglesia, la práctica de los fieles, el ejemplo de los personajes más santos autoriza y reclama esa confianza filial en la

1. Sacadas de l'*Annuaire de Marie*.



ello hiciéramos todos, no por eso valdríamos menos. — ¡ Toma! ; acaso el capitán va á hacerse capuchino! eso quisiera ver yo. — No digo que no lo veáis. — Acaso lleváis ya la medalla. — Cabalmente, y ningún daño me acarrea. » La Virgen santa recompensó tan valerosa franqueza; pues unos días más tarde, se confesó el capitán y comulgó.

Pasando un día delante de una cruz que había en un paseo, se hincó de rodillas y se puso á rezar, lo que dió pábulo á unas jóvenes que le vieron á que se rieran y mofaran. Algunos años después, llevado por la gracia, el capitán se hizo sacerdote, y partió para las misiones extranjeras; seis años más tarde, volvió á Francia, se paró en Lyon y celebró en un convento inmediato á su alojamiento. Mientras decía misa, una joven religiosa no cesaba de mirarle; era fácil de reconocer, pues llevaba en la frente un sablazo que le había merecido el sobrenombre de acuchillado. « Pero señor, repetía en sí misma, ése es aquel capitán, aquel militar que ha seis años estaba rezando al pie de aquella cruz. » Después de la misa, fué y contó el caso á la madre priora, la cual la manda á llevar el desayuno al misionero. Cayó de rodillas al verle, con no pocas lágrimas. « Pero, hija, le dijo él, ¿ qué tienes, y por qué lloras? » Y entonces le contó ella como que era una de las cuatro bobas que se habían burlado de él al verle de rodillas al pie de la cruz. « Y sin embargo, padre, creeréis que justo desde aquel momento me vino el pensamiento de hacerme religiosa. — Es que yo rogué por vosotras, contestó el sacerdote, y Dios me oyó, y ahora tengo gran dicha en bendeciros. »

## DÍA VEINTE Y DOS

CONSIDERACIONES SOBRE LAS CUALIDADES DE NUESTRA  
CONFIANZA EN LA SANTÍSIMA VIRGEN <sup>1</sup>.

Nuestra confianza en la Virgen Santísima ha de ser filial, constante é ilustrada.

PUNTO I<sup>o</sup>. — Vuestra confianza en María ha de ser filial. María no es para vosotros una protectora cualquiera, ni tampoco vosotros sois unos extraños para ella. Sois sus hijos, y cuando la invocáis, os dirigís á una madre; luego debéis tener en María confianza del corazón, confianza de abandono filial. Cuando contáis con las finezas del mundo, y aún con el afecto de un amigo, esa confianza puede admitir duda; ¡ Ay! ; dónde está el corazón humano en quien pueda uno fiarse sin aprensión alguna? Pero María es vuestra madre, y la menor duda ó recelo fuera injurioso para ella; ¿ Hay cosa que más mortifique el corazón de una madre que la deconfianza de parte de su hijo? ®

El espíritu de la Iglesia, la práctica de los fieles, el ejemplo de los personajes más santos autoriza y reclama esa confianza filial en la

1. Sacadas de l'*Annuaire de Marie*.



Virgen bendita, á quien llamáis con el dulce nombre de madre. En efecto ¿cuáles son las fiestas que se celebran con más concurso, fervor y pompa que las fiestas de María? ¿Cuáles son las cofradías más extensas y numerosas que las establecidas en honra suya? ¿Qué nombre, después del de Jesús, resuena con más frecuencia en el corazón y labios de los fieles, que el nombre de María? Sus santuarios son los más concurridos y los más célebres; los reyes, como los simples fieles hacen de ellos objeto de sus piadosas peregrinaciones; sus imágenes son las más obsequiadas y las más populares, y todo cristiano quiere llevar una en su pecho, ó tenerla en su oratorio. Luego ¿podrías tener el temor de que vuestro amor y vuestra confianza en María fuesen excesivos?

El reino de Dios, observa el célebre canciller Gerson, se compone de dos cosas: la justicia y la misericordia. Jesucristo hizo de él como dos partes; él se reservó el dominio de la justicia, y cedió á María el de la misericordia. Para representarnos la ternura de la Virgen con los que la invocan, nos la pinta el Espíritu Santo con el emblema de una bella oliva: *Quasi oliva speciosa in campis* (Eccl. XXIV, 19.) La oliva es el símbolo de la paz, de la clemencia y dulzura. Pues bien, María está llena de bondad para con sus hijos, y abre el tesoro de su misericordia á quien implora su amparo. Jamás nadie la solicitó en balde. Y san Bernardo,

íntimamente convencido de que nunca abandonó ella á quien la invocó en sus necesidades, no repara en decir: Yo consiento, ¡oh Virgen María! en que no se hable más de tu misericordia, si se hallare alguien que, habiendo recurrido á ti, se acuerde no haber sido socorrido (San Bernardo, *de Assump.*) Vamos pues á María, prosigue el santo doctor..... recurramos á María, amemos á María con toda la ternura de nuestros corazones, con toda la extensión de nuestro afecto, con todo el ardor de que somos capaces.

PUNTO IIº. — Vuestra confianza en María ha de ser constante. Debéis recurrir á María en todo tiempo y en todo lugar: en vuestras necesidades espirituales, y en vuestras necesidades temporales; en las enfermedades del cuerpo, y en las del alma; debéis rogarla por vuestros intereses del tiempo, y por los de la eternidad, por vosotros y por los demás, por los justos y por los pecadores; debéis invocarla en vuestros estudios, para lograr buen éxito; en vuestras tentaciones para alcanzar la victoria; en vuestros trabajos, para que los alivie; en vuestros júbilos, para que participe de ellos. Invocadla sobre todo en el momento de escoger un estado de vida, para que os ilumine sobre vuestra vocación, pues de esa elección depende toda vuestra vida y la eternidad vuestra. ®

Esa universal confianza en María nos encarece san Bernardo, con estas palabras que



siempre deberíamos tener presentes : « ¡ Oh hombre, que tienes que vivir bogando en el proceloso mar del mundo ! vuelve sin cesar los ojos hacia María ; ella es la estrella que te guiará á través de los escollos ; si las tentaciones agitan á tu corazón, cual la tempestad agita las olas del océano, mira hacia tu estrella, invoca á María ; si te asaltan las olas del orgullo, de la envidia, de la ambición ; si la venganza, el deleite ó la ira ponen tu frágil nave en peligro de perecer, levanta los ojos hacia María, y pídele socorro. En todo los peligros, en toda triste extremidad, piensa en María, invoca á María, permanezca siempre su nombre bendito en tu corazón, así como en tus labios. En fin, añade el santo doctor, si sigues á María no te desviarás ; si le ruegas, no desesperarás ; si ella te sostiene, nada tienes que temer ; si ella te guía, se hará fácil el camino ; si se interesa por tí, llegarás feliz al puerto de salvación, y al término de tu azarosa navegación. »  
 ¿ Puédesse encarecer en términos más enérgicos la absoluta confianza en María ?

Punto III°. — Nuestra confianza en María ha de ser ilustrada. Contar con que la Virgen Santísima nos logrará el cielo, descuidando nosotros las condiciones que Dios puso á nuestra salvación : huir el pecado, y practicar las virtudes cristianas, eso sería dejarnos llevar de una ciega presunción, y no sería una confianza ilustrada. Por cierto, no podemos poner

en duda el amor de Dios por nosotros, ni su gran deseo de salvarnos, bastante nos lo probó con entregar á su único Hijo por nuestro rescate. Y sin embargo, dice san Agustín, el Dios que nos creó sin nosotros, y que tan caro compró el poder de salvarnos, no nos puede salvar sin nosotros ; necesita nuestro concurso para ello, y es condición indispensable. Así sucede pues con María, ella está llena de ternura por nosotros, desea con ardor nuestra salvación, y es todopoderosa para alcanzarla ; sin embargo, no nos salvará sin nosotros. Dice Jesucristo : Todos los que gritan : Señor, Señor, no entrarán por eso en el cielo ; sólo entrarán aquellos que hacen la voluntad de mi Padre. Así María no llevará al cielo todos los que la honren é invoquen, sino los que se esmeren en imitar sus virtudes. *Proximo ejus afferentur tibi.*

No os contentéis pues con invocar á María, con llevar su librea, y llamaros hijos suyos, sino imitadla, andad, á la fragancia de sus perfumes, en el sendero de la virtud. Sea ella para vuestro corazón un espejo de justicia, que forme vuestros pensamientos, vuestros deseos y afectos ; sea para vuestro brazo un espejo de sabiduría, que dirija todas vuestras acciones. Invocar á María, apartándose de la senda que ella signió, sería un culto hipócrita, un culto que ella no puede recompensar. Honrar á María es trabajar por hacerse semejante á ella ; amar



á María, es amar á Dios; consagrarse al servicio de María, es estar resuelto á entrar generosamente en la vía augusta que lleva al cielo.

¡ Oh María, mi soberana Señora ! yo me arrojo con confianza al seno de tu misericordia, yo me entrego enteramente y sin reserva á tu santa y digna guarda y pongo en tus manos hoy y para siempre mi alma y mi cuerpo; yo pongo en ti mi esperanza y mi consuelo; en mis penas y miserias, en mi alegría ó tristeza, está siempre presente en mi espíritu, á fin de que mis pensamientos, mi obras y palabras vayan dirigidas según tu beneplácito y la voluntad de tu adorable Hijo. Amén.

#### EJERCICIO

Contar con el amparo de María para llegar al cielo, sin hacer conato alguno para salir del pecado, sería no un honor tributado á María, sino insana presunción; no un acto de confianza, sino un acto de desprecio.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*El Acordaos del capitán.* — El joven L\*\*\*, nacido en el regimiento en los peores días del Imperio, no había recibido instrucción religiosa alguna. Todavía niño, tuvo la desgracia de perder á su madre. Su padre, tambor mayor, acostumbrado á la borrachera, no le había dado sino malos ejemplos. Un día estando este último gravemente enfermo, á

consecuencia de sus excesos de todo género, el pobre niño abrumado de pesadumbre, y viéndose como abandonado de los hombres, concibió el deseo de dirigirse á Dios. Se pone de rodillas, y como no sabía ninguna oración, compuso una: « Dios mío, dijo, si tenéis á bien devolver la salud á mi pobre padre, yo os prometo hacerme instruir en la religión, ser bueno para prepararme cual se debe á la primera comunión, y seguir toda mi vida siendo buen cristiano. » Dios atendió á tan sencillo ruego. El mismo día, con gran admiración de los médicos, que le miraban como perdido, el padre enfermo se encontró mucho mejor, y unos días después quedó perfectamente sano.

Fiel á su promesa, el joven L\*\*\* fué á ver á un buen sacerdote, el cual, después de instruirle lo conveniente, le admitió gustoso al banquete de los ángeles.

El piadoso niño perseveró en sus buenas resoluciones; y sólo Dios sabe lo que tuvo que aguantar de sus camaradas impíos y libertinos, y también de su padre, el cual se burlaba de él, é iba hasta maltratarle por causa de su piedad.

Nada pudo arredrar á tan fervoroso cristiano, y poco á poco se granjeó la estimación y respeto de todos. Merced á su buen porte y valor, llegó al grado de capitán, á la condecoración de la cruz de honor y contrajo un ventajoso matrimonio. Dios siguió bendiciéndole con darle hijos á quienes educó cristianamente. Hé aquí el fiel relato de una cura milagrosa que logró por la intercesión de la Virgen Santísima; vamos á contarla tal cual él mismo nos la relató, citando sus propias expresiones, para conservar el color y sinceridad del suceso.

En la servidumbre del capitán L\*\*\* había una criada para el cuidado de los niños, la cual padecía de espantable enfermedad, pues era epiléptica. Habiéndolo notado la señora del capitán, propuso á



su marido que la despidiese. « ¡Cómo, dijo el buen militar, despedir á la pobre muchacha por ser desgraciada! me parece que eso no sería muy caritativo; hagamos una buena obra con guardarla en casa. — Como á tí te parezca, contestó la señora, pero lo cierto es que expone la vida de nuestros hijos; ya que tú lo desees, bien podemos guardarla todavía algún tiempo, pero mientras tanto, nos vemos precisados á tomar otra para cuidar á los niños. — Mujer, repuso el capitán, me sorprende eso que dices; hay un medio muy preferible al que tú me propones, y es el de hacer una novena á la Virgen para obtener la cura de esa pobre muchacha. Empieza pues la novena, la empezará también ella, los niños, y por mi parte, me uniré con vosotros para pedir dicha gracia. — Bueno, contestó la señora, ningún peligro corremos en emplear ese medio. » Y se dió principio á la novena. Pero antes que concluyese el piadoso ejercicio, experimentó la criada accidentes más violentos que nunca. Por lo cual, la señora del capitán, que era como la mujer de Job, de Tobías, y otras muchas, se puso á decir: « Ya ves, hombre, que nada logramos. Por supuesto, es preciso ser buen cristiano, tener confianza en Dios, no avergonzarse de la fe; pero también hay que evitar la nimia presunción, y no figurarse que Dios va á hacer milagros en cada esquina. » No se dejó vencer el capitán, ni menos desalentar por semejantes discursos. — Muy bien se deja de ver, contestó, que lees poco el Evangelio, el cual dice: « Buscad y hallaréis, llamad y os abrirán. Si tuvierais tan sólo fe tamaño como un grano de mostaza, transportaríais los montes. » Vamos á emprender otra novena, y luego, si no acierta, otra más, y si hay lugar, una novena de novenas; yo no desmayo por tan poco.

Se repitieron las novenas, y también los accidentes de epilepsia. No obstante no se apocaba la

confianza del capitán con las dificultades; cierta voz interior le decía que si perseveraba en la oración, acabaría por lograr la solicitada gracia. Un día, después de fervorosa comunión, se retiró á su gabinete, y de rodillas ante una hermosa imagen de la Virgen, le suplicó con todo el encarecimiento de su alma le concediese ese favor: « ¡Oh María, dijo con conmovedora sencillez, no podéis negarme lo que os pido desde tanto tiempo; vuestro honor y el mío están comprometidos en ello; yo di mi palabra que lograríamos esa gracia; si por imposible me la negáis, me veré obligado á cambiar el *Acordaos*, la bella oración de san Bernardo. Me veré obligado á decir con gran pesar mío: « Vos, á quien no se puede llamar misericordiosa, acordaos que en adelante se oyó decir que algunos de los que recurrieron á vos, no fueron atendidos. No llevado ya de la misma confianza, yo..... Pero no, aquí me paro, siendo estas palabras demasiado injuriosas, estoy seguro que me habéis escuchado. » Se levantó con los ojos llenos de lágrimas; un sentimiento indefinible inundó su corazón, y le dijo que su súplica había llegado hasta el trono de la más misericordiosa de las madres. Y no se equivocaba; conmovida María de tanta fe, devolvió la salud á la enferma. Cuando el capitán nos relató el suceso, ya iban transcurridos algunos años sin que la muchacha, á quien habían abandonado por incurable los médicos, tuviera ni aún asomos de accidente.

*La confianza en María enteramente justificada.* — Un convoy de diez ó doce barcas que iban á Venecia se encontraba en la mar á catorce leguas de N. S. de Loreto, la víspera de una fiesta de la Virgen; tuvo toda la tripulación deseo de ir allá á oír misa al día siguiente, pero se opuso el jefe por miedo de los piratas turcos. Lleno de confianza en la santa



Virgen, un marinero llamado Antonio dijo que él se encargaba de guardar solo el convoy bajo la protección de la Madre de Dios; comunicóse su confianza á todos los demás, hasta al jefe, el cual consintió en todo. Partiéronse muy por la mañana, quedándose solo Antonio. Al cabo de largo rato, columbró unos bajéles que se aproximaban á vela tendida, y reconoció que eran turcos que venían á llevarse las barcas cuyo custodio era él solo. Se encomendó con fervor á la Virgen, haciéndole presente que si lo habían dejado todo, era por ir á honrarla. Se colocó á la cabeza del puente, en la barca más expuesta, y agazapóse lo largo del bordo con una hacha en la mano. Pocos momentos después, sintió que se movía la barca; era un turco que había puesto la mano en el borda. Levántase de repente Antonio sobre sus rodillas, y de un hachazo corta la muñeca al turco, cayendo la mano dentro de la barca, y otra vez se agazapa; pero el turco mutilado echó tan espantable grito, que infundió terror á sus compañeros. Esto es un lazo, exclamó, están esas barcas llenas de gente armada, y oculta para sorprendernos. Y con esto, todos los turcos se huyeron; y un momento después, levantando Antonio la cabeza, los divisó lejos en alta mar; hincóse de rodillas dando gracias á su poderosa libertadora por tan particular favor. Mientras tanto los compañeros, que regresaban de Loreto, viendo á lo lejos la escuadra en retirada, se sobresaltaron, no dudando que se llevaban á Antonio con todas las barcas; pero ¿cuál no fué su sorpresa al ver que Antonio se adelantaba hacia ellos con el hacha levantada, colgada en ella la mano del turco, y contándoles luego el suceso? Todos juntos entonces cantaron la letanía de la Virgen, para agradecerle tan brillante victoria.

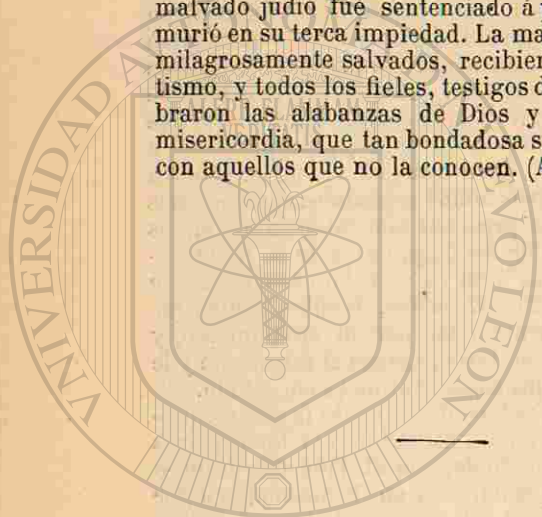
*El niño librado de las llamas por María.* — El milagro que vamos á relatar viene aseverado por varios autores graves, entre ellos Evagrio, el cual lo cuenta como sucedido en su tiempo en Constantinopla, y conocido de todo el mundo. En la época en que el patriarca Mauricio gobernaba la Iglesia de Constantinopla, se acostumbraba todavía, en aquella antigua ciudad, dar á los niños que tenían aún la inocencia bautismal, las partículas sagradas del cuerpo de Jesucristo, que quedaban después de la comunión de los demás cristianos. Sucedió que un día, un niño, hijo de un padre judío que tenía en su casa un horno para trabajar el vidrio, yendo á la escuela con otros niños cristianos, fué con ellos á la iglesia, y se presentó inocentemente con los demás para recibir los fragmentos de la santa Eucaristía. De vuelta á su casa, relató sencillamente lo que había hecho. El padre, hombre brutal, poseído de vehemente odio por el cristianismo, y llevado de rabioso furor, agarró al muchacho y le arrojó al horno que estaba entonces encendido.

Poco después, volviendo á su casa la madre, pregunta por su hijo, y buscándole por todas partes en el barrio, no pudo dar con él. Tres días después estando en su tienda, y en su inconsolable dolor evocando el recuerdo de su querido hijo, se sobresaltó al oír la voz de éste, que le contestaba y llamaba con el dulce nombre de madre. Se conmovieron su entrañas oyendo tal voz que parecía salir del horno; voló allá, y abriendo la puerta, se estremeció al ver al pobrecito, vivo en medio de las llamas. Llama á los vecinos, acude gente para presenciar tal portento; sacan al niño sano y salvo de aquel brasero, y preguntanle cómo tal aconteció. Contó el niño que su padre le había arrojado al horno por haber asistido á las ceremonias de cristianos, que una gran señora resplandeciente de luz le había preservado de las llamas cubriéndole con



su manto, y que también le había dado de comer. Añadió que aquella señora se parecía mucho á la imagen que él había visto en la iglesia de los cristianos, y que era la de la Virgen.

Habiendo sido relatado este milagro al emperador y al patriarca con todas las circunstancias, el malvado judío fué sentenciado á perder la vida, y murió en su terca impiedad. La madre y el hijo tan milagrosamente salvados, recibieron el santo bautismo, y todos los fieles, testigos del prodigio celebraron las alabanzas de Dios y de la madre de misericordia, que tan bondadosa se muestra, hasta con aquellos que no la conocen. (ABELLY).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DÍA VEINTE Y TRES

### CONSIDERACIONES SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARIA

María participó en grado eminente de la santidad de Dios por la exención del pecado; de la gloria de Dios por los títulos de que goza; del poder de Dios por su crédito; esos son los primeros títulos de su grandeza.

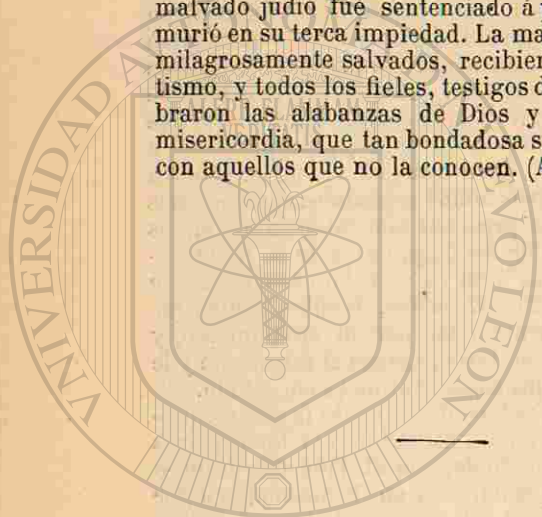
PUNTO 1.º. — Lo que distingue sobre todo al Altísimo, y lo que merece particularmente los himnos de amor de los serafines, como las adoraciones de los hombres, es que él es el Dios tres veces santo. *Ego sanctus sum*. Su omnipotencia amedrenta menos que su santidad, pues la omnipotencia de Dios está templada por la bondad. Hasta los paganos lo entendieron así, dedicando sus templos al Dios muy bueno y muy grande: *Deo optimo maximo*. La santidad de Dios por el contrario nos hiela de terror. Vi al Señor frente á frente, exclamaba Jacob atemorizado, y sin embargo estoy todavía en vida<sup>1</sup>. Si los serafines en la gloria se cubren el rostro con sus alas, es porque los deslumbra la santidad de Dios; y el atributo que de mayor modo

1. Gen., xxxii, 30.



su manto, y que también le había dado de comer. Añadió que aquella señora se parecía mucho á la imagen que él había visto en la iglesia de los cristianos, y que era la de la Virgen.

Habiendo sido relatado este milagro al emperador y al patriarca con todas las circunstancias, el malvado judío fué sentenciado á perder la vida, y murió en su terca impiedad. La madre y el hijo tan milagrosamente salvados, recibieron el santo bautismo, y todos los fieles, testigos del prodigio celebraron las alabanzas de Dios y de la madre de misericordia, que tan bondadosa se muestra, hasta con aquellos que no la conocen. (ABELLY).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## DÍA VEINTE Y TRES

### CONSIDERACIONES SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARIA

María participó en grado eminente de la santidad de Dios por la exención del pecado; de la gloria de Dios por los títulos de que goza; del poder de Dios por su crédito; esos son los primeros títulos de su grandeza.

PUNTO 1.º. — Lo que distingue sobre todo al Altísimo, y lo que merece particularmente los himnos de amor de los serafines, como las adoraciones de los hombres, es que él es el Dios tres veces santo. *Ego sanctus sum*. Su omnipotencia amedrenta menos que su santidad, pues la omnipotencia de Dios está templada por la bondad. Hasta los paganos lo entendieron así, dedicando sus templos al Dios muy bueno y muy grande: *Deo optimo maximo*. La santidad de Dios por el contrario nos hiela de terror. Vi al Señor frente á frente, exclamaba Jacob atemorizado, y sin embargo estoy todavía en vida<sup>1</sup>. Si los serafines en la gloria se cubren el rostro con sus alas, es porque los deslumbra la santidad de Dios; y el atributo que de mayor modo

1. Gen., xxxii, 30.



celebran, no es su poder, sino su santidad. *Sanctus, sanctus, sanctus Dominus exercituum*<sup>1</sup>. Pues bien, nadie se parece más á Dios, bajo ese concepto que la Virgen santa, y se verifica esa semejanza en tres grados de gracia: gracia de preservación, gracia de plenitud, y gracia de perseverancia.

1º Gracia de preservación: Dios que quería realizar en María la grandeza más portentosa que jamás pudo admirarse en una criatura, la dotó, desde el primer instante de su existencia, con una pureza sin mancha. Sacó de los tesoros de su infinita bondad el alma más bella que hasta entonces hubo creado, y la unió, ornada de pureza, de gracia é inocencia, al cuerpo más digno de esa triple belleza. Ese fué el milagro de la concepción inmaculada; por una prerrogativa que sólo á ella pertenece, María se ve separada, desde su concepción, de la inmensa corrupción en que andan envueltos todos los hombres. Nosotros nacemos hijos de ira, María nace cual la flor de los campos: *ego flos campi* pura cual el lirio del valle, *et lilium convallium*<sup>2</sup>. Pero esa primera gracia de una concepción inmaculada no es más que el primer grado de su santidad.

2º Viene al mundo, y la gracia rebosa, el vaso está lleno. *Salve, llena de gracia*, ese es el único título que le da el Arcángel, y es el mayor

1. Is., vi, 4.

2. Cant., ii, 1.

elogio que le pudiera dirigir. No la celebra por su nacimiento real; ¿Qué es el nacimiento ante Dios que no nació? No la alaba por contar entre sus antepasados aquellos grandes capitanes, cuyas hazañas fueron la gloria de Israel; ¿Qué es una gloria que da la casualidad, y no el mérito? Sino que la alaba por ser llena de gracia: *gratia plena*.

3º Á esos dos grados de santidad, Dios añade otro, y es la gracia de perseverancia. No hay en el cielo más que Dios cuya santidad no puede experimentar mancha alguna: los ángeles habitaban en el cielo, y pecaron. Asimismo en la tierra, no hay más que María, cuya santidad fué inalterable. ¡Ay de mí! ¿Qué somos nosotros? nada más que inestabilidad é inconstancia. Dios mío, el justo en este mundo es el que menos os ofende, y ¡cuánto cada día os ofende el que menos! Una vicisitud continua de fervor y desidia, de energía y debilidad, á eso se concreta la justicia cristiana en la tierra. Pero muy diferente de nosotros, ilustre Virgen, tú fuiste exenta de toda culpa, aún de la más leve. La Iglesia entera te rinde ese homenaje por boca del santo concilio de Trento. Luego debemos colegir para gloria tuya que, *si nadie es santo como Dios*, nadie fué ni será santo como tú.

PUNTO IIº. — María participa de la gloria de Dios por los títulos de que goza. La gloria de Dios es incomunicable: *gloriam meam alteri non*



dabo <sup>1</sup>. Digamos no obstante que á ninguna criatura en la tierra comunicó más rayos de ella que á María, pues la escogió para ser la madre de Dios hecho hombre. Ese, dice un Padre, es tan gran prodigio, que Dios todopoderoso como es, no hizo nunca nada más grande. Por lo tanto, no reparemos en decirlo, si la gloria de Dios es incomunicable, la de María es igualmente sólo para ella.

Con escogerla por madre suya, el Hijo de Dios le dió un nombre superior á todo; y ¿cuál es ese nombre? Madre de Dios. Al lado de tan augusto nombre, ¿Qué son todas las demás grandezas? Humo vano.

Decir de María que es madre de Dios, es decir que es en la tierra la única madre de aquel cuyo único padre en el cielo es Dios; es decir que dió á luz en el tiempo á aquel que Dios engendra en la eternidad; es decir que tiene por hijo á aquel que lleva en la mano todo el universo. ¡Qué gloria! La nobleza de un hijo redonda siempre en la madre: se han visto príncipes que hicieron sentar á su madre á su lado en el mismo trono; se han visto generales que al volver de la victoria depusieron su corona en las sienas de sus madres; y tan felices madres se arrobaban con la gloria y amor de sus hijos. ¡Qué gloria pues y qué arrobamiento para María! Ella participa de los triunfos de su

1. Is., XLVIII, 11.

Jesús, las victorias de él son las suyas; apoyada en su amado, sentada en el mismo trono, ella goza de sus triunfos; una y mil veces venturosa madre, llama con el dulce nombre de hijo aquel cuyo nombre es el Eterno. ¿Qué más se puede ser, si no es Dios?

PUNTO IIIº. — María participa en el poder divino por el crédito que goza. Y ese crédito tiene por fundamento su título de madre: por espacio de treinta y tres años tuvo bajo su dependencia á aquel que el amor hizo hijo suyo. Jesús le era sumiso cual á su madre, *eterat subditus illis*; « Y el Salvador quiere seguir, en cuanto es posible, siéndole sumiso en su gloria. El recibe gustoso las súplicas de tan dulce madre en favor de tantos desgraciados á quienes ella protege; y hasta prometió no negar nada á su amable mediación. ¡Oh madre, le dice, pide ó más bien, manda; siempre lograrás. ¿Cómo podré yo apartar mis ojos, cuando levantas hacia mi trono esas manos tan puras y bondadosas que me llevaron y guardaron cuando niño? *Pete, mater, neque enim fas est ut avertam faciem meam.*

« Y es tan grande el favor de María con su divino Hijo, que sólo una palabra de su boca, un suspiro suyo puede más ante él, que los votos más ardientes de todos los santos juntos; ella puede con sus ruegos lo que con su poder Dios. Es un príncipe de la Iglesia quien habla así: *Quod Deus imperio, tu prece, Virgo potes* <sup>1</sup> ».

1. Ab. Girard.



Cuéntase que Antípater escribió un día á Alejandro una larga carta de acusación contra Olimpias su madre ; leyóla Alejandro y contestó : ¿ No sabe Antípater que tan sólo una lágrima de mi madre basta para borrar todas las cartas que pudieran escribirme contra ella ? Figuraos pues que á toda acusación formulada por el demonio contra un alma, á quien escuda María, Jesús le contesta : ¿ No sabes, espíritu de tinieblas que sólo una lágrima de mi madre, vertida por un pecador, puede hacerme olvidar todas las ofensas que de él recibí ? Siendo María la madre de Dios, dice san Pedro Damián, los tesoros de la misericordia divina están en sus manos. ¡ Cuánta confianza debe infundirnos ese pensamiento !

¡ Oh María ! tú eres la madre de Dios, la reina del cielo, el auxilio de los cristianos, el refugio de los pecadores ; desde lo alto de la celestial morada, donde reinas gloriosa, vuelve hacia mí esos ojos de misericordia ; yo soy hijo tuyo, y soy la misma flaqueza. Amable dispensadora de gracias, alcánzame la de amarte siempre, y no contristar jamás el corazón de tu divino Hijo. Amén.

#### EJERCICIO

No contentarse con recurrir á María en los momentos de desolación interior, sino formar la resolución de ejecutar todo cuanto ella nos inspire por la voz de la conciencia.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Una contestación del cielo.* — Una honrada familia de artesanos acababa de caer en la desgracia. La madre estaba enferma ; el padre no podía trabajar á consecuencia de una caída, de modo que la buena Teresina su hija, de siete años escasos, se halló impensadamente sin auxilio ni recurso. Varias veces habían manifestado ya los vecinos cómo y cuán ingeniosos son los pobres para socorrerse entre ellos, pero la pobrecita ya no se atrevía á solicitar su generosidad. Daba lástima ver á esa niña tan jovencita y guapilla, al lado siempre de sus amados enfermos, atenta á todos sus deseos, trístecita y pálida de dolor. De repente le viene un pensamiento consolador, cual si se lo inspirara la Virgen, cuya imagen estaba suspendida á la pared, y á quien con frecuencia volvía sus ojos llenos de lágrimas, y dirigía los ruegos ardientes del corazón. Llevada de ese pensamiento, se levanta, y se pone á escribir lo mejor que puede en un pedazo de papel ; lo pliega con cuidado, y sale cautelosamente para llevar la esquila á su destino. Llega á la iglesia más próxima, y figurándose que el cepo donde se recogen las limosnas es el buzón para el correo del cielo, se prepara á echar su carta, no sin mirar al rededor de si por ver si alguien la miraba. Cabalmente en ese momento una señora muy rica que salía de la iglesia, la vió, y le preguntó qué era lo que estaba intentando. Sobresaltada la pobrecita bajó los ojos y se echó á llorar. Insistió la señora, y tuvo que contestar con el lamentable relato de lo que pasaba en su casa, y como prueba le enseñó la carta que llevaba. Enternecida de tanta inocencia, toma la señora el escrito de manos de la niña, asegurándole que ella se encargaba de hacer que llegara á su destino, ®



y añadiendo: « ¿ Pusiste las señas de tu casa para recibir la contestación? — No, contestó, siempre oí decir que Dios todo lo sabe. — Así es contestó la interlocutora, pero pudiera ser que el ángel encargado de la respuesta no sepa tanto como Dios. » Y entonces Teresina le indicó humildemente la vivienda de sus padres, y con el corazón henchido de gozo, volvióse rápida á su casa. Un día después, encontró muy temprano á la puerta de su habitación un gran canasto lleno de vestidos de hombre, de mujer y de niña; y además ropa blanca, azúcar y dinero, en fin todo cuanto les faltaba, tapado todo con un papel donde se leía este rótulo: Contestación del cielo. Unas horas después, vino también un médico á visitar á los dos enfermos, porque si bien la carta de Teresina no llegó á su destino, su gran fe le había merecido una mirada de misericordia del Padre de los pobres, del Dios que prodiga sus gracias é inspira á los corazones la compasión y la caridad.

*El ramillete de María.* — Ya veinte y tres hermosos días van transcurridos bajo la maternal mirada de María, á quien dedicamos el primer mes de las flores, de los bellos días primeros, y de los primeros gozos del año. Todas las tardes, dichosos y recogidos ante su altar perfumado de incienso, y adornado con guirnaldas de flores y de verdura primaveral, hemos mezclado nuestras voces con los piadosos cánticos de todos los fieles. Todas las tardes hemos experimentado la emoción filial que dilata el corazón, eco dulce que repite al alma la contestación maternal de María á su hijos. El altar de la Virgen es la familia, es la patria; « ahí está uno bien: *ubi bene ibi patria.* » Voy á contar sobre el asunto una historia conmovedora que oí hace unos días: En el año 1856, se daba á

la vela un bajel mercante, saliendo del puerto de Marsella con rumbo á China y á los mares del Japón. Hasta el último momento, permaneció al lado del bajel una lancha, que llevaba un joven aspirante de marina, recién inscrito en la matrícula de la tripulación, y su madre que le estaba haciendo una larga despedida. Cuando, arrancándose de los brazos de su madre, se subió el joven al puente del navío, se inclinó hacia la lancha y le mandó un postrer beso. Su madre entonces, cogiendo un ramillete que la vispera habían formado juntos para colocarlo en el altar de María, se lo echó diciendo anegada en lágrimas: « Toma, hijo, es la despedida de la Virgen; fué esta mañana á pedir-sela, coma prenda de que tú volverás á mis brazos; conserva ese ramillete, y ella no te abandonará. » Y el mar frío y agitado separó ambas naves y ambos corazones. Días y noches, calmas y tempestades pasaron lentas sobre la sien del joven marino. El ramillete, cuyas hojas recogía así como se iban secando, ese ramillete descansaba en una cajita entre el retrato de su madre y un crucifijo bendecido; todas las noches á la hora del descanso hacía una visita al recuerdo de las dos madres. Una oración y una lágrima consolaban al viajero, y se dormía sosegado cual antes en su cuna. Fué el viaje largo y penoso; el muchacho era ya hombre, el novicio, marino; teniente el aspirante. Tres años más tarde, también en el mes de mayo, de rodillas en un rincón de la capilla de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de la Guarda, una buena señora ofrecía con llantos á la Virgen una ramita desgajada de un rosal, ya seca y ennegrecida por el tiempo. Después de oír la misa celebrada á su intención, se levantó titubeante, (pues estaba ya viejecita la pobre madre) y se acercó al altar para deponer la marchitada ramita. En aquel momento, una mano quemada del sol se adelantó al lado de la suya, colocando junto á la ramita un



ramillete marchito también y seco, y diciéndole al oído una voz luego conocida: Madre, aquí está nuestro recuerdo. Tras su hijo había doce marineros (su tripulación) que traían en exvoto una linda navicilla con estas palabras en la gran vela: *A María, estrella de los mares, la tripulación del Bouquet, salvada de un tifón en el archipiélago de la Sonda.* La Virgen Santísima no quiso dejar perecer su ramillete: nunca perece el que es fiel á su recuerdo (J. B. D'AURIAC).

*Caridad ingeniosa de un hijo de María*<sup>1</sup>. — Un muchacho de trece años, que pertenecía á la Asociación de los hijos de María, acaba de tener un rasgo de admirable caridad. Exigía su madre que el maestro le enseñara las matemáticas. Este, que era un eclesiástico muy docto por cierto, no era de lo más versado en las ciencias, pero en cambio enseñaba la música á su discípulo, y esa circunstancia, que en todas partes se paga á parte, no se llevaba en cuenta. El señor abate, griego, francés, latinista, literato y músico no recibía más que seiscientas pesetas de emolumentos; eso era comprar barato el talento, pero así lo compran en ciertas casas. La madre del joven exigía que su hijo supiera matemáticas, y el abate, para conformarse con su voluntad, tuvo que pagar con su dinero un maestro á quien daba trescientas pesetas; mella no pequeña á su bolsillo. El muchacho que pensaba que esa lección se pagaba á parte, vino á saber, yo no se cómo, que costaba á su buen preceptor gran parte de sus emolumentos. Y ¿qué hizo? Se le regalaba un doblón por mes para sus diversiones, y él no se guardó nada; sin decir nada á nadie, logró mandar hacer una llave semejante á la del

1. Colección de buenos ejemplos.

escritorio de su maestro, y cada mes echaba un doblón en el cajón del dinero, cerrándolo otra vez exactamente. El abate, que se figuraba naturalmente que sólo él tenía la llave de su tesoro, y que, á pesar de sacar de él un doblón todos los meses, encontraba siempre la misma cantidad, no sabía á que atribuir tal portento. En fin, un día se puso al acecho, y sorprendió al muchacho en el momento en que éste entregaba sus diversiones al secreto depositario de su generosidad «¿Qué es eso? exclamó el maestro con voz trémula y conmovida de admiración. — ¡Ah! buen maestro, dijo el virtuoso discípulo, echándose á sus pies, perdonad mi temeridad; no me rehuséis, yo os lo suplico, este leve testimonio de mi agradecimiento, siendo poco resarcimiento del trabajo que os dais por mí. La música no es más que un arte de entretenimiento, y vos me la enseñáis; lo que siento es no poder hacer más.»

Quiso insistir el preceptor penetrado de admiración.

«No, yo no me levanto de aquí, dijo el muchacho, hasta que me prometáis dos cosas. — ¿Y cuáles son? preguntó el maestro lleno de lágrimas. — Que dejéis siempre en mi poder esa llave, y que guardéis el más inviolable secreto.»



## DÍA VEINTE Y CUATRO

CONSIDERACIONES SOBRE LAS GRANDEZAS DE MARÍA  
(CONTINUACIÓN)

El primer título que eleva á María más arriba de todas las demás criaturas, es el participar más que ninguna de ellas en la santidad y poder de Dios, por su pureza y por el crédito que goza en el cielo. Ese fué el tema de nuestro coloquio de ayer. Su segundo título de gloria es el participar de todas las glorias de Jesucristo siempre y en todo, en el pasado, en el presente y en el porvenir; por lo que dice san Bernardo que María tiene con Cristo la semejanza más perfecta: *Christus Mariæ simillimus*.

PUNTO 1º. — María asociada con Jesucristo en el pasado. 1º Ella está prometida como él: *Vendrá un tiempo, dijo el Señor al demonio, en que la mujer te aplastará la cabeza*<sup>1</sup>. Y es María, á quien designaba la promesa, siendo efectivamente aplastada por su Hijo la cabeza de la infernal serpiente. « Luego ahí tenéis la Virgen prometida á la esperanza de la humanidad desde los primeros días del mundo. Saludá á

1. Génesis, III, 15.

María á la aurora de los tiempos, uníos con el amor de que él corazón de nuestros primeros padres debió penetrarse para con la divina Madre durante el largo luto de su penitencia. Bendito seas, ¡ oh Dios mío! por la inefable misericordia con que levantaste el ánimo de los dos grandes culpables, en quienes Lucifer había puesto sus garras<sup>1</sup> ». Y esa promesa misma se repitió á Abraham, á Isaac, á Jacob, y quedó grabada en sus corazones, cual palabra de esperanza.

2º María predicha como Jesucristo: Isaías anuncia « ese vástago de Jessé y el germen bendito que debe producir »; habla « de la Virgen madre y de Emanuel su hijo »; Jeremías designa á « esa mujer maravillosa que ha de dar á luz un hombre perfecto ». El Espíritu Santo describe « la maravilla de ese templo que la Sabiduría increada escogió por morada ». Salomón llenó los libros que le dictó el Espíritu Santo con las prerrogativas y alabanzas de la Virgen santa: « ¿ Quién es esa, dice, que aparece con la majestad de la aurora, resplandeciente como el sol, formidable como un ejército en batalla »<sup>2</sup>?

3º Si María fué prometida y predicha como Jesucristo, también como él fué figurada: Adán fué la primer figura de Jesucristo, Eva lo fué de María; Eva fué la madre de todos los vivien-

1. A. Nicolas.

2. A. Nicolas.



tes, lo es María de todos los cristianos; y lo es también del verdadero Abel, el justo, el inocente inmolado por sus hermanos. Todos los varones ilustres de la antigua ley fueron figuras de Jesucristo; lo son de María todas las mujeres ilustres: su belleza virginal, la representa la hermosa Rebeca, brillante de todas las prendas de la naturaleza. María es la verdadera Sara; más milagrosamente fecunda que la esposa de Abraham, ella es la madre del verdadero Isaac, que llevará él mismo el madero de su sacrificio á la montaña santa. María es la verdadera Raquel, la madre del justo, el cual, vendido por sus hermanos, llevado á Egipto, y condenado al suplicio, se eleva á la cúspide de las grandezas por sus humillaciones, y se hace el salvador y esperanza del mundo. Ester, que logra la salvación de su pueblo; Judit, que triunfa de Holofernes, representan el poder de la protección de María.

Mil símbolos misteriosos figuraron á Jesucristo, mil símbolos á María. Su inmaculada Concepción viene representada por la zarza ardiente que las llamas no logran lastimar; por el vellocino misterioso que, sólo él, recibe el rocío del cielo, quedando seca toda la tierra. Según nuestros libros santos, María es suave como la rosa de Jericó, dulce cual la granada, lozana cual el fruto del naranjo, pura como el lirio que crece en medio de las espigas. Así pues en el pasado, todo nos habla

de María, como todo nos habla de Jesucristo.

PUNTO IIº. — María asociada con Jesucristo en el presente. La asociación con él es la unión más estrecha y perfecta: en la Encarnación, la sangre de María se vuelve sangre de Jesucristo. Jesús es carne de su carne, vive de su vida, él es suyo, y enteramente suyo Nace Jesús, y la suerte del hijo es la suerte de la madre. María participa de la pobreza y humillación en el pesebre, de los homenajes de los pastores, de los honores que rinden los magos al niño regio, del primer sacrificio del Salvador. Al propio tiempo que el anciano Siméon profetiza refiriéndose á Jesucristo que éste vendría para ruina y salvación de muchos en Israel, profetiza también de María que una espada de dolor había de atravesar su alma. Participa María del primer milagro de Jesús, pues á su súplica Jesucristo cambia el vino en agua en las bodas de Canaán. Participa de los padecimientos de su divino Hijo: Jesús está en la cruz, y María al pie de la cruz; Jesús da su vida por la salvación del mundo, y por la salvación del mundo María da á su Hijo.

« El amor que María profesa á su Hijo, dice Bossuet, lo hace todo común entre ambos; ella siente de rechazo todos los padecimientos que él sufre; de esa corona de espigas, ella siente las puntas; esos clavos que desgarran las manos de Jesús en la cruz, desgarran también al corazón de María. Jesús es el Hombre de dolores,



María la madre de dolores. En fin, así como Dios elevó y ensalzó á su Hijo dándole un nombre superior á todos, para que á su nombre todas las rodillas se doblasen en el cielo, en la tierra y en los infiernos, así también dió á María un nombre superior á todos, para que al nombre de María, todas las rodillas se doblasen en el cielo, en la tierra y en los infiernos. » En el cielo ella es reina, y su atributo es la majestad que manda; en la tierra es madre, y su atributo es la bondad que favorece; en el infierno es triunfante, y triunfa por la fuerza sobre sus enemigos; los ángeles, los hombres y los demonios la contemplan y glorifican á su modo: los ángeles dicen: ¡ Oh Dios! ella es verdaderamente reina, lo reconocemos en su majestad; ¡ Oh Dios! dicen los hombres, ella es verdaderamente madre, lo reconocemos en su ternura! ¡ Oh Dios! dicen los demonios, ella es nuestra enemiga, nuestra enemiga victoriosa, lo sentimos en esa fuerza, en ese poder que nos abrumba. »<sup>1</sup> Por tanto en el presente, participa de todos los padecimientos y glorias de Jesucristo. Ojalá podáis tomarla por dechado en los trabajos de la vida, para participar de su gloria y esplendores del Cielo.

PUNTO III°. — María, asociada con Jesucristo en el porvenir. Madre gloriosa, ella tiene parte en todos los triunfos de su Hijo. Jesús, antes

1. P. Félix.

de morir, profetizó sus victorias en el mundo con estas palabras extrañas que luego se realizaron: « Después que me hayan elevado en la cruz, todo lo atraeré hacia mí<sup>1</sup>. » También María profetiza su gloria: « Todas las generaciones me llamarán venturosa<sup>2</sup>. » Y se realizó ese oráculo: Jesús y María van unidos por los pueblos en un mismo amor, como van unidos en las oraciones de la liturgia, en las definiciones de los concilios, y en las solemnidades de la Iglesia.

La Iglesia no instituyó fiestas para honrar los misterios de la vida de Jesucristo, sin que las instituyera también para honrar los misterios de la vida de María: La Encarnación de Jesús, la Concepción de María; la Presentación y Bautismo de Jesús, la Presentación y Purificación de María; la Pasión de Jesús, los dolores de María; la Ascensión de Jesús, la Asunción de María; el Sagrado Corazón de Jesús, el Sagrado Corazón de María; los dulces nombres de Jesús y María viven siempre juntos en los corazones y cantos de los fieles, y los altares del Hijo jamás están lejos de los altares de la Madre.

Hasta en el cielo está asociada María con Jesucristo por la semejanza de sus funciones: Jesús es nuestro medianero al lado de su Padre, María es medianera nuestra al lado de Jesús;

1. Jean, xii, 32.

2. Luc, i, 48.



Jesús no cesa de interceder con su Padre por nosotros enseñándole sus manos y pies horadados; María no cesa de interceder por nosotros con su Hijo, mostrándole el pecho que le sustentó, y las manos que guiaron sus primeros pasos; el Padre no niega nada á su Hijo, y tampoco el Hijo puede negar nada á su Madre.

En fin, cuando Jesús vuelve á su Padre, una nube luminosa le arrebató á los ojos de sus discípulos; y cuando María va á reunirse con su divino Hijo, la escoltan los ángeles arrebatando á la muerte su cuerpo virginal. Dos sepulcros se hallarán vacíos al fin del mundo, el de Jesús, y el de María. Así pues María fué asociada con su divino Hijo en el pasado, en el presente y en el porvenir, y reúne en sí las señales más patentes de semejanza con Jesucristo: *Christus Mariæ simillimus*.

¡Oh María! ¡Oh madre! ¡cuán dulce es para éste tu hijo contemplar la gloria de que gozas en el cielo y en la tierra! Tus grandezas son el apoyo más firme de mi confianza. Desde el trono en que estás sentada, vuelve hacia mí una mirada de misericordia, ten piedad de mí y ampárame. Tu sabes los escollos á que estoy expuesto, y ves los enemigos sin número que tengo que combatir: alcánzame por tu poderosa intercesión las gracias que necesito para perseverar en el servicio de mi Dios, y merecer al salir de esta vida unirme con los espíritus

bienaventurados, que cantan tus alabanzas en el seno de la perenne felicidad. Amén.

## EJERCICIO

No dejar nunca de rezar mañana y tarde, haciéndolo de rodillas en la presencia de Dios.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Comunión sacrilega.* — Relata así una joven su conversión en honra de María.

«Habiendo quedado huérfana á la edad de seis años, me recogieron en un hospital de caridad donde me cuidaron con toda la atención maternal. Pobre huérfana, me tuve por muy feliz al encontrar corazones tan bondadosos, que me devolviesen los caricias que la cruel muerte me había arrebatado en tan tierna edad.

«A los diez años, empecé á asistir á las lecciones de catecismo para la primera comunión. Esas instrucciones asiduas y las enternecedoras exhortaciones me prepararon á tan importante acción, y fui admitida al divino banquete.

«Pobre huérfana y sin amparo, hubiera debido tenerme por mil veces feliz de poseer en mi corazón á Aquel que es el apoyo del pobre, y el consuelo de los afligidos, pero el abuso que hice de algunas gracias me llevó lejos de tanta dicha. El día que es para todos el más bello y sagrado de la vida, fué para mí el más aciago. ¡Oh día de punzante remordimiento! ¡Jamás tendré bastantes lágrimas para lamentarte!

«Un exceso de vergüenza me hizo culpable del mayor crimen: no tuve fuerza para confesarme de



un pecado grave que había cometido en un momento de ilusión, y consumé un horrendo sacrilegio el día demi primera comunión; y ese fué el principio de todas mis desventuras.

« Seguí todavía cuatro años en la santa casa que abrigó mi niñez, y durante ese tiempo, repelí mis indignas profanaciones, no sin incesantes remordimientos, porque no hay paz para el impío, y menos para los profanadores de la sangre de Jesucristo.

« Decir la turbación y desasosiego de mi alma, y lo que pasó en mis sueños é imaginación amedrentada, fuera largo de contar.

« Sin embargo, en el triste estado de mi conciencia conservé cierto amor por la Virgen. Siempre me figuré que por ella saldría algún día del abismo de impiedad en que vine á caer, pero llegué á los diez y seis años, y el viento de las pasiones, que la gracia no pudo atajar, sopló tan impetuoso en mi corazón, que me llevó muy adentro en el piélago de mis maldades.

« Me salí del santo lugar, donde trascurrieron mis primeros años, y me lancé en el mundo. Sin hogar paternal, sin amparo ni consejos, no tardé en contraer funestas amistades. Avezada mi conciencia á acallar la gracia, no me reprochó mucho mis primeras faltas, pues era difícil ir más allá del crimen de Judas; por espacio de ocho años anduve encenagada en los vicios, hasta que por fin Aquella en quien no había cesado de esperar, me alargó la mano, manifestando que su maternal corazón no se había olvidado de las más misera de sus hijas.

« Yendo un día á paseo por el boulevard de los Italianos, tropecé con un libro muy bien adornado, lo recogí y abrí, era el oficio de la Virgen, y encerraba un grabado de N. S.ª de las Victorias. Poco me alegró el hallazgo, no obstante me llamó la atención la imagen, y no pude menos de pensar en ella gran parte del día, pero nada más.

« Dos días después, me llevó al mismo lugar cierta circunstancia que ahora no puedo recordar, y esta vez no encontré un libro, sino algo reluciente que divisé, parecido á una pieza de oro recién acuñada, lo recogí, y era una medalla millagrosa nuevecita. Tropezar con un oficio de la Virgen y una medalla milagrosa en el trascurso de dos días, y en el mismo sitio, eso me dió que pensar. Me volví á casa, y lo primero que hice fué colgarme al cuello la medalla con intención de no quitármela nunca. Con todo, aunque era fácil ver en lo que me sucedía, una mano maternal que me llamaba á vida más decente no se me ocurrió cesar en mis escándalos y romper con mis iniquidades; tan difícil es la vía del bien, cuando una vez se aparta uno de ella.

« Tres meses más pasé en nuevos desórdenes, cuando una nueva gracia descendió sobre mí. Un sujeto, esperanza de mi porvenir, cayó gravemente enfermo, llegando á las puertas de la muerte. Llamáronme y fui á verle, y al contemplar aquellas mejillas descarnadas y aquellas desfallecientes manos, me sentí conmovida y enternecida hasta llorar, y comprendí que la vida está en un hilo, y que en este mundo todo es ilusión y vanidad.

« En la noche siguiente, ví en sueños á la Virgen santa el lado de mí, la cual curaba una herida que yo me había hecho en el corazón. La dulzura esculpida en su rostro me enterneció hondamente, y me hizo derramar un raudal de lágrimas, y en ese momento me desperté sobresaltada.

« Esta vez comprendí el aviso del cielo. Inundaron mi alma abundantes gracias, y aquella que la Iglesia saluda como océano de dones, visitó mi corazón. Me impelía dándome valor una fuerza divina, y ya para mí no era penoso el sacrificio. En un ímpetu de fe, volé á echarme á los pies de un ministro de la religión, á quien descubrí todos los



arcanos, todas las llagas y desventuras de mi pasada vida.

« Al ver el marinero su tierra natal, después de errar largo tiempo en los mares, al volver el pródigo al hogar paterno, no puede experimentar mayor felicidad y dulce gozo, que el que yo experimenté en el momento de la reconciliación. Sí, mi gozo es entero y completo, y supera todos los deleites del mundo. »

*Caridad delicada.* — En el convento en que fui educada, dice Inés de Lauvens, había una hermana lega á quien conocí, y en quien tan numerosos se habían apiñado los años, que su pobre cuerpo se había doblado, y andaba con despacioso paso, como quien lleva pesada carga. Pero en tan avanzada edad, no se descuidaba en trabajar, levantándose todos los días á la hora de la comunidad, y asistiendo siempre asidua á todos los rezos. Al concluir los oficios, cogía una escoba más ó menos pesada para su débil mano, y se iba á barrer las escaleras y corredores de la casa. Hubo una travesía que al verla dijo: « Ya el tiempo no lleva una guadaña, sino una escoba. » Á lo que le contestaron: Pobre ceniza, ¿ no basta una escoba para barrer un átomo como tú? *Gracias madre.* No se me olvidó esa palabra. En fin, tanto barrió y envéjció la buena hermana, que perdió la vista y sus últimas fuerzas, de modo que con trabajo podía permanecer un momento en pie.

Desde entonces se afligió sobre manera no por haber perdido la vista, pues hacía mucho tiempo que no miraba más que al cielo, y, como ella decía, mejor lo ve una con los ojos cerrados; pero, añadía: « La muerte me está olvidando, y aquí me tienen completamente inútil, eso es lo que siento. » Sin embargo era en ella tan ardiente el deseo de

trabajar, que luego ingenió el medio de satisfacerlo y era el de coger un plumero y barrer con él uno por uno los peldaños de las escaleras, renunciando si era preciso á los corredores. Aseguraba que esa tarea no le causaba cansancio, pudiendo desempeñarla sentada ó de rodillas. Diéronle pues el plumero, y se puso á la obra muy satisfecha; pero luego se vió que la perla de las barredoras no era ya tan perita como antes, y que necesitamos los ojos más de lo que ella decía. A pesar de su esmero y prudente lentitud en la obra dejaba no poco que desear su operación: había peldaños que quedaban perfectos, otros medio limpios, y otros cargaban con toda la basura. Y ¿ qué hicieron al ver tal resultado? ¿ Quitaron á la pobre ciega el encargo, y el pensamiento de ser útil que tanto tomaba á pecho? ¿ Le advirtieron de su falta inevitable? Nada de eso, mientras vivió y pudo levantarse, le dejaron el plumero, y discretamente y sin ruido, seguía todos los días tras ella otra hermana que hacía lo que tan acertadamente creía hacer ella. ¡ Oh dulce, amable y humilde caridad !

*Leyenda del Enebro.* — Obligada la santa Familia á huir el furor de Herodes, estaba hacía dos días en marcha hacia el desierto, cuando abrumada de fatiga, no conociendo muy bien el camino, y careciendo de provisiones y dinero, llegó extenuada á lo extremo de una llanura árida donde no había, ni abrigo ni habitaciones. Sólo un árbol se ofrecía á sus ojos, un magnífico enebro. « Esposo, dijo María, yo ya no puedo más, ni me quedan fuerzas para llevar á Jesús en mis brazos, y hasta esta cabalgadura se está muriendo de necesidad y cansancio. — Vamos, contestó José,

1. Sacada de *Agnès de Lauvens*, por L. Veuillot.



lleguémonos bajo ese enebro, ahí cabalmente fué socorrido por un ángel el profeta Elías. Tampoco yo puedo ir más allá, y pues obedecí hasta agotar mis fuerzas, acuérdesese ahora de nosotros el Señor.»

No bien hubo concluído estas palabras, cuando se vieron trasladados al pie del enebro. Miles de ángeles aparecieron, y les sirvieron; brotó una fuente á sus pies, y como por ensalmo se ofreció una tienda con todo lo necesario para acampar una familia; los ángeles vigilaban, María, José y el divino niño se echaron á descansar cual lo necesitaban. Al despertarse, como se aprestara José para seguir la marcha, dijole un ángel: « José, Dios está satisfecho de tu obediencia; sin duda no te falta valor para la empresa, pero faltarán las fuerzas á una mujer y á un anciano. ¿ Ignoras que nada más de aquí á la entrada del desierto aún hay cinco días de marcha, atravesando montes rios y torrentes? ¿ Sabes que una vez en el desierto no encontraréis ni agua, ni pan, ni abrigo, y que pereceréis sin remedio si intentáis llevar á cabo ese viaje? — Todo eso sé yo, dijo José, pero también sé que el Señor no manda nada imposible. Nuestros padres pasaron este desierto. ¿ Y no proveyó Dios á sus urgencias? pues también proveerá á las nuestras. — José es grande tu fe, y para premiarla recibí orden de dar fin á tus trabajos. »

El ángel hizo una señal hacia el cielo, y acudió una legión de ángeles que formaron un carro con sus cuerpos y alas. Se abajó el carro hasta tierra al alcance de los santos viajeros; colocóse María la primera con Jesús, y José frente á frente. El ángel que mandaba, en cabeza, como en la proa de una nave, haciendo las veces de vela sus alas desplegadas, y su espada de timón ó través de los aires. Por lo pronto, el carro se elevó poco, pero como era preciso hender rápidamente el espacio. María

dijo al ángel: « Mensajero del cielo. ¿ Dejaremos perecer esa pobre burra que nos trajo hasta aquí? — Ya encontrará un dueño, y será su destino glorioso entre todos los animales de su especie. Su vida se prolongará más allá de la vida ordinaria de sus congéneres, y un día entrará triunfante en la Judea, de donde salió fugitiva, llevando como hoy día, entre Betleém y el enebro de Elías, al Deseado de las naciones. »

María volvió los ojos hacia Jesús, y quedó arrebatada en éxtasis por espacio de unas horas, y José miraba al cielo y adoraba á Dios. Voló el carro por el espacio con la rapidez del relámpago; pasó por encima del desierto de la Arabia Pétrea, en que el pueblo de Dios erró cuarenta años; del mar Rojo, donde fué sepultado el ejército de Faraón que perseguía á los israelitas; pasó sobre las ruinas de las antiguas Babilonia y Menfis, y siguió rápido por encima del Nilo, donde fué Moisés salvado de las aguas.

Así como iba volando el carro, todas las regiones que recorría pasaban á la vista de María, como un sueño que desarrollaba ante ella la historia de nuestra Redención, cuyo primer instrumento, después del Salvador, era ella.

En fin, descendió el carro angélico hacia tierra, á la entrada de una pequeña y antigua ciudad, Rámeses, llamada ciudad de José, porque fué ese patriarca quien la mandó edificar en memoria de su elevación.

Allí se apeó la santa Familia, saliendo como de un sueño, y oyendo distintamente la voz del ángel que le dijo: Aquí, en esta pequeña ciudad, donde se señaló la misericordia de Dios por uno de vuestros padres, aquí residiréis hasta el día en que entre en los designios de Dios el devolveros la casita de Nazaret. — José, oísteis, dijo María, volveremos otra vez á Nazaret; ¿ y cuándo? *Ecce ancilla Domini.*



## DÍA VEINTE Y CINCO

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO ROSARIO <sup>1</sup>

La devoción al Santo Rosario es de las más populares, de las más agradables á María, y útiles para nosotros. Luego nos convenceremos de ello.

Punto I. — Origen de la devoción al Santo Rosario. A principios del siglo trece, la infame herejía de los albigenses llevaba la desolación á todos los países de Francia, y cual incendio que se desparrama, amenazaba extender sus estragos en toda la Iglesia. Ya para reprimir el error y atajar sus progresos, los Soberanos Pontífices habían mandado de Roma sus legados, y armado los reyes de la tierra sus más esforzados capitanes, pero todos los esfuerzos resultaron vanos. Dios, que jamás abandona á su Iglesia, le suscitó un libertador, á quien llenó con su espíritu, y abrasó de celo por la salvación de las almas. Domingo de Guzmán era una de esas almas fuertes que el Cielo guarda en reserva para las grandes desventuras, y que vienen á ser para la Iglesia, en los días aciagos,

<sup>1</sup> Sacadas del ab. Doucet.

recurso igual á sus necesidades. Sostenido por una confianza inmensa en María, se arroja Domingo á combatir el error, sin más armas que el rosario en la mano. Eso bastó, pues con un medio tan vulgar Dios salvó á la Iglesia. « Son de leer las sencillas leyendas de aquellos tiempos para conocer los prodigios y milagros que obró santo Domingo con el nombre de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Santo Rosario. Aquellas almas, endurecidas en el mal, y hasta entonces tan rebeldes, se apresuraban tras él, invocando con él á María del Santo Rosario; y reconciliadas con Dios volvían al gremio de la Iglesia. Cuenta la historia más de cien mil familias así convertidas <sup>1</sup>.

Mucho antes que lo instituyera Domingo, ya se conocía el rosario en la Iglesia. « Las coronas de granos de coral, con que las vírgenes mártires se adornaban los cabellos al ir á la muerte, sirvieron luego para contar cuántas oraciones dirigían al Señor los corazones sencillos. Adoptó la piedad ese símbolo, é hizo de él la señal de la santa esclavitud por la cual ella se empeñaba en el servicio de María; y aún alguna que otra vez, lo dió como ornamento á las almas generosas que renunciaban á las vanidades del siglo. Se vió en manos del religioso que, atravesando dilatados mares, se iba á anunciar la buena nueva á desconocidas regiones. Se vió y se ve todavía suspendido á la cintura de

<sup>1</sup> P. Souaillard.



la hermana de Caridad; y es el único ornato que le permite su abnegación, el único tesoro que le da la religión en cambio de sus sacrificios. »

Fué santo Domingo quien añadió á las oraciones del rosario, el meditar los misterios que componen la vida del Salvador, y en esa meditación de los misterios, juntamente con el rezo, consiste la devoción del Rosario. Ese es su origen, viene de Dios, el cual quiso por él obrar grandes cosas para gloria suya y salvación de las almas; nos fué trasmitido por un santo, que lo recibió de Dios, y que, el primero, nos encargó su práctica; en fin, lleva en sí el sello venerable de la antigüedad, por todo lo cual es digno de nuestros respetos recomendándolo á nuestra piedad los títulos más gloriosos.

PUNTO IIº. — Objeto de la devoción al Santo Rosario. El objeto principal de la devoción al Santo Rosario es honrar á María de un modo especial. El Rosario es una oración compuesta de la Salutación angélica y de la Oración dominical. Pues bien, tan graciosas palabras como las que el ángel dirigió á María, al anunciarle el gran misterio que en ella iba á obrar el Cielo, ¿no son el mayor elogio, la alabanza más perfecta que el hombre puede en este mundo conferir á la madre de Dios? Recordar á la humilde Virgen de Nazareth aquel día de inefable memoria, en que el más radioso de los

arcángeles vino á traerle la más admirable noticia; en que atento el Cielo y silencioso estaba esperando su consentimiento para obrar milagros; en que el Verbo eterno tomó cuerpo en sus castas entrañas, y se hizo hijo suyo sin dejar de ser su Dios; proclamar, con toda la corte celestial, que ella es llena de gracia, ella, cuya concepción había sido sin mancha, cuyo nacimiento habían esperado las naciones, cuya cuna mecieron los ángeles, cuya vida exornaron los privilegios más singulares, y santificaron las virtudes más peregrinas; en fin resumir á una sola palabra todos los cánticos de la santa Sión, y todas la alabanzas de la Iglesia militante, todos los elogios de los primeros siglos, y todos los panegíricos de las edades siguientes, preciso es confesarlo, eso es rendir á María un homenaje digno de la reina del cielo, digno de la madre de Dios. Eso es honrarla cual la honró Jesús en su vida mortal. En Egipto y en Nazareth él hizo en acción lo que nosotros decimos de palabra al recitar el santo Rosario: *Dios te salve, María.* — ¿No la saludaba Jesús mañana y tarde? Nosotros la llamamos *la Virgen llena de gracia*, ¿cesó Jesucristo de llenarla de gracias? Nosostros le decimos: *El Señor es contigo*, y Jesús, que es el Señor, estuvo con ella; le decimos; *Bendita tú eres entre todas las mujeres*, y Jesús la colmó de bendiciones. Luego, al recitar el rosario, decimos todo cuanto hacía Jesucristo; hacemos de



corazón y en unión con él lo que él hacía en realidad por su divina madre ; ¡ qué más gloria para ella !

Honrar á María de un modo particular, tal es el objeto que se propone el cofrade del Santo Rosario ; y por eso siempre María atendió complaciente á tan dulce plegaria. Esa es su oración predilecta, y si abrimos los anales de la Iglesia, veremos en cada página nuevos beneficios alcanzados por el Santo Rosario. « Pues bien, deshojemos con frecuencia tan magnífica corona de rosas en honra de María ; quienesquiera que seamos no nos cansemos de repetir esta oración que la colma de gozo : *Dios te salve, María*. Y nuestra Madre contestará siempre risueña á nuestras preces ; sus virtudes, cual perfume, descenderán á nuestro corazón para fortalecerlo y embalsamarlo ; y como decían candorosamente en la edad media, María cogerá en nuestros labios una rosa fresca y pura, cada vez que se abran para decir : *Ave María* <sup>1</sup>. »

PUNTO III<sup>o</sup>. — Efectos de la devoción al Santo Rosario. Santificar su alma : ese es el objeto que todo cristiano debe proponerse en la tierra : eso es lo único necesario, con lo cual todo lo gana, y sin lo cual, todo lo pierde. Pues bien, ¿ cuáles son los ruegos que nos logren mejor las gracias que necesitamos para alcanzar tan deseable objeto, que las oraciones que constituyen el

1. P. Souaillard.

Santo Rosario? En la meditación de los santos misterios que se celebran en ese rezo, encontramos lecciones para las tres grandes fases de la vida : la alegría, el padecimiento y la gloria. La alegría nos disipa ; — en los misterios gozosos, María nos enseña á recogernos y unirnos con Dios. Nos abate el padecimiento ; — en los misterios dolorosos encontramos ejemplos de paciencia y resignación. La gloria satisface nuestro orgullo ; — en los misterios gloriosos, María nos enseña á no perder jamás de vista nuestra nada, y atribuir á Dios toda gloria. El mundo (y quizá también vosotros pensasteis como él) no aprueba en el Santo Rosario ese incesante repetir de la misma oración ; pues cabalmente en esa repetición está su virtud. En efecto, ¿ qué hay más propio para infundir la humildad que esa salutación dictada por un ángel?

En otra oración, puede la variedad de fórmulas dar pábulo al orgullo, y el espíritu lisonjeándose en secreto de las nuevas expresiones que supo encontrar, puede ver cómo se desvanece cual humo la soberbia oración que al cielo dirigió. Pero el que se sujeta á recitar la misma plegaria (sobre todo si es sacada de los demás), reconoce por lo mismo su incapacidad para orar, y variar según sus necesidades la expresión de sus deseos ; él se dirige al Señor en el lenguaje de la humildad, que es el lenguaje que siempre escucha el Señor.



2° En esa repetición frecuente de la misma oración se halla el lenguaje del verdadero amor. El corazón no habla como la inteligencia; no necesita ni las artificios del lenguaje, ni las flores de la elocuencia; él se abre, y el sentimiento que exhala es grato por lo mismo que es sencillo. A los pies de su madre el niño no estudia sus palabras, no tiene dos modos de decirle que le ama, y cada vez que quiera expresárselo, saldrán de sus labios las mismas palabras de un amor que no varía. Así la flor es siempre tan bella, y tan graciosa siempre, aunque siempre ofrece el mismo brillo, aunque exhala siempre el mismo perfume.

3° En fin, en esas repeticiones se encuentra el lenguaje de la confianza. Nuestras necesidades son numerosas, y no obstante, para exponerlas todas, el hijo de María no tiene sino una oración, pero esa oración general, que deja á María el cuidado de adivinar cada una de nuestras miserias en particular, le dice también que sus hijos no temen que su madre se olvide ni aún de una de ellas. Así pues, con el rezo del rosario el cristiano se forma para la práctica de la confianza, del amor y de la humildad.

Virgen santa, hasta ahora no comprendí las ventajas y excelencia de esa oración tan sencilla y fácil, que es tu oración predilecta, y mi oración de cada día. Yo quiero en adelante recitarla con más fidelidad y fervor, por ser la expresión del amor y de la confianza; y quiero

sobre todo porque es de tu gusto, y te honra particularmente. Quiera Dios que yo no olvide nunca la resolución que tomo en este momento; y pues tú, Madre mía, me la inspiraste, lograme la gracia de serle fiel. Amén.

## EJERCICIO

Pedir por la intercesión de María la buena voluntad, principio indispensable de toda conversión, y para alcanzarla, rezar todos los días dos dieces del rosario.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Una conversión por medio de una rosa.* — El día de la fiesta del Santo Rosario, la costumbre tradicional, en los conventos de santo Domingo, quiere que el prior de la comunidad distribuya rosas benditas á los religiosos y á los fieles. Hace unos años, tal día como ése, un hombre de mundo, poco acostumbrado á semejantes ceremonias, se encontró por acaso en medio de la gente piadosa que recibía tan graciosa dádiva, y naturalmente tuvo también su parte. Dejémosle que relate él mismo la emoción que sintió.

« El domingo último, á eso de las tres de la tarde, pasando yo por la calle de Vaugirard, estalló un aguacero, inundando las calles y obligando á que los transeuntes buscasen con abrigo en los inmediatos edificios. Miraba yo maquinalmente á derecha é izquierda, y se me ofreció como lugar de refugio la pequeña iglesia de los dominicos, iglesia antiguamente de los carmelitas. Al llegar al



patio, vi que en el interior todo resplandecía de luces y flores, y que llenaba la iglesia tan numeroso gentío, que apenas podía uno colocarse debajo del pórtico.

« ¿ Qué fiesta se celebra ? pregunté á una mujer que estaba rezando el rosario al lado de mí. Levantó la cabeza con semblante atónito : ¿ cómo ! caballero, ¿ no sabe usted ? es la fiesta del Santo Rosario, y para conservar el recuerdo, los reverendos Padres van á distribuir una rosa bendita á todos cuantos están en la iglesia. » Yo soy muy apasionado por las flores, y por las rosas especialmente ; así quise aprovechar las que sembraba la Providencia (acaso con intención) en mi camino ; ¿ son flores tan escasas ! Seguí la corriente que un movimiento de sillas produjo, y me hallé trasladado, yo no sé cómo, cerca de la balaustrada del altar. El reverendo padre prior (creo que era él) que acababa de dar la bendición, hizo la señal de que iba á hablar ; me sentí entonces atraído hacia él por una sensación que no puedo definir ; su pálido y noble rostro infundía respeto ; le animaba un gozo celestial, y la inmensa cantidad de velas que ardían al rededor del tabernáculo le hacían como una aureola luminosa ; su mirada dulce y penetrante se extendía con satisfacción sobre la mucha gente que le rodeaba y oía. Pronunció una alocución sencilla y conmovedora, sin frases preparadas, y para todos fluía aquella fuente transparente y limpia. « Voy á distribuirlos, dijo, unas rositas muy modestas, porque somos pobres, pero os parecerán perfumadas cual María reina del cielo, y ese perfume, al penetraros, hará que deseéis asemejaros á tan buena Madre. Están benditas, para que lleven á vuestras casas la bendición de María. Madres, adornad con ellas la cuna del niño para protegerle. Mujeres, enseñadlas al marido ; decidle que esas rosas harán las veces de predicador, y le

servirán de égida el día de la separación. Niñas, suspendedlas á los pies del crucifijo que tenéis á vuestra cabecera, para que vuestra primera mirada, y primera elevación de vuestro corazón sean para Jesús y María, confundidos en el mismo amor. » Larga cosa sería contar todo lo bueno que dijo también el reverendo Padre. — Empezó la distribución, y al aproximarme yo para recibir la rosa, una sonrisa fina y algo intencionada asomó á los labios del prior, cual si leyera en lo íntimo de mi pensamiento esta palabra : *casualidad*, que me había traído allí. Me incliné y salí de la iglesia más grave que cuando entré. Una vez afuera, me vi algo perplejo : estaba convidado á cenar, y había dispuesto de aquella tarde, pero no me atrevía á llevar la rosa bendita á una casa profana. Fui pues á mi casa, y la colgué del retrato de mi madre. ¡ Pobre madre ! me pareció que me miraba con más cariño ; quizá desde lo alto del cielo sus ruegos habían guiado mis pasos. Lo cierto es que me quedé en casa, llevado de una fuerza de atracción mucho mayor que mi voluntad. Pasé el tiempo meditando sobre las cosas pequeñas que producen con frecuencia grandes resultados. No puedo decir los muchos y tumultuosos pensamientos que comuniqué á la misteriosa rosa ; era casi una confesión, y la bendecida gotita de rocío que posaba en su cáliz era bálsamo consolador que yo aplicaba en las tempestuosas llagas de mi corazón. — ¡ Quién sabe, susurré al dormirme, si no volveré á aquella iglesia, y si no iré con la rosa en la mano á ver al buen prior, y decirle : « Aquí me trae esta flor convertido y penitente ! »

*El rosario.* — Leí en un librito publicado hace unos diez años (*Del culto de la Virgen, en sus relaciones con la poética religiosa* : Octave Lacroix) una



linda anécdota, cuyo objeto es comprobar cuanto interés pone la Reina del cielo en la devoción al rosario, y cuánta gloria resulta de esa devoción para ella. Voy á relatarla; acaso no disgustará á nuestros lectores.

« Pasaba un padre dominico á pie y solo por una selva. Rezaba el rosario en voz baja, como solía hacerlo. El cielo estaba sereno, el viento silencioso, y nada podía estorbar ó distraer tan apacible rezo; fué distraído sin embargo. Se oyeron en el fondo del bosque unos acentos llenos de infinita suavidad, un movimiento de alas palpitantes, una mezcla de voces y cánticos. Admirado, y asustado quizá, el pobre religioso interrumpió la oración y se puso á escuchar. Pero cesaron los cantos, y apenas por intervalos se oía el rumor de alguna que otra hoja en la cumbre de los árboles. — « Es ilusión, pensó el Padre, no es más que mi loca imaginación. ¿ Quién sabe las arterias del demonio para impedir que recemos? » Y volvió otra vez á su *Ave María*. Pero, por segunda vez, los cánticos gozosos y ruido de alas mucho más cercanos repercutieron en mil ecos su letanía. Paróse otra vez, escuchó, y.... nada, ni un pájaro, ni un céfiro. Andando entonces y rezando, las voces del horizonte parecían acompañarle, y andar con él, más cercanas y más suaves. Está visto, van juntas con las cuentas del rosario. Al llegar á la orilla del bosque, y ante el cielo, donde no relucía más que un expirante crepúsculo, vió de repente que se abrieron las nubes y se separaron. Una claridad súbita apareció en el espacio, y la Virgen María sentada en esa ancha aureola, en medio de un concurso de ángeles. Á cada *Ave María* del padre, resonaban los cánticos, y los ángeles derramaban infinidad de lirios y rosas. — *Fulcite me floribus*, decía la bienaventurada Reina, é inclinándose, recogía hacia sí las embalsamadas guirnaldas. Las

flores se reunían de sí mismas en sus dedos, con exquisita elección de matices y colores; y los hilos vaporosos que se ven en las mañanas de primavera diseminados en el césped, se anudaban de ramillete en ramillete, formaban ligadura. Arrebatado de semejante espectáculo, el buen religioso perdió el habla, y se olvidó de rezar. Pero los cánticos otra vez se desvanecieron, y descendieron entristecidos los brazos que echaban flores, poniéndose también María triste y seria. — « ¡ Oh generosa Madre! exclamó quejándose el religioso, y ¿ por qué ese rostro abatido? ¿ por qué airados esos tus dulces ojos? ¿ Dónde está la armonía de los ángeles? ¿ dónde esos tesoros de flores? » Y contestó la Virgen con acento de tierno y maternal reproche: « ¿ Y por qué concluiste tú de rezar? » No nos quepa duda que entusiasmado de su éxtasis, el Padre dominico lo prolongó, exhalando de su pecho oraciones sencillas y armoniosas que tan derecho van y suben al cielo. »

Así, á ejemplo del buen religioso, regocijen al cielo las almas piadosas, y den á la tierra santas visiones por su celo y devoción al Rosario. ¡ Llena tanto el Avemaría los insomnios de la noche! ¡ abrevia tanto las rémoras del viaje! ¡ calma con tanta eficacia los padecimientos de la enfermedad! ¡ triunfa con tanta seguridad en los peligros de la tentación! suba pues sin cesar, numeroso y confiado hacia la dulce y poderosa Reina del cielo.

*Batalla de Lepanto.* — En el año 1370, viendo Selim II á Europa dividida por las guerras de religión, creyó que era el momento favorable para llevar á cabo su intento, y someter todo el occidente á la ley de Mahoma. Pónese pues en marcha al frente de un innumerable ejército, nada resiste á sus esfuerzos, toma y saquea la isla de Chipre,



llega á las puertas de Venecia, esperando de allí lanzarse sobre el occidente. En tal peligro de la cristianidad, Pío V llama á todos los pueblos de Europa, para que se coliguen contra el enemigo común, y sólo Venecia y Felipe II rey de España contestan á la llamada del Soberano Pontífice. No se conmueve Pío V por tan corto número de defensores que se presentan para el combate. Lleno de confianza en N.ª S.ª del Santo Rosario, sigue con su intento, y á pesar de la inferioridad, no quiere aguardar á que venga la armada de Selim, sino que vayan resueltamente á su encuentro. El 5 de mayo de 1571, el santo Pontífice nombra generalísimo del ejército cristiano á D. Juan de Austria, y le remite al mismo tiempo el estandarte bajo el cual había de combatir, y que llevaba la imagen de la Virgen y la Cruz encima. Las naves cristianas se encontraron con la armada turca en el golfo de Lepanto; seguros de la victoria los mahometanos, fórmanse en batalla, dando á su escuadra la forma de media luna. Al darse la señal del movimiento adelante, todos los soldados cristianos se hincaron de rodillas ante el crucifijo; todos se colgaron al cuello el santo Rosario, cual señal de reconocimiento en la pelea, y no se levantaron sino en el momento de aproximarse ambas escuadras.

Despliega D. Juan en el navío almirante la bandera que del Papa había recibido, sale un gran grito de todos los pechos cristianos, saludando al bendito estandarte, al que se dirigió al mismo tiempo la primera descarga de la artillería turca; pero ningún proyectil le hirió ni entonces, ni en todo el día. Sabiendo los musulmanes que la victoria los haría dueños de Europa, cargaron al ejército cristiano con el denuedo y furor con que tanto tiempo se distinguieron. Todo estaba por ellos: la ventaja del número, la confianza que da el buen éxito, hasta el viento les era favorable. Por su

parte, los soldados cristianos, al canto del *Exurgat Deus*, salmo de las santas batallas, arrostraban la muerte impávidos, y peleaban cual héroes.

Durante el inmenso estruendo de la gran batalla, ese mismo día 7 de octubre, no podía Pío V pensar que tan pronto se verificara el encuentro, y estaba trabajando con sus cardenales. Se levantó de repente, abre una ventana, mira un momento al cielo, y exclama: « Cesen los negocios, y no pensemos más que en dar gracias á Dios por la victoria que acaba de dar á los cristianos. » Luego se cerciora del portento el pueblo romano, atribuyéndolo á la Virgen santa. Cantan con entusiasmo la letanía que el Papa adornó aquel día con nueva invocación, *Auxilium christianorum*. En aquel mismo día, dió á la Virgen el título de Nuestra Señora de la Victoria, é instituyó para el 7 de octubre, la solemnidad del Santo Rosario.

Así pues, se celebraba en Roma una batalla que se estaba dando á trescientas leguas; y no era vana tan celestial alegría, pues en efecto eran vencedores los cristianos. Había combiado el viento de repente, Don Juan de Austria mató á Ali, que mandaba la armada turca, y á las seis de la tarde, después de doce horas de lucha, los mahometanos habían perdido treinta mil hombres, y trescientos navíos. Recogieron los cristianos trescientas setenta y dos piezas de artillería, y lo que valía más que todo, veinte y cinco mil esclavos que recobraron la libertad.



## DÍA VEINTE Y SEIS

CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO ESCAPULARIO <sup>1</sup>

Una de las devociones más extendidas más gratas á la Virgen, y más fecundas en frutos de salvación, es la devoción á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Monte Carmelo. Meditemos hoy día el origen y naturaleza de esa devoción y las obligaciones que impone.

PUNTO I<sup>o</sup>. — Origen del Santo Escapulario. Débese el establecimiento de la piadosa cofradía del Escapulario al beato Simón Stock, inglés de nacimiento. Desde la edad de doce años, fué llevado por el espíritu de Dios al desierto, y fijó su vivienda en el hueco de una encina por lo que le dieron el sobrenombre de Stock (tronco de árbol). Allí pasaba los días en continua oración, mortificando su cuerpo con el ayuno y toda clase de austeridades, no bebiendo sino agua, no comiendo sino yerbas, raíces y fruta silvestre, y creciendo cada día con la penitencia su tierna devoción á la Madre de Dios. Ya hacía veinte años que Simón vivía de ese modo, cuando unos monjes del Monte Carmelo

1. Sacadas del *Mes de María de los predicadores*.

vinieron á establecerse en Inglaterra, para dar más extensión á su instituto. Tan prendado quedó Simón de la penitencia de los nuevos religiosos, y de su piedad para con la Virgen santa, que se retiró con ellos, y vino á ser modelo de regularidad y fervor.

Habiendo sido nombrado superior general del Carmelo, el principal objeto que se propuso fué hacer que revivieran en su orden todas las virtudes con la devoción á María. En todo ello acertó, pero le quedaba un deseo: lograr de María una prenda palpable de su protección y de su amor á él, y á la orden del Carmelo. Después de algunos años de oración y lágrimas, se le apareció María rodeada de sinnúmero de bienaventurados espíritus, y con un Escapulario en la mano. Se lo presentó diciendo: Amado hijo, recibe este hábito como librea de mi cofradía. Es un privilegio para ti y para todo el Carmelo, una señal de predestinación, una salvaguardia en los peligros, una prenda de salvación y de sempiterna alianza. El que tenga la dicha de morir con ese hábito, no sufrirá las llamas del infierno.

Y no guardó el Carmelo para sí solo tan insigne favor, pues á todos los fieles brinda sus ventajas. Los papas, los reyes y príncipes dieron presurosos el ejemplo, vistiéndose con el nuevo hábito. La rapidez con que se propagaron las asociaciones afiliadas á los Carmelitas, los frutos de gracia que sacaron de tan piadosa



práctica, tantos milagros con que Dios la autorizó, las aprobaciones de los Soberanos Pontífices, el testimonio de los hombres más recomendables por sus virtudes y ciencia, prueban sobradamente la santidad de su origen.

Punto II.º — Naturaleza del santo Escapulario, que es sobre todo una vestidura. En este mundo, los grandes y los príncipes tienen para su servidumbre un traje particular que la distingue; tienen libreas de honor para premiar el mérito y servicios prestados. Todos tienen á gloria el llevar esas libreas, y á obligación el honrarlas con una conducta digna del príncipe que se las dió. Pues bien, el santo Escapulario es el traje con que la Reina del cielo viste á los que se comprometen á su servicio, esa es su librea. Para los fieles que viven en el mundo, el Escapulario se concreta á mínimas proporciones: el que lo lleva, el que lo oculta en los pliegues de su vestido, el que tiene á honra llevarlo, sin desprenderse jamás de él, puede decir á María: Este es el adorno que me distingue á tus ojos, esa es la señal de la consagración que te hice de todo mi ser, y la prenda de tu protección y amor tuyo. Anhelad pues por honra el llevar la santa librea de María y teneos por dichosos de honrarla.

Oiréis quizá que ese vestido es en el mundo objeto de burla y escarnio, pero ¿ que importa? ¿ Es acaso vuestro juez el mundo? Insensato, se ríe de veros llevar la librea de la virtud, y

no se avergüenza de llevar él la del vicio. Se gloria en adornarse con un pedacito de cinta, con una condecoración honrosamente alcanzada sin duda, pero que por último no es más que una señal de distinción concedida por un príncipe de la tierra, y se sonríe cómpadecido al ver que nos adornamos con la librea de la Reina del cielo. Pero vosotros, hijos de María, en vez de avergonzaros, gloriaos de tan santo traje, ¿ y por qué no os gloriaríais? ¿ Por qué no lo llevaríais con orgullo? Siendo la señal de vuestra consagración á Aquella, que por sus virtudes y gloria tan alto se elevó en el cielo y en la tierra, ¿ cómo no os hiciera dichosos? Debiendo ayudaros á evitar poderosamente las llamas eternas, si vosotros añadís la práctica, de las virtudes, ¿ por qué no lo tomaríais á empeño cuando veis que tantos se arrojan á la batalla para contender por un andrajo de púrpura, que es la bandera de un partido? El santo Escapulario es la bandera de los hijos de María, llevadla pues con santo orgullo.

Punto III.º — Obligaciones que impone el santo Escapulario. No os figuréis que basta con recibir el santo Escapulario para asegurar la salvación, por más fieles que seáis en cumplir con vuestros deberes; eso sería hacer servir para vuestra eterna pérdida, lo que ha de servir para vuestra salvación; no, la devoción al santo Escapulario no ha de ser ni práctica supersticiosa, ni pábulo de presunción. Para ser



miembro de la cofradía del Carmelo, se requieren ciertas condiciones cuya ausencia os privaría de todas las ventajas que estriban en ella. Unas son exteriores, y meramente reglamentarias, como el modo de recepción, la forma del hábito, la constancia en llevarlo día y noche, la fidelidad en recitar las oraciones prescritas (siete padrenuestros, siete avemarías, y siete gloriaptris).

Las demás condiciones son interiores: gran amor por María, celo más activo por honrar su culto, y adornar sus altares, y sobre todo imitación más generosa de sus virtudes. Por supuesto todos los fieles están obligados á imitar á la Virgen, pero los cofrades del santo Escapulario deben hacerlo con mayor perfección. La cualidad de siervos é hijos de María con que se honran, y el santo hábito que visten, no les permite duda alguna.

Luego, un cofrade del Escapulario esclavo de vergonzosas pasiones, ¡ qué monstruosidad, y qué deshonor para la Madre de Dios! ¡ Qué motivo de dolor para ella el ver entre sus hijos y en su familia Judas que venden á Jesús su amado hijo! ¡ verdugos y judíos que otra vez le crucifican: sacrílegos que huellan su cuerpo y su sangre! ¡ Os figuráis el asqueroso contraste que ofrece una alma voluptuosa vestida con el hábito de la más pura de las vírgenes? ¡ Una alma sensual con la librea de la más mortificada de todas las mujeres! ¡ Un

orgullosa entre los siervos de la más humilde de todas las criaturas! ¡ Un iracundo, ó un vengativo en la familia de esa divina madre, tan llena de mansedumbre y caridad! ¡ Qué espectáculo una joven mundana, inmodesta en el vestir y en sus modos, aficionada al lujo y á la vanidad, en la casa y entre los siervos de la Madre de Dios tan casta, tan modesta, tan púdica, y que jamás pudo sufrir nada que se pareciese, ni aún de lejos, á las máximas del mundo, y las libertades que en él se permiten! Una persona honrada no puede soportar á su servicio gentes de sospechosa fama, porque redundaría ello en menosprecio suyo; pensad pues cuánto deslucen á la Virgen santa los cofrades del Escapulario que se abandonan á vergonzosos excesos, y en qué tremendo castigo han de incurrir, si siguen en las vías de la iniquidad. ¡ Cómo se atreverán esos desventurados á parecer ante ella á la hora de la muerte? ¡ Cómo tendrán la avilantez de presentarle su hábito santo, después de haberlo mancillado, profanado, y tratado tan indignamente?

Virgen Santísima, tú que siendo la madre de mi Dios, quisiste también ser la mía agregándome al número de tus hijos más amados, no permitas que yo degenero nunca de ese título tan glorioso para mí. Al darme tu hábito santo me diste la prenda más preciosa de tu amor. Haz que, con llevarlo dignamente, yo te dé una



prueba certera de mi agradecimiento. Ya conozco toda la extensión de tu bondad y promesas, ojalá pueda conocer también y llenar toda la extensión de mis obligaciones. Pero, como un hijo puede pedirlo todo á tan buena y poderosa madre yo te suplico te intereses por mí con tu Hijo, para que afianzado con tu crédito, corresponda al designio que él tuvo al crearme, y al que tuviste tú al adoptarme. Tu quieres, como él, que sea por mi santificación: enciende pues en mi pecho el fuego sagrado que santifica, á fin de que yo arda de amor por él, cual quiero arder de celo por ti. Amén.

## EJERCICIO

Si acostumbráis felizmente traer algún objeto de piedad en honra de María, no la desairéis con abandonar tan piadosa práctica, sea por indiferencia, sea por respeto humano.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

ESCAPULARIO. — *Es preciso llevar el Escapulario con perseverancia.* — Hacia el capellán de un colegio la visita de los dormitorios para cerciorarse si todos los colegiales estaban acostados, y vió un muchacho de rodillas al lado de su cama. — ¿Por qué no estás ya en la cama? le preguntó el capellán. — Di al portero mi Escapulario para que le pusiera un cordón, y aún no me lo devolvió, y no me atrevo á acostarme, no sea que me muera esta noche sin él. — Encomiéndate á la Virgen y no temas; ma-

nana te devolverán el Escapulario, pero mientras tanto duerme, hijo. — No, no, yo no puedo acostarme, acaso me moriré esta noche. Y hablando así, el pobre muchacho vertía abundantes lágrimas. Movido el capellán de las disposiciones del niño, y admirando su confianza en María, fué á ver al portero, y trajo el Escapulario al jovencito; el cual después de besarlo con devoción, y ponérselo al cuello, se durmió gozoso, invocando á María, á quien llamaba su tierna madre. ¡Qué piedad filial! ¡qué candorosa ternura! Al día siguiente, fué el capellán á ver si todos habían sido exactos en levantarse á la hora señalada, y al llegar al lado de la cama del piadoso muchacho, que tan buen ejemplo había dado, notó que todavía estaba en la cama. Creyó que estaba reparando el tiempo perdido la víspera, y después de llamarlo repetidas veces sin contestación, se aproximó para despertarle. Pero, cosa extraña, estaba muerto, había muerto aquella noche. En su rostro se dibujaba una sonrisa angélica, y aún tenía en las manos el Escapulario, que sin duda besara por última vez antes de dormirse en el Señor. Quiso María premiar la admirable confianza de su joven siervo, con no permitir que muriese sin la santa librea.

*El soldado devoto á María.* — Era el 13 de mayo 1836. Una fresca mañana de primavera, tan deliciosa en nuestro hermoso suelo de Occitanie, me encaminaba gozoso con el rosario en la mano, hacia el venerado santuario de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de Gracia, de Rochefort. Después de trepar al monte santo en que se eleva el monumento consagrado á la Reina de los ángeles, entré en la iglesia, la cual está á cargo de los Padres Maristas. ®

Sentíme vivamente conmovido al ver en los pedregales del altar de la Virgen, un anciano arrodil-



llado, y á su lado un soldado joven hondamente recogido, inclinando casi hasta el suelo su frente quemada del sol. Al salir de la iglesia, me acerqué al anciano, y entré en conversación con él. « Este joven, me dijo, es hijo mío, soldado en el 10º de línea, y regresa de Oriente, donde participó en las sangrientas batallas que se dieron entre el ejército anglofrancés y los rusos. Antes de su partida vinimos á rezar á este santuario. Mi hijo se puso bajo la protección de N.ª S.ª de Gracia; tomó su gloriosa librea, es decir el Escapulario, se colgó al cuello la medalla de la Virgen, y yo supliqué á la buena Madre, con lágrimas en los ojos, que me lo trajera otra vez sano y salvo al hogar doméstico. Fiel á su promesa, dirigió él todos los días, sobre todo antes del combate, sus ruegos á María. En las acciones más acaloradas, siempre le respetaron las balas, los obuses y metralla; su Escapulario fué cual impenetrable coraza, de que parecían huir los tiros del enemigo. Hallándose un día en la trinchera ante las murallas de Sebastopol, le pareció oír una voz misteriosa que le decía: « Cambia de puesto. » Dió dos pasos adelante, y de repente cayó y estalló una bomba que hizo pedazos al soldado que le había reemplazado, y cuya ensangrentada cabeza fué á dar con su kepis. Cayó creyéndose muerto, pero no tardó en volver en sí reconociendo que ni aun herido estaba, y que la sangre con que estaba salpicado, era la de su desventurado compañero de armas. ... Habiéndolo pues salvado de un modo tan particular María, que siempre le cobijó en su ala, apartándole de mil peligros en las olas del mar, y en los campos de batalla, viene ahora á agradecerlo á su divina libertadora, yo le acompañe en su piadosa visita, para dar también gracias á la misericordiosa Virgen, que oyó mis ruegos, devolviéndome mi hijo, único apoyo de mi vejez. »

Honda impresión hizo en mí el relato conmove-

dor de un anciano de patriarcales costumbres, de fe tan sencilla y candorosa, y creí no disgustar á mis piadosos lectores con participarles ese nuevo rasgo de la inagotable ternura de María. — (Abate T. BLANC, cura de Domazán).

Miles de prodigios testimonian la particular protección de María para con los que llevan su santa librea.

En el sitio de Montpellier, un soldado que traía el Escapulario, recibió un mosquetazo al subir al asalto; pero, después de horadar su uniforme, la bala se aplastó sobre el Escapulario, y quedó allí sin hacerle lesión alguna. Luis XIII que se hallaba presente fué testigo del portentoso, y se apresuró á tomar el hábito santo, cuyo sorprendente efecto acababa de presenciar. (*Vida del B. Simón Stock*).

En 1648, el día de Navidad, pegóse fuego en el castillo de Raguin, en el Anjou; el barón de Sourche arrojó su Escapulario en el incendio, el cual cesó inmediatamente.

Un estudiante de Padua, que por sus desórdenes llegó al extremo de la desesperación, quiso matarse, y se dió tres puñaladas; pero las tres se pararon en el Escapulario que el tomara en tiempos más felices. Puesto á salvo por tan extraordinario suceso, y movido de sentimiento, se arrepintió, y reparó sus pasadas culpas con un vida cristiana.

Un joven estudiante, que había salido salvo de la espantable catástrofe del ferrocarril de Versailles, acompañaba al hospital Necker á un amigo suyo herido gravemente. Al llegar á la sala donde depusieron á su amigo, dijo á una de las religiosas que allí se hallaban: Hermana, si me salvé de ésta, lo debo á mi Escapulario: á la Virgen santa debo la vida. De cuantos estaban en el mismo vagón, sólo yo escapé de la muerte, ni aun un rasguño re-



cibi. ¡Oh! ; cuánto agradecimiento debo á Dios!

Hace unos años, salía del puerto de San Maló un joven marinero con rumbo á América. Ese joven que pertenecía á una familia expuesta siempre á los azares del mar, se había consagrado á María y traía el Escapulario, pero con gran confianza y amor. Llegado al término de su viaje, quiso bañarse después de algunos días de descanso; quisieron disuadirlo diciendo que las playas eran peligrosas. Persistió él, y nadando se alejó de la orilla. De repente, divisa á poco trecho un tiburón que se lanzaba para tragarlo, aciago y espantable momento. El primer movimiento del joven fué un movimiento de pavor, pero su pensamiento se dirigió al cielo. Cogió el Escapulario que siempre llevaba, lo tremoló con la mano izquierda, enseñándolo al tiburón, y procurando nadar con la derecha. Detúvose el monstruo como cegado ó paralizado, y cobijado con la celestial armadura, siguió nadando el protegido de la Virgen, llegando luego á la orilla, donde exclamó prosternándose: ¡Ave María! Desde entonces, en cada viaje, lleva consigo Escapularios no sólo para sí, sino también para los demás marinos.

Nosotros conocemos al héroe de este relato, dice el redactor del *Magasin catholique*, y podemos asegurar su perfecta veracidad, y la exactitud de ese hecho, que tan grato nos es contar para gloria de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Carmelo.

## DÍA VEINTE Y SIETE

### CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO CORAZÓN DE MARÍA

Para comprender la excelencia del corazón de María, y la veneración con que debéis obsequiarle, tenéis que considerar lo que él es en sí mismo, lo que es en su unión con Dios, y lo que es en su amor por los hombres.

PUNTO I<sup>o</sup>. — El corazón de María considerado en sí mismo. « Debe ser el corazón del hombre algo muy superior á las demás obras que salieron de manos de Dios, para que ese Dios todopoderoso manifieste él mismo su gran amor por tan débil corazón, amándole hasta los celos, teniendo á gloria el conquistarle y reinar en él<sup>1</sup>. » Nuestro corazón, eso nos pide en cambio de todo cuanto hizo por nosotros; para lograrlo, se humilla hasta los ruegos: Hijo mío, dame tu corazón<sup>2</sup>. Recurre á las promesas<sup>3</sup>; y se compromete á dejarse ver sin velo á los corazones puros, á no poner lindes en sus liberalidades para con los corazones rectos. En una palabra, Dios no cesa jamás de tener puesta su mirada

1. Ab. Ladén.

2. Prov., xxii, 53.

3. Math., v, 8.



cibi. ¡Oh! ; cuánto agradecimiento debo á Dios!

Hace unos años, salía del puerto de San Maló un joven marinero con rumbo á América. Ese joven que pertenecía á una familia expuesta siempre á los azares del mar, se había consagrado á María y traía el Escapulario, pero con gran confianza y amor. Llegado al término de su viaje, quiso bañarse después de algunos días de descanso; quisieron disuadirlo diciendo que las playas eran peligrosas. Persistió él, y nadando se alejó de la orilla. De repente, divisa á poco trecho un tiburón que se lanzaba para tragarlo, aciago y espantable momento. El primer movimiento del joven fué un movimiento de pavor, pero su pensamiento se dirigió al cielo. Cogió el Escapulario que siempre llevaba, lo tremoló con la mano izquierda, enseñándolo al tiburón, y procurando nadar con la derecha. Detúvose el monstruo como cegado ó paralizado, y cobijado con la celestial armadura, siguió nadando el protegido de la Virgen, llegando luego á la orilla, donde exclamó prosternándose: ¡Ave María! Desde entonces, en cada viaje, lleva consigo Escapularios no sólo para sí, sino también para los demás marinos.

Nosotros conocemos al héroe de este relato, dice el redactor del *Magasin catholique*, y podemos asegurar su perfecta veracidad, y la exactitud de ese hecho, que tan grato nos es contar para gloria de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Carmelo.

## DÍA VEINTE Y SIETE

### CONSIDERACIONES SOBRE EL SANTO CORAZÓN DE MARÍA

Para comprender la excelencia del corazón de María, y la veneración con que debéis obsequiarle, tenéis que considerar lo que él es en sí mismo, lo que es en su unión con Dios, y lo que es en su amor por los hombres.

PUNTO I<sup>o</sup>. — El corazón de María considerado en sí mismo. « Debe ser el corazón del hombre algo muy superior á las demás obras que salieron de manos de Dios, para que ese Dios todopoderoso manifieste él mismo su gran amor por tan débil corazón, amándole hasta los celos, teniendo á gloria el conquistarle y reinar en él<sup>1</sup>. » Nuestro corazón, eso nos pide en cambio de todo cuanto hizo por nosotros; para lograrlo, se humilla hasta los ruegos: Hijo mío, dame tu corazón<sup>2</sup>. Recurre á las promesas<sup>3</sup>; y se compromete á dejarse ver sin velo á los corazones puros, á no poner lindes en sus liberalidades para con los corazones rectos. En una palabra, Dios no cesa jamás de tener puesta su mirada

1. Ab. Ladén.

2. Prov., xxii, 53.

3. Math., v, 8.



en el corazón del hombre ; le sigue en sus vías, observa sus movimientos, no ve ni aprecia más que el corazón del hombre. Si pues tan grato es á sus ojos el corazón de un simple mortal, en que tan sólo Dios dejó caer unas gotas de su gracia, ¡ cuánto más grato y precioso será el corazón de María, en que tanto torrente de gracias derramó!

Todos los demás corazones fueron inficionados por el pecado original, y amancillaron luego ellos mismos la poca belleza que les quedaba con pecados voluntarios y personales. Pero María fué concebida sin mancha, y jamás sucedió que tan generoso y magnánimo corazón consintiera en la más leve culpa que afearlo pudiera á los ojos de Dios. El Señor vió revivir en esa Virgen bendita toda la belleza de la madre del género humano, al salir ésta radiosa é inocente de sus manos. ¡ Oh! con cuánto amor debió contemplar á ese corazón sagrado, á quien no desfiguraba mancha alguna, cuyas inclinaciones no eran más que santas, y sus afectos celestiales! Esa era la criatura hecha á su imagen, y en que, como en un espejo, vienen á reflejarse sus divinas facciones. La contempla amoroso, viéndola hermosa y sin mancha alguna<sup>1</sup>; la propone á la admiración de los ángeles: Mirad, les dice, á esa casta paloma; es sin igual, y sola perfecta: *Una est culumba mea, perfecta mea*<sup>2</sup>.

1. Cant.

2. Cant.

Y lo que fué dado á los ángeles ver y admirar, también vosotros podéis admirarlo con estudiar el corazón de María. Todas las virtudes parecen haberse dado cita en él. Había nacido de sangre real, había sido elevada á la dignidad de madre de Dios, sobrepujaba en luces á los genios más célebres; pues bien, miradla: ella se retrae en voluntaria oscuridad; escoje por esposo á un pobre artesano, se entrega á todas las humillaciones inseparables de una condición abyecta á los ojos de los hombres. Observad todos sus pasos, oíd todas sus palabras, estudiad hasta su silencio, y veréis que continuamente se dedica á confundirse y humillarse; y la perfección de sus demás virtudes corresponde á lo profundo de su humildad.

¿Cómo no admirar su desprendimiento de las cosas terrenales, lo vivo de su fe, su sumisión á los designios de Dios sobre ella? ¡Qué caridad para aliviar los padecimientos! ¡qué valor para sobrellevar las mayores penas de la vida! ¡qué heroica constancia en la adversidad, y sobre todo; qué amor incomparable por su divino Hijo! Cuanto más estudia uno el corazón de María, tanto más se persuade que ese corazón fué el más grande después del de Jesucristo, el más noble y santo que salió de manos de Dios.

PUNTO IIº. — El corazón de María en su unión con Dios. Habiendo Dios resuelto de toda eternidad salvar al mundo por medio de los misterios de la Encarnación y Redención, resol-



vió también de toda eternidad crear una virgen para ser la madre de su Hijo hecho hombre, y esa criatura privilegiada es María. Desde luego, la adornó Dios, desde el instante de su concepción, con todos los dones de la gracia y de la naturaleza que pueden otorgarse á una simple mortal.... Antes que viera la luz, ya se le pudo llamar llena de gracia. Á su nacimiento, la recibe Dios en sus brazos, y no quiere que tenga otro padre más que él. Mucho antes de la edad en que las demás niñas reciben las primeras luces de la razón, María se sépara de los afectos de familia, se eleva más alto que los sentimientos de la naturaleza, y para consagrarse enteramente á Dios, se encierra en el templo. Ligada en él al pie de los altares por su amor, ya no tiene trato más que con el Cielo, y únicamente ocupada en dar gusto á Dios, se prepara á las inefables nupcias que luego ha de celebrar con el Espíritu Santo.

Por fin, sale del templo exornada de la pureza primitiva y virginal, de castidad, de humildad, de amor, y de todo un conjunto de virtudes que forman su vestido nupcial. Y ahora es cuando descende en ella el Espíritu Santo, para cumplir el portento cuarenta siglos esperado, el misterio incomprensible hasta para los ángeles, dándole un título y derechos á que no era posible que criatura alguna pudiera pretender. Desde ese momento, sobre todo, quedó el corazón María unido con Dios de un modo inenarra-

ble. Pudieron sin duda otros corazones puros y generosos llamar á Dios Padre suyo, pudieron otras vírgenes llamarse, aunque en sentido menos exacto, esposas del Espíritu Santo; pero ¿quién sino María pudo jamás llamarse madre de Dios? ¿quién sino María concibió en sus entrañas, dió á luz y sustentó al Hijo del Eterno? Y ved; qué continuación de prodigios! una Virgen que concibe, y da en cierto modo el ser á su Criador, y el Criador que se hace, por decirlo así, obra y producción de su criatura. Una madre que alimenta con su substancia á aquel que da incremento á toda la naturaleza, y lleva en sus brazos á aquel que el universo no puede contener.

Comprended, si os es posible, qué concurso de gracias debió recibir el santo corazón de María de esas comunicaciones íntimas, de esas relaciones continuas con la Divinidad; ¿cómo debieron divinizarse sus pensamientos y sentimientos en los nueve meses que el Verbo eterno animó su seno virginal!; Qué fuego debió encender en él ese sol que en él se estuvo tanto tiempo encerrado, sin dejar que estallara chispa alguna hacia fuera!; de qué santidad no debió llenarse ese corazón durante los treinta años de trato no interrumpido, de comunicación, de expansiones mutuas y diarias entre el Hijo y la Madre!

PUNTO III°. — El corazón de María en su amor por nosotros. Cuando el Espíritu Santo



quiere hacernos comprender, en cuanto cabe en la humana inteligencia, el amor del Padre eterno por los hombres, no emplea otras expresiones más que éstas: *Dios amó tanto al mundo, que entregó su Hijo único para salvarlo*. Eso es lo que el gran Apóstol llama el exceso de la caridad de Dios para con los hombres. Pues bien, esa es también la prueba que nos da María de su amor por nosotros. También ella tenía un hijo, un hijo único, á quien amaba como jamás madre amó al hijo más amable, un hijo que era su tesoro, su vida, y por quien hubiera sacrificado mil vidas, si mil vidas tuviera. Pues bien, ese entrañable hijo, ese hijo incomparable, ella lo ofrece por nuestra salvación, ella lo entrega, admirable fruto de sus entrañas, por la redención del mundo; y tan doloroso sacrificio no empieza para ella en el Calvario.

Desde el instante en que Gabriel le anunció que tendría un hijo llamado Jesús, ya ella vislumbró todo cuanto esa palabra significaba, ya comprendió que estaba destinada á dar á luz la víctima del género humano; y adhirió, por amor por nosotros, al riguroso designio de la Providencia. El día de la presentación de Jesús en el templo, al decirle el anciano Siméon: *Sábetes, joven madre, que una espada de dolor atravesará tu alma; ¡ ah! en ese momento todo lo vió como en un espejo: desprecios, calumnias, ultrajes, espinas, los clavos, la cruz, y todo lo aceptó por nuestra redención.*

Pero la angustia más cruel para María fué el Calvario. Subid á él y ved que espectáculo: Jesús sentenciado á muerte; lastimado y desgarrado con los azotes; agotado de sangre y fuerzas, cargado de pesada cruz; llegado al sitio del suplicio. Unas piadosas mujeres, que saben su inocencia, no pueden atajar sus lágrimas, y llenan los aires con lamentables gemidos. Y la madre de la víctima; ¿dónde está? ¿habíase quedado desconsolada en casa? No tal. Su ternura por nosotros exige más valor, y lo tendrá. María está al lado de la augusta víctima, habiendo subido á su lado el monte Calvario, y el Evangelio no dice que llora. Despojan á su Hijo, le extienden en la cruz, se oye hundir con repetidos golpes los clavos que horadan sus pies y manos; ella ve la sangre que brota de sus desgarrados miembros, oye los ultrajes y blasfemias contra él. ¡ Dios mio!; cuánto debe padecer! pero sabe que nuestra salvación estriba en el sacrificio de su Hijo, y suscribe á sacrificio tan doloroso.

Ved hasta qué punto nos amó el corazón de María; ved cómo ha venido á ser nuestra madre. ¡ Qué caro le habemos costado, Dios mio! Pero cuanto más caro, más nos ama: Amemos pues también nosotros á una madre que tanto nos amó. Seamos para ella hijos fieles y tiernos, y no busquemos otro refugio más que el corazón de nuestra divina madre.

¡ Oh corazón inmaculado de María!; Cómo



podríamos no honrarte, siendo tu corazón el de la más tierna madre! Por lo tanto jamás cesaremos de invocarte y poner en ti toda nuestra confianza. Por muchas que sean nuestras miserias y flaquezas, jamás desesperaremos, mientras tú seas nuestro refugio. ¿No eres tú, oh corazón sagrado, la bondad misma y la misericordia? Sí, eres; y si no tienes la omnipotencia que impera y obra cuanto quiere, tienes la omnipotencia que suplica y logra cuanto pide. Ábrete pues, tan amable corazón, para recibir nuestros corazones, y sé para nosotros seguro refugio donde jamás puedan alcanzar los golpes de nuestros enemigos. Amén.

## EJERCICIO

Probemos á María que le amamos con evitar todo cuanto puede disgustar á su divino Hijo, y sobre todo el pecado mortal.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Una visita á Nuestra Señora de las Victorias, donde está establecida la Archicofradía en honor del santo Corazón de María.* — Un joven de provincia después de brillantes estudios, logró como recompensa un viaje á París. Lleno de júbilo, va á sus amigos y les anuncia su próxima partida, ofreciéndoles desempeñar todos los encargos que le dieran. Fué también á una quinta, donde vivía una señora muy piadosa, y le ofreció sus servicios; ésta le dió las gracias, y acordándose de repente: « Si

dijo, tendría un encarguito pero acaso os molestará. — No, señora, yo me pongo á las órdenes de V. — Pues bien, os encargo que vayáis por mí á rezar un *Avemaría* al altar del santo Corazón de María, en la iglesia de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Victorias». No era el joven de lo más católico, y no esperando semejante recado, decía para sí: ¡Qué idea tan tonta! Ya tienen razón los que dicen que la gente piadosa es gente rara. No obstante se calló y aceptó. Después de llegar á París, fué á todas partes, pero se quedó en el tintero aquello de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Victorias. La víspera del día de su regreso, se acordó del bendito *Avemaría*, y dijo entre sí: « ¡Qué! no tengo gana de ir allá... es una molestia; y sin embargo es cosa prometida. Aquella señora no dejará de preguntarme si hice el encargo, pues las devotas toman á empeño esas cosas. » Fué pues á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Victorias, y se metió en un rinconcito de la capilla en el momento en que no había nadie en la iglesia. Se arrodilló torpemente como quien no lo acostumbra, y procuró recordarse las palabras del *Avemaría*. Le consterna el pensamiento de que está solo ante Dios, y la empezada oración le penetra hasta el alma; conmovido, fluyen lágrimas de sus párpados, y oyendo alguien tras sí, mira, ve al señor cura, y aunque tiene poca afición á la sotana se dirige á él sobresaltado. Dicele el cura estrechándole la mano; « Amigo, estoy seguro que sois también una de esas almas extraviadas que nos envía la Virgen de cuando en cuando. — ¡Ay de mí! padre cura, ello es la verdad. » Fueron á la sacristía, se confesó el joven, el viaje fué aplazado, comulgó, y á su regreso, su primera visita fué para la señora del *Avemaría*. ®

Vamos á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> de las Victorias, ante el altar del santo Corazón de María. Allí es donde la Reina del



cielo quiere permanecer siempre soberana; allí es donde estableció de preferencia el trono de sus finezas. Ante sus ojos, en el recinto de donde á toda hora suben ardorosas súplicas hacia el cielo, el pecador se ve obligado á rendirse; y ocurren allí inauditos fenómenos; aquí tenemos uno que supera hasta la misma desesperación: J. B\*\*\* abogado de unos treinta años de edad, había perdido la fe y las buenas costumbres. Se había vuelto ateo sistemático, y vivía sin regla ni freno, esclavo de su orgullo y sentidos. Diez y siete años duró ese desorden, y diez años ocupó su imaginación el pensamiento del suicidio. Habiendo venido á París, experimentó el más cruel desengaño en sus dos pasiones dominantes el orgullo y el placer. Se encontraba delante de N.ª S.ª de las Victorias cuando recibió tan rudo golpe y fuera de sí, exhalaba su sentimiento y cólera con lágrimas y sollozos. Serían las diez de la noche, y estando tan cerca de la iglesia, entra en ella y la encuentra desierta. Se adelanta hacia la capilla del Santo Corazón de María; se sienta en frente del altar, hondamente preocupado y sin ver nada por lo pronto. Increpa á Dios por los sinsabores que experimenta, á Dios en cuya existencia no cree; amenaza enajenado las bóvedas de la iglesia con el puño, y blasfemando: «¡ Ah! si es verdad que existes, dice, ¿ por qué soy yo tan desdichado? yo te desafío á que me pruebes tu existencia. » Vuelve la cara y divisa la blanca imagen de María. Furioso entonces, exclama: « Tú, que dicen eres el consuelo de los afligidos, vamos alívame si algo puedes. » Súplica indigna, á que no obstante atiende la Madre de misericordia; pues no ignora las fervorosas oraciones que á cada instante le dirigen en el mismo sitio en que ese triste está blasfemando. Se conmueve de tanta y tan lamentable miseria, y el impío siente que disminuye su angustia. Vuelve á empezar la oración, y experi-

menta una calma más sensible, y tres veces á la misma demanda sigue la misma gracia. Media hora después, se vuelve á casa, y al entrar en su cuarto, ve un libro encima de la mesa, era la *Imitación de Cristo*. Admirado y no sabiendo de donde viene aquel libro, lo abre y lee estas palabras: « El hombre será castigado por donde pecó. » Reflexiona un momento, abre otra vez el libro y lee: « La paz del corazón se logra con resistir á las pasiones, y no con hacerse esclavo de ellas; hijo mío, no sigas tus desarreglados deseos, y renuncia á tu voluntad. » Ya lo entiende, es preciso cambiar.

Vuelve el día siguiente á N.ª S.ª de las Victorias, medita y reza, y sigue ese ejercicio ocho á diez días; desearía confesarse, pero el orgullo... En fin, después de unas semanas de lucha, durante las cuales iba con frecuencia á los pies de la Reina de bondad, salió victorioso, y se transformó su vida enteramente. Selló su reconciliación con Dios el 25 de enero, día de la Conversión de san Pablo, y desde entonces siguió siendo ferviente cristiano y admitido á la comunión frecuente. No salió de París hasta el 25 de agosto, habiendo querido afianzarse en la práctica de las virtudes cristianas, para poder á su regreso reparar más eficazmente los escándalos de su vida primera. Fué su conducta una predicación para sus conciudadanos; y varios de ellos, llevados por su ejemplo, fueron á París con objeto de pedir para sí análogo regreso al sendero del deber y del honor.

*Eficacia de la oración á María.* — Un joven había recibido de sus padres excelente educación cristiana, y se distinguía en medio de sus condiscípulos por la inocencia de sus costumbres y la prudencia de su conducta. Á los catorce años, tuvo la



desgracia de dar oídos á palabras licenciosas que despertaron en su alma las ideas más criminales. Se abandonó al pecado, y se hizo éste un hábito tiránico que le arrastró á toda clase de demasías.

Como aún tenía el temor de Dios, deseaba sin duda renunciar á sus desórdenes y se esforzaba de vez en cuando en romper las fatales cadenas con que el demonio lo tenía amarrado. Pero el peso de sus iniquidades le inclinaba siempre hacia el triste objeto de sus pasiones, y luego recaía en los pecados que al parecer aborrecía. Harto de tan inútiles conatos, se dejó llevar del desaliento, y persuadido de que jamás podría enmendarse, resolvió no confesarse más.

Con el propósito de disculparse á sus propios ojos y á los del director de su alma, fué á verle y le declaró su resolución: « Y no creáis, añadió, que obró por respeto humano, ó por estar cansado de la virtud; no tal, ya os probé con mi perseverancia en venir á veros cuán poco me importa lo que mis compañeros piensen de mí, y por otra parte, siento más que nunca el consuelo que perdí al perder la inocencia. la cual fué en mi niñez fuente de gozo tan puro. Pero quise volver á Dios, y no me fué posible: en vano probé corregir estas inclinaciones que aborrezco; yo creo que incurri en la ira de Dios, y pues estoy condenado, es excusado que siga frecuentando un sacramento, cuya profanación no servirá más que para hacer que sea más tremendo mi castigo.

Desde luego reconoció el sacerdote en esas palabras el efecto de la más terrible tentación, de que se vale el enemigo de los hombres para acabar de perder á las almas, esto es, la desesperación. Por lo tanto, lejos de abandonar al malogrado amigo, se apresuró á darle confianza, asegurándole que tan generoso corazón no podía estar destinado á odiar á Dios eternamente. Y levantándose de repente, y

tomando al joven por la mano, díjole con inspirado tono: « Anda, hijo, anda en seguida, y échate á los pies de la Virgen pidiéndole tu conversión, y luego ven á verme. »

Obedeció el joven, fué á postrarse ante el altar de la madre de Dios; y regando el suelo con sus lágrimas, suplica á la Virgen que se apiade de una alma que tanta sangre costó á Jesús, promete nuevos esfuerzos, y se consagra enteramente á María.

No tardó en experimentar la poderosa protección de aquella á quien invocó con tanta docilidad y confianza. Al levantarse, sintióse lleno de una fuerza desconocida hasta entonces; volvió á su confesor, y declaró sus pecados con tanto dolor y arrepentimiento, que el ministro de Dios quedó convencido de que la mano de María había obrado sobre el pobre pecador.

Efectivamente, el joven protegido de la Virgen Santísima cambió completamente de vida; resistió en lo sucesivo con ánimo invencible á las depravadas inclinaciones que habían hecho su desesperación, y llevádole hasta las puertas del infierno; y unos años más tarde, fué citado en todas partes cual dechado de piedad y fervor.



## DÍA VEINTE Y OCHO

CONSIDERACIONES SOBRE MARÍA MODELO DE  
HUMILDAD.<sup>1</sup>

No hay cosa más admirable que la humildad de la Virgen Santísima. Esa humildad se manifiesta: 1° en su conducta cuando las palabras del Angel; 2° en su silencio sobre el gran misterio de que ella es objeto; 3° en su amor por la oscuridad.

PUNTO I°. — La humildad de María se manifiesta cuando las palabras del Angel: « Dios te » salve, María, llena eres de gracia, el Señor es » contigo, bendita tú eres entre todas las » mujeres. Y ella, habiendo oído se turbó con » tales palabras, y pensaba en sí misma qué » podía ser aquella salutación. » Observan los comentadores que María no se turbó con la vista del Angel, sino de sus palabras, no entendiendo cuál pudiera ser la celebridad que la anuncia el Angel, y que la eleva, siendo una pobre joven, por encima de todas las mujeres del género humano.

¿No os ha sucedido alguna vez ver á un alma

1. Sacadas de A. Nicolás

de un mérito que ella ignora, expuesta de repente á un concierto de alabanzas que ella no esperaba, y que sólo ella no comprende? ; Qué sorpresa! ; qué deslumbramiento! ; que turbación conmovedora no infunde á su modestia! Figuraos pues á María, que se tiene á sí misma por la última de las criaturas, y á quien saluda el ángel comolena de gracia y bendita entre todas las mujeres. ; qué turbación y trastorno en todo su ser! Suelen las injurias trastornar á los hombres, porque se disimulan á sí mismos sus faltas, las miran lo menos posible, están engreídos de su supuesto mérito, pregonándolo con frecuencia; pero María, absorta siempre en su nada ante Dios, no podía perturbarse sino con las alabanzas. Era tan sencilla su humildad, que ni aún había tenido el orgullo de combatir; y por eso le parece tan extraordinaria y sorprendente la idea de grandeza que las palabras del Angel ofrecen á su entendimiento. Si semejante epitalamio se dirigiera á la hija de Caifás, *no pensara mucho tiempo en sus adentros qué podía ser aquella salutación*, desde luego aceptara el honor, y resonara en su pecho esta palabra de complacencia: ; Dios mío, qué fausto acontecimiento! Así pues, la primera vez que la Virgen santa nos es manifestada, es su humildad la que arrebatá nuestra admiración.

PUNTO II°. La humildad de María se manifiesta en su silencio sobre el gran misterio de que ella es objeto. Acaba de ver á un



ángel, oye que la proclama bendita entre todas las mujeres, sabe ahora el secreto de Dios, el cumplimiento de todas las promesas, el advenimiento de todas las antiguas esperanzas de Israel, la salvación del universo; en ella se le anuncia que se va á realizar tan gran portento por el mayor y más glorioso de los prodigios. Sin dejar de ser virgen, ella es madre, y madre de Dios, santuario del Espíritu Sante, esposa del Altísimo, tabernáculo vivo y tres veces santo; y sus labios guardan el silencio, y su fisonomía no revela, ni aún con la más leve emoción, ese misterio en que estriban los destinos del mundo, y que ella encierra en sí. Después como antes, atiende á las vulgares necesidades de su condición, no la encuentran sus compañeras menos humilde, ni menos sumisa su esposo José, todos la ven tan plácida, tan sencilla y diaria.

El Dios recóndito en su seno será un día revelado al mundo; el cielo, los ángeles, las estrellas pregonarán su nacimiento y su gloria; los justos y los profetas le recibirán en sus templos, los apóstoles y los portentos del cielo y de la tierra serán los heraldos que publicarán su obra hasta los extremos del universo; todos los grandes, todos los santos, todos los sabios, todos los reyes, todas las naciones le rendirán homenaje y servirán su grandeza; María lo sabe, pues se lo anunció el Ángel; luego pondrá el Espíritu Santo esa profecía en sus labios,

sin quebrantar su discreción, y María guarda el silencio..... Y lo guardará todavía, y lo guardará mucho tiempo después que tantas señales hayan hablado y manifestado el misterio. ¡Oh silencio! ¡Oh humildad! ¡Oh magnánima discreción verdaderamente digna de un Dios humillado!

Esa humildad alcanza hasta el heroísmo, si consideramos dos circunstancias que debían al parecer obligarla á hablar, y eximirla de toda discreción: la primera, cuando su esposo José, ignorando el misterio de la Encarnación, concibe infamantes sospechas con respecto á ella, y piensa en repudiarla; la segunda, cuando su prima Isabel se confunde en su presencia, y la proclama madre de Dios. En la primera circunstancia, ¿quien no admirará la heroica humildad de María, pues que, siendo madre del Santo de los santos que mora en su entrañas, siendo virgen hasta oponer su amor por la virginidad al honor de la maternidad divina, ve que incurre en el más hondo desprecio de su casto esposo? Bastara una palabra para evitarla, pero esa palabra la ensalzara demasiado en la admiración de José, revelara el secreto del cielo, la haría testigo de su propia causa, y por humildad, por discreción y confianza en Dios, María guarda el silencio, dejando más bien que mande Dios un ángel para participar á José el misterio de su gloriosa inocencia, y recibiendo luego del celestial mensajero la más



justa, la más noble, la más santa justificación.

En la segunda circunstancia, la discreción de María se halla á prueba no ya de la vergüenza, sino de la gloria. Va María á visitar á su prima Isabel, y en esa diligencia, se olvida de toda precedencia de rango y condición, del espacio que separa á su divino Hijo de su precursor que la separa también á ella de Isabel. Ella es hija de los reyes de Judá, su hijo del Altísimo, y el hijo de Isabel no será digno de desatar la ligadura de su calzado; pero la humildad no permite á María el pararse en esas consideraciones que ni aún se ofrecen á su mente. Al llegar al término de su viaje se concreta María á saludar á Isabel, dejando que el Espíritu Santo revele su maternidad divina, y sin mencionar el acontecimiento, remite en manos de Dios toda su gloria.

PUNTO IIIº. El amor particular que, á ejemplo de su divino Hijo, tiene María por la humildad, se manifiesta igualmente en un rasgo esencial de su vida, esto es, en la oscuridad.

¿No es cosa extraña que no se haga mención de la Virgen santa en ninguna parte, ni en ninguna circunstancia de la vida de Jesucristo? Mientras que Jesús recorría la Judea, predicando y embelesando las multitudes ansiosas de oírle, mientras que manifestando su omnipotencia para afirmar su divinidad, multiplicaba los portentos, proclamando el pueblo entusiasmado: *Un gran profeta apareció entre*

*nosotros*; mientras que, dejando rebosar de su corazón parte de la caridad infinita que le había atraído á la tierra, curaba á los enfermos, devolvía el oído á los sordos, la vista á los ciegos, la palabra á los mudos, y obligaba hasta á sus enemigos á confesar que *nadie jamás había obrado tan grandes cosas*, ¿dónde estaba entonces la madre de Jesús! ; Qué homenajes, qué rendimientos no le tributaran aquellas multitudes que decían de su hijo: « Dichosas las entrañas que te llevaron, y los pechos que te amamantaron! » María estaba ausente, siguiendo en la vida pobre y olvidada, feliz en su oscuridad.

Ya dejará sin embargo su amada soledad, ya se mostrará, y la veremos al lado de su Hijo. Cuando los días de triunfo hayan cedido á los días de ignominia; cuando después de tanta admiración resuenen gritos de muerte, entonces aparecerá para recibir junto á su divino Hijo ultraje y oprobio. Nadie la vió en el Thabor, pero sí la verán al pie de la cruz. Nadie la vió en la entrada triunfante de su Hijo en Jerusalén, pero sí en el camino del Calvario. Después de la resurrección, ninguna impaciencia, ningún entusiasmo, y ni aún parece regocijarse del triunfo de su divino Hijo; después de la ascensión, su encierra en el Cenáculo con toda sencillez, sin apetecer miramientos ni privilegios, y tanto se retrae, que viene nombrada la última entre las personas que espera-



ban al Espíritu Santo: *Et erant perseverantes cum mulieribus et matre Jesu* <sup>1</sup>.

Así pues, jamás María deja de ser humilde, á prueba siempre del desprecio, como de la gloria, es esa humildad tanto más admirable, cuanto que va junta con la plenitud de la gracia, con la plenitud del mérito y con la plenitud de los honores.

Y á esa triple plenitud de gloria, de méritos y gracias, María añade una humildad más admirable que todas las glorias, que todos los méritos y gracias, siendo más bien esa humildad fuente de toda gracia, mérito y gloria.

1º Plenitud de la gracia. La grandeza de los santos consta de las gracias que reciben y de la fidelidad con que á ellas corresponden, y por otra parte, las gracias que reciben son en razón de la funciones á que Dios los predestina. Predestinada María á la función más eminente, al sublime ministerio de madre de Dios, debió recibir gracias especiales en relación con tan augusta predestinación, gracias extraordinarias ó por mejor decir, la plenitud de las gracias; de modo que la gracia que hace á los santos é hizo á los ángeles, rebosaba en María con tanta abundancia que no tenía otra expresión, aún en el lenguaje del cielo, que la de plenitud: *Ave gratia plena.*

2º Plenitud de méritos: por grande que

1. Act., I, 14.

fuera la gracia en María, no la eximía de todo esfuerzo personal; ella creció en gracias por la fidelidad, lo mismo que nosotros. Logró una gracia primera, y luego otra, mereciendo ésta por el buen uso que hiciera de aquélla. Ella era un agente moral, cual los demás santos; anduvo como ellos de gracia en gracia, de mérito en mérito, hasta merecer un día ser elevada á la dignidad de madre de Dios, y es ese mérito, no menos que esa gracia, el que es objeto del culto que le tributamos, cual lo canta la Iglesia: *Regina cœli lætare, quia quem mernisti portare.* Así pues, la divina maternidad de María, más bien que un honor, es fruto de su mérito.

3º Plenitud de honor. Dios es fuente de toda grandeza, siendo la grandeza misma; cuanto más se aproxima una alma á Dios, más grande es. Pues bien, ¿quién jamás se aproximó más á Dios, y se unió con Dios más estrechamente que María? La unión de María con Dios, es la unión de la madre con su fruto, el cual vive en su seno y de su seno y es parte de ella misma; la misma sangre circulaba en María por ella y por Jesús; el mismo corazón ejecutaba sus pulsaciones, el mismo soplo alimentaba su llama, en fin la misma carne, dice san Agustin, era la carne de María y de Jesús: *Caro Christi, caro Mariæ.* ¿De qué divinidad, si así me atrevo á decirlo, no debía ser penetrada esa carne de María, á quien regaba y perfumaba la sangre de un Dios? Sin duda, María no es Dios, pero



á no ser Dios, ¿quién jamás pudo aproximarse más á la Divinidad? Pues bien, comparémosnos á tan divino dechado; comparemos nuestras miserias con sus grandezas, nuestras iniquidades con sus virtudes, y comprendiendo lo necio de nuestra vanidad, comprendamos cada uno de nosotros el deber de la humildad.

¡Oh María! la más humilde de las criaturas, y la más pura de la vírgenes, tú que confesando tu bajeza, atrajiste á ti la misma Divinidad, haz que entendamos bien que sólo por la humildad nos será dado elevarnos á Dios, y unirnos con él en el tiempo y en la eternidad. Amén.

#### EJERCICIO

Sufrir por amor de Jesús y María las faltas de miramientos, las palabras que zahieren, las humillaciones de cualquiera género que sean, y de cualquiera parte que nos vengan.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Estudiando á los santos es cómo se conoce más la humildad, y los ejemplos nos la darán á conocer más bien que los discursos más elocuentes.

*Ejemplos: el zuavo trapense*<sup>1</sup>. — Hace unos años se presentó un soldado al prior de los trapenses de Staouéli, declarándole que siendo militar en un regimiento de zuavos, estaba para recibir la licencia

1. Extracto del *Moniteur de l'armée*.

aquellos días; declaró también que habiendo salido de una acción empeñadísima herido gravemente en la cabeza, se halló muchos días entre vida y muerte, y en tal extremo, había hecho voto que, si volvía á la salud sin poder seguir la carrera militar se consagraria á Dios para siempre.

Recibióle el prior con mucho miramiento, y le exhortó á que volviera unos días más tarde. En el ínterin, tomó sobre el los informes más circunstanciados, los cuales fueron satisfactorios bajos todos conceptos.

Volvió el zuavo el día de la cita, y el prior le interrogó detenidamente, preguntándole si era verdadera su vocación, si estaba pronto para sufrir todas las privaciones, resignado á aguantar sin quejarse las pruebas más crueles, sin poner su confianza más que en Dios para ser juzgado. A todo contestó el soldado afirmativamente.

Al día siguiente por la mañana, convocó el prior la comunidad en la capilla, y dirigió á sus hermanos reunidos este extraño discurso: « Hermanos, aquí tenéis un recién venido del mundo; un soldado indigno que escandalizó largos años al ejército con su mala conducta y su poco valor. Viene aquí pidiendo un refugio donde pueda reparar en el seno de Dios los desórdenes de su pasada vida. Reflexionad pues sobre el asunto, y mañana á estas horas me comunicaréis el resultado de vuestras reflexiones.»

Estaba el forastero, durante ese discurso, arrodillado en las baldosas de la capilla, rogando á Dios con fervor. Brotaban lágrimas de sus ojos, y como por un movimiento convulsivo, pasaba la mano derecha sobre una herida á penas cicatrizada que se le veía en la frente. Pasó en oración todo el día y parte de la noche. Al amanecer, se reunieron otra vez los religiosos en la capilla, y el prior, como al vispera, tomó la palabra y les dirigió la siguiente alocución:



« Hermanos, aquí tenéis no sólo el soldado más valiente y más digno, con su noble cicatriz en la frente, sino también el cristiano más humilde y virtuoso. Ayer, para someterlo ó dura prueba, pronuncié contra él las acusaciones más injustas; él lo sufrió y aguantó todo, poniendo sólo en Dios su confianza, y esperando sólo de él una reparación merecida, dándonos así desde el primer día de su presencia, un ejemplo único de las grandes virtudes cristianas que requiere la vida monástica. En adelante el nuevo hermano que nos envía el cielo andará el primero de la comunidad para servirnos de ejemplo á todos. » El zuavo trapense vivió todavía cuatro años, edificando á la comunidad con su piedad profunda.

Hace unos años, en la parroquia de San Sulpicio en París, donde las funciones de la religión se celebran con notable brillo, varios niños de la doctrina (la que prepara más directamente para la primera comunión) habían sido designados para asistir á la procesión del Santísimo, en nombre de todos los demás, y como diputados. Era cabalmente el día siguiente al día en que el director del catecismo les había predicado sobre la humildad, dándoles como ejemplo la humildad de María. Sus puestos reservados junto al palio les permitirían aproximarse más al Señor, y recibir más inmediatamente por decirlo así, su bendición. Se les exhortó á que se presentasen con el vestido más decente. Un niño de familia rica y conocida participaba de la diputación, y su madre entró por la mañana en su cuarto para presenciar su *toilette*: « Madre, dijo el niño, yo quisiera ponerme hoy el vestido más sencillo, el de todos los días. — ¡ Como, ! hijito, no hagas disparates; con que vas á acompañar al Santísimo ¡ y no te acuerdas de la recomendación que te

hicieron! — ¿ Qué importa? yo deseo ir vestido sencillamente. — Pero, hombre, dime por qué. — Yo no puedo deciroslo, madre, pero estoy seguro de que me aprobaríais, si lo supierais. — Con que tu tienes cosas ocultas para tu madre. — Pues bien madre, este es el caso: se me ocurrió que será más agradable á Jesús que yo no me presente con los niños ricos, y le rinda homenaje con los pobres; me parece que su mirada se dirigirá más hacia ellos; ¿ consentís en ello? es una buena ocasión para hacer un acto de humildad. » La madre abrazó á su hijo conmovida, y le permitió que hiciera á su gusto (El abate Postel. *Buen Angel de la primera comunión.*)

*Humildad de un fraile lego.* — Hace unos cuantos años, presentóse un joven á la Trapa, solicitando el favor de ser admitido en ella. Recibióle el padre abad, y después de considerarlo, lo admitió como novicio. Mandóle que dejara allí su reloj, pues en la comunidad nadie posee cosa alguna, siendo la regla un desprendimiento absoluto. Hizolo el joven deponiendo su reloj encima de la chimenea, y siguió al reverendo padre, que lo llevó al noviciado. Después de unos momentos de ausencia, volvió el padre á su celda, y quedó admirado al no encontrar el reloj que allí había dejado. Pues ¿ qué se hizo? ¿ quién tocó á aquel objeto? Llama al administrador, le pregunta, contesta el administrador que él no había entrado en la celda, ni visto reloj alguno. Preguntan á todos los hermanos unos tras otros, ninguno vió el reloj, y ninguno sabe nada. No sabe el buen padre qué pensar, no puede sospechar de nadie, ni se atreve, y sin embargo, uno de los hermanos miente pues es claro que uno de ellos echó mano al reloj. Todos están presentes, y se procede á una visita de todas las celdas y á una presquisa minuciosa. Celdas y ropa de los hermanos, todo



se registra, pero sin resultado; no quedaba por visitar, más que el alojamiento del hermano guardián, el cual era reputado y venerado como santo, y por gozar de esa fama de santidad, no se le había interrogado.

Registraron sus cosas, y cuál no fué la admiración y disgusto del prior al encontrar el dichoso reloj oculto debajo de un montón de trapos! Vuelve en el acto á la sala donde reunidos estaban todos los hermanos, llama al culpado, y sin otro preámbulo le condena á pasar lo restante de su vida á pan y agua en una especie de capillita, á lo más apartado del jardín. Sin pronunciar una palabra, con la cabeza baja en señal de obediencia, el lego se restituye al lugar designado. Allí permanecía hacia catorce años, cuando uno de los hermanos acude al prior y le dice sobresaltado: « Reverendo Padre, fray fulano está para morir, como ya lo sabéis, pero antes de irse al otro mundo, quiere reparar un gran daño. El es quien robó aquel reloj, y quien lo escondió, por no ser descubierto, en el armario del guardián y me encarga ahora á mí que os declare su delito. — Pues entonces, castigué yo á un inocente, y el que acusé de hipocresía es un santo; voy de contado á reparar esa falta. » Al entrar el prior en la capillita que servía de cárcel al pobre acusado, le cogió las manos, y le abrazó pidiéndole que le perdona. No atina el lego á qué alude todo eso. « Aquel reloj de antaño. — ¿Qué reloj es ese? — Pero ¿por qué no os justificasteis? — Pero si á mí nadie me acusó. — Es verdad, el culpado soy yo: pues bien, en nombre de la santa obediencia, yo os mando que me impongáis la penitencia que tengáis por conveniente. — Reflexionó un instante el hermano, y luego dijo: En nombre de la santa obediencia, yo os prohibo hablar de este suceso antes de mi muerte. » Y en efecto, sólo después de su muerte se supo ese acto de humildad verdaderamente heroico.

## DÍA VEINTE Y NUEVE

### CONSIDERACIONES SOBRE EL AMOR DE MARIA POR JESUCRISTO

El amor de María por Nuestro Señor no tuvo nunca igual en el cielo ni en la tierra; probemos estudiar su naturaleza y efectos.

PUNTO 1.<sup>o</sup>. — Naturaleza del amor de María por Jesucristo. Es ese amor algo tan elevado, tan profundo, tan misterioso, tan divino, en una palabra, que es inaccesible para la humana inteligencia. Un santo obispo nos dió de él grande idea con decir estas palabras: Para formar el amor de María, se juntaron dos amores en uno. — ¿Qué misterio es ése? pregunta Bossuet, ¿qué significa el conjunto de dos amores? Significa que la Virgen Santísima tributaba á su hijo el amor que debía á Dios, y tributaba también á su Dios el amor que debía á su hijo. Si entendéis bien esas palabras, veréis que nada se puede pensar más grande, más sublime y excelso, para expresar el amor de la Virgen; pues quiere decir el santo obispo que la naturaleza y la gracia concurren juntas para

1. Sacado de Bossuet.



se registra, pero sin resultado; no quedaba por visitar, más que el alojamiento del hermano guardián, el cual era reputado y venerado como santo, y por gozar de esa fama de santidad, no se le había interrogado.

Registraron sus cosas, y cuál no fué la admiración y disgusto del prior al encontrar el dichoso reloj oculto debajo de un montón de trapos! Vuelve en el acto á la sala donde reunidos estaban todos los hermanos, llama al culpado, y sin otro preámbulo le condena á pasar lo restante de su vida á pan y agua en una especie de capillita, á lo más apartado del jardín. Sin pronunciar una palabra, con la cabeza baja en señal de obediencia, el lego se restituye al lugar designado. Allí permanecía hacia catorce años, cuando uno de los hermanos acude al prior y le dice sobresaltado: « Reverendo Padre, fray fulano está para morir, como ya lo sabéis, pero antes de irse al otro mundo, quiere reparar un gran daño. El es quien robó aquel reloj, y quien lo escondió, por no ser descubierto, en el armario del guardián y me encarga ahora á mí que os declare su delito. — Pues entonces, castigué yo á un inocente, y el que acusé de hipocresía es un santo; voy de contado á reparar esa falta. » Al entrar el prior en la capillita que servía de cárcel al pobre acusado, le cogió las manos, y le abrazó pidiéndole que le perdona. No atina el lego á qué alude todo eso. « Aquel reloj de antaño. — ¿Qué reloj es ese? — Pero ¿por qué no os justificasteis? — Pero si á mí nadie me acusó. — Es verdad, el culpado soy yo: pues bien, en nombre de la santa obediencia, yo os mando que me impongáis la penitencia que tengáis por conveniente. — Reflexionó un instante el hermano, y luego dijo: En nombre de la santa obediencia, yo os prohibo hablar de este suceso antes de mi muerte. » Y en efecto, sólo después de su muerte se supo ese acto de humildad verdaderamente heroico.

## DÍA VEINTE Y NUEVE

### CONSIDERACIONES SOBRE EL AMOR DE MARIA POR JESUCRISTO

El amor de María por Nuestro Señor no tuvo nunca igual en el cielo ni en la tierra; probemos estudiar su naturaleza y efectos.

PUNTO 1.<sup>o</sup>. — Naturaleza del amor de María por Jesucristo. Es ese amor algo tan elevado, tan profundo, tan misterioso, tan divino, en una palabra, que es inaccesible para la humana inteligencia. Un santo obispo nos dió de él grande idea con decir estas palabras: Para formar el amor de María, se juntaron dos amores en uno. — ¿Qué misterio es ése? pregunta Bossuet, ¿qué significa el conjunto de dos amores? Significa que la Virgen Santísima tributaba á su hijo el amor que debía á Dios, y tributaba también á su Dios el amor que debía á su hijo. Si entendéis bien esas palabras, veréis que nada se puede pensar más grande, más sublime y excelso, para expresar el amor de la Virgen; pues quiere decir el santo obispo que la naturaleza y la gracia concurren juntas para

1. Sacado de Bossuet.



producir en el corazón de María las más hondas impresiones.

No hay cosa más fuerte é imperativa que el amor que la naturaleza infunde por un hijo, ni cosa más fuerte que el amor que la gracia infunde por Dios. Esos dos amores son dos abismos cuya profundidad no puede penetrarse, ni comprenderse su extensión. Pero en esto podemos decir con el Profeta, un abismo llama á otro abismo; pues para formar el amor de la Virgen santa, fué preciso mezclar todo cuanto la naturaleza tiene de más tierno, y cuanto tiene la gracia de más eficaz. Debió hallarse en ello la naturaleza, siendo su hijo objeto de ese amor, y debió también obrar la gracia, pues el objeto de ese amor era Dios. Pero lo que excede á toda imaginación, es que la naturaleza y la gracia ordinaria no bastan para ello, por no estar en la naturaleza el encontrar un hijo en Dios, y no pudiendo tampoco la gracia hacer amar á Dios en un hijo. Luego es forzoso indagar más allá la fuente que produjo en María su amor por Jesucristo, y penetrar hasta en el seno del eterno Padre. Y es forzoso por esta razón que el divino hijo, de quien María es madre, le es común con Dios: *Lo que nacerá de ti*, le dijo el angel, *se llamará el hijo de Dios*. Así pues, ella va unida con Dios Padre desde el instante en que es madre de su Hijo único, el cual, dice san Bernardo, no le es común sino con el Padre Eterno, en el modo con que le engendró.

Pues ¿de dónde le viene tanta gloria, y cómo concibió al verdadero Hijo de Dios? Ya imagináis que no fué con su natural fecundidad, la cual no podía concebir más que á un hombre; sino que, para hacerla capaz de concebir á un Dios, fué preciso, dice el Evangelista, que *el Altísimo la cubriera con su virtud*, esto es, derramara su fecundidad sobre ella. Y así es cómo María queda asociada con la eterna generación. Pero Dios, que se dignó darle su Hijo, comunicarle su virtud, y derramar sobre ella su fecundidad, debió también, para perfeccionar su obra, infundir en su seno algún rayo ó chispa del amor que él profesa á su Hijo único, que es esplendor de su gloria, y viva imagen de su substancia. De ello nació el amor de María: se obró una efusión del corazón de Dios en su seno, y el amor que ella profesa á su Hijo le fué dado de la misma fuente de donde le fué dado su Hijo.

Después de tan misteriosa comunicación del corazón de Dios con el corazón de María, ¿cómo poder comprender la unión de María con Jesucristo? pues hay en ella algo de la perfecta unidad que existe entre el Padre y el Hijo. No intentéis tampoco penetrar la fuerza de ese amor materno que de tan alta fuente proviene, y que no es más que un destello del amor del Padre por su hijo único; para penetrarlo, sería preciso comprender todo cuanto puede haber de extremado en la ternura maternal, y



todo el amor que encierra el corazón de Dios. Adorad esos misterios, y rogad á la Virgen santa que infunda en vuestra alma algo del amor que ella tenía por su divino Hijo.

PUNTO IIº. — Efectos del amor de María por Jesucristo. Los efectos del amor de María son sus gozos, sus sobresaltos, su heroísmo y exaltación. Imaginaos esa madre bendita que da el ser á ese hijo, objeto de las complacencias del Padre celestial, y de las esperanzas de la tierra; ¡con qué ojos de inefable ternura le contempla! ¡Qué ventura estrecharle en su pecho, y cubrirle con sus besos! ¡Quién pudiera decir lo que pasaba en el corazón de la bienaventurada Virgen, cuando las miradas de Jesús se confundían con las suyas, y cuando al amor de su madre contestaba no sólo con el amor de instinto, cual los demás niños, sino con las pruebas razonadas de su predilección! Si ello es verdad que una madre se embriaga con los triunfos de su hijo, ¡qué felicidad para María el ver á su Jesús objeto de la veneración de los pastores que vienen á adorarle, y más tarde de la adoración de los reyes magos, que le prodigan sus tesoros más preciosos! Por eso no deja de hacernos observar el Evangelista que María conservaba todas esas cosas en lo íntimo de su corazón, y las contemplaba, y se regocijaba de la gloria de su divino Hijo.

El amor de María no conoció sólo los júbilos, conoció también los sobresaltos: todos los

años, á la gran solemnidad consagrada por la ley divina, se restituía la santa familia á Jerusalén para adorar á Dios en su templo. ¡Cuánto hubiera yo deseado ser partícipe de aquel viaje, ser testigo de las miradas que se fijaban sobre la familia santa, oír los discursos de los transeuntes sobre la modestia de María, sobre la bondad del Niño divino que caminaba entre María y José, regocijándolos y edificándolos con lo amable de sus palabras, y lo oportuno de sus contestaciones! ¡No os parece que todas las madres envidiaban la suerte de la venturosa María, y proponían el Niño Jesús por modelo á sus hijos? Pues bien, sucedió un día que Jesús, ocupado en medio de los doctores de la ley, quedóse en Jerusalén, sin que lo supieran María y José. Imposible fuera expresar el dolor y angustia de la pobre madre, cuando, al llamar á su Hijo, no le contesta voz alguna. Busca en la multitud pregunta á cada viajero, y azorada todo lo deja, vuelve á Jerusalén, vuela al templo, y al encontrarle entre los doctores que le admiraban por lo profundo de sus discursos, no puede disimular sus impresiones: ¡Hijo mío, qué susto nos disteis! *Ecce dolentes querebamus te.*

También se pierde á Jesús por el pecado, ¿es tanto el dolor vuestro cuando os sucede tal desgracia?

El amor de María por Jesucristo se eleva hasta el heroísmo; abandonaron á su Maestro



los apóstoles : san Pedro, que jurara morir por él ; san Juan, que reposó sobre su pecho en la última cena, todos se huyeron, á todos dispersó el pánico. Pero el amor materno puede más que el pánico, y María sigue á Jesús paso á paso en la dolorosa vía del Calvario ; le cubre con su ternura, y sostiene con su mirada ; cuando en el momento de la muerte, la dulce víctima baja los ojos, todavía ve á su madre al pie de la cruz ; ella es quien recibe su inánime cuerpo en sus brazos, quien ayuda á embalsamarlo y sepultarlo. ¿ Amáis vosotros á Jesús hasta la cruz ? ¿ Le amáis á pesar de sus humillaciones y del desprecio que trae consigo el nombre de cristiano ?

Después de considerar los júbilos, los sobresaltos y heroísmo del amor de María por Jesús, sería preciso poder considerar sus alborozos, pero, ¿ cómo describirlos ? « ¿ Quién podrá jamás concebir, pregunta Bossuet, cuál fué el ardor y vehemencia de esos torrentes de llamas que de Jesús rebosaban sobre María y refluían continuamente sobre Jesús ? Ni aún lo pudieran los serafines, por ardorosos que sean. Nunca se cansaba Jesús de mirar á su madre, y nunca esa madre crey tener bastante amor por el Hijo único amado ; no pedía otra gracia á su hijo más que la de amarle, y eso mismo la granjeaba nuevas gracias. » Dícenos la historia que el padre de Orígenes iba, en el silencio de la noche, á besar

tiernamente el pecho de su hijo, cual tabernáculo del Dios que ama á la inocencia. ¡ Cuántas veces no debió la piedad despertar á María, y llevarla junto á la cuna del Niño Jesús ! ¡ Qué ternura y qué respeto en la efusión de su amor ! No podía haber demasía, siendo infinitamente amable el objeto, y si algo tenía que temer era el no amarle bastante. A ejemplo pues de María amemos á Nuestro Señor con todas las fuerzas de nuestra alma, muy persuadidos de que el medio más certero de lograr el amor de María, es amar con ardor al Hijo á quien ella tanto amó.

Dame, Virgen santa, el comprender la divina dulzura de la unión con Dios. Viva Jesús conmigo bajo el velo de la fe, cual vivió contigo bajo la sombra de la vida oculta ; viva él en mí por la unión de mi corazón con el suyo, cual vivió en ti no siendo ambos más que un solo corazón y una alma sola. No sepa yo en adelante amar ni desear nada fuera de Jesús. Sea él en lo sucesivo mi vida y mi fuerza, sea el corazón de mi corazón y el alma de mi alma, para que yo también pueda decir: Yo vivo, pero no, no soy yo quien vivo, es Jesucristo quien vive en mí. Amén.

EJERCICIO

Pongamos á Dios en nuestra vida por el pensamiento habitual de su santa presencia, y por



la conformidad de nuestra voluntad con la suya.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Nuestra Señora del Socorro.* — El 12 de febrero 1700 salía del Havre para Lisboa un bajel copiosamente cargado, y después de sufrir no pocos embates, esperaba la tripulación estar de vuelta sin más obstáculo al puerto de donde había salido. Al llegar al cabo de Finisterre, elevóse una espantable tempestad como las hay con frecuencia en aquellos parajes. Empezaba á amanecer, y aún seguía la tormenta violenta y amenazadora, ya había perdido el buque sus pertrechos, sus velas, maromas, timón y brújula; é invadido por las aguas, ya no ofrecía á los marinos y pasajeros más que un abrigo falaz. Era inminente la muerte, cada segundo se acercaba más y más, y en el acto iban todos á ser sepultados en el piélago. « ¡Consagrémonos á N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Socorro! », exclamó con voz fuerte y como inspirada un marinero normando. Esa palabra de salvación devolvió el ánimo á todos; todos se descubren, se arrodillan excepto el capitán y sus dos hermanos, y todos con voz unánime hacen voto de ir á su santuario para darle gracias, si se digna socorrerlos. Sin embargo el capitán Ferret y sus dos hermanos no eran impíos, abrigan por el contrario sentimientos religiosos en sus almas, pero, comprometidos por desgracia de su nacimiento en la secta de Calvino, no podían asociarse para un acto que ellos achacaban de idolatría. La santa Madre de Dios, á quien tan ardorosos ruegos invocaban se compadeció de ellos, no ignorando su buena fe, y siendo todopoderosa con ue divino Hijo, logró de él para las tres ovejas sxtraviadas, uno de esos rayos que penetran á los

corazones más endurecidos, y triunfan sobre la terquedad más rebelde. El capitán fué el primero en conmovirse, y dijo: « Si la Virgen santa puede oírnos y atendernos, también yo la invoco »; y se postró y santiguó con los demás. Imitóle su hermano menor; y al momento se acallaron los vientos, comenzó la esperanza á alentar los corazones, se levantó el puente del bajel que ya las olas habían sumergido, calmáronse éstas, y el buqua, casi hecho pedazos, se puso á bogar cual si tuviera sus velas: « ¡Oh N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Socorro, santa Madre de Dios, augusta Reina del mundo, exclamó el hermano menor, yo soy tuyo para siempre. » Todavía no se había inclinado el tercer hermano, y como le afeaban su endurecimiento, « yo veo en todo esto, contestó, la bondad de Dios que viene á socorrernos, pero no veo motivo para renunciar la religión de mis padres. — Son los vuestros los que abjuraron la religión de los suyos, dijo un pasajero; con volver al catolicismo, no haréis más que volver á la religión de vuestros antepasados. — Pero mira, infeliz, prosiguió el capitán; y hablando así, le indicaba con la mano lo alto del palo mayor, el único que quedaba; aparecía allí una luz suave, y en aquella aureola, el capitán, los pasajeros, la tripulación y hasta el hermano menor distinguieron perfectamente la dulce imagen de una virgen de ojos celestiales; estaba en pie, y en sus brazos un admirable niño, el cual, extendiendo las manitas sobre el abismo, parecía ordenarle que calmara su furor. Á la vista de tal portento, se desvanecieron las repugnancias del hermano joven, y poniéndose de rodillas con los demás, levantó también sus suplicantes manos hacia la poderosa protectora que acababa de librarle de doble muerte, la muerte en este mundo, y la muerte en el otro. Puesto en salvo tan milagrosamente de un naufragio, inevitable sin el auxilio del cielo, pudo el buque seguir



su rumbo con la rapidez de la golondrina, y no tardó en entrar en el puerto del Havre. Lo primero que hicieron los tres hermanos, siguiendo fieles á su promesa, fué abjurar la herejía que tanto tiempo los entretuviera en el error, y realizar al frente de la tripulación la peregrinación del Socorro, cuya fama resonó más y más con ese nuevo milagro añadido á tantos otros precedentes. — (B. D'EXAUVILLEZ).

*Dos hermanos reconciliados por María.* — Un negociante de Londres tenía dos hijos: el mayor, de mal corazón y de peor genio, odiaba á su hermano, que era de índole más suave y apacible. Sintiéndose ya viejo el padre, cuyo haber era considerable, hizo testamento, y cosa de las más extrañas, aunque conocía á sus dos hijos, amando al menor y vituperando al mayor, lo dejó sin embargo todo al mayor, sus bienes y naves, sólo con la obligación de seguir los negocios, y ayudar al menor: y poco después falleció. Al llegar á ser dueño el hermano mayor, ya no disimuló su odio, y echó de casa al hermano que aborrecía, exponiéndole á los azares de la suerte, y sin proporcionarle socorro alguno.

Tanta inhumanidad en un hermano llenó el corazón del joven de indignación y amargura, y estaba desesperado. Si así me trata mi hermano, decía lamentándose, ¿qué debo esperar de los extraños? Pero era preciso vivir, y la necesidad le dió ánimo. Como estaba algo al corriente del comercio, salió de Londres, y fué á ofrecer sus servicios á un negociante de la ciudad más próxima; aceptólos éste y le recibió en su casa. Después de algunos años de prueba, dió tantos testimonios de discreción, de puntualidad en las cuentas, de virtud y prendas de carácter que su principal le concedió á su hija en matrimonio, y al morir le dejó todos

sus bienes. Pocos años después de la muerte del suegro, viéndose el yerno bastante rico, se retiró del comercio, y compró, en una provincia lejos de la capital, una hermosa hacienda donde fué á vivir con su familia, feliz y apreciado de todos. Hay una Providencia que tarde ó temprano castiga á los malvados. El hermano mayor, después de la muerte de su padre, siguió en el comercio, multiplicando las empresas, y por largo espacio, todo le salió según su ambición y deseos; pero vino un año fatal, en que se amontonaron sus pérdidas, la tempestad destruyó sus bajeles al volver éstos abundantemente cargados. Quebraron varios negociantes que tenían en su poder el dinero que le quedaba, y para colmo de infortunio, pegóse fuego á su casa, consumiéndolo todo, y reduciéndole á él á la más lastimosa escasez. En tan horroroso estado, no le quedaba otra perspectiva más que morir de hambre, ó errar por ese mundo, implorando el auxilio de las almas caritativas á quienes pudieran conmovier sus degracias. Entre tanto, la adversidad había tenido por resultado el hacerle comprender lo indigno de su porte con su hermano, y así comía el pan de la caridad con lágrimas y remordimientos (*Seguirá mañana*).

*Relato de un militar.* — Un cabo de infantería pinta en estos terminos conmovedores los peligros que corrió, y la protección con que le favoreció la Virgen santa:

« Veía el ejército con impaciencia más y más viva que los mejores soldados perecían estérilmente en la trinchera. Cuando nos tocaba á nosotros el estar de guardia, lo que ocurría un día sí y otro no, todos podíamos decir: Salgo de mi tienda esta mañana, pero ¿volveré á ella? ¡Ay de aquel que no se ponía bajo el escudo de María, y no



tomaba á tan buena Madre como protectora al lado de Dios ! En cuanto á mí, nunca se me olvidó esto, por lo que jamás me dió pavor el fuego del enemigo. Sólo una vez me dejé en la tienda la cartera en que había una oración á la Virgen, y una imagen del Rostro de Nuestro Señor. Esa vez sí que tembló el fusil en mis manos al oír aquella noche la voz de *á las armas*.

« En efecto intentaron una salida los rusos, pero Dios me dió valor, y esperé al enemigo, impertérrito como un soldado viejo. Al día siguiente, volví sano y salvo á mi tienda, y mi primer impulso fué echar mano á la cartera, antes de limpiar el fusil, y recitar con toda la efusión de mi corazón la bella oración que me enviara mi madre..... En fin el 7 de septiembre á la lista se nos anunció que al día siguiente 8, teníamos que tomar sobre el enemigo un brillante desquite del 18 de junio, que tan fatal fué para nosotros. Á tales palabras latieron todos los pechos, porque debajo del capote pardo, hay nobles corazones, y además el peligro tiene particular atractivo para el corazón francés.

« Á las nueve de la mañana, ya estaban en pie las columnas de ataque, esperando la señal del asalto ; Con qué fervor recé á la Virgen ! era el día de su fiesta y debía salvarme. Son las doce, y cesa el bombardeo, flotando la bandera tricolor encima de nuestra principal batería ; lánzase adelante el primer regimiento de zuavos gritando : ¡ Viva el Emperador ! añado yo ; viva Francia ! y nos lanzamos también. Sorprendido por lo pronto el enemigo, se afianzó luego, y nos recibió con una lluvia de balas y metralla. Por nuestra parte, ya no tirábamos, sino que íbamos á la bayoneta, y en menos de diez minutos, flotó el estandarte francés por cima de Malakof.

« Se portaron muy bien los zuavos : no obstante seguía cañoneándonos una batería rusa (la batería

Negra) y caían no pocos de nuestros valientes. En cuanto á mí, querido padre, en tan terrible momento, no pensaba más que en Dios, os olvidé completamente, como también á mi buena madre, temiendo no me ablandara el recuerdo vuestro, pues necesitaba todo mi valor. Fué espantable la matanza, pero á la una y media éramos dueños de la posición. »

Cuenta luego el cabo que recibió un balazo en el muslo, lo que le obligó á retirarse del combate poco antes de la explosión de una mina, en que perecieron varios centenares de sus compañeros, y añade : « Eso basta para que yo puede probar á quien quiera entre los *espíritus fuertes*, cuán grande es Dios en su misericordia, y cuán fiel en conceder su gracia á quien se la pide. Antes de subir al asalto, dirígile esta súplica : Dios mío, este día es un día supremo, y mi suerte está en tus manos. Ni un cabello puede caer de mi cabeza sin tu permiso, así lo has dicho, Dios mío. Piensa en mi padre y mi buena madre ; pienso que todavía no he podido pagarles el bien que ellos me han hecho, librame de todo mal..... Y Dios oyó mis ruegos.



## DÍA TREINTA

CONSIDERACIONES SOBRE MARÍA, MODELO DEL  
CRISTIANO

PUNTO I.º — María es nuestro modelo y debemos imitarla. Enseña san Agustín que el medio más seguro de honrar á los santos y merecer su protección no es el venerar su memoria, cantar sus alabanzas, ser partícipe en las cofradías establecidas en honra suya, sino el imitar sus virtudes. Por lo cual, el principal objeto de la Iglesia al establecer fiestas en honor de los santos, es, no de provocar en nosotros una estéril admiración, sino de animarnos á la práctica de la virtud por el recuerdo de las virtudes que ellos practicaron. Cada santo que ella nos incita á honrar es un dechado que ella nos propone; es cual si nos dijera lo que antiguamente Dios á Moisés: *Mira, y haz según el modelo que se te propone*<sup>1</sup>. Por consiguiente, fácil es comprender que el objeto principal del culto de María es la imitación de sus virtudes. Así como por Jesucristo debemos ir á Dios, así por María debemos ir á Jesucristo; mas no pode-

1. Exodo, xxv, 49.

mos ir al uno ó al otro, sino imitándolos. Esa es la doctrina de san Juan: Aquel, dice, que quiere pertenecer á Jesucristo, tiene que delinear en su vida la vida de Jesucristo. Y estas palabras de san Pablo: *Revestíos del hombre nuevo, que fué creado según Dios en la verdadera justicia*. Luego para ir á Dios, tenemos que imitar á Jesucristo. Pero, atemorizados de la perfección del dechado divino, acaso no os atrevierais á imitarle bajo el pretexto de que es demasiado perfecto. Pues ahí tenéis otro que la Iglesia os ofrece, menos atemorizador, por ser menos elevado, menos difícil por estar más á vuestro alcance, y es la Virgen, á quien llamáis madre vuestra. Con tomarla por modelo, adquiriréis el derecho de ser introducidos algún día al lado del Rey de los reyes: *Proxima ejus afferentur tibi*<sup>1</sup>; y le daréis á ella la única prueba de amor que no puede ser discutida. Fuera de ello, podéis equivocaros sobre el carácter de los homenajes que tributáis á María; podéis tomar por amor cierta sensibilidad natural, y por fervor los efectos de la imaginación y de los sentidos. Pero quien imita ama de veras, siendo una necesidad para el corazón que ama el modelarse sobre el objeto amado. Acordaos de lo que se ha dicho de los amigos de san Basilio, los cuales estaban tan penetrados de amistad por él que hasta imitaban sus

1. S. XLIV, 15.



defectos naturales. El cristiano pues que ame de veras á María, se esmerará en imitarla, y la semejanza que procurará tener con ella será el homenaje más grato que puede tributarle.

Con todo, al proponeros á María por modelo, la Iglesia no pretende imponeros la obligación de elevaros hasta una perfecta semejanza, lo que en vano intentarais. Tampoco Jesucristo, al pronunciar estas palabras: *Sed perfectos, cual es perfecto vuestro Padre celestial*, quiso imponernos la obligación rigurosa de llegar á la perfección divina, siendo cosa imposible para la criatura. « Pero, así como entre pintores, los que se dedican á imitar las obras de los grandes maestros toman algo de su genio, y aún no logrando nunca copiarlos perfectamente, no dejan por eso de producir ciertos rasgos que superan de mucho al vulgo; así también, las virtudes de la Virgen santa, que son soberanamente perfectas, dejan siempre en el alma de quien se esmera en igualarlas, aunque sin lograrlo, ciertos rasgos que recuerdan la perfección del modelo. »<sup>1</sup> Vosotros pues, que creéis amar á María, reflexionad un momento, y ved cómo hasta ahora la imitasteis.

PUNTO IIº. — ¿Qué cosa debemos imitar en María? Lo que debemos imitar en María, no es lo que hay en su vida de extraordinario, y hace de ella una criatura á parte; fuera locura inten-

<sup>1</sup> Mes de Maria de los predicadores.

tarlo; pero todos debemos esforzarnos á imitar las virtudes más adecuadas á nuestra edad y condición. No hay que comparar á María con los demás santos: cada una de éstos descolló por una virtud particular que forma como el punto culminante de su santidad; pero la madre de Jesús descolló por el brillo de todas las virtudes. San Bernardo, devoto siervo de María, compara la Virgen santa á un hermosísimo jardín donde todas las flores de virtud aparecen en su mayor brillo, despidiendo deliciosa fragancia; mas entre ellas, observa tres que sobresalen y embalsaman la casa de Dios: el lirio de la pureza, *lilium castitatis*, la violeta de la humildad, *viola humilitatis*, y la rosa de la caridad, *rosa charitatis*. Á la práctica de esas tres virtudes es á lo que debemos particularmente dedicarnos.

1º El lirio de la pureza, *lilium castitatis*. Á los ojos de Dios; como á los ojos de los hombres, lo que hace la gloria y el más bello ornato de la juventud, es la santa modestia; y sólo en la escuela de María aprenderán los jóvenes á amarla y conservarla. Para hacernos comprender cuán grande fué la pureza de María, la Iglesia la llama casta paloma que se pasea á la orilla del agua; una rosa medio abierta que despide al rededor suave perfume; un lirio resplandeciente de blancura. La llama Reina de las Vírgenes, nos la muestra en el cielo al frente del coro glorioso de las vírgenes, que al



pasar por la tierra no quisieron otro esposo más que á Jesucristo. ¡Qué inmenso era en efecto el amor de María por la santa virtud! Para conservar con más seguridad la flor de su inocencia, entra en el templo desde la edad más tierna, buscando á la sombra del altar un abrigo contra el contagio del mundo. Más tarde, renuncia la gloria de ser madre del Mesías, si ha de pagarla con el precio de su virginidad. — A su amor por la pureza debe atribuírse su poca afición á las alabanzas. Se avergüenza de las que se le dirigen de parte de Dios mismo, turbándose y atristándose al oír que Gabriel la saluda como *llena de gracia*. Hijos de María, aprended de ella á ser prudentes en vuestras relaciones, huid y temed á los que os adulan, preservad vuestro corazón del veneno de la lisonja, si queréis conservarlo puro.

2° La segunda virtud que tenemos que aprender en la escuela de María, es la humildad, *viola humilitatis*. La vida de María fué una práctica continua de la humildad. Desheredada de la gloria de sus antepasados, se complace en el aislamiento y la oscuridad. Esposa de un pobre artesano, vive con él trabajando como él. Al saludarla el ángel como Madre de Dios, ella se califica con el título de esclava: *Ecce ancilla Domini*. Alvidándose de sí misma y de su alta alcurnia, se anticipa á su prima Isabel. — Aunque objeto de tantas alabanzas, atribuye á Dios la gloria que le tributan, y proclama que

ella no es más que vil instrumento de la omnipotencia divina. En Betleém, no encuentra alojamiento en ninguna posada, y no sale queja alguna de sus labios, y la madre del Hombre Dios se ve precisada á deponer su hijo recién nacido encima de la paja dentro de un establo. El día de la Purificación, se somete á una ceremonia que no había sido establecida para ella, consintiendo en que la tengan por una mujer como las demás, y haciendo á los ojos de los hombres el sacrificio de su virginidad. Ese fué el modesto y humilde papel de toda su vida. « Jamás pensó en ostentarse aunque hermosa, ni en ataviarse aunque joven, ni en engrandecerse aunque noble, ni en enriquecerse aunque pobre. Dios le bastaba y era su riqueza ¡Qué lección para nosotros que tanto anhelamos por ensalzarnos y distinguirnos ante los hombres!

3° La tercera virtud que debemos imitar en María es la caridad, *rosa charitatis*. Santa Catalina dijo un día al Señor: Dios mío, vos queréis que yo ame al prójimo, y no puedo amar más que á vos. Y Dios le contestó: Quien me ama, ama también cuanto yo amo. Pues bien, siendo María de todas las criaturas la que incomparablemente amó más á Dios, ella es también la que más amó al prójimo. Era tan misericordiosa su caridad, que iba á socorrer á quien lo necesitaba, sin que nadie se lo pidiera; así lo hizo en las bodas de Canaán intercediendo con su divino Hijo por la pobre familia cuya



escasez la afligía. Tratábase de ser útil al prójimo, ahí la tenéis presurosa y arrojada atravesando montes para ir á auxiliar á santa Isabel. Siempre y en todas partes, se muestra María discreta en sus palabras, prudente en sus juicios, amable en sus relaciones, indulgente por los agravios del prójimo, llena de celo y generosidad cuando se trata de prestar servicio. Imitemos pues á María, nosotros que tan prontos somos en nuestros juicios, tan cáusticos en nuestras palabras, y tan desapiadados por las faltas ajenas.

¡Oh María! madre mía y modelo, ¿cuándo verás en mí las virtudes que adornaron tu corazón? Mil veces te dije que te amaba, pero hasta ahora mi amor ha consistido en palabras más bien que en acciones. Sólo aquel que se esmera en imitarte, te ama cual tú quieres ser amada. Pues bien, desde hoy yo quiero dedicarme á ser más puro, más humilde y caritativo, para probarte así que te amo de veras. Amén.

#### EJERCICIO

No olvidemos que el amor á María, como el amor á Dios consiste en los actos, y no en las palabras. Obedezcamos al Hijo, y daremos así gusto á la Madre.

#### ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Buen premio por sacrificar un libro malo.* — Hallábase un joven en un buque en compañía de un buen religioso, y otros pasajeros, haciendo un corto trayecto en las cercanías de Génova. Tenía en las manos uno de esos libros licenciosos que tan numerosos andan en este triste siglo; leíalo de cuando en cuando, diciendo con cierto alarde á los circunstantes: « Este es un libro encantador, lleno de agudezas, y tan delicioso, que quisiera saberlo de memoria; no lo daría por un tesoro. Padre, dijo al religioso, ¿no tendríais la curiosidad de verlo? á fe que os convenceríais de que no miento. » Tomó el libro el religioso, y no bien leyó algunas líneas, conoció de qué clase era la obra; lo cerró otra vez y lo devolvió á su dueño. Insistía el joven para que lo leyera. « No, señor, ya basta; esas producciones podrían distinguirse nada más que con el olfato... — ¿Qué queréis decir con eso? replicó el joven. — Quiero decir que el hedor que exhalan esa clase de escritos, se parece al de los cadáveres ó de las alcantarillas; se huele de lejos. Ya sé que hay quien hace de ellos su pasto, y acaso su deleite, pero ¿qué le hemos de hacer! cada uno tiene su gusto; lo que es yo, gracias á Dios, no me siendo con tal inclinación, y os pido me permitáis seguir como soy. » Esa contestación desconcertó al joven, y se avergonzó de su imprudencia. Notólo el religioso, pero se guardó muy bien de aprovechar la circunstancia para humillarle todavía más; al contrario procuró granjearse su confianza con sus modos suaves y atractivos, y sobre todo con lo alegre de su conversación. Como era tan piadoso como sabio, logró fácilmente traerla sobre un asunto de religión. Empezó ponderando los encan-



tos de la virtud, y pintando la dicha del corazón puro é inocente. Y lo hizo con tanta fuerza y unción, que el joven, el cual había recibido muy cristiana educación, y no había perdido la fe, no pudo menos de dar algún suspiro, sin que el religioso pareciera notarlo, pero siguiendo en el mismo tono, lamentó los extravíos y desgracias de los jóvenes que se dejan llevar del torrente de los vicios; las comparó con las del pródigo del Evangelio, y sacó de la historia del joven disipador, la perfecta imagen del corazón inexperto, que se deja arrastrar y corromper por infames placeres; y cabalmente ese era el caso de nuestro joven. » ¡Qué locura, exclamó el religioso, la de un cristiano que entrega su alma al demonio! Lo da todo, y no recibe nada, ó más bien recibe el sufrir anticipadamente el infierno, porque, ¿hay cosa que más se parezca al estado de un réprobo, que el de una alma entregada á la tiranía de las pasiones? ¡Si al menos acudiera á la Virgen Santa! — ¡Ay de mí! replicó el joven, yo que tanto le amé! ¡Cuanto me encarecieron el seguir fiel á su culto en el colegio donde hice mis estudios! Hasta llegué á llevar su librea algún tiempo, pero allá la dejé porque me daba vergüenza. ¿Y no podría yo esperar volver en gracia con ella? — Si, hijo, contestó el religioso, y os costará muy poco el lograrlo. ¿Dónde está ese libro de que tan magnífico elogio haciais ha un instante? — ¡Ay! padre no hablemos más de él — Sí, al contrario: decís que deseáis volver en gracia y amistad con María, pues bien, sacrificadle ese libro que tan precioso os fuera. — ¿Me aseguraréis que eso le daría gusto, y que volverá á ser madre mía? — Sí, por cierto, hijo, yo os lo aseguro con toda formalidad. » Ya no deliberó más. « Pues ahí está, tomadlo, y haced de él lo que os dé la gana. — No, dijo el religioso, no quiero quitaros el mérito de sacrificarlo vos mismo. » El joven persiste en querer que otras manos, y no las

suyas, hagan esa ofrenda á la Reina de los cielos. Por fin, para dar fin á la contienda, parten el libro, y cada uno de por sí, arroja al mar la parte que tenía en las manos, ¡ Oh, cómo sabe María pagar generosa lo que hacemos por ella! Ese sacrificio, tan leve y poco digno de contarse por algo, fué para nuestro joven una fuente de celestiales favores que le valieron, después de una vida santa, una muerte predestinada; porque, de regreso á su patria, cambió enteramente de conducta, elevándose por cima del respeto humano, y abandonando á sus compañeros de libertinaje. En fin, desengañado del mundo, dejó sus bienes y familia, y se encerró en un convento, donde hasta el fin de sus días fué edificación y ornato de todos.

*Continuación de los dos hermanos reconciliados por María.* — Un día el malvado hermano, al pasar junto á la iglesia de un pueblecito, entró en ella. Celebrábase la fiesta de N<sup>a</sup> S<sup>a</sup> del Carmelo. Se adelantaba hacia el altar de María, se pone de rodillas, y derramando lágrimas, pide á Aquella que llamamos refugio de los pecadores, y consoladora de los afligidos, que tenga á bien lograrle la gracia de encontrar á su hermano, para reconciliarse con él, y reparar sus agravios antes de morir; Aliviado con esa oración, se levanta lleno de confianza, y sigue su camino. Había ya andado algunas leguas, encontrando apenas lo necesario para su sustento, cuando divisó á un sugeto vestido con elegancia, paseándose en un prado al lado de una quinta, cuyo dueño parecía ser. Adelántase hacia él, le saluda, expone sus desventuras, y le suplica que le conceda algún socorro. ¿De dónde sois — le pregunta el rico, — y cómo tantos reveses que os redujeron á ese estado? Cuenta el otro su vida con todos sus pormenores, no omiliendo más que los malos tratos para con su



hermano. En la expansión de su relato, varias veces estuvo para revelarlo todo, y confesar que muy bien se había merecido su infortunio; pero el temor y la necesidad lo detuvieron, temiendo minorar la compasión que quería infundir á aquel señor; dijo sin embargo lo bastante para que le reconociera quien conociese á su familia. Sin participarle su descubrimiento, el caballero le lleva á la quinta, manda á su gente que le traten bien, y le preparen un alojamiento para aquella noche. Por la tarde, relata á su mujer lo sucedido, y le comunica sus intenciones. Durmió el pobre aquella noche con profundo y apacible sueño, y al despertar por la mañana, su primer pensamiento fué: ¡Qué benéfico es este hombre! Si no nació rico, merecía serlo. Aumentaba su admiración comparando involuntariamente la conducta que este nombre seguía para con un extraño y la que él había seguido para con su hermano.

Unas horas después, manda llamarle el dueño, y cuando estuvo en su presencia, le miró detenidamente con enternecimiento, y le preguntó si no le reconocía. No, contestó el pobre. ¡Cómo! ¿no reconoces á tu hermano? y al mismo tiempo se arroja en sus brazos, estrechándolo con cariño. El hermano mayor, lleno de asombro, de confusión, de arrepentimiento, de gratitud y gozo, cae de rodillas exclamando: Gracias, Dios mío, por haberme oído; y al propio tiempo abrazaba las rodillas de su hermano, regándolas con sus lágrimas, y pidiéndole perdón. Ya ha tiempo que te perdoné; olvidemos lo pasado, y gocemos la felicidad de vernos reunidos; tu eres rico, pues yo lo soy; vivamos juntos y amémonos. — Sí, hermano, yo te amaré, contesta el mayor con voz sofocada en sollozos, y jamás olvidaré que yo te traté de un modo infame, y que tú me sacas de la miseria.

*Un santo trapero.* — Al dar cuenta de una misión celebrada en Normandía, el nuevo é interesante periódico el *Clocher* reproduce la siguiente anécdota relatada por el predicador de la misión.

Una tarde, el R. Padre nos hablaba de los santos afirmando que no son en nuestra época tan escasos como algunos escépticos se complacen en propagarlo.

« Si los dioses no se van, nos decía, tampoco los santos. Todos los días topamos con alguno de ellos en el mundo, y por mi parte, los encuentro en todos los grados de la escala social.

« Ese gran señor que pasa junto á nosotros en coche á la Daumont, yo le conozco; se oculta para derramar dinero, cual otros para robar, y lleva cilicio....

« Ese mendigo, ese mísero cuyo rostro angustiado nos infunde temor ó repulsión involuntaria, que arrastra en los callejones su destrozada chamarreta... se disciplina...

« Y para comprobar lo que estoy diciendo, añadió, aquí tenéis un relato que recogí no ha mucho de boca de una buena religiosa de París.

« Hace unos años vivía — debería decir más bien agonizaba — en París mismo, en un miserable tabuco del barrio latino, un pobre anciano cuyo cuerpo no era más que una llaga.

« Siendo joven, fué víctima de un accidente que le obligó á pordiosear para poder sustentarse, y después de pasar cuarenta años en esa vida nómada, contrajo crueles achaques que le clavaron en un lecho de dolor. Sus hijos, traperos honrados pero pobres, le mantenían allá como Dios quiere, pues nunca el canasto y el gancho enriquecieron á los desdichados.

« Las religiosas del barrio fueron informadas del hecho, y sabiendo que el estado del enfermo necesitaba cuidados delicados y asiduos, fueron es-



ponáneamente á ofrecer sus servicios. Excusado es decir que la pobre gente los aceptó con agradecimiento.

« Todos los días, pues, iban las buenas hermanas á cuidar al pobre enfermo, le traían pociones calmantes, confortándole con buenas palabras, que muchas veces alivian los males del cuerpo más que toda farmacopea humana.

« No caían esas palabras en saco roto. Jamás los descoloridos y azulentos labios del anciano pronunciaron grito ni gemido; la calma serena iluminaba su rostro.

« A pesar de las úlceras horrendas que roían su cuerpo, á pesar de la fiebre que hacía circular su sangre como lava en sus venas, y secaba su pecho, él siempre apacible. Desfiguradas sus mejillas por inauditos tormentos, parecían rodeadas de una aureola, y por sus ojos cercados de lívidas manchas pasaban como rayos de celestial júbilo.

« Sólo una cosa había sorprendido á las religiosas.

« El pobre anciano era por cierto el enfermo más cristiano y resignado, y no es extraño que sus palabras, sus gestos y miradas las interesaran más que las de los demás. Pues bien, habían observado, — las achacarán quizá algunos lectores de futilidad, pero, lo repito, el alma humana está constituida de tal modo, que nada es pequeño, nada es fútil para su ternura, — habían pues observado las buenas hermanas que cada vez que entraban en la misera vivienda del pobre, éste, tan comedido sin embargo y tan cristiano, no contestaba al saludo de ellas sino con un breve *buenos días* poco ceremonioso, sin hacer ni aún ademán de levantar la orilla de su gorro.

« ¿Pues quién se lo impedía estando libres sus manos?...

« Varias veces una de las religiosas, según ella

confesó más tarde, estuvo para hacerle sobre ello algunas observaciones, pero nunca se atrevió, desarmándola la santa resignación del venerable moribundo, y su inalterable serenidad.

« Por fin, muere el anciano; sucumbe aquel cuerpo agotado y desgarrado por los padecimientos. Murió cual mueren los santos, cual murió santa Lidvoína y otros tantos, con un himno de adoración y amor en los labios. Iluminaba sus ojos el gozo de los predestinados, y daba á su rostro celestial brillo; delineaban sus labios una sonrisa que fué á estallar en el cielo.

« Es bello espectáculo la muerte del justo, y cada vez que me fué dado presenciársela, me pregunté por qué no asisten á ella los jóvenes y los débiles para aprender el valor en la lucha, y el santo deleite en la victoria.

« Las religiosas que asistieran al anciano quisieron vestirlo ellas mismas con sus manos propias, repugnán道les el abandonar á manos mercenarias el cuerpo de semejante cristiano.

« Al efectuar tan fúnebre operación, se les vino á la memoria aquello que más arriba mencionamos: ¿Por qué jamás el anciano se descubría la cabeza?

« Una de ellas, al quitar el gorrucho que descendía hasta las cejas del muerto, sintió cierta resistencia; hizo otro esfuerzo, ¿y qué descubre, Dios mío? Una corona de espinas hundida en las carnes ensangrentadas.

« A tantos padecimientos, el pobre desvalido había querido añadir el de asemejarse más á su divino Maestro, y murió sin que sospechase nadie su martirio.



## DÍA TREINTA Y UNO

## CONSIDERACIONES SOBRE EL TÍTULO DE HIJO DE MARÍA

Hallábase en el ejército de Alejandro Magno un soldado que también se llamaba Alejandro, pero que no era notable más que por su cobardía. Mandólo llamar Alejandro y con voz severa le dijo: Quitate ese nombre que llevas, ó hazte digno de llevarlo. Pues bien, vosotros os honráis con tener por madre á la Virgen santa, os glorificáis con llevar el nombre de hijos de María; medita pues en este día las obligaciones que ese título os impone, y las condiciones que se requieren para llevarlo dignamente. El primero que recibió el nombre de hijo de María y tuvo á María por madre, fué san Juan, el discípulo amado. Él es pues el modelo de un hijo de María, y si anheláis ser dignos de ese título, tenéis que poseer sobre todo las dos virtudes que á él le merecieron el tener á María por madre, esto es, una gran pureza, y grande amor por Nuestro Señor.

PUNTO 1º. — La pureza es la primera condición para merecer el título de hijo de María. Á ese amor á la pureza debió san Juan la predilección de su Maestro; porque, según lo

afirma un santo doctor, Juan, todavía virgen al ser llamado al apostolado, permaneció virgen toda su vida, mereciéndole ese privilegio de virginidad un amor particular por parte de Jesús. Luego Juan vino á ser objeto de la complacencia del Señor por efecto de esa misma virtud tan delicada, tan exquisita y sublime que hizo á María grata á los ojos de Dios. Comprometidos los demás apóstoles en el matrimonio, rompieron esos vínculos para seguir al Hijo de Dios, y por eso el Hijo de Dios, el Rey de los reyes no tuvo á menos el unirse con ellos con los vínculos de la más estrecha amistad: *Vos autem dixi amicos*. Pero san Juan no tenía vínculos que romper, y por ser virgen, se granjeó no sólo la amistad, sino también la familiaridad, la privanza y confianza del Rey de la gloria; aquéllos fueron amigos por amar la pureza, pero éste fué favorito por amar la pureza más perfecta, esto es, la pureza virginal. ¿Qué es pues la virginidad, y qué mérito singular posee esa santa virtud, que atrae á sí las miradas del Señor, sus complacencias, y logra de él el amor más tierno?

También á su amor por la pureza debe san Juan la honra de ser escogido para ser depositario de lo que Jesús tiene más precioso y amado: *Discipulo, esa es tu madre*. — *Ecce mater tua*.

Aquella que llamamos bendita entre todas las mujeres, que es el templo vivo de Dios, el taber-



náculo de la perfecta virginidad, la más pura de todas las madres, queda confiada á la custodia del más puro de todos los hombres. ¡ Oh sabia disposición ! exclama san Ambrosio, ¡ oh digna elección de aquel que la hizo, y de aquel que fué objeto de ella ! Juan queda instituido heredero de Jesucristo, pero no es heredero de su amor, sino porque es fiel imitador de su pureza, y custodió celoso de la santa virtud de castidad. No ocupan las criaturas sus pensamientos, es su amor sin mancha, puros sus afectos, virgen su corazón, y sin mancilla su cuerpo. ¡ Ah ! sólo á la sombra de los lirios de Juan podían colocarse decorosamente y posar tranquilos los lirios de María. Comprendedlo bien, si tuvo ese discípulo la dicha de merecer por madre la madre de Dios mismo, fué por esa encantadora y santa pureza que, según lo dice san Juan Crisóstomo, mereció á María el tener á un Dios por Hijo.

Por lo cual, debéis convenceros de que es una obligación para un hijo de María el conservar intacta la más amable y delicada de todas las virtudes. Hijos de María, vuestra madre es la madre castísima, la madre purísima, la madre sin mancha, la Reina de las vírgenes que no quiere en su corte sino corazones puros y enamorados del santo amor de la castidad. Vigilancia pues y guardad vuestros labios, para que nunca salga de ellos palabra fea, vuestros oídos, para que permanezcan cerrados á toda voz que

hiriera la santa modestia ; vuestros ojos, para apartarlos de todo objeto que no fuera puro ; vuestra imaginación, para prohibirle todo pensamiento peligroso ; vuestro corazón, para cerrarlo á todo afecto que pudiera chocar las miradas de vuestra Madre. En fin, siempre y en todas partes, en vuestra apostura, en vuestro vestir y modos, observad las reglas de la más estricta modestia. María, mi buena madre lógrame de tu divino Hijo la gracia de conservar siempre la pureza del corazón, á fin de que yo sea siempre digno de ser hijo tuyo.

PUNTO IIº. — La segunda condición para ser hijo de María es un grande amor por Nuestro Señor Jesucristo. Á su valor debió san Juan, á su constancia y fidelidad, el recibir á María por madre de las manos propias de Jesús. Representaos lo que en el Calvario pasaba en aquel momento : Estaba el Salvador del mundo en su postrimer hora y al punto de expirar ; y tenía un tesoro de que quería disponer al morir esto es, María, la más perfecta de las criaturas. ¿ A quién la confiará, ó más bien, hay para qué deliberar ? Tan precioso depósito no podía ser confiado sino al más fiel, y el más fiel ¿ no era aquel que más firme apego había manifestado á sus obligaciones ? De todos los discípulos del Salvador, Juan fué el único que le acompañara hasta el Calvario, habiéndole todos los demás vendido, renegado, ó deshonrado por una fuga escandalosa ; fué el único que, sin dejarse arre-



drar por el odio y furor de los judíos, tuvo valor para declararse abiertamente discípulo suyo y presenciar su muerte. Luego; qué mucho que sea el más premiado en la distribución que Jesucristo hace al morir de las riquezas de su amor! Venturoso Juan, que tuviste la intrepidez, la constancia y generosidad de seguir á Jesús hasta el suplicio, y permanecer al pie de la cruz. Esos tan nobles y puros sentimientos son los que te merecieron que te escogiera Jesús por hermano, y que te diera por hijo á su propia madre.

Esa es también la ventura de quien sigue á la cruz, de quien acompaña á Jesús crucificado, contempla en el Calvario los misterios del Hijo, y los quebrantos de la Madre. De ese modo se logra no sólo el amor de Jesucristo, sino también la más íntima amistad, y el parentesco más estrecho con él. Hijos de María, vosotros desáis por madre la madre de Jesús, pero; amáis á Jesús cual le amó san Juan? Le amáis á pesar de las humillaciones, de los ultrajes é ingratitud de que es objeto por parte de tantos malvados?

Hay bastantes cristianos que siguen á Jesucristo hasta la cena, cual los demás apóstoles, pero hay pocos que le siguen hasta el Calvario; es decir, los hay que demuestran fervor y celo mientras Dios les allana las vías de la salvación y santidad; pero son pocos los que no se relajan al sentir menos consuelos, y al ofre-

cerse obstáculos que vencer. Pues sólo en esa constancia se conoce el verdadero amor: Pedro en el Thabor, testigo de la gloria de su Maestro é inundado de las dulzuras de la gracia, hubiera deseado permanecer allí toda su vida, y pedía que se aderezara un tienda; pero ese amor fracasó en el escollo de las humillaciones: abandonó á su Maestro al aproximarse sus enemigos; le renegó por respeto humano al verle cubierto de oprobio. Amáis á Jesús sólo en el Thabor en medio de tanto consuelo de la gracia, está bien, pero no basta ello para ser hijos de María. Es preciso que, como san Juan, subáis al Calvario, seáis fieles á Jesucristo en medio de todas las pruebas, le améis á pesar de todas las repugnancias de la naturaleza, á pesar de los incitativos de las pasiones y de las persecuciones del mundo; sólo así será María vuestra madre de veras.

Virgen santa, *ta* eres madre mía; ese dulce nombre mereces por tu amor, por tu solicitud y abnegación; pero; soy yo digno de llevar el nombre de hijo tuyo?; Tengo las virtudes que se requieren en un hijo de María?; Ay de mí! yo me siento indigno de tenerte por madre, y á ti vengo para pedirte la gracia de esa dignidad. Pon en mi corazón tanto amor por la pureza, y tanto amor por tu divino Hijo, que merezca ser admitido entre tus verdaderos hijos. Amén.



## EJERCICIO

Mirar como el más dulce de los deberes el alistarse en una de las cofradías fundadas en honra de María.

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

*Magnífico ejemplo de virtud dado por una hija de María.* — Un soldado viejo del imperio tenía una hija que fué educada en el colegio imperial de Loges, dirigido por religiosas. Era presidenta de la asociación de las hijas de María, siendo también por su piedad edificación y ornato del colegio. A los diez y ocho años tuvo que salirse, y fué tristísima la despedida: la pobre Carolina no podía separarse de aquellos lugares donde en paz y amistad trascurrieran sus tiernos años. Iba de sus compañeras á sus maestras, las dejaba para volver otra vez de unas á otras, y corrían abundantes lágrimas por todas partes. Estaba presente el padre, que cansado de esperar, preguntaba á su hija si concluirían luego aquellas monadas. Esas palabras eran una orden, y comprendiéndolo su hija, reprimió sus sentimientos en lo íntimo de su corazón, y siguió á su padre. Por la noche, púsose la muchacha de rodillas, y empezó á rezar. Á lo cual, el soldado frunce las cejas y declara que no quiere beatas en casa. « Padre, contesta la hija, si estoy rezando por ti, y pidiendo á Dios que derrame sobre ti sus bendiciones. Esa contestación no hizo más que arrancarle blasfemias, y la prohibición de rezar nunca. Guarda el silencio la joven, y ya no reza sino secretamente; sin embargo, se dedica al gobierno de la casa con una prudencia y una actividad admirables,

acogiendo con angélica dulzura las durezas de su padre, rodándole de atenciones, y prodigándole las pruebas de su respeto y amor. Jactábase el padre de haber curado á su hija de las supersticiones; pero un día, hallándose en el café con dos ó tres veteranos tan impíos como él, trabóse una contienda bastante viva, en que uno de ellos le dijo con tono misterioso que se metiera algo menos en las cosas ajenas, y algo más en lo que pasaba en su propia casa. Esas palabras estremecieron al padre de Carolina, quien en el fondo amaba á su hija. « ¿Y es de mi hija de quien queréis hablar? — Sí, señor. » Eso sí es una puñalada que le desgarró el corazón. « Pues ¿qué hace mi hija? ¿qué hay que decir sobre ella? — Vuestra hija es una beata. » Una gran carcajada estalló en la sala. — « ¡ Ah!... ¡ con que mi hija es una beata! pues yo quisiera que pudierais probármelo. — No hay cosa más fácil, venid conmigo mañana á las siete á San Sulpicio. » Al día siguiente á las siete ambos amigos estaban en San Sulpicio. En medio de la misa, por detrás de una columna, sale una joven y se adelanta hacia la Mesa santa; parece un ángel más bien que una mortal, y esa es Carolina. Fuera cosa imposible decir la impresión que tal espectáculo hizo en su padre, vuelve á casa pensativo, no puede su recuerdo desprenderse de aquel rostro tan candoroso y puro, á quien vió ir á la santa Mesa, y volver como iluminado de un rayo celestial. « ¿Adónde fuiste esta mañana? preguntó á su hija? — Padre, ¿no estáis contenta conmigo? — Te pregunto donde estuviste esta mañana. — Pero, padre, habéis notado algún desorden en la casa? — Tú esquivas la pregunta y no quieres contestar; pues bien, yo contestaré por ti. Estuve esta mañana en San Sulpicio. » Se sobresalta Carolina, y pide á Dios que ponga en su pecho y en su labios la paciencia que soporta, y la dulzura que desarma. « Con que te avergüenzas,



luego es verdad. Sí, ya sé adonde vas á buscar la fuerza para perdonarme mis durezas é injusticias. Tu paciencia y tu mansedumbre eran un misterio para mí, y ahora veo que algo divino tiene que haber en un sacramento que obra semejante prodigio. Pues bien, cuando vayas á confesarte, iré yo contigo y espero encontrar también yo la fuerza para volverme virtuoso.

Agnès de Lauvens en sus *Memorias* cuenta así la conversión de una compañera lograda por las hijas de María:

« Albertina era de una de esas indoles que son del todo buenas, ó del todo malas, no conociendo justo medio. No se puede imaginar mayor revoltosa: siempre viva y traviesa, detestable y siempre amada, no pasaba una semana sin que alborotara el colegio. Sin embargo, nuestras madres, no atreviéndose á guardar consigo semejante desatinada, y no osando tampoco echarla fuera por temor de que acabara de perderse, hacían novenas para que Dios les inspirase una buena resolución. Llamaron para la última novena las hijas de María, de quienes yo formaba parte, y que saben guardar un secreto. El último día, estando yo muy solícita por lo que iba á suceder, mas no queriendo participar á Albertina lo que le estaba amenazando, porque pudiera ello llevarla á algún extremo, logré el permiso de hablarle á parte. « Amigueta, le dije temblando, tú ofendes á Dios, y afliges no poco á nuestras madres; tú das malos ejemplos, pudiéndolos dar muy buenos; mira, enmiéndate. » Con gran admiración mía se puso á llorar « ¡Ay de mí! dijo, yo quisiera convertirme y no puedo. — Si tú quieres, como quieres otras cosas, contesté, no hay duda que podrás. — ¿Tú lo crees? — Estoy muy cierta. ¿Por qué no te dedicas á un ejercicio de piedad, mientras noso-

tras rezamos por ti? ¡Ah! exclamó, tienes razón; soy muy mala, pero por lo mismo hay que probarlo todo. Para los grandes males los grandes remedios. Si se me permite, mañana mismo me pongo en ejercicio espiritual. — No mañana, dije, sino hoy. — Pues al instante, siguió ella.

« E inmediatamente fué á pedir á la madre priora el permiso para retirarse á parte para orar y meditar por espacio de seis días. Consintió la priora, y luego supimos todas la gran novedad de que Albertina se encomendaba á las oraciones del colegio. Fué grande la admiración, pero tanto la conocíamos, que tuvimos por cierta su conversión. No hay que decir que la ayudamos con ardorosos ruegos. El sexto día la aguardábamos con impaciencia para congratularla y edificarnos con ella.

« Cuando todas estuvimos reunidas, se levanta ella sonrosada como un ascua, previendo cada una que algo solemne iba á decir, y con voz trémula pero fuerte y arrojada, pidió permiso para hablar, otorgando con un signo la Madre priora. « Madre, dijo, aquí me tenéis de rodillas ante vos y ante todas; muchas y grandes fueron mis sinrazones para con vos, mis maestras y mis compañeras. Yo os suplico me perdonéis, pues tengo de ello hondo arrepentimiento, y gran deseo de enmendarme con el auxilio de Dios y de vuestros buenos ejemplos. » Á esas palabras, se desbordó su sofocado corazón, y oímos que lloraba. Su emoción se nos comunicó á todas, varios suspiros se oyeron en varios puntos de la sala, y hasta las madres no pudieron resistir. « ¡Perdonadme! ¡perdonadme! volvió Albertina con acento mezclado con sollozos, á todas pido perdón. » Gritaron entonces entre nosotras no pocas voces diciendo. « Sí, sí, no llores, Albertina; basta, basta, nosotras te queremos, no llores. » Pero Albertina siguió en estos términos sin levantarse: « Yo agradezco á mis compañeras el que-



rerme todavía, pero deseo que aprovechen mis faltas. Todo cuanto hice malo procedió de un principio de orgullo que ellas encomiaron con manifestarme demasiada deferencia. Yo me fiaba en mi prontitud para aprender, y por eso no estudiaba jamás; contaba con mi agudeza para hacerme querer, y me hacía odiar, con mi corazón para no zaherir á nadie y ofendía á todo el mundo; con mi fe para lograr perdón de Dios, y Dios no me perdonaba, pues me aquejaba siempre la zozobra y la infelicidad. Paulatinamente me volvía más mala, y se apocaba mi fe. He sido malvada compañera y criatura perversa. Cien veces tuve merecido que me sacaran de aquí, y si lo hubiesen ejecutado, era yo perdida. Madre priora y demás madres, yo os bendigo por tanta indulgencia vuestra, y os suplico seáis muy rígidas conmigo; y ya que mis compañeras me perdonan, también les suplico me den de ello la prueba más útil y que más necesito, y es que me aperciban siempre y sin miramiento alguno, si algo malo hiciere. Yo les prometo recibir sus advertencias agradecida y respetuosa. Madre priora, eso es lo que yo tenía que decir. »

« Y desde ese día Albertina no cesó de perfeccionarse y de hacerse querer y admirar.

*Un buen campesino hijo de María.* — Algunos santos solían decir hablando de María: *mi Madre*. Hace poco tiempo, bajo la influencia de esa idea ocurrió un bonito episodio, cabalmente en Leipzig, centro del protestantismo alemán. Un buen campesino se halló de improviso y por equivocación en una sala de la universidad de esa ciudad. Era justamente la hora en que los doctos estaban discutiendo acaloradamente. No pareció el hombre sobresaltarse en medio del fuego graneado de aquellos doctores y discípulos del arcópag. Luego recono-

cieron en el intruso un católico ferviente, porque del bolsillo de su blusa se descolgaba parte de un rosario con cruz y medalla. En el rostro de los doctores luteranos vislumbraba una burla amarga é insultante, y luego en medio de la risa con que creyeron abrumar la santa sencillez del buen campesino, exclamó una voz: « Acaso querra éste sostener una tesis. » Contesta el campesino con mucho desparpajo: Y ¿cómo no? yo acepto, si esos señores lo permiten. — Muy bien, grita el profesor mofándose; pero antes se ha de poner algo en juego, esto es, un *thaler*, y luego, se harán las preguntas de ambas partes, y el que se quede corto, pierde. También aceptó el buen hombre, y sacando un *thaler* de una bolsa de cuero, lo pone encima de la mesa con cierto gozo diciendo: ¿Hay quien case entre esos señores? Y en efecto tuvo que hacerlo uno de los doctores. Grande era la impaciencia de ver cual sería el éxito de tan extraño lance. El doctor Magnificus, échando una mirada de desprecio al rosario del campesino, le preguntó cómo se llamaba la madre de Dios: « Llamábase María. » Y en seguida, dirigiéndose al gracioso doctor, le dijo: « Decidme ahora cómo se llamaba *mi madre*? » Encerraban estas palabras un misterio, y un católico lo hubiera penetrado y hubiese contestado: « María. » Pero el señor doctor no sabía bastante, y enmudeció ante la sencilla y santa malicia del campesino, royendo su despecho en silencio. El buen hombre tuvo por vencida la Universidad, recogió gozoso ambos *thalers*, diciendo con peripatética calma: « Señores, si otra vez se discute por acá, os suplico me lo mandéis á decir. » Y con esto, volvió la espalda y desapareció, dejándoles tan completa como merecida lección. — (Ab. HOFFMAN.)



## DÍA TREINTA Y DOS

CONSIDERACIONES SOBRE LA PERSEVERANCIA EN EL  
SERVICIO DE MARÍA

La constancia en el servicio de María sería la mayor fianza de vuestra perseverancia en el servicio de Dios; por lo que el demonio hará todos los esfuerzos para entibiar vuestra devoción á la buena madre. Procurad pues precaveros de las asechanzas del demonio, meditando las causas que de ordinario traen consigo la relajación en el servicio de María.

PUNTO Iº. — La relajación en el servicio de María tiene su primera causa en la inconstancia del corazón. Si para ser virtuoso y digno hijo de María, no hubiera más que luchar y seguir fiel por espacio de unos días, y aún de unos meses, pocos son los cristianos que careciesen de valor para ello. Pero eso de reprimir siempre las malas inclinaciones, de vigilar siempre el corazón y mortificar los sentidos; machacar siempre las mismas oraciones, y volver á empezar las mismas prácticas de piedad, eso es lo que acobarda al humano corazón, y le hace infiel muchas veces.

Para evitar ese primer escollo, acordaos que

si el corazón vuestro cambia, y también los acontecimientos, Dios no cambia, ni cambia Jesucristo, ni el cielo, ni el infierno. Dios será siempre Dios, esto es, la fuente de toda perfección, el Ser infinito en belleza, en bondad, en amabilidad, digno por lo tanto de las adoraciones vuestras y homenajes. — Jesucristo será siempre vuestro más tierno amigo, vuestro bienhechor más generoso, vuestro Salvador mil y mil veces amable, digno por lo tanto del amor vuestro. — El cielo será siempre la mansión de la verdadera felicidad, de la verdadera gloria, de la dicha suprema, digno objeto por lo tanto de vuestros deseos y esfuerzos. — El infierno será siempre el lugar del horror eterno, la mansión de lágrimas, de alaridos y maldiciones, y por lo tanto, digno objeto de vuestro temor y espanto. Por otra parte, vuestras necesidades serán siempre las mismas: siempre seréis débiles, tentados y expuestos al dolor. María será siempre consuelo de los afligidos, auxilio de los cristianos, y refugio de los pecadores; siempre tendrá los mismos derechos al culto vuestro y homenaje; pues ¿por qué cesaríais de invocarla, de amarla y honrarla?

PUNTO IIº. — La segunda causa de relajación en el servicio de María, es el respeto humano. Ese escollo, tan funesto en el servicio de Dios, y causa de tantos naufragios, es aún más de temer en el servicio de María, porque hay en el servicio de María un gran carácter de sen-



eillez. Si ocupáis cierta situación en la sociedad, el mundo os vituperará porque os metéis entre niños y mujeres, se reirá de vuestra puntualidad en las procesiones, en las cofradías y reuniones en honra de vuestra divina Madre. Veréis á las personas de vuestra edad, á personas que por lo demás no son reprochables, que tienen á menos esas prácticas que constituyen el culto exterior de María, las desechan como pequeñeces, y las ridiculizan como anticuadas y dignas de otros tiempos. Esa es la terrible prueba. — Para triunfar de ella, acordaos que si es crimen el avergonzarse de servir á un rey, es infamia el avergonzarse de servir á una madre.

Príncipes y reyes tuvieron á honra el ser siervos de María: Carlomagno, no menos admirable por las virtudes que hacen á los santos, que por las eminentes prendas que hacen á los héroes, estaba tan penetrado de devoción tierna y afectuosa por María, que siempre traía su imagen colgada al cuello con una cadenita de oro. San Luis, rey de Francia depositaba todos los días una moneda en el altar de María, en señal de dependencia para con aquella que él llamaba su dueña y amable soberana. Luis XIII consagró su persona y su reino á la augusta María, y estableció, en recuerdo de esa consagración, una procesión solemne que se celebra en toda Francia el día de la Asunción. España, Inglaterra, Portugal, Polonia, Cerdeña, las Dos

Sicilias vieron ilustrados sus tronos por soberanos más grandes por su amor para con la Virgen, que por las heroicas cualidades con que adornaron sus diademas. Sinnúmero de príncipes, de grandes y poderosos señores de los diversos Estados de Europa tuvieron más á gloria el pasar por fieles siervos de María, que poseer las más altas dignidades del siglo.

También cuenta María celosos devotos entre los grandes poetas y artistas: El Tasso, postrado en su lecho de muerte, suplicó al joven Rubens que éste se desprendiera de la Virgen de plata que llevaba al cuello y que en otro tiempo el Tasso había dado al padre del gran pintor. « Dámela — le dijo — y cuando mis labios hayan dejado en ella mi postrimer soplo volverás á cogerla ». Obedeció Rubens en el acto, y el inmortal autor de la *Jerusalén liberada*, después de mandar quemar unas poesías licenciosas, balbuceó oraciones estrechando la virgen con manos ya agitadas por el temblor de la agonía. — Unos días después, al recibir el cuerpo del gran poeta los honores del triunfo, sólo Rubens no pudo seguir el carruaje fúnebre que llevaba los despojos de su amigo; fué á refugiarse en un lugar oscuro de la iglesia de San Pedro, y postrado ante el altar de la Virgen santa, rezó con gran fervor, cubriendo de besos y bañando con lágrimas la imagen de plata que había vuelto á tomar de las frías manos del Tasso. Si estáis acaso para avergonzaros del



servicio de María, acordaos también de que las mofas y las deserciones nada quitan al imperio del deber, ni á los derechos de la virtud; cuantos más cobardes hay, más os debéis esmerar en consolar á María reduplicando vuestro amor.

PUNTO IIIº. — La tercera causa de relajación en el servicio de María es el desprecio de las cosas pequeñas. Bajo el especioso pretexto de que podéis sin pecar omitir tal ó cual ejercicio, el demonio hará todos los esfuerzos para arredraros de él: si cedéis, esa debilidad le hará más exigente, y la concesión que él logre le dará más fuerza para lograr otra, que también le otorgaréis, y así, sucesivamente os llevará hasta abandonar todos los actos de devoción para con la Virgen santa. ¡Ay, con cuánta evidencia pudiera la experiencia vuestra demostraros ese resultado! ¿En qué estáis en este momento con respecto á vuestras relaciones con María, vosotros que tanto le amabais en otro tiempo? Vosotros que antes erais sus hijos más fieles y fervorosos, ¿no es verdad que, si decaísteis del prístino fervor vuestro, fué por el abandono de ciertas prácticas á que tan fieles fuisteis?

Para no dar en ese escollo, acordaos que nada hay pequeño en las relaciones de un hijo con su madre: una palabra de amor, una sonrisa de cariño, una tierna mirada del hijo conmueve el corazón de la madre, y la regocija. Una señal de olvido ó de indiferencia, una falta de obse-

quio la aflige hasta el llanto. Os dirá el demonio que tal ó cual práctica instituída en honra de María es cosa de poco momento, que podéis omitirla sin inconveniente; pero el demonio os engaña; acaso es poca cosa esa práctica, bueno, pero vosotros sois hijos de María, y de parte vuestra el más mínimo testimonio de amor la regocija, cual le aqueja la menor señal de indiferencia.

Virgen santa, reina de los ángeles y de los hombres, tú que, siendo madre de Dios, quisiste también ser madre mía, recibíendome en el número de tus hijos más amados, no permitas que yo pierda nunca un título que tan precioso es para mí. Para atraerme á tu servicio, me hiciste las promesas más halagüeñas, como si no bastara mi interés para alistarme en él. Yo se cuanto vale tu bondad, así igualmente supiera llenar toda la extensión de mis obligaciones. Pero como un hijo puede pedirlo todo á tan buena y poderosa madre, yo te suplico intercedas por mí con tu divino Hijo para que fortalecido yo con tu auxilio y la gracia suya, corresponda á los designios que él tuvo al crearme, y al que tú tuviste al adoptarme. Tú quieres cual él que sea para mi santificación, enciende pues en mi pecho el fuego sagrado que hizo á los santos, para que yo arda de amor por él, cual quiero arder de celo por ti. Amén.



## EJERCICIO

Como recuerdo del mes de María, tomemos la resolución de ejecutar todos los sábados una práctica de piedad en honra de la Virgen, verbigracia: rezar el rosario, ó visitar su altar. (Consagración para el último día, página 425).

## ANÉCDOTAS EDIFICANTES

Se había designado el último día del mes de María para las primeras comuniones en la capilla de las Señoras del Sagrado Corazón, y el presidente de la ceremonia era el P. de Ravignan. Mientras estaba, predicando por la consagración á María abrióse el cielo de repente, sacudió la frágil cúpula una violenta tempestad, y se hizo de noche en el santuario, excepto al rededor de las veinte y cinco jóvenes comulgantes, cuyas velas encendidas conservaban un foco luminoso, en medio del cual aparecían ellas serenas y recogidas. De repente estalló un trueno; párase el orador, escucha un momento vuelve los ojos llenos de dulzura hacia el grupo angélico, y pronuncia palabras de paz: Ois la tempestad, hijas, esa es la imagen de la vida con sus peligros, sus angustias, sus tinieblas y errores. Necesitáis un refugio, acudid á María, y ocultaos bajo su manto. ¿Qué teméis en este momento? Nada, porque, cual hijas predilectas, ella os cobija en su maternal seno. Testigo es mi experiencia de las almas; cuando un corazón recibió del cielo el precioso don de amar á María, y acudir á Ella en sus penas, sus luchas y pruebas, ese corazón queda apaciguado, bendecido y salvo. La vía de una alma confiada en María es siempre la vía más libre, más recta y más segura;

no lo olvidéis, amadas hijas, y el manto de María será vuestra égida en aquel día que yo quisiera ver muy remoto, pero que, ¡ay de mí! tiene que llegar tarde ó temprano. Entonces, como en este día, tendréis el corazón sereno, aún bajo un cielo proceloso.

*Efecto de una buena lectura.* — M. Vallée, médico del Mans, relata de este modo su conversión, en una carta que escribe al señor abate Barthe, autor de el *Llamamiento á la razón sobre la verdad religiosa.*

« Señor abate.

« No puedo menos de expresaros mi agradecimiento por todo el bien que me hicisteis, pues os debo mi conversión, y por lo tanto, la paz que estoy gozando después de agitada vida. Tuve una educación cristiana, pero subyugado por la doble influencia de las pasiones, y del estudio de la medicina, me volví materialista, sin por eso dejar de ser deísta, y experimentaba insuperable repugnancia para admitir la revelación de los dogmas del cristianismo.

» Así andaba, cuando el señor abate \* me prestó vuestro libro de el *Llamamiento á la razón sobre la verdad religiosa*. Ne pude leer el capítulo de la *certidumbre de los hechos evangélicos*, sin verme aterrado por vuestra argumentación. Confesaba que nada tenía que replicar, pero no estaba persuadido; y llevado por mi insuperable repugnancia repetía en mí mismo: *Es imposible.*

» Dos años habían transcurrido en tan extraño estado de contradicción, cuando á fines de febrero último, me acometió un reumatismo general que me puso dos ó tres veces á las puertas de la muerte; consentí entonces en ver á un sacerdote por complacer á mis amigos, pero no por eso dejé de seguir en el escepticismo, aunque acompañado de ardiente deseo de creer, viéndome en una situa-



ción peligrosa, que me incitaba á que saliese, al cabo, de este escepticismo.

Dios quería atraerme con la dulzura y no con el temor. Durante las noches de insomnio y tormento yo no encontraba ningún alivio sino en ofrecerle mis padecimientos como expiación de mis culpas, y en pedirle la resignación y la luz que huía á pesar de mis sinceros esfuerzos. Gozaba en ello un consuelo indecible, y mi corazón se dilataba de amor, ya que no de fe. En la noche del jueves al viernes santo, en un espantable aumento de dolor, movido el corazón por la lectura que me dieron mis piadosos hijos de lo sucedido en el jardín de los Olivos y en el Calvario, movido también de un comienzo de simpatía por Jesucristo, supliqué á Dios que me permitiera asociar mis dolores con los de la dulce víctima, á quien yo seguía en todas las peripecias de su pasión. En esa especie de éxtasis febril, se adormecieron mis padecimientos y me adormecí también yo. Al despertarme, me vi inundado de lágrimas de agradecimiento para con el Dios de bondad, que se había apiadado de mí, y parecióme que me sentía con menos repugnancia por la divinidad de Jesucristo, la cual, aun la víspera, parecía una imposibilidad para mi razón. Los días siguientes, bajo la influencia de los aniversarios de esa santa estación, me familiaricé más y más con ese punto de vista tan consolador y deseado, no sin recaer de cuando en cuando en las repugnancias que cuarenta años de duda arraigaran en mi espíritu. Pero el amor y gratitud por el Dios bueno, que ponía tregua á mis padecimientos, se robustecían é iban cundiendo.

» En esta disposición de corazón y de espíritu, permitiéndome algunas horas mi convalecencia, se me ocurrió volver á leer vuestro vigoroso alegato que no había leído hacía dos años. Fué un rayo de luz ; llevado ya de mis santas emociones, vuestra

irresistible argumentación me iluminó con repentina claridad, y no pude menos de adherir á cada argumento, aplaudir, humillarme en profunda sumisión, é impulsado de súbita inspiración, cerré el libro exclamando con santo Tomás : *Señor mío y mi Dios*. Y todo se concluyó. Yo era cristiano como Leibnitz y Abbadía. Los días siguientes, se abrieron luz en mi espíritu las consecuencias lógicas de mi adhesión ; la misión de los apóstoles, la venida del Espíritu Santo, la institución de la autoridad infalible de la Iglesia, los sacramentos, todo me pareció deducción forzosa de la autenticidad del Nuevo Testamento , yo era ya católico.

» ¿ Qué os diré más, señor mío, para pagaros cuanto os debo ? ¿ Hay gozo más puro, y gloria más legítima que la certidumbre de haber arrebatado una alma al error y reprobación eterna, sin contar las que podrá decidir mi ejemplo ? Tengo no obstante algo que añadir á vuestro gozo de cristiano y de sacerdote. El día de la Ascensión, un médico anciano, conocido por su incredulidad, se presentó al pie de los altares al lado de sus dos hijos, repitiendo con profunda humildad las bellas palabras del centurión. Ya atináis quien era. En ese día, entré en una era de paz y felicidad cuyo beneficio atribuyo á Dios, y por las cuales consagro eterno agradecimiento á aquel que fué instrumento de las miras providenciales sobre mí, agradecimiento que espero manifestaros en aquella otra vida que con tanto éxito me enseñasteis vos á pretender. Sea la bendición divina vuestro galardón en este mundo y en el otro.

» Vuestro afectísimo.

P. VALLÉE,

« Presidente de la Sociedad de medicina del departamento del Sarthe. »



El venerable Tomás A. Kempis manifestó desde su niñez una devoción particular por la santísima Virgen, y se había impuesto un tributo de oraciones que todos los días pagaba exactamente. Succedió no obstante que se entibió insensiblemente su devoción; fué descuidando sus acostumbrados ejercicios, omitiéndolos un día, dos días, una semana entera, y acabó luego por abandonarlos del todo. Entonces fué cuando un sueño misterioso le reveló lo grave de su falta. Le pareció estar en la sala donde se daban las lecciones, escuchando atento con sus discípulos; creyó ver á la Reina de los cielos que bajaba en unas nubes con semblante radioso y vestido de deslumbradora blancura. Parecíale que daba la vuelta de la sala, que se paraba delante de cada uno de los religiosos encargados de la instrucción de la juventud, hablandoles con bondad, y dándoles las señales más dulces de su maternal ternura. Viendo lo cual, Tomás esperaba con la mayor impaciencia que la Virgen se aproximase á él, y echaba hacia ella miradas que denunciaban cuán ardiente era su deseo. Decía entre sí: yo confieso que no soy digno de ese testimonio de afecto de la Madre de Dios; espero sin embargo, yo espero... Quedó equivocada su esperanza. Se le presentó María, mirándole con semblante severo, y lejos de manifestarle señales de cariño, le afeó su descuido y su cobarde complacencia por las sugerencias del demonio. — *¿Dónde están, le dijo, aquellos piadosos ejercicios? ¿Qué se hicieron aquellas tan fervorosas oraciones, aquellos rosarios y oficios que tan tierno y piadoso recitabas? ¿Y aún tienes la pretensión de que yo te manifieste cariño? Anda, anda, vete lejos de mí; y pues te descuidas en ofrecer tan fáciles ejercicios á la que tanto amaste en otro tiempo, ya no eres digno de mi ternura.* Y con esto, dejándole consternado, desapareció. Y él, despertándose, sondeó su con-

ciencia, reconoció humildemente su culpa, y prometió enmendarse. Volvió á sus prácticas piadosas con tanto fervor y constancia que, hasta el último día de su vida, jamás las omitió una vez. Feliz reprehensión pues volvió al buen camino un alma que se estaba apartando de él á pique de perderse. *(Mes de María del P. Bussi.)*

### Oración á la Virgen Santísima.

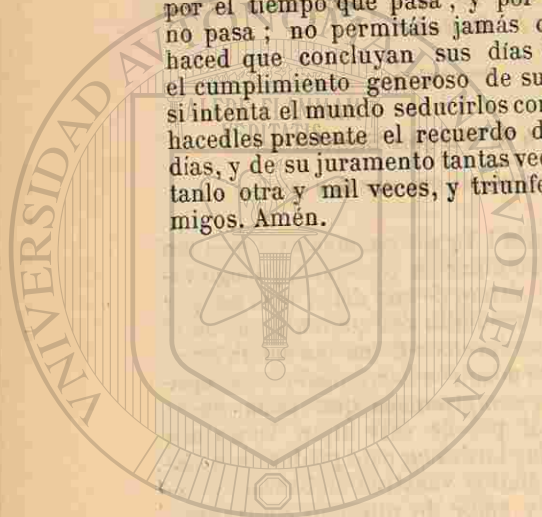
PARA EL ÚLTIMO DÍA DEL MES DE MARÍA <sup>1</sup>

¡ Oh Virgen María ! Ya se concluye este mes tan dichoso que nuestro amor os consagró, y luego veremos finalizar el último de sus días; mas no por eso perderemos el recuerdo del contento que en él disfrutamos, y guardaremos fieles las bendiciones y gracias que sobre nosotros derramasteis, siempre constantes en los compromisos que tantas veces hemos renovado al pie de este altar. Ya no nos reuniremos todas las tardes en este piadoso santuario para celebrar juntos vuestras alabanzas, y expresar los votos y amor de nuestros corazones; pero volveremos con frecuencia para deciros que os amamos y queremos amaros siempre. Ya no veremos ese trono de flores que labraron nuestras manos, pues luego van á desaparecer esas flores y marchitarse; pero hay flores que nunca se marchitan, su hermosura es la única que embelesa vuestros ojos, su perfume el único que sube hasta vos; esas son las flores que os suplicamos conservéis en nuestros corazones. Sí, la piedad, la inocencia, la caridad y mansedumbre, esos son los lirios y rosas de vuestro agrado que nosotros desea-

1. Sacada del Manual de Mñor Dupanloup



remos ofreceros siempre. Virgen María, en este postrer momento, acoged los últimos votos de vuestros hijos; postrados á vuestros pies á la última luz de este día, otra vez se consagran á vos sin reserva alguna poniendo en vos toda su confianza por el tiempo que pasa; y por la eternidad que no pasa; no permitáis jamás que sean infieles, haced que concluyan sus días en el fervor y en el cumplimiento generoso de sus obligaciones; y si intenta el mundo seducirlos con falaces placeres, hacedles presente el recuerdo de estos tan felices días, y de su juramento tantas veces repetido; repítanlo otra y mil veces, y triunfen así de sus enemigos. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

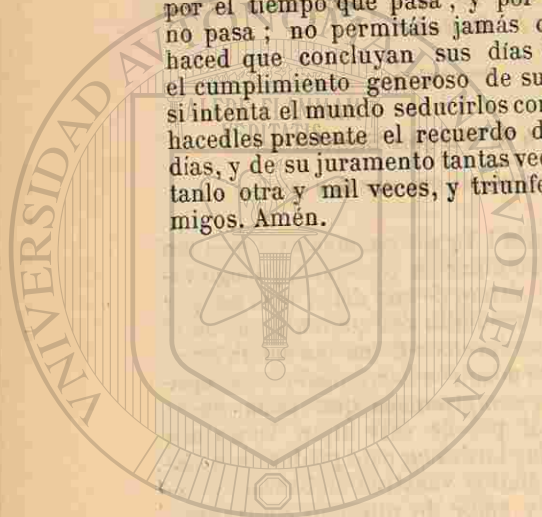
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE DE MATERIAS

	Páginas.
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	VII
ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.....	VIII
DÍA PRIMERO. — Consideración sobre la devoción del Mes de María.....	1
DÍA SEGUNDO. — Segunda consideración sobre la devoción del Mes de María.....	16
DÍA TERCERO. — Consideraciones sobre la predestinación de la Santísima Virgen.....	30
DÍA CUARTO. — Consideraciones sobre la Inmaculada Concepción.....	45
DÍA QUINTO. — Consideraciones sobre la natividad de la Virgen santa.....	58
DÍA SEXTO. — Consideraciones sobre el santo nombre de María.....	69
DÍA SÉPTIMO. — Consideraciones sobre la Presentación de María en el Templo.....	83
DÍA OCTAVO. — Consideraciones sobre la vida de María en el Templo.....	96
DÍA NOVENO. — Consideraciones sobre el misterio de la Anunciación.....	110



remos ofreceros siempre. Virgen María, en este postrer momento, acoged los últimos votos de vuestros hijos; postrados á vuestros pies á la última luz de este día, otra vez se consagran á vos sin reserva alguna poniendo en vos toda su confianza por el tiempo que pasa; y por la eternidad que no pasa; no permitáis jamás que sean infieles, haced que concluyan sus días en el fervor y en el cumplimiento generoso de sus obligaciones; y si intenta el mundo seducirlos con falaces placeres, hacedles presente el recuerdo de estos tan felices días, y de su juramento tantas veces repetido; repítanlo otra y mil veces, y triunfen así de sus enemigos. Amén.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ÍNDICE DE MATERIAS

	Páginas.
PRÓLOGO DEL AUTOR.....	VII
ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.....	VIII
DÍA PRIMERO. — Consideración sobre la devoción del Mes de María.....	1
DÍA SEGUNDO. — Segunda consideración sobre la devoción del Mes de María.....	16
DÍA TERCERO. — Consideraciones sobre la predestinación de la Santísima Virgen.....	30
DÍA CUARTO. — Consideraciones sobre la Inmaculada Concepción.....	45
DÍA QUINTO. — Consideraciones sobre la natividad de la Virgen santa.....	58
DÍA SEXTO. — Consideraciones sobre el santo nombre de María.....	69
DÍA SÉPTIMO. — Consideraciones sobre la Presentación de María en el Templo.....	83
DÍA OCTAVO. — Consideraciones sobre la vida de María en el Templo.....	96
DÍA NOVENO. — Consideraciones sobre el misterio de la Anunciación.....	110



	Páginas
DÍA DÉCIMO. — Consideraciones sobre la Salutación angélica.....	125
DÍA UNDÉCIMO. — Consideraciones sobre el misterio de la Visitación.....	139
DÍA DUODÉCIMO. — Consideraciones sobre María al lado del pesebre.....	152
DÍA DÉCIMOTERCIO. — Consideraciones sobre la Presentación de Nuestro Señor en el Templo y la Purificación de la Virgen santa.....	167
DÍA DÉCIMOCUARTO. — Consideraciones sobre la Compasión de la Virgen Santa.....	181
DÍA DÉCIMOQUINTO. — Consideraciones sobre la Virgen en el Cenáculo.....	196
DÍA DÉCIMOSEXTO. — Consideraciones sobre la muerte de la Virgen santísima (sacadas de Bosuet).....	208
DÍA DÉCIMOSÉPTIMO. — Consideraciones sobre la Asunción de la Virgen.....	219
DÍA DÉCIMOCTAVO. — Consideraciones sobre la devoción á la Virgen.....	234
DÍA DÉCIMONONO. — Consideraciones sobre los títulos de María para nuestro culto.....	248
DÍA VEINTE. — Consideraciones sobre los títulos de María para nuestro culto.....	260
DÍA VEINTIUNO. — Consideraciones sobre los títulos de María para nuestro culto.....	275
DÍA VEINTIDÓS. — Consideraciones sobre las cualidades de nuestra confianza en la Virgen.....	287
DÍA VEINTITRÉS. — Consideraciones sobre las grandezas de María.....	299
DÍA VEINTICUATRO. — Consideraciones sobre las grandezas de María. (Continuación).....	310

	Páginas.
DÍA VEINTICINCO. — Consideraciones sobre el Rosario.....	324
DÍA VEINTISÉIS. — Consideraciones sobre el santo Escapulario.....	338
DÍA VEINTISIETE. — Consideraciones sobre el santo Corazón de María.....	349
DÍA VEINTIOCHO. — Consideraciones sobre María modelo de humildad.....	362
DÍA VEINTINUEVE. — Consideraciones sobre el amor de María para con Jesucristo.....	375
DÍA TREINTA. — Consideraciones sobre María modelo del cristiano.....	388
DÍA TREINTA Y UNO. — Consideraciones sobre el título de hijo de María.....	402
DÍA TREINTA Y DOS. — Consideraciones sobre la perseverancia en el servicio de María.....	414





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## INDICE ALFABÉTICO

DE LAS ANÉCDOTAS EDIFICANTES

	Páginas.	Páginas.		
<b>A</b>				
Asunción, leyenda de las quince rosas.....	225	Antonio.....	295	
Visión de santa Magdalena de Pazi.....	229	Contestación del Cielo.....	305	
Origen de la procesión de ese día.....	227	Ramillete á María.....	307	
<i>Ave María</i> , su poder... 134, 136, 356		Los hermanos reconciliados.....	384	
<b>C</b>				
<b>Caridad.</b>				
Caridad delicada.....	320	N <sup>a</sup> S <sup>a</sup> del Socorro....	382	
— ingeniosa..	146, 308	<b>Conversiones debidas à María.</b>		
— generosa.....	147	P. Hérmán.....	42	
— en París.....	148	Ratisbona.....	179	
<b>Confianza en María recompensada.</b>				
Los dos ancianos.....	8	Reliquias de una madre..	161	
El soldado, la Virgen y el huérfano.....	22	Historia de mi juventud..	174	
Albuquerque.....	52	Conversión de la mujer de un oficial.....	231	
Voto de los Saboyanos..	91	Conversión de un marino..	267	
Un cirio á María.....	105	Otra conversión.....	395	
El conde Scholinski....	241	Comunión sacrilega....	317	
Celo, conversión de un padre por medio de su hija.....	55, 163	Conversión por una rosa..	331	
Victoria sobre las tentaciones.....	259	Albertina.....	410	
El Acordaos.....	292	<b>Corazón de María.</b>		
			Su bondad.....	357, 359
			Culto de María, su origen en Francia.....	246
			<b>E</b>	
			Ejemplo, su influencia..	65, 66
			Escapulario....	344, 345, 347
			<b>H</b>	
			Hábito, medio de enmendarse.....	90



**Humildad.**

	Páginas.
El zuavo trapense.....	370
De un niño.....	372
De un fraile lego.....	373

**L****Leyendas.**

El espio.....	9
La palmera.....	402
Muerte de María.....	214
De las quince rosas....	225
Del buen ladrón.....	244
Del ginebro.....	321
Del Rosario.....	333

**Lecturas.**

Efectos de una buena lectura.....	203, 421
--------------------------------------	----------

**M**

Maternidad divina de- mostrada.....	159
Medalla milagrosa, su poder.....	39, 53

**Muerte.**

María patrona de la buena muerte. 216, 217, 256	
Mortificación, el presi- diario.....	283
Un santo trapero.....	399

**N**

	Páginas.
Santo nombre de María.	78

**P**

Perseverancia.....	408, 424
Protección de María. 37, 297	385, 420
Poder de María, Corio- lano.....	270

**R**

Respeto humano arros- trado.....	118, 282, 285
Rosario, Gluck.....	119
Doctor Recamier.....	80
Leyenda.....	333
Su poder.....	331
Batalla de Lepanto....	335

**S**

Safette (Na Sa de la)...	76
Salvación, sacrificarle todo.....	205
<i>Quid prodest</i> .....	202

**T**

Tiempo consagrado á María.....	27
-----------------------------------	----

**V**

La Virgen de las flores.	271
Vocación.....	12, 254



EV  
TEC